

ELENA **PONIATOWSKA**
SABINA **BERMAN** MARGO **GLANTZ**
MÓNICA **LAVÍN** CRISTINA **RIVERA GARZA**
SARA **SEFCHOVICH** BÁRBARA
JACOBS CARMEN **VILLOORO** SILVIA
MOLINA ETHEL **KRAUZE** CARMEN
BOULLOSA MARTHA **CHAPA** DOLORES
CASTRO BEATRIZ **ESPEJO**

Epílogo con Michèle Petit

Conversaciones con

**Juan Domingo
Argüelles**

LECTORAS



ELENA **PONIATOWSKA**
SABINA **BERMAN** MARGO **GLANTZ**
MÓNICA **LAVÍN** CRISTINA **RIVERA GARZA**
SARA **SEFCHOVICH** BÁRBARA
JACOBS CARMEN **VILLORO** SILVIA
MOLINA ETHEL **KRAUZE** CARMEN
BOULLOSA MARTHA **CHAPA** DOLORES
CASTRO BEATRIZ **ESPEJO**

Epílogo con Michèle Petit

Conversaciones con

**Juan Domingo
Argüelles**

LECTORAS



LECTORAS



LECTORAS

Conversaciones con Juan Domingo Argüelles

*Sabina Berman • Carmen Boullosa • Dolores Castro
Martha Chapa • Beatriz Espejo • Margo Glantz • Bárbara Jacobs
Ethel Krauze • Mónica Lavín • Silvia Molina • Elena Poniatowska
Cristina Rivera Garza • Sara Sefchovich • Carmen Villoro*

Epílogo con Michèle Petit



BARCELONA · MÉXICO · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS
MADRID · MIAMI · MONTEVIDEO · SANTIAGO DE CHILE

LECTORAS, conversaciones con Juan Domingo Argüelles

Primera edición, julio de 2012

D. R. © 2012, Juan Domingo ARGÜELLES

D. R. © 2012, EDICIONES B MÉXICO, S. A. de C. V.

Bradley 52, Anzures DF-11590, México

www.edicionesb.mx

editorial@edicionesb.com

ISBN: 978-607-480-565-9

Impreso en México | *Printed in Mexico*

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*Para Rosy
y Claudina,
lectoras*

Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar, que fuera en mí desmedida soberbia, sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos.

Sor Juana Inés DE LA CRUZ

La literatura está abierta a todos. No te permitiré, por más bedel que seas, que me apartes de la hierba. Cierra con llave tus bibliotecas, si quieres, pero no hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente.

Virginia WOOLF

Los libros más grandes que se han escrito sólo valen para cada lector lo que éste puede sacar de ellos.

Edith WHARTON

Ningún libro ha sido más importante en mi vida que *La montaña mágica*, de Thomas Mann.

Susan SONTAG

En el momento en que se descubre la vocación, yo supe que la mía era la de entender.

Rosario CASTELLANOS

La mujer no existe. Hay mujeres, cuyos tipos varían al infinito.

George SAND

PRÓLOGO

Inteligencia Y PREJUICIOS

John Stuart Mill sentenció: «Un hombre de ideas claras yerra lamentablemente si imagina que cualquier cosa que se vea confusamente no existe»; por ello, mientras no disipe la niebla de sus prejuicios, admitirá y difundirá falsedades a pesar de su inteligencia.

Cuando pensamos en Schopenhauer y en sus necedades sobre el sexo, el amor y las mujeres, lo primero que nos preguntamos es cómo un hombre tan inteligente puede ser también tan estúpido. Probablemente porque era muy infeliz, pero las cosas no parecen ser tan simples. Hay prejuicios y necedades que resultan escandalosos, en especial si hablamos de personas (filósofos, pensadores, intelectuales) de una muy bien establecida, o por lo menos reconocida, inteligencia.

Lo cierto es que la estupidez alcanza a todo el género humano, pero se hace más evidentemente lastimosa cuando se apodera con furor del cerebro de los inteligentes. En uno de sus ensayos de *La letra e*, Augusto Monterroso asegura que no es tarea fácil, como pudiera parecer, establecer la distinción entre tontería e inteligencia.

«Para comenzar —explica—, la tontería humana abunda tanto que buena parte de ella va a dar a los inteligentes, quienes la emplean con más soltura y confianza de lo que lo haría un tonto». Es, entonces, cuando la gente se pregunta: ¿Cómo es posible? Pues, sí, es posible.

Monterroso pone como ejemplo las conferencias sobre *Don Quijote* que Vladimir Nabokov dictó en la Universidad de Harvard y que luego se convirtieron en el libro *Lectures on Don Quixote*, publicado en 1983. (Hay edición en español, bajo el título *Curso sobre el Quijote*.) Conocedor del gran libro de Cervantes, Monterroso afirma: «Me sorprende la cantidad de tonterías que dice y repite satisfecho Nabokov, lo que hace sin duda confiado en su bien establecida inteligencia».

Pero luego de la sorpresa inicial, Monterroso concluye que, aunque parezca inexplicable, la inteligencia y la tontería se encuentran como en vasos comunicantes: se mezclan y suelen hacer amistades y matrimonios. Por ello, personas como Nabokov, reputadas de inteligentes, tienen la audacia o la osadía de impartir un curso sobre un libro

que evidentemente no entienden, pese a toda su inteligencia. La estupidez del inteligente lo lleva a asentar cosas absurdas (que podrían sonar absurdas incluso a los tontos) desde una posición de autoridad intelectual presuntamente incontestable.

De esto habla también Carlo M. Cipolla en su acerbo, irónico y festivo opúsculo «Las leyes fundamentales de la estupidez humana», incluido en su libro *Allegro ma non troppo*. Sostiene que «los individuos estúpidos son proporcionalmente tan numerosos entre los hombres como entre las mujeres», y que es posible ganar el Premio Nobel o alcanzar posiciones de poder o de autoridad a pesar de la estupidez ocasional, reincidente o consuetudinaria. De hecho, la estupidez puede ser un poder o el poder puede asentarse sobre la estupidez, independientemente de títulos y credenciales.

Lo malo de los inteligentes estúpidos es que tienen una capacidad mayor para hacer daño, a diferencia de los simplemente tontos, que muchas veces causan perjuicios a otros, y a sí mismos, casi sin darse cuenta. A decir de Cipolla, «el potencial de una persona estúpida procede de la posición de poder o de autoridad que ocupa en la sociedad», de ahí que muchos intelectuales, pensadores y filósofos, de gran preeminencia o influencia, sean capaces de extender sus dichos estúpidos, sus prejuicios o sus tópicos en amplias capas de la población que, por otra parte, quedan plenamente convencidas de la certeza de tales asertos sin cuestionar y a veces sin siquiera advertir su absurdidad.

Resulta obvio que las personas razonables tienen dificultades para imaginar y comprender un comportamiento irracional, en tanto *no sean ellas mismas* las que protagonicen el comportamiento estúpido. Dado que la distribución de la estupidez es altamente democrática, sólo un ingenuo o un fatuo pagado de sí mismo pueden creer que únicamente los tontos cometen estupideces.

Fernando Savater llega a pensar que la estupidez, independientemente de la inteligencia de la persona, es *una categoría moral*, más que una calificación intelectual. En su *Diccionario filosófico* advierte que «si la estupidez es mala en todos los estamentos humanos, entre intelectuales alcanza una gravedad especial». Es obvio: los intelectuales pueden dispersar y sembrar las semillas de sus ideas estúpidas. «No hay que suponer», aclara, «que todos los intelectuales son, básicamente, inteligentes», ni creer, agregaríamos, que los que son inteligentes están exentos de cometer, decir, escribir y publicar tonterías.

Todos, unos más, otros menos, decimos disparates, tonterías, necedades, prejuicios, estupideces, etcétera, pero no hay duda de que los efectos más duraderos y más dañinos se producen cuando quedan escritos, impresos y publicados. Poetas, novelistas, dramaturgos, ensayistas, filósofos, académicos, investigadores sociales, científicos e intelectuales en general, han escrito y publicado cosas constructivas para la sociedad, pero así como podemos hacer una antología de sus expresiones beneficiosas, así del mismo modo podríamos confeccionar una amplísima recopilación de sus afirmaciones estúpidas: estúpidas por racistas, misóginas, despreciativas, faltas de ética, indignas de la inteligencia y parientas de la sandez.

Que los escritores y los intelectuales leen, es obvio; que muchos de ellos tienen un amplísimo conocimiento de la historia y de la cultura, también es obvio; que la

preparación académica y la lectura de libros amplían los horizontes y facilitan la comprensión del mundo y de uno mismo, también es una obviedad, como lo es asimismo que la cultura impresa nos humaniza, nos vuelve más receptivos, más tolerantes, más abiertos al mundo y «menos fieras», agregaría Daniel Pennac. Pero también es cierto que, en no pocos casos, la cultura sólo constituye un barniz para impermeabilizarnos de los demás. Y es ahí donde aparece la estupidez de los cultos y los inteligentes. Si no pareciera algo demasiado estúpido, estaría tentado a decir que la estupidez no se cura, necesariamente, con libros, y que a veces, incluso, puede agravarse.

En 2002, la Universidad de Yale publicó un libro extraordinario, coordinado por el psicólogo Robert J. Sternberg, y en el que colaboran otros catorce investigadores de diversas universidades (Edimburgo, Columbia, California, Oregón, Toronto, Estatal de Moscú y Estatal de Florida). El título en español es más que descriptivo: *Por qué las personas inteligentes pueden ser tan estúpidas*.

En general, los investigadores coinciden en que «las personas pueden, con esfuerzo y una instrucción adecuada, mejorar su inteligencia», pero esto no las blindará siempre y en todo momento contra la estupidez. El asunto no es nada trivial, pues personas altamente racionales cometen irracionalidades sorprendentes pese a su muy fundada inteligencia. Dos de las conclusiones fundamentales de Ray Hyman son las siguientes: «La estupidez contiene tanto implicaciones cognitivas como morales», y «la gente lista puede comportarse de forma estúpida precisamente porque es lista».

Por su parte, Carol S. Dweck afirma que las personas inteligentes no están exentas de falsas creencias: una de ellas es el convencimiento irracional de que la inteligencia es un valor fijo y que, por lo tanto, quienes son inteligentes lo son en todo momento, incluso en sus estupideces. Paradójicamente, dice Dweck, los individuos que se creen siempre inteligentes «se centran demasiado en mostrarse inteligentes y en parecer listos», en vez de tratar de hacerse, de vez en cuando, un higiénico cuestionamiento de sus certezas inteligentes.

A veces hasta la llamada «mala educación» (no nos referimos a los niveles de escolarización, sino a la patanería o a la ausencia de cortesía, prudencia, urbanidad o buenas maneras) es una forma de estupidez que los inteligentes se permiten, aun a sabiendas, porque irracionalmente se consideran de una mayor valía intelectual y moral justamente *por ser inteligentes*. En su fuero interno, se comportan así por un convencimiento de la supremacía intelectual que, según su parecer y su sentir, *les permite todo*.

En el fondo, la estupidez de los inteligentes radica, en buena medida, como sostiene Diane F. Halpern, en que juzgan las cosas «con la petulante certeza que proporciona la experiencia» y la no menos petulante certeza de que una persona inteligente no puede decir o hacer tonterías, a pesar de las evidencias de transgredir las estructuras más elementales del pensamiento racional.

Con no poca frecuencia la estupidez de los inteligentes se mezcla con la hipocresía o el cinismo, como en el caso de un juez estadounidense defensor de los derechos de la mujer, «conocido por defender leyes que castigaban la violación marital». Ozlem Ayduk

y Walter Mischel refieren que cuando la amante de este liberal juez neoyorquino (Sol Wachtler, «modelo de jurisprudencia y sabiduría moral») lo abandonó por otro hombre, «el juez se pasó tres meses enviándole cartas obscenas, haciéndole llamadas telefónicas lascivas y amenazándola con secuestrar a su hija».

A la pregunta de por qué las personas inteligentes pueden ser tan estúpidas, se podría avanzar respondiendo que, como concluye Dweck, es una gran desventaja dedicar demasiado tiempo en mostrarse inteligentes en vez de cuestionarse y seguir desarrollando y perfeccionando el pensamiento racional. Las personas inteligentes pueden ser estúpidas porque también, cuando se descuidan, sus cabezas pueden estar llenas de creencias; como cuando Schopenhauer, un brillante pensador en muchos ámbitos, afirma que «las mujeres únicamente han sido creadas para la propagación de la especie» y que «sólo el aspecto de la mujer revela que no está destinada ni a los grandes trabajos de la inteligencia ni a los grandes trabajos materiales».

Más interesados en la apología que en la reflexión, hay incluso pensadores muy inteligentes que pasan sobre las páginas misóginas de Schopenhauer a toda prisa, como no prestándoles importancia, o como si no existieran, a pesar de que el filósofo alemán tiene todo un repertorio de estupideces al respecto. «Las mujeres son una especie intermedia entre el niño y el hombre», escribe. O bien: «La mujer es débil de razón y padece miopía intelectual»; «las mujeres son inferiores a los hombres en todo lo que atañe a la equidad, a la rectitud y a la probidad escrupulosa»; «las mujeres no tienen el sentimiento ni la inteligencia de la música, así como tampoco de la poesía y las artes plásticas»; «¿qué puede esperarse de las mujeres si se reflexiona que en el mundo entero no ha podido producir este sexo un solo genio verdaderamente grande, ni una obra completa y original en las bellas artes, ni un solo trabajo de valor duradero, sea en lo que fuere?»; «tomadas en conjunto, las mujeres son y serán las nulidades más cabales e incurables»; «las mujeres son el *sexus sequior*, el sexo segundo, desde todos los puntos de vista, hecho para estar a un lado y en segundo término»; «la mujer no está en manera alguna formada para inspirar veneración y recibir homenajes, ni para llevar la cabeza más alta que el hombre, ni para tener iguales derechos que éste»; «no debería haber en el mundo más que mujeres de clase inferior, aplicadas a los quehaceres domésticos, y solteras aspirantes a ser lo que aquéllas, que se formasen, no en la arrogancia, sino en el trabajo y en la sumisión»; «en todo caso, puesto que las leyes han concedido a las mujeres los mismos derechos que a los hombres, hubieran debido también conferirles una razón viril»; «la mujer es un ser subordinado, y es evidente que, por naturaleza, esté destinada a obedecer».

A esto se le conoce como misoginia, que es aversión u odio a las mujeres, o desdén cuando no agresión, sin descontar el menosprecio que se encubre bajo la apariencia de protección a un ser incapaz de valerse por sí mismo. En el primer caso, se les ve como inferiores, débiles e incapaces; en el segundo, como simples imágenes simbólicas de la debilidad, pero no como iguales. Ya si después de todo lo consignado (que forma parte de su obra miscelánea *Parerga y Paralipómena*, de 1851), Fernando Savater pone en duda o desmiente incluso que Schopenhauer haya escrito el famoso lugar común «la

mujer es un animal de cabellos largos e ideas cortas», la aclaración, a mi juicio y como dijeran los abogados, es del todo irrelevante. Y, sin embargo, no deja de sorprender que también algunas mujeres ni siquiera se detengan en este punto, como la prologuista del volumen antológico de Schopenhauer *El amor, las mujeres y la muerte*, Dolores Castrillo Mirat, que, a lo largo de su estudio preliminar, despacha el tema con un mínimo comentario casual: «Algunas reflexiones como las dedicadas a la política o a la mujer, en las que aflora la misoginia exacerbada de Schopenhauer, resultan verdaderamente antañonas para el paladar de nuestro siglo». Pero definir como «antañona» (muy vieja), la misoginia de Schopenhauer, es decir simplemente nada acerca de algo de lo que tendría que decirse mucho.

Machismo, misoginia, desprecio y estupidez pueblan la historia de las mujeres contada por los hombres (y a veces omitida por algunas mujeres). Decimos Schopenhauer, pero no sólo él, pues Schopenhauer, para mostrar que no estaba solo en sus creencias, cita a Napoleón: «Las mujeres no tienen categoría», y a Rousseau, otro inteligente que escribió la siguiente necedad: «Las mujeres, en general, no aman ningún arte, no son inteligentes en ninguno y no tienen ningún genio. Basta observar, por ejemplo, lo que ocupa y atrae su atención en un concierto, en la ópera o en la comedia, advertir el descaro con que continúan su cháchara en los lugares más hermosos de las grandes obras maestras. Si es cierto que los griegos no admitían a las mujeres en los espectáculos, tuvieron mucha razón».

Y cita, igualmente, en apoyo de sus creencias misóginas, a otros no menos cultos, para reafirmar su desprecio hacia las mujeres. Chamfort: «Están hechas para comerciar con nuestras debilidades y con nuestra locura, pero no con nuestra razón»; Lord Byron: «He meditado en la situación de las mujeres bajo los antiguos griegos, y es bastante conveniente. Las mujeres debieran ocuparse en los quehaceres de su casa; se les debería alimentar y vestir bien, pero no mezclarlas en la sociedad»; y Juan Huarte, quien en su libro *Examen de ingenios para las ciencias* «rehúsa a las mujeres toda capacidad superior», según dice, con esmero, el autor del *Arte del buen vivir*.

¿De qué «sociedad» hablaba Lord Byron? De una sociedad constituida exclusivamente por varones; de una sociedad masculina; de una sociedad de hombres sin mujeres; de una sociedad incompleta, fragmentada, rota, oscura, machista, misógina y estúpida, más allá de la inteligencia, las lecturas, la cultura y el saber de sus integrantes. De una sociedad donde se sentiría a sus anchas el precoz Otto Weininger que, como bien recuerda Juan José Arreola, «negó el espíritu y el pensamiento conceptual de la mujer».

John Aubrey, el autor de *Vidas breves*, escribió, con la mayor naturalidad, en el siglo XVII, la siguiente necedad: «Descartes es un hombre demasiado sabio como para llevar la carga de una esposa». La misoginia podía ser también, entre los cultos y los inteligentes, un signo de sabiduría. ¡Y vaya si no se creían sabios Schopenhauer, Byron, Chamfort, Napoleón, Rousseau, entre muchos más! ¿Y no fue acaso Montesquieu quien afirmó, en serio, que el mejor matrimonio sería aquel que reuniese a una mujer ciega con un marido sordo? ¡Pero es también el mismo que, en *Del espíritu de las leyes*, reconoce que en las repúblicas las mujeres son libres por las leyes pero cautivas por las costumbres!

Contradicción sobre contradicción porque, aun sin abandonar del todo sus prejuicios, admite que: «Es contra la razón y contra natura que las mujeres sean amas en la casa, como sucede en Egipto; pero no se oponen la razón ni la naturaleza a que rijan un imperio. En el primer caso, el estado de debilidad en que se encuentran no les permite la preeminencia; en el segundo, la misma debilidad les presta dulzura y moderación: cualidades que pueden hacer un buen gobierno, más que lo harían las virtudes varoniles de dureza inexorable».

Hasta el gran Stendhal, en su delicioso libro *Del amor*, dice también más de una tontería. Por ejemplo: «No es que yo pretenda menospreciar el valor de las mujeres: cuando ha llegado la ocasión, las he visto ser superiores a los hombres más bravos. Solamente se necesita que ellas tengan un hombre a quien amar». Aunque, quizá, en su caso, haya que reconocerle el diagnóstico y el señalamiento de las causas del atraso intelectual en el que vivían las mujeres aún en las primeras décadas del siglo XIX: «Las mujeres prefieren las emociones a la razón, y el motivo es muy sencillo: como, en virtud de nuestras vulgares costumbres, ellas no están encargadas de ningún negocio en la familia, *la razón nunca les es útil*, y por esto no la creen jamás buena para nada. Al contrario, ella les es *siempre nociva*, porque no se les presenta más que para gruñirles por haber gozado ayer o para ordenarles que ya no gocen mañana». [Las *cursivas* son de Stendhal.]

Y el inteligente y tolerante Voltaire, como nos lo recuerda Julia Kristeva, asienta la siguiente tontería en su *Diccionario filosófico*: «No es extraño que en todos los países el hombre se haya convertido en el amo de la mujer, al estar todo fundamentado en la fuerza. Él es normalmente muy superior en la del cuerpo e incluso en la del espíritu». Kristeva no deja, por ello, de admirar al «sarcástico y estimulante» Voltaire, pero sí advierte que muchas de nuestras ideas recibidas, prejuicios y tonterías provienen, en general, de nuestra costumbre de venerar ídolos.

Y, más cercano en el tiempo y en el idioma a nosotros, Adolfo Bioy Casares —no en tono de broma ni en la voz de un personaje de ficción ni mucho menos fuera de contexto, sino, muy en serio en su diario sobre Borges— escribió: «Nada más concreto, más burgués, más limitado, que una mujer». Seguramente por esto, él prefirió destinar tanto tiempo a su amistad intelectual con Borges (más de mil seiscientas páginas de su diario lo confirman), pues no recomienda «hablar largamente con una mujer» dado que puede castrar (son sus palabras textuales) «no para lo sexual, pero sí para lo intelectual». En contrapartida (cultura y misoginia juntas, porque nadie dirá que Bioy Casares no era culto), ensalza las «conversaciones desinteresadas entre amigos», seguramente porque jamás creyó que pudiesen existir conversaciones desinteresadas e intelectuales entre hombres y mujeres, a pesar de que Silvina Ocampo, su esposa, era una escritora de gran nivel intelectual.

Rosario Castellanos escribió: «Dejemos a un lado las diatribas, tan vulgarizadas, de Schopenhauer, los desahogos, tan esotéricos, de Weininger; la sospechosa ecuanimidad de Simmel y citemos exclusivamente a Moebius quien, con tenacidad germánica, organizó una impresionante suma de datos para probar, científica, irrefutablemente, que

la mujer es una “débil mental fisiológica”». La escritora se refería a Pablo Moebius (1853-1907), un médico y psiquiatra alemán que, retomando todos los prejuicios acumulados contra la mujer, escribió un libro que él llamó científico y al cual puso por título *La deficiencia mental fisiológica de la mujer*. De donde se demuestra que incluso la ciencia puede no ser científica cuando se combina con la estupidez y los prejuicios.

Historia Y OPRESIÓN

Las condiciones históricas, las costumbres, las ideas recibidas, los prejuicios, los estereotipos, los tópicos y los lugares comunes de la época y la sociedad en que vivimos invaden, incluso imperceptiblemente, hasta los cerebros más inteligentes y nobles. ¿No es acaso una prueba de ello el hecho de que a los filósofos de la Grecia clásica, entre los cuales hay algunos de los pensadores más profundos que ha dado la humanidad, les pareciera no sólo normal sino conveniente el esclavismo?

Aun tratándose de movimientos de reivindicación social, decisivos para la historia humana, hay evidencias históricas de la marginación de la mujer. Catherine Clément, al referirse a Francia, lamenta «la tradición misógina de la Revolución Francesa, las restricciones de la educación de las niñas y un falso concepto de la igualdad republicana». ¿Tendríamos que sorprendernos? No demasiado, si consideramos que en la ebullición libertaria francesa que exigía entre sus componentes la *égalité*, es decir la igualdad, los pobres (fueran hombres o mujeres) contaban muy poco o no contaban para nada, y a ello se refiere Henri Guillemin en su libelo *¡Los pobres a callar!*: «los representantes del pueblo eran los ciudadanos ricos» y no la canalla o el populacho a los que se refieren —literalmente— lo mismo Voltaire que La Fayette y Condorcet. En cuanto a los derechos de propiedad, los blasones y los pergaminos, el discurso era libertario, pero ni los mismos ilustrados estaban dispuestos a perder su estatus para convertirse en «ciudadanos iguales». Y, en cuanto a la libertad, Guillemin ironiza: «¿Libres “todos los hombres”? Rectificación: los hombres de piel blanca. Porque los negros de las Antillas francesas permanecieron sometidos a servidumbre».

La libertad, la igualdad y la fraternidad eran conquistas para los ilustrados y los propietarios, para la gente honrada y de bien (*les honnêtes gens*), no para *los sin nada*, para los pobres, cuya única libertad, dice el historiador, era la de someterse, pasivos, a las decisiones de los que mandaban. La historia tiene el rostro de quien la escribe, y es obvio que en el caso de la Revolución Francesa la escribieron los propietarios y no los miserables, los ilustrados y no los indigentes.

Si, como cantara Gavroche en *Los miserables*, la culpa de la alegría es de Voltaire, no deja de ser una grotesca paradoja el siguiente razonamiento de Guillemin: «Voltaire se encargó de definir con total claridad, en su *Ensayo sobre las costumbres*, cómo concebía un país bien organizado: es aquel, escribe literalmente, donde “la minoría hace trabajar a

la mayoría, es alimentada por ella, y la gobierna”. Esta moral de mantenidos es enteramente la suya. Voltaire considera que el Estado debe tener a su disposición una masa dócil de “indigentes ignorantes”, es decir, proletarios analfabetos “que sólo tengan sus brazos para vivir y constituyan esta vil multitud” de la que el volteriano Thiers hablaría en 1850, prevista por la naturaleza para asegurar la holgura de la minoría selecta».

Regresando en el tiempo, si hablamos de ilustración y filosofía, ¿encontraban acaso algo extraño los filósofos clásicos de Grecia y Roma en el hecho de que sólo los varones condujeran el Estado, la educación y el pensamiento? Aun las mujeres patricias, y no se diga las plebeyas, ocupaban siempre el rango más bajo, sólo por encima del de los esclavos y, por supuesto, del de las esclavas. Aun en las epopeyas homéricas, entre dioses y entre reyes, ¿qué son las mujeres —Penélope, Helena, Briseida, Criseida— sino objetos de codicia y botín de guerra?

En su *Historia de la Antigüedad*, Diakov documenta que en Roma el esclavo no existía para el derecho: «El esclavo no es una persona», establecían los jurisconsultos; formaba parte del ganado. Y, en el caso de las esclavas, a su uso intensivo en las labores, se añadía la utilización sexual del amo a quien el derecho romano le concedía poder ilimitado.

En relación con la mujer romana, en general, como bien señala Eduardo Galeano en su libro *Espejos*, «Cicerón había explicado que las mujeres debían estar sometidas a guardianes masculinos debido a la debilidad de su intelecto. Las romanas pasaban de manos de varón a manos de varón. El padre que casaba a su hija podía cederla al marido en propiedad o entregársela en préstamo. De todos modos, lo que importaba era la dote, el patrimonio, la herencia: del placer se encargaban las esclavas. Los médicos romanos creían, como Aristóteles, que las mujeres, todas, patricias, plebeyas o esclavas, tenían menos dientes y menos cerebro que los hombres y que en los días de menstruación empañaban los espejos con un velo rojizo. Plinio el Viejo, la mayor autoridad científica del imperio, demostró que la mujer menstruante agriaba el vino nuevo, esterilizaba las cosechas, secaba las semillas y las frutas, mataba los injertos de plantas y los enjambres de abejas, herrumbraba el bronce y volvía locos a los perros».

El historiador colombiano Hermes Tovar Pinzón sostiene que «la historia puede describir códigos, éticas y dogmas que normalizan a una sociedad o que instrumentalizan a grupos determinados, pero también debe describir cómo operó la construcción de tales aparatos jurídicos». Lo malo es que la historia está escrita, también, mayoritariamente por hombres que también reflejan sus prejuicios en el relato de la historia: Apolodoro, Diógenes Laercio, Herodoto, Jenofonte, Marsias, Plutarco, Polibio, Tucídides, Tito Livio, Suetonio, Tácito, Plinio, etcétera. Si a estos historiadores les parecía no sólo normal sino también moral la marginación de las mujeres en la vida social, es obvio que ni siquiera insinúen alguna duda al respecto.

Al leer el extraordinario libro *Los sonámbulos: Historia de la cambiante cosmovisión del hombre*, de Arthur Koestler, el lector puede fatigar sus casi seiscientas páginas sin encontrar jamás referencia alguna al pensamiento de una mujer: todos los

protagonistas son hombres, y no es porque Koestler omite o desdeñe a las mujeres, sino porque hasta el siglo XVIII, desde los babilonios y los griegos hasta Newton, todo el pensamiento científico y filosófico era patrimonio exclusivo del hombre. Las mujeres apenas si aparecen como parte del anecdotario marginal, como cuando Koestler se refiere a los últimos años de Galileo luego de que el Santo Oficio lo hiciera abjurar de la teoría de Copérnico, con la sentencia adicional de repetir los salmos una vez por semana: «Con consentimiento eclesiástico se transfirió el recitado de los salmos de penitencia a su hija, la hermana María Celeste, que era monja carmelita».

En cuanto al pensamiento clásico y moderno, hoy sabemos de Sócrates, Platón, Epicuro, Séneca, Montaigne, Schopenhauer y Nietzsche, sólo por mencionar a algunos; y a veces sabemos más de lo que realmente fueron porque hay muchas biografías sobre ellos, además de abundantes interpretaciones, reinterpretaciones, anécdotas, mitos nobles y demás. ¿Pero no tendríamos acaso que detenernos un poco en el hecho de que, desde los presocráticos hasta el siglo XX, en la extensa nómina de los filósofos sólo haya unos pocos nombres de mujeres?

¿Por qué? ¿Porque no pensaban? ¿Porque no filosofaban? Claro que no. Simple y sencillamente porque el mundo estaba regido (como en gran medida sigue regido hoy) por el pensamiento masculino. Porque el Estado, la Iglesia, la Educación y el Poder en general estaban en manos de los hombres. Solón, Quilón, Periandro, Anaximandro, Pitágoras, Heráclito, Parménides, Platón, Aristóteles, Diógenes, Pirrón, Lucrecio, Cicerón, Séneca, Marco Aurelio, Orígenes, San Agustín, Boecio, Maimónides, Maquiavelo, Galileo, Bacon, Campanella, Hobbes, Descartes, Pascal, Locke, Spinoza, Montesquieu, Voltaire, Hume, Kant, Hegel, Emerson, Marx, Freud, Russell, Wittgenstein, Benjamin, Adorno, Levinas, Sartre, Barthes, Althusser, Foucault, Derrida, etcétera, y entre todos esos nombres de pensadores, apenas unos cuantos de filósofas o pensadoras a quienes, en la mayoría de los casos (tratándose de la época clásica, sobre todo), apenas si conocemos por vagas referencias: Temistoclea, Téano y Mya (la hermana, la esposa y la hija de Pitágoras, respectivamente), y Timica (siglo IV a.C.), también pitagórica, de la que Simon Critchley, en *El libro de los filósofos muertos*, trae a cuento la siguiente anécdota:

«Tras la persecución contra la comunidad pitagórica llevada a cabo por el tirano siciliano Dionisio, Timica y su marido Millias fueron detenidos y torturados. El objeto del interrogatorio era encontrar una respuesta a la siguiente pregunta: ¿Por qué los pitagóricos prefieren morir antes que pisar un campo de habas? Timica estaba embarazada y Dionisio la amenazó con torturarla. Antes de ser ejecutada, Timica se arrancó su propia lengua a mordiscos y se la escupió al tirano a la cara por temor a que ella misma pudiera traicionar los secretos de la secta pitagórica». Éste es el tipo de anécdotas —más parecidas a la hagiografía y al martirologio, que a la filosofía— que recogen los libros y tratados sobre los filósofos, y en cuyas páginas las filósofas o pensadoras tienen siempre el mismo papel marginal. Nadie sabe qué dijeron, qué pensaban, sobre qué especulaban. Lo que hay son anécdotas y frases generalmente apócrifas. Víctimas de la marginación, lo siguen siendo también del olvido, y hasta da la

impresión de que son seres imaginarios.

Está Hiparquía (siglo III a.C.), de quien se dice (siempre se dice, se cuenta o se supone) que se enamoró de Crates de Tebas (discípulo de Diógenes), mucho mayor que ella, y que escogió llevar la vida de los cínicos cuando se unió a él. Otra vez, lo único que conocemos no es su filosofía, sino una anécdota pintoresca o grotesca desde una mirada masculina: «Según el testimonio de Sexto Empírico, del siglo II, Crates e Hiparquía tenían la extraña costumbre de hacer el amor en público. Se desconoce la forma en que ella murió».

Pasan los siglos y tenemos a Hipatia (370-415), amiga de Orestes, prefecto pagano de Alejandría, y discípula de Plotino. Otra vez, más que la obra o el pensamiento (que no se conserva en libros), lo que queda de ella es la anécdota: Una turba de cristianos, azuzados por Cirilo, el patriarca de Alejandría (que luego sería santificado), destruyó e incendió la famosa biblioteca de Alejandría y luego asesinó a la filósofa. «Tras ser desnudada —refiere Critchley—, Hipatia fue asesinada con trozos de tiestos rotos. Después de desollarla usando conchas de ostra, su cuerpo fue troceado y quemado en un lugar llamado Cinarón. Tenía cuarenta y cinco años». Hay incluso una película sobre Hipatia: *Ágora*, de Alejandro Amenábar, con Rachel Weisz, y aunque se destaca que sucedió a Plotino en la presidencia de la escuela platónica y que los discípulos acudían de todas partes a escucharla, también se explotan los lugares comunes del anecdotario masculino. Critchley recoge una de estas anécdotas que se vuelve escena emblemática del filme: «Se cuenta que cuando uno de los alumnos se enamoró de ella, Hipatia le enseñó algunos paños empapados de sangre menstrual y dijo: “Esto es lo que amas, joven, pero no ames la belleza por la belleza”». Y la mirada masculina de Critchley añade algo sobre lo que nadie especularía si se tratara de un filósofo varón: «Según unas fuentes, Hipatia tuvo amantes, mientras que otras fuentes afirman que se mantuvo virgen».

En el siglo XVII, Isabel de Bohemia, Princesa Palatina (1616-1680), filósofa de manera epistolar con Descartes, y muchas de las cuestiones que tratan confluyen en el *Tratado de las pasiones*, libro del filósofo racionalista acerca del cual Isabel de Bohemia expresó sus discrepancias. También del XVII es Anne Conway, cuya obra *Los principios de la más antigua y moderna filosofía* es póstuma. De ella dice Critchley: «Excluida de las universidades por su sexo, Conway convirtió su casa de Ragley Hall, Warwickshire, en un centro de discusión intelectual y trabó una íntima amistad con el principal platonista de Cambridge, Henry More».

En el XVIII Mary Wollstonecraft (1759-1797) publicó los libros *Vindicación de los derechos del hombre* y *Vindicación de los derechos de la mujer*. Es a partir de entonces que el pensamiento de las mujeres se comienza a conocer por sus obras escritas y no por el prejuicioso anecdotario masculino de los historiadores.

En el siglo XX, entre otras mujeres pensadoras, destacan Simone de Beauvoir (1908-1986), autora de *El segundo sexo* y *La vejez*; María Zambrano (1904-1991): *Hacia un saber del alma*, *Delirio y destino*, *El hombre y lo divino* y *La tumba de Antígona*; Hannah Arendt (1906-1975): *Los orígenes del totalitarismo*, *Sobre la violencia*, *La vida*

del espíritu, etcétera; Simone Weil (1909-1943): *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social, Escritos históricos y políticos*; Susan Sontag (1933-2004): *La enfermedad y sus metáforas, Estilos radicales, Bajo el signo de Saturno*; y Julia Kristeva: *Loca verdad, Historias de amor, Las nuevas enfermedades del alma*, etcétera.

Aunque hay libros escritos por hombres que han reivindicado los derechos femeninos —especialmente el de John Stuart Mill, *La esclavitud femenina* o *El sometimiento de las mujeres*, según sea la traducción—, la mayoría de estas obras reivindicativas han surgido, como es obvio, de la escritura de las mujeres. Mill, ese gran pensador inglés defensor de las libertades, afronta el problema desde perspectivas históricas, sociales y jurídicas, pero esencialmente desde lo humano, y dice lo fundamental: «Creo que en las relaciones sociales entre ambos sexos, aquellas que hacen depender a un sexo del otro, en nombre de la ley, son malas en sí mismas, y forman hoy uno de los principales obstáculos para el progreso de la humanidad; entiendo que deben sustituirse por una igualdad perfecta, sin privilegio ni poder para un sexo ni incapacidad alguna para el otro». Por ello, Emilia Pardo Bazán, en España, le da todo el eco a esta argumentación y adopta para la causa de las mujeres el alegato que Mill publica, en Londres, en 1869.

El primer tomo de *El segundo sexo (Los hechos y los mitos)*, obra clásica en este ámbito, de Simone de Beauvoir, se abre con dos epígrafes lógicamente contrapuestos. El primero es de Pitágoras y reza así: «Hay un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer». El segundo epígrafe es de Poulain de la Barre (autora de los libros *De la igualdad de los dos sexos* y *La educación de las mujeres*). Por medio de él, Beauvoir le responde a Pitágoras: «Todo cuanto ha sido escrito por los hombres acerca de las mujeres debe considerarse sospechoso, pues ellos son juez y parte a la vez».

En ese libro, la tarea de Simone de Beauvoir es, precisamente, cuestionar la historia, los mitos, los prejuicios y los estereotipos que la mirada masculina construyó en torno de la mujer. De entrada, dice la escritora francesa, el tema es *irritante*, sobre todo para las mujeres. Un ejemplo es el caso de Dorothy Parker, que escribe un libro («muy irritante por lo demás», enfatiza Beauvoir), *Modern Woman: a lost sex*, en donde sostiene: «No puedo ser justa con los libros que tratan de la mujer en cuanto mujer... Creo que todos, tanto los hombres como las mujeres, debemos ser considerados como seres humanos».

Ante esto, Simone de Beauvoir ironiza: «Las norteamericanas, en particular, piensan con todo gusto que la mujer, como tal, ya no tiene lugar; si alguna retardada se considera todavía mujer sus amigas le aconsejan que se psicoanalice para liberarse de esa obsesión». Y para que la ironía sea más efectiva, la autora francesa aprovecha los conceptos de Dorothy Parker, lleva a cabo una reflexión demoledora y luego refiere una anécdota más bien cómica. Escribe:

«El nominalismo es una doctrina algo estrecha, y los antifeministas tienen una buena oportunidad de demostrar que las mujeres *no son* hombres. Claro que la mujer es un ser humano como el hombre, pero tal afirmación peca de abstracta; el hecho es que todo ser humano concreto se encuentra siempre singularmente situado. Rechazar las nociones del

eterno femenino, del alma negra o del carácter judío, no es negar que hoy día haya judíos, negros y mujeres; esa negación no representa una liberación para los interesados, sino una fuga inauténtica. Es evidente que ninguna mujer puede pretender, de buena fe, situarse más allá de su sexo. Una escritora conocida se negó, hace algunos años, a permitir la publicación de su retrato en una serie de fotografías consagradas precisamente a las mujeres escritoras: ella quería que la situaran entre los hombres, pero para obtener ese privilegio utilizó la influencia de su marido. Las mujeres que afirman que son hombres no por ello dejan de reclamar menos consideraciones y homenajes masculinos».

El volumen dos de *El segundo sexo (La experiencia vivida)* abre con un epígrafe de otro misógino célebre, el danés Sören Kierkegaard: «¡Qué desgracia ser mujer! Y cuando se es mujer, sin embargo, la peor desgracia, en el fondo, es no comprender que es una desgracia». Pero la verdad, como bien lo probó Simone de Beauvoir, no sólo los varones pueden profesar la misoginia, sino también las mujeres que, paradójica y extrañamente, consideran una reivindicación parecerse a los hombres más que diferenciarse de ellos, ahí donde «el prestigio viril está muy lejos de haber desaparecido, pues reposa todavía sobre sólidas bases económicas y sociales».

El libro de Simone de Beauvoir ya es bastante viejo (data de 1949) y sin embargo muchas de sus reflexiones siguen, como ella dijera, irritantemente vivas. Aunque el pensamiento y las obras escritas de las mujeres se han ido abriendo paso en nuestras sociedades, y aunque la situación social de las mujeres se ha modificado, es obvio que la historia y el prejuicio siguen estando en su contra. En *¿Son mejores las mujeres?*, Sara Sefchovich advierte: «Cuando nos enseñan historia nos dicen: mira, este señor es un guerrero que libró batallas, un rey que gobernó, un arquitecto que construyó, un médico que alivió, un investigador que descubrió, un banquero que financió, un escritor, un empresario, un periodista, un agricultor, un pintor que ha hecho cosas importantes. La mayoría de las veces estos personajes son hombres, y desde pequeños aprendemos que a ellos les debemos lo que es el mundo y que a través de ellos y su obra nos explicamos la vida. Así ha sido desde siempre y así sigue siendo hoy. Los puestos políticos y los premios de literatura siguen siendo para los hombres, las grandes composiciones musicales y las decisiones económicas siguen siendo de los hombres, en su gran mayoría. Es más, hasta los cocineros y los niños prodigio son hombres».

Sara Sefchovich se pregunta: «¿Acaso las mujeres carecen de talento para hacer cosas importantes?» Es obvio que responde que no, pero su respuesta requiere, primero, desarmar la pregunta y remitirla a la historia y a los prejuicios del mundo masculino. A lo largo de los siglos, la aportación de la mujer ha estado en la vida privada (el hogar, el marido, la familia, las faenas domésticas), pero el ámbito de la cultura abierta, en igualdad de condiciones con el varón, les fue vedado hasta hace poco. La idea del mundo ha sido y sigue siendo una idea preferentemente masculina, que tiene que ver con el predominio del varón. De ahí la respuesta de Sefchovich: «Las mujeres no ocupan un lugar en la historia ni en la cultura porque la historia y la cultura se ven desde un lugar en el que ellas no han podido estar y al que muy rara vez han tenido acceso. La definición de lo importante, de lo heroico, de lo artístico, de lo ético, de lo bello tiene que ver con

una idea del mundo y de la vida donde lo que interesa y cuenta no es lo que han podido tener y hacer y pensar las mujeres».

La historia y el prejuicio persiguen a las mujeres hasta convertirlas en un estereotipo, independientemente de lo que hagan, más allá de sus profesiones, capacidades y talentos, como muy bien lo ilustra Sefchovich en el siguiente comentario, a la vez aforismo irónico y dudosa minificción: «Una célebre política reunió en su casa a una veintena de mujeres, los nombres femeninos más importantes de la política nacional. En los comentarios de los medios se habló de cómo iban vestidas, que si iban de traje sastre o de vestido, que si el bolso era caro o el collar era de oro. ¿Cuándo se ha visto que se relate de qué color es la camisa o la corbata de algún político hombre, que se hable de su traje o de su corte de cabello?»

En estos mismos términos, algunos elementos parecen irrelevantes y hasta frívolos, pero son muy significativos. Por ejemplo, aunque gramatical y ortográficamente poetisa es femenino frente a poeta (masculino), muchas mujeres que escriben poesía no lo aceptan de buen grado para sí mismas, pues la mirada masculina convirtió el término en casi un despectivo, asociado más a poetastra que a poeta, siendo así «poetisa» una especie de recitadora pueblerina de pocas luces, sensiblera, afectada y cursi (siempre desde la visión masculina). De ahí que algunas mujeres exijan que se les llame poetas, nunca poetisas. El término poeta se convierte así en un sustantivo común en cuanto al género, como novelista y ensayista, puesto que no existen los novelistas ni los ensayistas. Pero no sólo esto, aún hoy e incluso en ámbitos académicos, algunas mujeres se asumen como gerentes y no como gerentas, como ejecutivos y no como ejecutivas, como presidentes y no como presidentas. La historia, nuevamente, impone sus prejuicios.

En *¿Todos los hombres son iguales?*, Carlos Lomas trae a cuento lo que Pierre Bourdieu sentenció en *La dominación masculina*, y que explica, perfectamente, por qué aún hoy sobreviven los orgullosos prejuicios sobre la mujer en una sociedad aparentemente desprejuiciada y científica. Escribe Bourdieu: «La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya».

A finales del siglo XX y principios del XXI, no es de creerse que los prejuicios sobre la mujer se hayan borrado del todo, incluso en los ámbitos culturales y académicos. El 4 de febrero de 1997, Julia Kristeva le escribió, desde Oxford, lo siguiente a su amiga Catherine Clément, en una de las cartas que luego se recogerían en el libro *Lo femenino y lo sagrado*: «Estos ingleses me irritan un poco con su formalismo en desuso, pero me intrigan. De acuerdo, no se dan prisa en dejar entrar a mujeres en la Universidad, y muchas de mis amigas inglesas saltan de impaciencia en puestos inferiores. El reino tiene una reina a su cabeza, pero ni su graciosa cabeza coronada ni el puño de la señora Thatcher sabrían ocultar el bosque misógino».

Mujeres Y LIBROS

Durante toda la historia y hasta buena parte del siglo XX, cuando se hablaba del «ser humano», de lo que se hablaba en realidad era del hombre, es decir del hombre masculino. Aunque el colectivo genérico «hombre» (del latín *homo*) designaba presuntamente lo mismo al varón que a la mujer (mamíferos racionales), en realidad se aplicaba para denominar al primero, y ya vimos que no a todos los varones, puesto que los esclavos no eran considerados humanos.

Del mismo modo, por extensión, cuando se hablaba de artistas, escritores, músicos, arquitectos, científicos, sacerdotes, etcétera, o simples «ciudadanos», de lo que se hablaba estrictamente era de los varones. Era obvio, pues a la mujer le estaban vedados el arte, la cultura, la educación, la vida pública y, por supuesto, el derecho a elegir. En el estatuto social, las mujeres tenían deberes, pero no derechos. Por ello, muchos sustantivos femeninos de oficios o profesiones son sumamente tardíos, desde poetisa y autora, hasta médica, jueza o científica.

En su *Historia social de la literatura y el arte*, Arnold Hauser muestra muy claramente que tanto en Grecia como en Roma las mujeres son únicamente símbolos o personajes en las obras literarias y artísticas, pero no son en absoluto público, es decir partícipes y derechohabientes de esas obras. La cultura, las letras, las artes son exclusividad de los hombres. Lo mismo ocurre en la Edad Media: los latines, las artes y las letras en poder de la Iglesia (es decir de los monasterios) son asuntos de hombres: abades y monjes, no de mujeres.

Al lado de los monjes, en las bibliotecas, sus ayudantes laicos eran exclusivamente hombres: lo mismo los copistas que los ilustradores y encuadernadores de libros. Sólo hacia el siglo XII, y especialmente en Francia, con la poesía amorosa provenzal, las mujeres intervienen en la vida intelectual de la corte. Las damas se convierten en protectoras de los poetas y éstos se dirigen, en primer término, a las mujeres.

Explica Hauser: «Leonor de Aquitania, María de Champaña, Ermengarda de Narbona, o como quiera que se llamen las protectoras de los poetas, no son solamente grandes damas que tienen sus “salones” literarios, no son sólo expertas de las que los poetas reciben estímulos decisivos, sino que son ellas mismas las que hablan frecuentemente por boca del poeta. Los poetas no sólo se dirigen a las mujeres, sino que ven también el mundo a través de los ojos de ellas. La mujer, que en los tiempos antiguos era simplemente propiedad del hombre, botín de guerra, motivo de disputa, esclava, y cuyo destino estaba sujeto aún en la alta Edad Media al arbitrio de la familia y de su señor, adquiere ahora un valor incomprensible a primera vista».

Hauser atribuye este cambio en la vida cortesana no sólo al hecho de la progresiva secularización de la cultura, en el que participan las damas, frente al constante quehacer

guerrero de los hombres que los obliga a ausentarse por largos períodos, sino también a la inversión de los códigos estéticos en la que influyen precisamente las mujeres: de los cantares de gesta, obviamente guerreros, obviamente masculinos, se pasa a la canción de amor, con la cual comienza propiamente la historia de la poesía moderna. A lo largo de toda la historia, concluye Hauser, habían sido exclusivamente las mujeres y no los hombres los que cantaban las canciones de amor. Con la poesía provenzal, y gracias a la intervención de las mujeres, se alteran esos valores y es la mujer la que «desdeña» y el hombre el que suplica y, generalmente, se «somete», así sea simbólicamente. De cualquier forma, el lugar más elevado de la mujer en este periodo es el que corresponde a la animadora y a la musa.

Ni siquiera en el Renacimiento, sino hasta el siglo XVIII, con la Ilustración y, especialmente en el siglo XIX con los salones artísticos y literarios, las mujeres volverán a ocupar una participación más activa en la sociedad. En cuanto a la lectura de libros propiamente, si pensamos que «el único género de libros que en el siglo XVII y principios del XVIII tenía un público más amplio era la literatura de edificación religiosa», es obvio que aún no se podía hablar siquiera de un «público lector» ni siquiera conformado mayoritariamente por hombres.

Advierte Hauser: «La lectura de libros no era a finales del siglo XVII un placer muy extendido; de la literatura no religiosa, que consistía en gran parte en historias de amor y de prodigios pasados de moda, no podía ocuparse sino la gente noble y desocupada, y los libros científicos no eran leídos más que por los eruditos. La educación literaria de la mujer, que en el siglo siguiente había de desempeñar un papel tan importante, era todavía muy imperfecta. Sabemos, por ejemplo, que la hija mayor de Milton no sabía escribir en absoluto, y que la mujer de Dryden, que por otra parte procedía de una noble familia, luchaba desesperadamente por dominar la gramática y la ortografía de su lengua materna».

Será hasta la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX cuando se pueda hablar propiamente de un público lector y de la prosperidad del negocio de las librerías. Hacia fines del XVIII la lectura se convierte ya en una necesidad vital lo mismo para hombres que para mujeres, «y la posesión de libros es, en los círculos que Jane Austen describe, una cosa tan natural como sorprendente hubiera sido en el mundo de Fielding». Los periódicos, además, hacen crecer a ese público lector, porque cumplen funciones de extensión educativa y traen secciones destinadas especialmente a las mujeres.

Es a partir de entonces, es decir muy tardíamente, cuando las mujeres (no todas, obviamente, sino las del sector más privilegiado) participan activamente en la cultura y, especialmente, en la literatura y en el pensamiento. A esa época (fines del siglo XVIII y principios del XIX) pertenecen las obras de Charlotte Turner Smith, Mary Wollstonecraft y Jane Austen, quienes junto a Pope, Defoe, Diderot, Chateaubriand, Schiller, Boswell, Goethe, Swift, Sterne, Choderlos de Laclos, Samuel Johnson, Voltaire y Scott, entre otros muchos, resultan una minoría.

El correr de los siglos XIX y XX traerá no sólo más escritoras sino también más lectoras. De hecho, el género literario burgués por excelencia, la novela, desde su

modalidad del folletín, alcanzará su auge en estos siglos gracias, sobre todo, a las lectoras. Aunque estaba destinado a un público heterogéneo, las mujeres, cada vez más cultas e informadas, hacen que este género se imponga sobre los demás aún en nuestros días.

A decir de Hauser, la novela se convierte en el género literario predominante a partir de entonces «porque expresa del modo más amplio y profundo el problema cultural de la época: el antagonismo entre individualismo y sociedad. En ninguna otra forma alcanzan vigor tan intenso los antagonismos de la sociedad burguesa, y en ninguna se describen de manera tan interesante las luchas y derrotas del individuo». Pero aquí cuando se habla del «individuo», éste ya no es únicamente el varón, sino también la mujer, y un ejemplo extraordinario de ello es la novela *Orgullo y prejuicio* (1813), de Jane Austen. Y, pese a ello, todavía algunas grandes escritoras tuvieron que recurrir a seudónimos masculinos para sortear prejuicios y atraer a los lectores; casos concretos los de Cecilia Böll de Faber, Mary Ann Evans y Amandine Aurore Lucile Dupin, que trascendieron en la historia literaria como Fernán Caballero, George Eliot y George Sand, respectivamente. Más tardía es Karen Blixen, mejor conocida como Isak Dinesen, seudónimo masculino al que recurrió cuando el manuscrito de su primer libro, *Siete cuentos góticos*, fue rechazado por editores de Dinamarca e Inglaterra; entonces lo envió a Estados Unidos, como si fuera el libro de un hombre y, de inmediato, fue aceptado y publicado.

A pesar de toda esta historia de prejuicios y de marginaciones, hoy las escritoras tienen un amplio legado cultural con obras fundamentales sin las que no se podría entender el desarrollo intelectual del ser humano. Las obras maestras y los nombres de estas autoras son muchísimos. Por sólo mencionar a un grupo plural y prestigioso, diríamos Mariana Alcoforado, Anna Ajmátova, Hannah Arendt, Jane Austen, Djuna Barnes, Simone de Beauvoir, María Luisa Bombal, Charlotte y Emily Brontë, Pearl S. Buck, Rosario Castellanos, Agatha Christie, Colette, Sor Juana Inés de la Cruz, Emily Dickinson, Isak Dinesen, Marguerite Duras, George Eliot, Ana Frank, Elena Garro, Nadine Gordimer, Lilian Hellman, Patricia Highsmith, Elfriede Jelinek, Julia Kristeva, Selma Lagerlöf, Doris Lessing, Clarice Lispector, Dulce María Loynaz, Mary McCarthy, Carson McCullers, Katherine Mansfield, Gabriela Mistral, Toni Morrison, Anaïs Nin, Joyce Carol Oates, Olga Orozco, Emilia Pardo Bazán, Dorothy Parker, Alejandra Pizarnik, Sylvia Plath, Katherine Anne Porter, Jean Rhys, Arundhati Roy, Safo, George Sand, Santa Teresa, Nathalie Sarraute, Mary W. Shelley (hija de Mary Wollstonecraft), Susan Sontag, Madame de Staël, Gertrude Stein, Wislawa Szymborska, Marina Tsvetáieva, Simone Weil, Eudora Welty, Edith Wharton, Virginia Woolf, Marguerite Yourcenar y María Zambrano.

Las lectoras, por su parte, han aumentado exponencialmente desde el siglo XVIII y aunque muchas de las obras de estas mujeres forman parte de sus lecturas, tampoco se reducen a los libros escritos por mujeres. Es importante insistir en que, durante mucho tiempo, el término «hombre de letras» jamás tuvo ninguna amplitud. Se refería, estrictamente, al hombre, no a la mujer. Pero, a partir de que ingresaron al mundo de la cultura, antes sólo restringido a los varones, las mujeres fueron no sólo escritoras,

pensadoras y lectoras, sino muy especialmente alfabetizadoras, mediadoras, divulgadoras y promotoras del libro, mucho más que los hombres, porque, desde la Revolución Francesa, la educación formal de los niños se dejó en sus manos. Ya no sólo educaban a sus hijos, sino también a los hijos de otras familias. Hoy está probado con estadísticas que el aumento del público lector femenino ha conseguido superar a ese «público lector» antes sólo constituido, en su gran mayoría, por hombres.

Lo que no hay que perder de vista es que, desde el momento mismo en que las mujeres tuvieron acceso a la cultura y, especialmente, a los libros, el poder masculino se encargó de establecer mecanismos de control y censura bajo las formas del canon de lo que podían y debían leer las mujeres, y el *index* de lo que les estaba vedado. Transgredir, es decir, salirse de ese canon y penetrar a ese *index* fue lo que permitió el desarrollo de la cultura de las mujeres.

Padres, maridos, sacerdotes, profesores, escritores, pensadores y aun los intelectuales más «liberales», aconsejaban, aprobaban, prescribían y proscribían las lecturas: por un lado las «apropiadas» y por el otro las «inconvenientes». El discurso androcéntrico es que debían vigilar que esas lecturas no corrompieran el corazón y el espíritu de las mujeres; que esas lecturas no atentaran contra su castidad, su pureza, su debilidad; lecturas que, como es obvio, no tenían el poder de dañar a los hombres porque éstos eran más fuertes, más inteligentes, más capaces. En *Amor y Occidente*, Denis de Rougemont cita al ubicuo Nietzsche en este tema y su coincidencia con Kierkegaard: «hay que escoger entre criar libros o criar niños». Como es obvio, los hombres escogen criar libros y les dejan la tarea de criar niños exclusivamente a las mujeres.

Mucho más allá del siglo XVIII las lectoras seguían siendo consideradas personas vulnerables a la palabra escrita: personas sin criterio ni juicio que se podían dejar engatusar por ideas ajenas a su abnegación, su entrega y sumisión incondicional al marido, los padres, los hijos y el hogar. Por ello, los preceptores de todo tipo establecían lo que debían leer y lo que no. Había libros buenos (adecuados) para ellas, y otros muy malos para su salud mental y espiritual. Y, como era de esperarse, casi todos esos libros (lo mismo buenos que malos) estaban escritos por hombres, y muy rara vez por mujeres, pero aun en este caso eran libros doctrinarios que aprobaban los hombres.

Lo mismo en Europa (cuna de la cultura occidental) que en los demás continentes, cuando las mujeres acceden a la cultura escrita, y especialmente a la lectura de libros, se establecen filtros desde el poder (obviamente masculino) para que los libros que llegan a sus manos y a sus ojos sean los «adecuados». Lo mismo ocurrió en Inglaterra que en Alemania, lo mismo en Francia que en España, y lo mismo en Estados Unidos o en México.

En México, si dejamos atrás la historia de la evangelización que tenía al catecismo cristiano como medio alfabetizador y como mecanismo de control religioso y formación moral, veremos que incluso hombres de letras e intelectuales de avanzada siguen manteniendo ideas paternalistas sobre el concepto de «educación de la mujer». Caso particular el de Manuel Payno (1810-1894), autor de *El fistol del diablo* y *Los bandidos de Río Frío*, entre otras obras con las que incursiona en el folletín.

Pues bien, este meritorio escritor mexicano del siglo XIX creía tener ideas avanzadas sobre la educación de la mujer, pero como lo documenta muy bien Anne Staples («La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente»), sus «actitudes y opiniones acerca de la lectura adecuada para una mujer pueden ser tomadas como representativas del punto de vista de un sector importante de la opinión pública masculina». En otras palabras, sus actitudes y opiniones eran las actitudes y opiniones del poder cultural masculino.

Citado por Staples, Payno sentenciaba: «Una mujer que no sabe coser y bordar, es como un hombre que no sabe leer ni escribir». A veces ironizaba, y en sus ironías dejaba ver sus prejuicios al desnudo: «Hay mujeres que les causa hastío sólo ver un libro, y esto es malo. Hay otras que devoran cuanto novela y papelucho cae en sus manos, y esto es peor».

Staples muestra las grandes contradicciones intelectuales de Payno, pues si por un lado señalaba que «no hay ocupación más útil para toda clase de gentes que el leer», puesto que «el entendimiento se fertiliza, la imaginación se aviva y el corazón se deleita»; por otro lado, afirmaba que, en el caso de las mujeres, la lectura debía sujetarse a reglas precisas. Un hombre podía leerlo todo: desde Lutero, Bossuet, Bocaccio, Voltaire y Chateaubriand, no tenía límites porque daba por hecho su sólido criterio. Pero en el caso de la mujer, Payno era un feroz guardián de las puertas de la biblioteca. Escribía: «Una mujer no debe jamás exponerse a pervertir su corazón, a desviar a su alma de esas ideas de religión y piedad que santifican aun a las mujeres perdidas. Tampoco deberá buscarse una febril exaltación de sentimientos que la hagan perder el contento y tranquilidad de la vida doméstica».

Anne Staples describe del siguiente modo, y siempre citándolo, la febril labor «educativa» de Payno en relación con las mujeres: «Payno condenaba a las atrevidas que incursionaban en esos campos peligrosos. “Una mujer que lee indistintamente toda clase de escritos, cae forzosamente en el crimen o en el ridículo. De ambos abismos sólo la mano de Dios puede sacarla”. En tono moralista, proseguía Payno: “Mujer que lee las *Ruinas* de Volney, es temible. La que constantemente tiene en su costurero a la *Julia* de Rousseau y a *Eloísa y Abelardo*, es desgraciada. Entre la lectura de las *Ruinas* de Volney y la de *Julia*, es preferible la de novenas”, es decir, ninguna de las dos».

Payno proscribía a las mujeres toda lectura de libros románticos: «Siempre que oigáis decir de una obra que es romántica, no la leáis; generalmente lo que se llama romántico no deben leerlo ni las doncellas ni las casadas, porque siempre hay en tales composiciones maridos traidores, padres tiranos, amigos pérfidos, incestos horrorosos, parricidios, adulterios, asesinatos y crímenes, luchando en un fango de sangre y lodo». ¿Y qué era lo que, contrariamente, prescribía? Los clásicos españoles (el *Quijote*, *El Lazarillo de Tormes*, *El diablo cojuelo*, el *Guzmán de Alfarache*), las obras de Walter Scott y las poesías de Navarrete, Ochoa, Pesado y Ortega; todo aquello que puede ser leído, sin peligro, «por las niñas tiernas, por las castas doncellas y por las virtuosas casadas».

La idea de que los libros corrompen el corazón, el espíritu y el cerebro es una idea

eminentemente religiosa, siempre asociada al poder. La misión del filtro masculino en las lecturas de las mujeres era «ilustrar su espíritu sin corromper su corazón», según palabras de la época. Pero los términos con los que califica Payno a las mujeres disidentes de sus recomendaciones (ridículas, temibles, desgraciadas) delatan un temor inocultable: las mujeres que leen *lo que no deben leer* son peligrosas.

O, para decirlo con palabras de Sara Sefchovich en relación con este estereotipo de la misoginia *protectora*: «Los modos de comportamiento que se supone corresponden a las mujeres muestran sólo dos posibilidades: o se es dulce, suave, trabajadora, fiel, madre amorosa y esposa abnegada, o se es una traidora, simuladora, rastrera, ambiciosa, explotadora, manipuladora y zorra. La mujer no es un ser humano en sí misma, sino en función de cómo se porta con los demás, que la clasifican como buena o mala, santa o puta, salvadora o perdición. Es pues, un objeto que se ve desde el punto de vista de su uso y de la felicidad o infelicidad que proporciona al hombre, y como tal se le cataloga entre los diversos objetos que socialmente conviene tener, poseer y hasta presumir o esconder, pero usar y gozar».

En 1946, en Suiza, Paul Morand escuchó decir a Coco Chanel: «Hace falta mucha valentía para no ver a las mujeres como diosas». Y es que incluso cuando las mujeres son elevadas a la categoría de diosas «seductoras» y representan una «tentación» (de acuerdo también a la versión histórica masculina, ya que son los hombres los que han narrado la mayor parte de la historia), o son viciosas o son destructivas, como bien lo hace notar Jane Billingham: «o sus encantos pueden distraer al hombre de su importante tarea de gobernar el mundo». Por ello, concluye la investigadora, «el modo de presentar a las tentadoras depende de la confianza que tengan los narradores en la supremacía masculina. Cuando los hombres se sienten seguros, las tentadoras son fuertes y están llenas de vida. Cuando los hombres se sienten débiles, las tentadoras son crueles depredadoras con mentes caóticas». De cualquier forma son «inconvenientes» (porque siembran el caos en donde antes había sólo recta inteligencia), capaces incluso de desviar los altos pensamientos de Aristóteles y ponerlo a gatear y a suplicar por deseos carnales, como cuenta el poeta normando Henri d'Andeli que hizo Filis con el anciano filósofo al que ensilló y montó como si de un caballo se tratara. ¡Qué mejor muestra para probar que las mujeres debilitan el pensamiento!

Todo lo anterior quizá se resuma en el lúcido señalamiento que hizo Rosario Castellanos en las primeras páginas de su libro *Mujer que sabe latín*: «La mujer, a lo largo de los siglos, ha sido elevada al altar de las deidades y ha aspirado el incienso de los devotos. Cuando no se la encierra en el gineceo, en el harén a compartir con sus semejantes el yugo de la esclavitud; cuando no se la confina en el patio de las impuras; cuando no se la marca con el sello de las prostitutas; cuando no se la doblega con el fardo de la servidumbre; cuando no se la expulsa de la congregación religiosa, del ágora política, del aula universitaria». Concluye Castellanos que el poder masculino anuló por mucho tiempo, sobre todo, el intelecto de la mujer, a cambio de cantar su belleza, con un planteamiento misógino-racista: «¿Para qué gastar la pólvora en infiernos y querer inculcar, donde es imposible y superfluo, la cultura?»

¿Lecturas PARA MUJERES?

El prejuicio lleva al estereotipo, y el estereotipo (que tiene un carácter inmutable) lleva a creencias que no admiten refutación. En la historia de estos estereotipos se incluyen los «libros o lecturas para mujeres», como los puede haber también para niños, para jóvenes, etcétera, siempre con la arrogancia prejuiciosa de que el «para» autoriza aquello que pregona.

En este terreno hay una larga historia en la que no nos extenderemos aquí, pero baste mencionar un ejemplo paradigmático en México: las famosas *Lecturas para mujeres* (1924), de Gabriela Mistral: una obra que recoge trozos selectos de la literatura de autores de diversas épocas, destinados especialmente a las mujeres. Este libro es el resultado de la primera estancia de casi dos años que tuvo la escritora chilena en México, a raíz de una invitación de José Vasconcelos, en un país que acababa de pasar por una larga y sangrienta lucha armada y que, a decir del Secretario de Educación Pública, estaba tan hambriento de pan como de cultura.

Los esfuerzos pueden ser nobles y bienintencionados, pero ello no les quita que puedan ser también estereotipados a partir de los prejuicios. Gabriela Mistral tenía también una visión no exenta de prejuicios en relación con lo que «convenía» leer a las mujeres. Y, aunque habla por voz de su propia experiencia, se propuso este libro de «lecturas femeninas» bajo el siguiente argumento: «He observado en varios países que un mismo Libro de Lectura se destina a hombres y mujeres en la enseñanza primaria y en la industrial. Es extraño: son muy diferentes los asuntos que interesan a niños y niñas. Siempre se sacrifica en la elección de trozos la parte destinada a la mujer, y así, ella no encuentra en su texto los motivos que deben formar a la madre. Y sea profesionalista, obrera, campesina o simple dama, su única razón de ser sobre el mundo es la maternidad, la material o la espiritual juntas, o la última en las mujeres que no tenemos hijos».

Mistral considera que «a la mujer antigua, hay que reconocerlo, le faltó cierta riqueza espiritual por causa del unilateralismo de sus ideales, que sólo fueron domésticos», pero no menciona siquiera las condicionantes históricas y sociales, y en cambio insiste en que «la forma del patriotismo femenino es la maternidad perfecta», de ahí que «la educación más patriótica que se da a la mujer es, por lo tanto, la que acentúa el sentido de la familia».

No ignora Mistral que «ya es tiempo de iniciar entre nosotros la formación de una literatura femenina, seria», pero insiste tanto en la maternidad como la misión más alta de la mujer («cuando te cuenten, madre mexicana, de otras mujeres que sacuden la carga de la maternidad, que tus ojos ardan, porque para ti todavía la maternidad es el profundo orgullo»), que *Lecturas para mujeres*, con el estereotipo ya mencionado, resulta más un

libro conformista que emancipador.

La mayor parte de los textos de *Lecturas para mujeres* están escritos por hombres y, los que no, son de Juana de Ibarbourou, María Monvel, Ada Negri, Juana Borrero y los de la propia Gabriela Mistral que son los más abundantes. Una especial predilección por John Ruskin y Rabindranath Tagore guían el tono del libro. Y no es casual que el texto inicial sea «Misión de la mujer», de Ruskin, con el cual es coincidente Gabriela Mistral, aunque el escritor inglés diga cosas como las siguientes: «El poder del hombre es activo, progresivo, defensivo. Es propiamente el actor, el creador, el descubridor, el defensor. Su intelecto está orientado hacia la especulación y la invención; su energía hacia la aventura, la guerra y la conquista, dondequiera que la guerra es justa, dondequiera que la conquista es necesaria. Pero el poder de la mujer es para el gobierno, no para la batalla, y su inteligencia no es para la invención o creación, sino para el buen orden, arreglo y decisión». Dicho, en síntesis, el hombre crea e inventa y la mujer no. Bien haría en no salir de su casa. «De la casa regida por ella», insiste Ruskin. Y la creadora Gabriela Mistral, paradójicamente viajera y emprendedora, coincide con él.

La mujer existe para ser sometida o celebrada por el hombre. Tiene siempre un papel pasivo: es una madre o es una flor. Así lo vio también Sören Kierkegaard, quien en el *Diario del seductor*, pone en el pensamiento de Don Juan, su *alter ego*, la siguiente meditación: «El “ser” de la mujer —la palabra “existencia” expresaría demasiado, porque la mujer no tiene vida propia— es comparada por los poetas a una flor, expresión que recuerda la vida vegetal; y, realmente, en ellas hasta el espíritu tiene algo de vegetativo». No hay mucha diferencia entre esta mirada y la de Ruskin.

No juzgamos anacrónicamente, sino que exponemos que el espíritu de un libro como *Lecturas para mujeres* está guiado por la visión eminentemente masculina de la época. Ruskin describe cómo *debe ser* la mujer, y Mistral lo aprueba: «Debe ser paciente, incorruptiblemente buena, instintiva, infaliblemente sabia: sabia, no para su propio provecho, sino por la renuncia de sí misma; sabia, no de modo que se haga superior a su marido, sino de modo que no pueda nunca faltar a su lado; sabia, no con la mezquindad del orgullo insolente y sin amor, sino con la nobleza apasionada del sacrificio modesto infinitamente variable por ser de utilidad infinita».

Aunque el libro contiene textos bellos y amenos, lo que priva en él es la intención moral que, sin embargo, no parece favorecer en absoluto la redención de las mujeres, sino, por el contrario, fortalecer su convencimiento de resignación. Es más una guía de cómo portarse bien para ser virtuosa, que un libro para ampliar el horizonte intelectual. Y, como toda guía, tiene mandamientos. «Harás, pues, de la serenidad una de tus virtudes, y con ella protegerás la paz interior de tu casa y de los tuyos... Cuando el orgullo flamee en ti, piensa que los hijos son espectadores, y hallarás fuerzas imprevistas para vencer y suavizar la situación».

Pero no olvidemos que, décadas antes, el noble e inteligente José Martí, cuando publica, en 1889, *La Edad de Oro*, el periódico de recreo e instrucción destinado a los niños de América, dice de entrada: «El niño nace para caballero, y la niña nace para madre. Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos,

con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres».

En la mirada de Martí hay un matiz que oscila entre la equidad y la conveniencia masculina. Y es éste: «Las niñas deben saber lo mismo que los niños, para poder hablar con ellos como amigos cuando vayan creciendo; como que es una pena que el hombre tenga que salir de su casa a buscar con quien hablar, porque las mujeres no sepan contarle más que de diversiones y de modas». Nuevamente, en el estereotipo y el prejuicio, la nobleza de la pedagogía insiste en lo que las mujeres deben hacer para que los hombres no tengan que salir de su casa para buscar con quién conversar de cosas serias.

Con estos antecedentes, y con la historia recorrida así sea brevemente, habría que preguntarnos antes que cualquier cosa si existen, exclusivamente, libros y lecturas para mujeres. No hacemos esta pregunta en un sentido de mercado editorial, porque es obvio que ese mercado sabe poner etiquetas a sus productos: libros para niños, para jóvenes, para mujeres, para ejecutivos, para ejecutivas, etcétera.

De lo que hablamos es de si, realmente, esas etiquetas tienen algún sentido. Parece que no, pues las mujeres no sólo leen libros escritos por mujeres o sobre temas o asuntos femeninos; aunque incluso en Francia, hoy, como se encarga de documentarme Michèle Petit, la editorial Harlequin (fundada en Toronto, pero que pertenece en un 50% a la editorial francesa Hachette) se especializa en «novelas de amor» escritas «a destajo» y supuestamente destinadas a mujeres de medios populares. Estas novelas no se distribuyen en librerías tradicionales, sino que se encuentran en los supermercados. De ellas se venden, cada año, sólo en Francia, cincuenta millones de ejemplares. «Se han escrito incluso ensayos sobre las lectoras (o lectores) de esas novelas, entre ellos el de un sociólogo, Bruno Péquignot, que declaró su gusto por este tipo de libros en un seminario muy serio», me explica Petit.

Las etiquetas (libros para mujeres, obras de temas femeninos, etcétera) pueden no gustar, pero en su investigación *La lectura en Francia durante el siglo XIX*, Jean-Yves Mollier afirma que, con el nacimiento de la industrialización literaria, «los autores de las series sentimentales entre los cuales hay varias mujeres, Delly, Max du Veuzit o Maryan, supieron adaptar su estilo a las expectativas de sus lectoras, las cuales surgieron primero entre las revistas especializadas como *Le Petit Echo de la Mode* o *Veillées des Chaumières*, antes de volverse compradoras entusiastas de las series editadas por la librería Tallandier, que en el siglo XX, previo a la aparición de Harlequin en Toronto después de 1945, seguiría siendo uno de los editores de referencia en la materia».

Del modo que se le vea, lo que sí es notorio, como afirman Anne-Marie Chartier y Jean Hébrard, es que «los lectores cultos del siglo XIX, obsesionados por los peligros de la lectura popular, imaginan que pueden guiar y orientar a los nuevos lectores» y, entre ellos, especialmente a las lectoras. En este punto, sin duda polémico, bien vale la acotación de Marina Colasanti, quien en una entrevista sobre la temática literaria femenina, le dice a su interlocutor Fanuel Hanán Díaz: «Sería necesario establecer qué

es, exactamente, “lo femenino”, limpio de estereotipos, despejado de capas culturales. Y qué es, en las mismas condiciones, “lo masculino”. Sin eso, la pregunta [sobre cómo reconocer la impronta femenina en la escritura] puede convertirse en una trampa para nosotros dos».

Es obvio que a los editores no se les ha ocurrido una colección de *Lecturas para hombres*, porque dan por sentado que los hombres leen de todo y no se cuestionan la «masculinidad». A decir de Colasanti, en los siglos XVIII y XIX «lo femenino estaba bien reglamentado, no había ninguna dificultad para decir ahí está. Pero hoy en día, cuando las mujeres no somos más una masa humana con modelos establecidos, sino individuos legítimos, ¡qué difícil se ha vuelto ese discurso!»

En el caso de las escrituras y no únicamente de las lecturas, Colasanti sostiene que un hombre escribe distinto de una mujer, como escribe distinto de otro hombre. Más aún, y regresando a la cuestión histórica: «Todos los hombres no escriben de la misma manera, todas las mujeres no escriben de la misma manera. Difícilmente la escritura de todos los hombres presentaría las mismas diferencias en confrontación con la escritura de todas las mujeres. Incluso porque, cuando las mujeres empezaron a escribir literatura, tenían como único modelo posible la escritura literaria de los hombres. Un modelo apretado, en el que se veían limitadas por la crítica y por la sociedad, con una serie de restricciones de temática y de forma. Su primer esfuerzo, entonces, fue derrumbar esas restricciones y establecer aquello que podríamos llamar “igualdad de derechos en la escritura”. Tan solo después podrían empezar la búsqueda de su propia voz. Y eso fue, históricamente, muy reciente».

Quizá esta brillante respuesta de Colasanti explique en buena medida la insistencia de la etiqueta «libros o lecturas para mujeres», pero también, no en menor proporción, el hecho de que la industria editorial está regida por una buena cantidad de hombres y mujeres que creen en los llamados «nichos de mercado».

Que la reflexión y el debate sobre los valores de la escritura femenina no está zanjado del todo, lo prueba lo siguiente, también en voz de Colasanti: «Todavía algunas escritoras siguen declarando que no existe ninguna diferencia, que la escritura es tan solo una, sea de hombres o de mujeres; que el secreto de la literatura es exactamente la capacidad de trasladarse de un universo a otro. Los hombres no parecen interesados en esta cuestión. Mi convicción más honda y personal es que la escritura puede ser la misma, o sea, puedo utilizar los mismos mecanismos, con idénticas palabras. Pero la mirada con la que hombres y mujeres vemos el mundo es diferente, como son diferentes los cuerpos, como son diferentes las hormonas, como es diferente la utilización del cerebro. Y la escritura literaria se hace, sí, con palabras, pero vive de la mirada».

Ya en su famosa conferencia de 1996, «Porque nos preguntan si existimos», presentada en el Seminario Entre Resistir e Identificarse, en la Universidad de Illinois, Colasanti enfatiza que cuando alguien (generalmente un hombre) le pregunta si existe la literatura femenina, se declara ofendida y, en vez de responder, lo que hace es cuestionar la pregunta. En este cuestionamiento no deja de mencionar el estereotipo histórico que han padecido las mujeres.

Sostiene: «Cuando alguien me pregunta si existe una literatura femenina, sé hoy que quien está haciendo la pregunta no es ese alguien (los individuos no hacen preguntas de modo tan simétrico y unísono); quien está preguntando es la sociedad. Y a estas alturas ya tengo elementos para creer que la sociedad no quiere saber si existe una literatura femenina. Lo que quiere es poner en duda su existencia. Al preguntarme, sobre todo a mí, a una escritora, si lo que hago existe realmente, está afirmando que, aunque pueda existir, su existencia es tan débil, tan imperceptible que es muy probable que no exista».

Y añade: «Aquello de que se duda está bajo sospecha. Está en suspensión. Mientras la pregunta sea aceptada, la duda lo será también. Y nuestra literatura, la literatura de las mujeres, estará suspendida en el limbo, en un espacio intermedio entre el paraíso de la plena literatura y el infierno de la ausencia de escritura. Pero, ante todo, estará en un espacio que, no siendo el suyo verdadero, sólo puede ser un espacio del plagio, de la copia. Un espacio claramente ubicado detrás del espacio literario cuya existencia nadie discute: el masculino».

La lógica con la que Colasanti desarma la pregunta no puede pasar inadvertida a ningún lector atento: ¿quién se pregunta si existe la literatura masculina o hecha por hombres?, ¿quién busca elementos masculinos en la literatura hecha por hombres?, ¿se preguntan acaso los escritores varones si lo que hacen existe? En general, a los hombres estos asuntos nunca les han preocupado, y es obvio por qué: atávicamente, la historia siempre ha estado escrita en masculino. Una y otra vez reaparecen los prejuicios.

La duda se vuelve una descalificación. Y, como bien advierte Sara Sefchovich, en el caso de la literatura hecha por mujeres, cuando ya no se pudo ocultar que existía, puesto que tenía éxito, muchísimas ventas y muchísimos lectores, se inventó un término para descalificarla: el término *light* que define lo ligero, lo bajo en calorías, pero también lo banal, lo frívolo, lo menor, lo comercial, frente a la «verdadera literatura» hecha por hombres, desde los clásicos hasta los libros de éxito pero escritos por Umberto Eco o Patrick Süskind.

Si la legitimidad literaria del canon establecido no se entiende por sí misma, el poder cultural procede a deslegitimar al intruso (en este caso a la intrusa). *Es* pero no existe; parece literatura, pero *no lo es*. En este sentido, para el poder cultural androcéntrico, lo *light* en literatura es lo que hacen las mujeres (¿*antiliteratura*?) lo demás es literatura a secas o gran literatura. *Light* es un adjetivo descalificativo, pero, «cosa interesante — concluye Sefchovich—, sólo se le aplicó a las mujeres, pues aunque un García Márquez vende mucho, a él no lo calificaron así».

La conclusión a la que llega Marina Colasanti es también meridianamente lógica: «Las escritoras tienen plena conciencia de que aún hoy un fuerte prejuicio tiende a teñir de rosa cualquier obra de literatura femenina. A pesar de la ola de los años sesenta, que acogió los escritos de las mujeres en un grande y esperanzado movimiento, no logramos vencer la barrera. El prejuicio subsiste. Ciertas investigaciones demuestran que basta la palabra “mujer” en un título para espantar a los lectores hombres y entibiar el entusiasmo de los críticos».

Carlos Lomas es de la misma opinión: y advierte que «los estudios sobre el sexismo

en la lengua se han ocupado de investigar cómo tratan (y maltratan) algunos usos lingüísticos a las mujeres con el fin de iluminar de qué manera contribuye el lenguaje tanto a la dominación masculina como al menosprecio y a la ocultación de las mujeres en los escenarios de las palabras». Sin embargo, aclara que «no existe una manera única y excluyente de ser mujer y de ser hombre sino mil y una maneras diversas de ser hombres y de ser mujeres en nuestras sociedades en función no sólo del sexo de las personas, sino también de su grupo social, de su edad, de su ideología y de sus creencias, de su raza, de su capital cultural, de su estatus socioeconómico, de su orientación sexual, de sus estilos de vida, en definitiva, de sus maneras de entender (y de hacer) el mundo y las relaciones con los seres humanos».

Este matiz es muy importante, pues —como lo señala Sara Sefchovich— no es el género lo que determina nuestra interpretación del mundo, sino la forma en que miramos las cosas. No hay que olvidar la larga historia de opresión que han padecido las mujeres, pero tampoco hay que caer en el simplismo discursivo de lo políticamente correcto que se ha vuelto moneda corriente lo mismo entre hombres que entre mujeres, alcanzando incluso la hipocresía o el cinismo de gobernantes y funcionarios varones que, cada 8 de marzo (Día Internacional de la Mujer), simbólicamente, ensalzan los valores femeninos y hablan en nombre de la equidad, aunque las mismas mujeres cercanas a ellos (madres, esposas, amantes, hijas, colaboradoras, subordinadas, etcétera) los desmientan, en acto, todos los días.

Lo realmente cierto es que no hay una única forma de ser «mujer», como tampoco hay una única forma de ser «hombre». O, para decirlo con palabras de Simon Blackburn, «mientras los hombres estén en una posición social y económicamente dominante, es probable que sean ellos quienes objetiven la mayoría de las veces a las mujeres. En el brutal mundo capitalista puede resultar fácil pensar que todo tiene un valor monetario y que puede ser comprado o vendido. Pero el egoísmo y la insensibilidad no son monopolio de nadie, y también pueden ir en dirección contraria».

Lectoras: ESTE LIBRO

A lo largo ya de muchos años y varios libros he venido reflexionando sobre el mundo del libro y la lectura. Pero nunca me había aventurado a entrar tan específicamente en el universo de las lectoras. Sin embargo, sentí que no podía escribir acerca de ellas desde una equívoca generalización y decidí que ellas mismas hablaran.

Una frase de Marina Colasanti me animó a formularle a todas mis entrevistadas una serie de preguntas, quizá muy obvias, a fin de tener un espectro más o menos amplio, en México, sobre el quehacer lector de las mujeres. La frase es la siguiente: «Si los hombres y las mujeres usan el cerebro, al hablar, de distinta manera y si, como todo parece

indicarlo, lo usan también de diverso modo para leer, parece apenas lógico que lo usen de manera diferente para escribir».

Con este punto de partida me pareció evidente que yo no podía hablar de las lectoras, sino tan solo de su historia, y comprender, y hacer ver a los demás lectores, de qué está hecha esa historia: una historia de poder y de prejuicios en la que participan incluso los más inteligentes, los más racionales, los más bienintencionados y nobles, pero también, esto es lo cierto, los más de ellos varones.

No digo aquí que el mundo de las mujeres sólo puede ser entendido por las mujeres ni que el universo masculino sólo pueda ser entendido por los hombres. Coincido con Colasanti y Sefchovich en su afirmación de que todo estriba en las formas de mirar, pensar y sentir (y ponernos en el lugar del otro), pues de otra forma ni Flaubert ni Tolstoi hubieran podido dotar de profundidad espiritual y trágica a Emma Bovary y Ana Karenina; ni Virginia Woolf, por su parte, hubiera conseguido el rico juego de matices, significados, ironías y estados de ánimo de Orlando, ya sea como hombre o como mujer. Esto prueba, como lo dice Michèle Petit, que más allá de clichés, los lectores, sean hombres o mujeres, saben que «la bisexualidad psíquica es propia de cada ser humano», pero prueba también que todos hablamos desde nuestra muy particular situación y especial condición en el mundo. O, para decirlo con palabras de Julia Kristeva: «Lo esencial, para una mujer, aparece como lo que se comparte con otras mujeres».

Otra vez, cito a Colasanti: «Escribir, se ha dicho infinitas veces, es asumir todas las formas, es ser hombre y ser mujer, es ser animal y piedra. El escritor, como el dios marino Proteo, es una criatura cambiante. Pero Proteo cambiaba sólo de apariencia, para protegerse de los otros; el escritor, en cambio, busca en la metamorfosis la esencia, para entregarse. Y lo que siento en mí, cuando frente a la computadora busco la esencia del hombre, la esencia profunda del animal y de la piedra que me permitirá escribirlos, lo que siento intensamente es que la busco dentro de mí, a través de mí, a través de mi propia y más profunda esencia. Y que ella es, antes que nada, una esencia de mujer».

Algo parecido sucede con los lectores. Si más que leer, como una abstracción, lo que hacemos es *leernos* en los libros, ninguna lectura es igual, pero especialmente hombres y mujeres buscamos y encontramos cosas diferentes en los libros. Que la mirada de una mujer no es igual a la mirada de un hombre, cuando se asoman al mundo, tendría que ser una obviedad. Pero incluso lo que parece obvio no siempre lo es para todos. Mujeres hay, como aquellas sobre las que ironiza Simone de Beauvoir, en *El segundo sexo*, cuya idea de reivindicación femenina reside, paradójicamente, en ser y estar exitosamente entre varones, en ser incluso como ellos y en dejar de ser consideradas «mujeres». Olvidan lo esencial, que es necesario reiterar: «todo ser humano concreto se encuentra siempre singularmente situado».

Al igual que los lectores admiramos las obras escritas por mujeres, la lógica y la experiencia nos dicen que la educación sentimental e intelectual de las lectoras está llena de autores y no únicamente de autoras. El asunto no es sólo qué leen las mujeres, sino cómo leen y por qué. Conocer de viva voz lo que piensan sobre el libro y la lectura, sus inicios como lectoras, sus reticencias y afirmaciones, entre otras cosas, es el propósito de

este libro de reflexiones y testimonios.

En México, Rosario Castellanos agrupó en *Mujer que sabe latín* la mayor parte de sus textos dedicados a la creación literaria y al pensamiento de las mujeres, desde Santa Teresa y Sor Juana hasta Simone de Beauvoir y Natalia Ginzburg, pasando obviamente por la infaltable Virginia Woolf y un largo etcétera en el que caben lo mismo Isak Dinesen, Simone Weil, Doris Lessing, Lilian Hellman, Eudora Welty, Flannery O'Connor, Clarice Lispector, Mercè Rodoreda y hasta Corín Tellado. Pero, también, escribe, en una sección de su libro *Poesía no eres tú*, sus «Diálogos con los hombres más honrados», en los que rinde homenaje a Porfirio Barba Jacob, Pablo Neruda, Miguel Hernández, Juan Ramón Jiménez, Simón Bolívar, Luis de Góngora, Ramón López Velarde, Rubén Darío, Antonio Machado y Federico García Lorca. Y aunque acepta de principio la etiqueta de «poetisa», confiesa su escalofrío de sólo imaginar que la pongan en la misma estancia estereotipada donde se hallan Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni, pues «no es precisamente lo mismo —dice—. No quisiera yo resignarme a que fuera lo mismo». Todo lo cual también revela que el modo de mirar el mundo no sólo es distinto entre lector y lectora, sino también entre lectora y lectora. «Hay lectoras y hay lectoras», dice sarcásticamente Simone de Beauvoir, lo cual quiere decir también que hay mujeres y hay mujeres.

¿No acaso Marguerite Duras confiesa, en su libro *Escribir*: «Las grandes lecturas de mi vida, las sólo mías, son las escritas por hombres. Michelet, Michelet y más Michelet, hasta las lágrimas. Los textos políticos también, pero menos: Saint-Just, Stendhal y, curiosamente, Balzac no. El texto de los textos es el Antiguo Testamento»? En efecto, hay lectoras y hay lectoras. Y es esto, fundamentalmente, lo que quiere mostrar este libro.

Por lo demás, hay una cosa importante que revelan las investigaciones culturales: en todo el mundo, las mujeres leen hoy más que los hombres. Pero no porque no tengan nada que hacer, como suele decirse para restar importancia, una vez más, a sus capacidades, sino porque leen más a pesar de tener menos tiempo disponible (a veces tienen una carga de trabajo superior a la del hombre) y a pesar, también, de que las dos terceras partes del analfabetismo mundial están representadas por mujeres, como bien lo consigna Colasanti.

Según datos de las investigaciones en Francia, «de cada diez lectores de novelas, siete son mujeres». Por enésima ocasión cito a Colasanti: «Las mujeres no sólo son las que más leen; son también las que más compran libros escritos por mujeres. Y el número de escritoras, que ciertamente escriben tan bien como los escritores, está creciendo en el mundo. El prejuicio ha logrado mantener la mayor parte de ese continente femenino en un segundo plano. No es difícil advertir que, si se retira el prejuicio, habría un considerable avance femenino».

Con datos duros, Michèle Petit aventura que el futuro de los libros depende del futuro de las mujeres, pues «según los resultados de la última encuesta sobre las prácticas culturales de los franceses, realizada en 2008, se nota que el abandono del mundo del libro es un fenómeno mayoritariamente masculino».

Estos diálogos con quince extraordinarias lectoras son más que reveladores, y aunque soy consciente (no se trata de fingir ingenuidad) de que, al ser formuladas por una voz masculina, las preguntas adquieren una particular intención, lo más importante, creo yo, es que las voces que más se escuchan son las de ellas. La voz del que pregunta tiene la única finalidad de hacer emerger las otras voces mediante las cuales es posible cuestionar, y comprender, múltiples cosas que no sólo los lectores, sino también muchas lectoras, dan irrefutablemente por sabidas.

Ciudad de México, 8 de mayo de 2012

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a las entrevistadas su disposición y gentileza ante mis preguntas, algunas tal vez impertinentes por obvias, pero, a mi juicio, necesarias, porque, como pude comprobar, las respuestas no son siempre tan predecibles e incluso muchas veces resultaron inesperadas al menos para mí. Uno de los mayores problemas de generalizar es la falsa creencia de que *todos* entendemos o debemos entender lo mismo cuando hablamos de algo.

Me queda claro que, socialmente, siempre es más atrevido preguntar que responder. Y a veces este atrevimiento se considera insolencia, necedad o grosería. Así me parece que lo entiende, por momentos, y no siempre con plena razón, la admirable Marina Colasanti, a quien una pregunta impertinente le da pie para escribir todo un brillante ensayo, *Porque nos preguntan si existimos*, que, sin embargo, no fundamenta del todo el plural mayestático a juzgar por los distintos y muy opuestos puntos de vista de las propias mujeres que escriben en relación con el concepto «literatura femenina». Señala Colasanti que ante la pregunta de si existe la «literatura femenina», ella se siente ofendida. Pero he podido comprobar que no reaccionan así (con sentimiento de ofensa) todas las escritoras, y algunas de ellas ni siquiera tienen interés en reivindicar dicho concepto.

Cada entrevistada eligió la forma de responder, ya sea por escrito o verbalmente, pero en ambos casos todas tuvieron la oportunidad de ver la última versión de nuestras conversaciones presenciales o virtuales e hicieron sugerencias, cambios, añadidos o precisiones. También se dieron los casos híbridos: una primera versión por escrito y luego el complemento verbal, para después integrar todo y, a partir de un texto único, revisar, modificar, ampliar, omitir, matizar, etcétera. Algunas entrevistas virtuales se hicieron por entregas que luego se ensamblaron en un texto final que revisamos y afinamos. Asimismo, cada quien respondió con la amplitud o la parquedad que quiso, pues nunca se planteó una limitación en este sentido.

Todas las entrevistas se realizaron entre enero y abril de 2012. Consigno las fechas de las últimas y definitivas versiones aprobadas por las entrevistadas:

Sabina Berman: *14 de enero.*
Carmen Boullosa: *9 de marzo.*
Dolores Castro: *16 de febrero.*
Martha Chapa: *7 de marzo.*
Beatriz Espejo: *17 de febrero.*
Margo Glantz: *31 de enero.*
Bárbara Jacobs: *22 de enero.*
Ethel Krauze: *18 de marzo.*

Mónica Lavín: *16 de enero.*
Silvia Molina: *26 de enero.*
Elena Poniatowska: *7 de enero.*
Cristina Rivera Garza: *4 de marzo.*
Sara Sefchovich: *13 de abril.*
Carmen Villoro: *21 de abril.*

Mi conversación virtual con Michèle Petit se llevó a cabo el 7 y el 10 de febrero y, además de las respuestas que incluyo en el epílogo, me proporcionó datos de gran importancia para mi investigación. Desde que me planteé la escritura de un libro cuyo tema fuera el de las lectoras, supe que tendría que recurrir a Michèle, y le agradezco siempre que, con gentileza y amistad, comparta lo mucho que sabe al respecto.

En cuanto a las protagonistas del libro, sólo puntualizaré que en tres casos mis invitaciones no prosperaron. Insistí lo suficiente hasta recibir una respuesta negativa o bien hasta que esa insistencia no recibió ninguna respuesta: lo que, razonable y prudentemente, tenía que interpretarse como un «no». A veces, la razón de un «no» es simplemente la falta de tiempo, pero también entiendo que no a todas las personas les gustan o siquiera les interesan las entrevistas, quizá por considerarlas invasivas o incómodas. Vale precisar, entonces, que quienes están en este libro, están de mil amores, para fortuna mía y de los demás lectores.

Me gustan y me interesan las entrevistas en la medida en que arrojan luz sobre aspectos que no conoceríamos de primera mano de no ser por la disposición y la participación de quienes aceptan el diálogo. Coincido con Stephen Vizinczey en que, si queremos conocer realmente a los escritores, más que leer las biografías que otros escriben acerca de ellos, hay que leer sus obras y sus memorias, autobiografías, entrevistas, cartas, notas, diarios, confesiones y demás páginas autobiográficas, pues los biógrafos suelen admirar o aborrecer tanto a sus personajes que terminan desfigurándolos y falseándolos, y a veces ni siquiera tienen la más remota idea de cómo fueron sus vidas en realidad. Las biografías suelen ser un género perteneciente a la ficción. Alguien dirá que lo mismo podría afirmarse de las autobiografías y las confesiones, pero la diferencia es que en estos casos el protagonista de la ficción es el autor mismo y no su secretario.

Agradezco al final, pero no al último, la oportunidad que me dieron mis editores Carlos Graef y Yeana González López de Nava de realizar el libro que yo deseaba hacer, con entera libertad y plena confianza. Sea dicho como un extraño o bizarro elogio —y parafraseando al editor Mario Muchnik cuando afirma que *lo peor no son los autores*— me parece justo reconocer, desde la otra orilla, que lo peor no son los editores. Mi agradecimiento también a Carlos Betancourt por el paciente y diestro cuidado editorial.

SABINA
BERMAN

Los libros enseñan a pensar largo

Los libros enseñan a pensar largo

A PROPÓSITO de la más reciente novela de Sabina Berman, *La mujer que buceó dentro del corazón del mundo* (2010), la gran escritora española Ana María Matute sentenció: «Me ha robado el corazón. Rebelde, incomprendida, genial; no puedo dejar de pensar en ella. Un relato inolvidable sobre la libertad y la diferencia».

Ya otros escritores habían advertido las singulares cualidades de la literatura de Sabina Berman, lo mismo acerca de su narrativa que de su poesía, su obra dramática y su análisis crítico sobre la realidad.

Cuando en 1990 apareció su primera novela, *La bobbe* (abuela, en yidish), Elena Poniatowska expresó: «Si con una escritora joven me identifico es con Sabina Berman. Me encandila, me enamora... *La bobbe* resultó una joyita de la literatura, y la historia del amor entre la abuela y su nieta una lección de vida».

Acerca de su teatro, siempre inteligente, provocador, estimulante, se ha dicho que abre nuevos caminos a la experimentación dramática; un teatro, sentenció Víctor Hugo Rascón Banda, que «hace felices a las mujeres y hace sonreír forzosamente a sus acompañantes masculinos».

Sabina Berman es escritora pero también es lectora desde la más tierna infancia. En lo mucho que tiene de autobiográfico *La bobbe*, recuerda el vínculo constante de sus abuelos con los libros: cómo leían y qué leían, y cómo los libros eran parte esencial de la vida cotidiana. Junto a los libros, en la mesa o en el buró, las tazas o los vasos: los libros como una necesidad igual que el té, igual que el agua.

La niña observa al abuelo y la escritora lo describe: «Lee el libro otra vez. Siempre el mismo. Un libro de hojas apergaminadas, con letras diminutas, hebreas. *La Guía de los perplejos*, de Maimónides. Años después sabré que al desayuno corresponde ese texto».

Años después, otros años después, tenemos este diálogo.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

La casa de mis padres, por las noches, se volvía una biblioteca. Ellos y los niños leíamos. En la sala, en el estudio, en la cama, en la tina. Yo pensé que era así en cualquier hogar. En mi dormitorio tenía mi propio librero. Hay quien cuenta borregos para quedarse dormida. Yo repasaba con la mirada los lomos de los libros, recordando sus historias,

para irme durmiendo y soñar otras historias.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

La Biblia, que estudié toda la primaria y la secundaria. Autor conocido. *Guía de los perplejos*, de Maimónides; *El lobo estepario*, de Hermann Hesse; *Eros y civilización*, de Herbert Marcuse; *Psicología de las masas bajo el fascismo*, de Wilhelm Reich, y *El origen de las especies*, de Charles Darwin.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

No especialmente. Fue en la escuela primaria donde noté que en casa de mis padres se leía más y mejor. Pero la universidad sí fue decisiva en la ampliación drástica del universo de los libros accesibles.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

Los libros enseñan a pensar largo. A pensar con conciencia de pensar. A pensar con modulaciones. A pensar ordenadamente y con belleza. A diseñar en geometrías el pensamiento.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

No necesariamente. *Mein Kampf* [*Mi lucha*], de Adolf Hitler, enseña a odiar con largueza y precisión y sin culpa. *Más allá del bien y del mal*, de Nietzsche, enseña a despreciar la razón y a admirar las alucinaciones. Un error del siglo XX fue pensar que cualquier historia era moral por el hecho de estar escrita. Falso.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

No debería haberlos. Yo leí *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, siendo muy niña y textualmente me encantó. Leí *Robin Hood*, en la versión de Howard Pyle, y me encantó. Luego descubrí que *Mujercitas* era «sólo» para niñas y *Robin Hood* para ambos géneros. Se llama discriminación: los libros con protagonistas mujeres suelen ser para mujeres y aquellos con protagonistas hombres son universales. Se llama discriminación. La mujer es un subgénero, un derivado del género normal; el hombre es el género universal y normal. Por tercera vez: se llama discriminación, y es algo de lo más despreciable de la especie humana.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO

«LITERATURA FEMENINA»?

Es un rubro que no me es útil. Está demasiado cargado de polémicas, de manera que al enunciarlo es luego necesario definir su uso en lo particular.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Mis libros están separados por temas o géneros literarios en ocho libreros. Cuatro están en mi casa y cuatro en mi estudio. Es una biblioteca donde puedo encontrar el libro que busco con rapidez. Está destinada a quedar trunca, porque ahora leo sobre todo, en mi iPad, libros electrónicos.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Ah, Sor Juana. Santa Juana. Santa de los escritores novohispanos. Sor Juana simboliza la excelencia posible del español de América y la posible excelencia de la escritura de una mujer. Su historia personal ha sido para mí una inspiración. En momentos de decisiones clave, ha sido mi guía.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Mi abuela no tuvo una habitación propia, excepto la cocina. Mi madre luchó por su consultorio de psicoanalista. Yo, gracias a ellas, desde los 17 años, cuando escapé de casa de mis padres, no tuve pudor en tener un departamento propio. Cocina, sala, tres habitaciones, y un auto: una habitación rodante.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

Debería estar escrita la oración en pasado. Ya no es así. Gracias al feminismo y a las democracias. He tenido tres parejas estables y mi fin será hermoso, seguramente en el centro del mar, en un barco.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

Adoro de la literatura, la diversidad de géneros.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

Depende del libro y el lector.

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

Sí, pero es una diferencia superficial: la histórica del género.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

Ningún libro daña como una bala.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

En pantalla. Lamento la pérdida de «fiscalidad» de los libros electrónicos, pero adoro la rapidez con que se consiguen y la función de diccionario. En especial cuando leo en otro idioma que no es el español.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Sí. Pero en mi parte superficial.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

No recuerdo cuál. Acaso un artículo: «Contra la interpretación», de Susan Sontag.

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

El origen de las especies, de Darwin.

¿LOS HOMBRES, LAS PREFIEREN BRUTAS?

La mayoría, sí. Por fortuna somos millones de habitantes y la minoría selecta que las prefiere inteligentes cifra cientos de miles.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Que describía su miembro masculino.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

Que son hombres castrados. Freud *dixit*.

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Que no sirve de nada.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

No sé si funcionan. ¿Funcionan? Las encuentro muy místicas. «Lee un libro y serás mejor»... No dicen «mejor» en qué sentido.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

Noooooooooooooooooooooo.

¿PARA QUÉ LEER?

Para pensar con riqueza y belleza. Para salir del pequeño Yo y ser Muchos. Para entretenerse en la actividad más evolucionada de la especie humana: alucinar: es decir, imaginar.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

Es tan largo como el futuro de la imaginación.

ALGUNOS LIBROS
DE SABINA BERMAN QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

Un grano de arroz, Seix Barral, México, 1994.
Amante de lo ajeno, Océano, México, 1997.
Puro teatro, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.
La bobo, Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
La mujer que buceó dentro del corazón del mundo, Planeta, México,
2010.

•

SABINA BERMAN
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Obra poética, Jorge Luis BORGES.
El origen de las especies, Charles DARWIN.
Tragedias, EURÍPIDES.
Obra poética, Octavio PAZ.
Poesía completa, Fernando PESSOA.
Rainbow Biology, Joan ROUGHGARDEN.

•

CARMEN
BOULLOSA

Los seres humanos traemos puesto el libro

*Los seres humanos
traemos puesto el libro*

ESCRITORA PROLÍFICA, culta, amena y diversa, Carmen Boullosa es autora de una obra narrativa atípica en las letras mexicanas, con ciclos o series de novelas que abordan lo mismo temas íntimos, personales, autobiográficos, que aspectos históricos y temas de aventuras, como el filibusterismo, la época colonial y la vida literaria.

Poeta, ensayista y dramaturga, además de novelista, se mueve con libertad y regocijo en todos los géneros que aborda, porque considera que el escritor, si lo es realmente, tiene la plena capacidad para habitar los mundos que se proponga, más allá de etiquetas y más allá de géneros.

En su autorretrato literario leemos: «Nací en la ciudad de México en 1954. Me convertí en escritora desde mi adolescencia; a los 16 ya no tenía duda de que yo era o poeta o cuentista. Empecé a publicar poemas. Soy novelista, poeta, dramaturga y en contadas ocasiones también he escrito ensayos. Mis primeras novelas tenían como protagonistas niñas. He trabajado después con distintos “mundos” —más creaciones literarias o personajes históricos— usándolos como escenario y punto de partida para reelaborar mis obsesiones, mis demonios. Necesito contar historias como una manera de entender la realidad, con los años se me ha hecho mayor esta tendencia, y menor la meditativa. Pienso en activo, digamos, y en cada vez más activo: necesito la fábula, el cuento. Así he visitado el mundo de Moctezuma a la llegada de los españoles (*Llanto, novelas imposibles*), el de los piratas del Mar Caribe que soñaron con la utopía igualitaria y socialista de los Hermanos de la Costa (*Son vacas, somos puercos*), el de Cleopatra, convirtiéndola en un personaje mítico y llevándola donde las amazonas (*De un salto descabalga la reina*), el de la batalla de Lepanto y el mundo literario de Cervantes, hurtándolo también a él mismo para una escena de la novela (*La otra mano de Lepanto*) en una novela sinfónica, de muchas voces, novela río, homenaje y juego con los poderes literarios protagonizada por la Gitanilla de Cervantes, Preciosa, narrada con una voz tomada del aliento de esa época en un marco monumental donde aparece la batalla de Lepanto, la revuelta de las Alpujarras, los caminos de Europa en esos años en los que los personajes literarios se mezclan con los que son de carne y hueso. No siempre trabajo con tópicos “históricos”. Escribí una novela situada en un imaginario Tabasco, tierra de mi madre y de mi abuela (*Treinta años*), otra en mi barrio de Brooklyn (*La novela perfecta*, pastiche de las novelas de literatura fantástica que yo amé como lectora joven,

la escuela de Bioy Casares y Borges), una más en la ciudad de México de los ochentas (*La Milagrosa*). Para mí, la novela es un territorio de exploración y fundación simultáneos, y la única manera de llevarlos a cabo es obligando al lenguaje a transportarnos. Mis novelas, como lo son muchas —desde el *Quijote*, no hay mejor ejemplo en todos sentidos— son metanovelas, pastiches, homenajes literarios, farsas y juegos y también narraciones-invencción al pie de la letra».

Roberto Bolaño la consideró «la mejor escritora de México», y dijo algo más, que no es poco: «Si tuviera que escoger una cocina literaria para instalarme allí durante una semana, escogería la de una escritora... Viviría muy a gusto en la cocina de Silvina Ocampo, en la de Alejandra Pizarnik, en la de la novelista y poeta mexicana Carmen Boullosa, en la de Simone de Beauvoir».

Como lectora y como escritora tiene por espacio sagrado la cama, pues afirma que «un libro no se lee igual afuera de la cama. La cama es un espacio sagrado. En la cama vivo la vida literaria. Lo de afuera de la cama es puro formulario y corrección. La cama es mi consejera y crítica. En la cama todo se pone a prueba».

«Soy mujer y soy hombre», afirma en un artículo de 2011, pues «escribo con mis dos costados». Aclara: «Es obvio que prefiero mi lado femenino». Pero lo que reafirma y enfatiza es que un escritor, si lo es, conoce la amplitud y la profundidad del mundo, y no se impone limitaciones. Su conversación, como su escritura, es más que elocuente.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Mi casa estaba siempre llena de libros. Pienso que esto fue un factor determinante. Mi papá era un lector voraz. Me recuerdo, pequeña, levantando la vista y mirando que mi papá siempre llevaba libros en las bolsas del saco, a diferencia de otros señores. Mi padre fue un lector caótico, pero apasionado: lo mismo leía a Borges que las publicaciones del *Reader's Digest*. Leía absolutamente todo, sin ningún tipo de pretensión intelectual. Y, por las noches, nos leía en voz alta a las hijas. Éramos tres —las tres mayores—, pero esto lo inició incluso antes de que naciera la menor, a la que yo le llevaba cinco años. El propósito de leernos era que nos durmiéramos. Mis hermanas se quedaban dormidas; yo no, porque lo que yo deseaba era seguir escuchándolo. Tenía un criterio para seleccionar esas lecturas. Nos leía libros clásicos. No eran lecturas para niños. Eran lecturas que él disfrutaba y que compartía con nosotras. Había una razón para ello: él había querido estudiar humanidades, pero sus papás no lo dejaron, porque no veían futuro en ese tipo de carreras. Estudió Química, pero jamás perdió su apetito voraz por la lectura. Entonces, a sus hijas (es decir, exclusivamente a las niñas, y no a los varones) nos leía las obras de Cervantes, Shakespeare, Santa Teresa, Quevedo, etcétera. Con esas lecturas en voz alta, que no siempre comprendía del todo, yo soñaba y a veces me producían cierta ansiedad, pero otras veces me moría de la risa con los textos satíricos de Quevedo, como *Gracias y desgracias del ojo del culo*, obscenos e hilarantes. Sus lecturas se convirtieron en un ritual necesario para mí. Cuando mi padre trabajaba en el turno de la noche, a mí me daba mucho miedo el no escuchar su voz. Extrañaba el placer de su

compañía y de la voz lectora con la que pretendía arrullarnos. Fue así como me fui haciendo lectora sin darme cuenta. Conservo fotos familiares anteriores a la muerte de mi mamá (mi madre murió cuando yo tenía quince años) y en muchas de ellas estoy leyendo o con un libro en la mano: a los siete, a los nueve, a los once años de edad; siempre con un libro. En esas imágenes están los hermanos jugando, o la gente está platicando, y yo estoy leyendo. Así me leí todo Víctor Hugo, todo Julio Verne, Walter Scott, *Las aventuras de Guillermo*, las de Sherlock Holmes, y más. Fui creciendo y cada vez leía novelas más extensas. A los doce o trece años leí *Los miserables* y lloré como una loca. Leí también la Biblia, y la leí de veras. Le pedía a mi papá que me comprara libros, pero él de todos modos los compraba según su gusto y yo de todos modos los leía aunque no los comprara especialmente para mí. Estas lecturas las combiné con algunas novelas rosas o apropiadas para nuestra edad, en inglés, que me prestaba una amiga.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

La Biblia, sin duda. Las parábolas de Cristo, los salmos y muchos pasajes bíblicos que leían en misa, y que me intrigaban o me parecían fantásticos. En un principio, estas lecturas y relecturas me llenaban de curiosidad porque no entendía del todo el lenguaje críptico y metafórico. Ya después, con las monjas, en el colegio, esos pasajes cobraron nuevos significados para mí, gracias a la Mother Michelle y la Mother Clara, que eran estupendas lectoras. Con Mother Michelle leí también *Cumbres borrascosas*, y eso fue impactante para mí. Tenía entonces once años, y recuerdo que algunas compañeras se quejaban por tener que leer, pero a mí me encantaba hacerlo. Con las monjas se leía en serio: con mucho rigor y disciplina. *Cumbres borrascosas* fue muy impresionante para mí; quizá más que algunos pasajes del *Quijote* que me leyó mi papá y que me maravillaban. Entonces yo quería ser arqueóloga; ése era mi sueño. Tomamos un curso de verano en el Museo de Antropología, yo tendría once o doce años. Fue una maravilla, porque nos pasearon por las salas e hicimos figurillas de barro. Mi papá me compró libros de exploradores y de arqueología, y me suscribió a una revista en inglés para jovencitas; una publicación que tenía recortables y preguntas y respuestas básicas sobre estos temas. No conservo testimonio físico de estos libros, porque cuando mi mamá murió y mi papá se volvió a casar, la madrastra nos tiró absolutamente todo. También nos tiró a nosotros, pero esa es otra historia.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

Sí y no. En el colegio donde estudié estaban esas monjas excepcionales que ya mencioné, pero las lecturas nos las daban en clases extras. El programa era el mismo de la Secretaría de Educación Pública y llevábamos los libros de texto. Pero en las clases extras leíamos en inglés, poetas, narradores... Cuando yo entré a esa escuela no había preparatoria, sólo *highschool* porque en realidad éramos muchachas casaderas. Yo

pertenezco a la primera generación que pudo hacer en la escuela la preparatoria. Mi hermana, en cambio, se salió por no hacer *highschool*: seis años de primaria y después el *highschool*, que no acreditaba para entrar luego a la universidad. Las de las generaciones anteriores a la mía tuvieron que revalidar la preparatoria para poder hacer carrera profesional. El Concilio Vaticano II (1965) trajo algunos cambios. Por ejemplo, llegaron los jesuitas a la escuela y la fuerza del feminismo arrolló incluso al convento, a grado tal que algunas monjas renunciaron a los hábitos. Entraron al colegio maestras jóvenes de la UNAM, en cuyas clases y propuestas se reflejaba la revolución cultural de aquellos años. Nos pusieron en la mano libros imprescindibles, por ejemplo, *Cien años de soledad*, que fue un escándalo para algunos padres de familia, o algunas obras de Luis Villoro. Pensaban en nosotras no sólo como casaderas sino también como posibles profesionistas. Yo viví esa transición y, en gran medida, la mía fue una generación privilegiada con inquietudes políticas e intelectuales. Al final, algunas monjas dejaron la escuela, porque les pareció que no era ético trabajar únicamente para un colegio de niñas ricas. El colegio quedó en manos de los padres de familia, es decir cayó en poder de una bola de pillos y de rateros de quinta, de cuyos nombres sí puedo acordarme. Se robaron la escuela, y la educación se fue al demonio.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

Sin lugar a dudas. Podemos constatarlo con el sólo hecho de caminar por la calle. Los coches no se inventan por personas que no leen libros; los semáforos no se hacen por gente que no lee libros; la comida, con todo el nivel de técnica e industrialización, no la hacen personas iletradas. Todo lo que tenemos alrededor nuestro está hecho por personas que estudiaron, que leyeron libros y que han transformado el entorno y lo que nosotros somos. Tenemos un quinto dedo, el pulgar oponible que es el dedo de la herramienta y que casi no sirve a todo lo que da si no se aprende a leer y a escribir. El libro es conocimiento, y lo que las generaciones van dejando, una tras otra, son conocimientos que se encuentran en los libros. La huella del libro en la vida del hombre es inmensa. Las comunidades que tienen el lenguaje y la gramática, pero que no tienen libros, no viven en esta cultura, viven en otra; no estoy diciendo que no sean comunidades humanas, lo que digo es que heredan las historias únicamente por vía verbal, y así la transgresión al orden natural a que obliga el libro está constreñida por memorias personales, para bien y para mal. El libro es una transgresión total al orden de la naturaleza y nos lleva a un mundo digámosle más sofisticado: la corbata, los lentes, las herramientas, las máquinas, el semáforo, las computadoras, los antibióticos, todos esos objetos provienen de los libros en contubernio con el pulgar. Los seres humanos traemos puesto el libro. Yo diría que incluso los que no leen, traen el libro puesto: simplemente en la ropa que están usando, en la pasta de dientes o en el rímel, en lo que comen, etcétera. Todo eso es creado por la gente que lee y que, para continuar creando, debe tener una mejor cultura escrita. El libro nos da preparación y capital intelectual. El libro literario da además un plus: la imaginación. Ese músculo (el de lo imaginario) es el que está detrás de

todo gran cambio, de todo gran pensamiento, de toda gran invención.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

Depende a qué se le denomine «mejor». Habría que preguntarnos por Hitler, que era lector. Pero si nos preguntamos por Bush, veremos que él no era lector; era un borrachín (a ratos seco) que hizo mal sus estudios universitarios, un irresponsable, un niño mimado y la vergüenza de su padre hasta el día de hoy, aunque haya sido presidente del país más poderoso del planeta. En su caso, si hubiera sido lector, no creo que hubiese tomado decisiones tan irresponsables. Pero tampoco hay que olvidar que hay gente muy miserable, muy vil, muy ruin y al mismo tiempo gran lectora. A estos miserables, viles y ruines, que además son grandes lectores, la lectura les dio la posibilidad de ser más poderosos o más ricos. Los libros abren muchas puertas, y no la del dinero necesariamente, pero en lo que no hay duda es en el hecho de que cambian la vida de las personas. El término «mejor» me parece muy problemático, porque además lo «mejor» no quiere decir lo mismo para todos. A mí me parece que es mejor darle a todo el mundo educación y salud gratuitas, que son derechos humanos y para lo cual pagamos impuestos, pero hay gente que cree todo lo contrario y piensa que es mejor torturar a los que se portan mal y sólo dar servicios de educación y salud a los que puedan pagarlos. Pese a lo problemático del término, es *mejor* que la gente lea, para hacerse más humana, para usar su quinto dedo en un mayor desarrollo intelectual y no únicamente para enchinarse las pestañas.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

Existían, cuando para las mujeres había sólo un rincón en una canasta con tapa especialmente fabricada para ellas. Y ahí había libros «para señoritas», y había también toda una censura alrededor de lo que debía o no debía leer una mujer. Esos eran los *libros para mujeres*. Pero no pasemos por alto que, en esto de los destinatarios, hay también *libros para ignorantes*, esos que llevan siempre las etiquetas del mercado editorial: «recetas», «liderazgo», «autoayuda» y, por supuesto, «mujeres». Pero los libros no funcionan con etiquetas, porque incluso los que aparentemente sólo interesarían a las mujeres, por su carácter femenino, pueden ser leídos por los varones. Por ejemplo, cuando estaba embarazada de mi hija María, leía libros sobre el embarazo y el parto, libros que, de todos modos, si yo hubiera nacido hombre, hubiera leído, porque me hubiera gustado saber de qué iba eso. Pero esos libros, que yo leí, nunca los abrió el padre de mis hijos. No le interesó, no quería participar de esa aventura, por cobarde y por tonto. Prefería tener novias a tener acceso a la aventura preciosa que es el embarazo. Es una tontería no querer enterarse, pues es perderse la mitad de la fiesta. En general, los libros de adultos, para segmentos específicos (no especialidades, que es otra cosa), inventados nada más para vender, me parecen fatales.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

En realidad es un concepto absolutamente arbitrario y, puesto que soy mujer, estoy condenada a escribir como mujer. Sin embargo, desde muy joven escribí y publiqué libros sobre temas «masculinos», como el de los piratas: quería un tema literario que no pudiera caber en el anillo estrecho de la literatura femenina, porque, además, me irritaba. Los años me han enseñado que, contrariamente a lo que piensa mucha gente, la división de los géneros es algo muy rico. Yo he escrito sobre personajes que cambian de género; me interesó mucho el tema y a la fecha me simpatizan. De lo que no estoy nada segura es que el cambio opere eficazmente en personas de carne y hueso por medio de cirugías. Ahora que los y las veo caminar por la calle mientras me tomo un café en Nueva York, lo mismo a los hombres que se cambian a mujeres, que a las mujeres que cambian para ser hombres, más bien pienso en el dolor y la incomodidad y el displacer corporal que pagan para tener una *apariencia*... Reflexiono sobre el punto, porque me interesa. Me carteeé muchísimo tiempo con un escritor y editor venezolano que fue de los primeros que se sometió a la operación. Nos escribimos cartas muy largas. Conservo la correspondencia, me intriga mucho cómo asumía él (que era ella) el cambio de género. A lo que voy es al hecho de que esta división de género es un asunto tan profundo que no se trastoca con una cirugía. De alguna manera, aunque yo en mi literatura me propusiera escribir libros que no se restringieran a la categoría de muy femeninos (libros transgénero, digamos), no por ello dejo de ser mujer. Y no me molesta, me gusta mi categoría genérica. Y cuando pienso en este gusto, me remonto a la experiencia de Rosario Castellanos, que provenía de una familia muy rica, en un mundo dividido de manera brutal por raza y por clase. Castellanos, por haber nacido mujer, y por la cercanía con sus nanas, aprendió a percibir lo que sentía el otro, lo que sentía el indio, lo que sentía el descastado, el miserable, aprendió por ser mujer una cosa muy importante: la solidaridad. Las que, como Castellanos, nacimos mujeres cuando se deseaba que fuéramos hombres, tenemos abierta esa ventana, la oportunidad de ver a los que nacieron en muy malas condiciones o la pasan muy mal. Es más fácil que un varón lo ignore, porque no ha tenido una «desventaja» histórica, como la han tenido las mujeres en prácticamente todas las culturas. Al contrario, los varones en posiciones privilegiadas, podían por derecho abusar de todos a su alrededor. Aunque... también es absurdo pensar que la solidaridad con los desvalidos es un asunto exclusivamente «femenino», más bien es un cliché cursi.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

He tenido varias muy diferentes. Algunas incluso en orden, cosa contraria a mi naturaleza. Y he habitado otras más interesantes que las propias. La de la Universidad de Columbia, por ejemplo, que me gustaba muy particularmente, pues se podía uno perder entre los estantes. La Biblioteca Pública de Nueva York, donde fui becario un año, es

maravillosa pero tiene un defecto: no te puedes perder en los estantes, tienes que pedir los libros a partir del catálogo, lo cual está bien para los estudiantes, pero no para aquellos a quienes nos gusta pasear entre los libros y descubrir cosas insospechadas. Para mí, la aventura en una biblioteca es perderme en ella: ir buscando un libro específico o un tema, pero a la vez ir poniendo el ojo en todo, y en el camino encontrarte un libro inesperado. Lo maravilloso es husmear en las bibliotecas rigurosamente ordenadas, perderse y divagar en ellas. Mi biblioteca personal hoy, en mi casa de Nueva York, es la hecatombe. No la de mi marido, Mike Wallace, que siempre está ordenada (él toda su vida ha estudiado un tema, que es la ciudad de Nueva York, y va desarrollando sus investigaciones por épocas; cuando termina los estudios sobre una época, dona los libros correspondientes a la biblioteca pública de la universidad). Mi biblioteca, en cambio, es un desorden completo: tengo a Cortázar al lado de Nabokov. Mi propia biblioteca se me ha vuelto inaccesible. Las mudanzas, los accidentes... no vienen aquí a cuento. La pérdida no es insoportable, porque me he vuelto adicta a las bibliotecas institucionales, y especialmente a la de la universidad, y ahora tengo un Kindle, donde leí la mayor parte de los libros y artículos que requerí para escribir mi novela más reciente, sobre Texas en 1854. En el Kindle tengo, salvo muy pocas excepciones, la biblioteca que consulté sobre el tema que visité con esa novela. Es una maravilla porque puedo ordenar con la punta del dedo todo por secciones en fólder para cada uno de los subtemas. Entonces, cuando cuento las bibliotecas que he tenido, debo añadir también la del Kindle. Por lo demás, las bibliotecas son para mí como el amor: están cuando están. Yo no soy coleccionista, soy aventurera y gitana.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Sor Juana es la creadora de la idea de esta nación. Es la pionera de nuestra nacionalidad. Los estadounidenses tienen a Washington; nosotros tenemos algo muchísimo mejor: tenemos a Sor Juana y está tan viva hoy como lo estuvo en su tiempo. Una mujer de una dimensión intelectual extraordinaria. No me gusta que la llamemos Sor Juana, prefiero Juana de Asbaje, como la llamaba Neruo. ¿Para qué la echamos al convento otra vez? Hay que sacarla de ahí. Me gusta la Juana de Asbaje que recuperó con tanto tino el genial Amado Neruo, y redescubrirla. No sabía que «Las mañanitas» son de ella. Hay un poema de ella que se parece muchísimos a nuestra canción cotidiana. Entonces, cada vez que cantamos «Las mañanitas» estamos cantando a Juana de Asbaje. Ella está en todos lados en nuestra cultura y en nuestra vida diaria. Le tengo una enorme pasión, amor y devoción. Fue mujer y fue bastarda, y el abuelo le enseñó a leer y a escribir. Su madre era iletrada, luego entonces, ella pudo haber sido iletrada y no hubiera sido la Juana de Asbaje que hoy conocemos. Quizá hubiera sido una espléndida administradora como su mamá, y hubiera tenido haciendas y habría sido, quizá, una Doña Bárbara, la Doña Bárbara de la Colonia. Pero aprendió a leer porque el abuelo la sentó en sus rodillas y la indujo en los placeres del estudio y la lectura: la hizo que soñara tener pantalones y cruzar el océano y entrar a la Universidad de Salamanca. Y todo eso fue por la lectura.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Casi nunca he tenido una habitación propia. Yo escribo en la cama. Si me salgo al piso, me pierdo. Y mi cama muy pocas veces ha sido propia en el sentido de ser exclusivamente mía. Siempre ha sido compartida. Me gusta mi camita caliente con alguien, para que después, cuando ya no esté ese alguien, mi cama funcione como mi habitación propia. Tengo mi estudio, pero ahí sólo corrijo, hago desorden y vuelvo a hacer desorden. Por lo regular, todos mis libros los escribo en la cama. Ese espacio es para mí suficiente con dos condiciones: mi pluma fuente y mi libreta, bonitas ambas y que funcionen. Con eso tengo todo. Pero soy muy celosa de mi territorio como escritor, porque la cama me da exactamente eso: un espacio en el que cuando escribo no estoy para nadie, no contesto el teléfono, no abro la puerta, no me distraigo, no hago deberes ni atiando pendientes. Hace mucho que, por suerte, no vivo en el mundo del servicio doméstico, al que considero una prolongación de la esclavitud. Me he vuelto radical al respecto. Me gusta mucho cocinar y mi marido lava los platos, y cuando estoy escribiendo estoy en el mundo que deseo. También me gustan los aviones como habitación propia. Aunque el espacio individual es muy pequeño, para mí el asiento donde estoy es una habitación propia, porque me despego del mundo, y el vértigo del viaje es un prodigio. Puedo escribir y leer olvidada del mundo.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

Las mujeres que leen, y que saben latín o, por decirlo así, las que son sabias, tienen sin duda más dificultades para llevar una vida «normal» o convencional (y, por cierto, la vida «normal» es abominable). Pero, claro, el significado de ese dicho es un discurso muy viejo, porque incluso lo convencional ha cambiado enormemente, y entonces la que no sabe latín el único problema es que se pierde lo mejor de la película, pues se va a pasar la vida en quién sabe qué y para qué.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

Para leer, la poesía, y para escribir, el género que en su momento esté escribiendo. La verdad es que a todos les voy cobrando cada vez más gusto. Incluso al periodismo. Al principio, escribir la columna para el periódico era un tormento, y ahora lo disfruto muchísimo; también es un género literario, de alguna forma vinculado con el ensayo. Lo que pasa es que, entre los géneros, la novela tiene ventajas para mí, como escritora: me da mucha permanencia en casa durante el tiempo que me lleva escribirla, y en ese sentido la prefiero por ese espacio largo, pero el poema tiene esa cosa del misterio, el silencio y el contacto con lo indecible.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O SÓLO A LA REFLEXIÓN?

Hay de los dos, y diría incluso que hay de los tres porque, si no recuerdo mal, Menéndez Pelayo dice que el origen de la poesía está en aquellos hombres que se preparaban para ir a la guerra y que repetían frases que los inducían a la lucha. Así nació la poesía épica. Según él, esa poesía primera, que es la madre de toda la literatura, inducía a la acción, y no a cualquier tipo de acción, sino, en este caso, a la de destripar moros. Por otra parte, hay gente a la que le encanta leer libros de cocina, y esos son también libros para la acción (no es mi caso, en la cocina yo soy de cultura oral y memorias, aunque no ortodoxa porque sí consulto temperaturas y estrategias de manipulación).

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

Todos leemos de modo diferente, y así como no todas las mujeres somos iguales, también no todos los hombres son iguales. Uno lee diferente, además, dependiendo del libro. Hay libros que leo muy pasivamente y libros que leo muy activamente. Libros que leo en posición sedente, y otros que necesito caminarlos. Si leo a Eliot debo estar andando, pero si voy a leer a Ismaíl Kadaré lo hago pasivamente, pues lo leo como embelesada, como niña chiquita: nada más lo escucho. Ahora, ¿qué es femenino y qué es masculino en eso? No lo sé.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

Hay libros que son viles tomaduras de pelo, que están hechos sólo para vender o para tomarle el pelo a la gente. Lo que pasa es que también, en este punto, es muy difícil decirlo así nada más, porque hay libros que están hechos para vender y que son formidables: bien pensados, bien tramados y con gran oficio —de hecho mi marido es todo un *best seller*, y ha merecido tanto el Premio Pulitzer como el reconocimiento de los lectores, porque siempre está pensando en ser comprensible al difundir la historia de su ciudad—; a diferencia de los que sólo están hechos para ganarse el taco en la academia o para obtener muchas regalías. Uno los abre y son completamente inauténticos, mentirosos, pretenciosos. ¿Para qué leer eso? Yo creo que sí hay libros que hay que recomendar no leer. Por ejemplo *El código Da Vinci*, de Dan Brown, el cual se me cayó de las manos; no lo pude terminar, pero tampoco merecía que lo sufriera. Lo leí en inglés y no soporté su mala prosa y sus malas costuras. ¡Está escrito con las patas, y yo no tengo por qué castigarme con ningún libro! A mí me gusta el oficio del escritor, y *El código Da Vinci* está mal escrito y es una absoluta tomadura de pelo. Pero, eso sí, ideológicamente tiene virtudes. No es lo peor.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

Prefiero leer en papel, pero ya hablé del Kindle y tiene grandes ventajas, tantas que me he dado el lujo de yo misma escanear páginas, para tener junto todo el tema de lectura en el Kindle. Aunque eso no es, exactamente, *leer leer* —lo que yo hago en el Kindle—, sino de alguna manera *estudiar* y *correr*. El ruido de las hojas al pasar induce a algo que, para un lector entrenado en formato de papel, no se consigue jamás en la pantalla.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Por supuesto: es la vida social y es el poder. Es el destino común. Me interesa por supuesto, pero no me refiero a la política partidista del PRI, el PAN o el PRD, pues los tres me dan vómitos o vergüenza. La política es otra cosa: nuestro devenir social. Todo es político, en ese sentido —por suerte no todo es mantener a aprovechados y «políticos» abusivos, irresponsables, ignorantes o francamente estúpidos y suicidas.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

Una novela, *Cliquot*, de una escritora confederada que se llama Kate Ferguson, de la familia de los Percy americanos. Descubrí la trama mientras escribía mi *Texas*, y me enredé con ella —le hago un homenaje en la novela que acabo de terminar—. Me hubiera gustado escribir *Cliquot*, y publicarla cuando ella la publicó, en 1888. Es más: aunque sea poco envidiable, me hubiera gustado tener la vida de la Ferguson. Eso sí es una locura porque la tuvo de perros, con un marido que se casó con ella con el uniforme de héroe de guerra y terminó siendo desfalcador y huyendo a Tambuco, Ecuador, y ella acabó como una especie de Julia de Burgos vagando miserable y ebria en las calles. Me hago la ilusión de que si yo hubiera sido Kate Ferguson, habría corregido el curso de mi historia y habría terminado mis días con bien —mandando a la porra al desfalcador, y encontrando mis dignos propios medios de sobrevivencia.

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

Me hubiera gustado escribir *La ópera de Vigàta*, de Andrea Camilleri, y más todavía *Las mentiras de la noche*, de Gesualdo Bufalino, pero no nací siciliana como ellos. Sí, hay libros por los que tengo una gran admiración más que envidia, porque la envidia, en general, siempre produce irritación.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Que tiene una razón de ser. Te lo digo yo porque tengo el cabello muy largo. Se necesita dedicar mucho tiempo a lavarse el pelo y poner atención en él, y si eres una persona muy ocupada, con una agenda de trabajo cargada, en realidad es una idea muy corta dedicarle tanto tiempo a tu cabello.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

Que son tontas. Es un lugar común aborrecible.

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Que hace buena a la gente.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

Que son imprescindibles, pero que tienen que ser hechas con honestidad y no nada más para llenar la casilla. Si en México se hicieran con este principio, no estaríamos como estamos.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

No. Se nace, y es en la casa donde se puede adquirir la inclinación lectora. Todos traemos el chip, pero hace falta ponerlo a funcionar. De hecho, ya que usé la palabra, casi no tenemos ningún chip que sepa funcionar en automático sin la compañía de otros: guías, ejemplos, compañías, etcétera.

¿PARA QUÉ LEER?

Para vivir, para aprender a amar. La literatura es el laboratorio donde se forjaron en la tradición los afectos, las pasiones —el cine se ha ido ganando el espacio, tal vez por lo mismo los apegos se han vuelto más efímeros, ilógicos y problemáticos; se vive en un mundo sentimental de celuloide; por eso, yo propongo que recuperemos el de pulpa y tinta, no porque sea ideal, sino porque tiene más sustancia—. Hay que leer para entender lo básico, lo elemental de cualquier cosa del mundo. Para formar parte de los otros, para conocernos mejor como personas.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

En un mundo bueno, el libro es posible. A lo mejor mañana este planeta estalla en pedazos y no habrá libros. Yo apuesto a que el ser humano se salvará junto con los libros, aunque es posible que ambos quedemos en diferentes formatos.

ALGUNOS LIBROS
DE CARMEN BOULLOSA QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

Los totoles, Alfaguara, México, 2000.
Antes, Suma de Letras, México, 2001.
De un salto descabalga la reina, Debate, Madrid, 2002.
Salto de mantarraya, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.
La otra mano de Lepanto, Siruela, Madrid, 2005.
La novela perfecta, Alfaguara, México, 2006.
El fantasma y el poeta, Sexto Piso, México, 2007.
El velázquez de París, Siruela, Madrid, 2007.
La virgen y el violín, Siruela, Madrid, 2008.
El complot de los románticos, Siruela, Madrid, 2009.
Las paredes hablan, Siruela, Madrid, 2010.
Cuando me volví mortal, Cal y Arena, México, 2010.
La patria insomne, Hiperión / UANL, Madrid, 2011.

•

CARMEN BOULLOSA
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Las mentiras de la noche, Gesualdo BUFALINO.
Novelas ejemplares y Entremeses, Miguel de CERVANTES SAAVEDRA.
Samarcanda, Amin MAALOUF.
An imaginary Life, David MALUF.
Higiene del asesino, Amélie NOTHOMB.
Fiesta en la madriguera, Juan Pablo VILLALOBOS.
Fuegos, Marguerite YOURCENAR.

Novelas amorosas y ejemplares, María de ZAYAS.

Recomiendo, además, la *Antología de la literatura fantástica*, de Borges, Silvina Ocampo y Bioy Casares, y antologías de poesía —de autor o de época, aquí la lista podría extenderse—. Recomiendo, sí, no leer la poesía en Internet. La poesía pide el papel. Sé que ha ganado muchos lectores en la pantalla, pero, desde mi anticuada

opinión, es necesario el papel para leer bien a Quevedo, a Lope, los sonetos de Shakespeare. Pide otro tiempo, otro medio. Sí hay poesía para Internet, la nueva. Pero incluso Apollinaire y sus *Caligramas* u Oliverio Girondo y *En la masmédula* piden, exigen papel.

•

DOLORES
CASTRO

La lectura nace de la oportunidad de leer

*La lectura nace
de la oportunidad de leer*

NACIDA EN LA CIUDAD de Aguascalientes en 1923, Dolores Castro es, actualmente, la decana de la poesía en México. Próxima a cumplir 90 años, continúa escribiendo, publicando e impartiendo cursos de poesía.

Forma parte de la llamada generación del Medio Siglo, junto con Rosario Castellanos (de la que fue gran amiga), Jaime Sabines, Emilio Carballido, Sergio Magaña y Enriqueta Ochoa. Su obra se inserta en la tradición de la mejor poesía escrita por mujeres en México, desde Sor Juana Inés de la Cruz, Laura Méndez de Cuenca, María Enriqueta, Josefa Murillo, Concha Urquiza, Rosario Castellanos y Margarita Michelena, entre otras grandes figuras de la lírica nacional.

En 1993, con motivo de la publicación de su antología poética *No es el amor el vuelo*, sentenció: «Escribir poesía es salvar los instantes. Se adquiere la conciencia de que si no se es capaz de escribir o de concebir de algún modo la poesía, viviremos a medias. Resolver un poema es resolver un problema vital y la resolución de cada uno de esos problemas vitales es también un ordenamiento total del mundo».

En uno de sus poemas emblemáticos, Dolores Castro escribe: «No es el amor el vuelo. / Es lo que va despacio / elevándose apenas, flotando como espuma / adherida, adherida. / Es lo que arrastra el agua sin ahogarlo. / La rama verde de cualquier diluvio, / lo que guarda humedad de los diluvios/ porque se hundió y flotó. / Es lo que no se ahoga entre lo ahogado».

Poeta sutil por excelencia, su obra ha ido creciendo lentamente, con pausas y silencios, y a su obra propia de creación, ha añadido la no menos importante de docencia mediante la cual ha formado a muchas generaciones.

En 2010 su labor poética y formativa fue reconocida en la ciudad de México al inaugurarse, en la delegación Miguel Hidalgo, la Casa del Poeta que lleva su nombre. Antes, en 2008, el Instituto Nacional de Bellas Artes le rindió un merecido homenaje con motivo de sus 85 años. En esa ocasión dijo: «Éste no es un homenaje para mí, sino para la palabra de la poesía. La poesía es una luz que aparece si leemos, y a veces resurge si escribimos. También me ha permitido saborear mucho mejor el mundo».

He conversado con ella, en varias ocasiones, desde hace al menos dos décadas. En cada ocasión, es como reanudar un diálogo con algunos largos silencios.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Primero por imitación. Mi papá era un incansable lector. Y no sé si poner en primer lugar mi interés por los libros: mi papá heredó una biblioteca (de su padre y su abuelo) que en parte quedó destruida por la Revolución, pero él mismo la enriqueció. Muchos de estos libros permanecieron guardados dentro de cajones en la bodega de la casa de mi abuela materna, en Zacatecas, mientras cambiábamos de lugar de residencia, y hasta que finalmente llegamos a la ciudad de México. Cada vez que visitábamos a mi abuela (dos o tres veces al año), yo me asomaba a ver eso que me parecía un misterio, quitando alguna tabla de los cajones, pues me llamaban mucho la atención; quizá, también en parte, interesada por encontrar algún buen cuento.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

Recuerdo que de niña me gustaron mucho los cuentos: Andersen, Perrault, Grimm; luego los libros de aventuras; después, ya joven, *Los hermanos Karamazov* y *El príncipe idiota*, de Dostoievski; *La guerra y la paz*, de Tolstoi; el *Quijote*, de Cervantes; *A la sombra de las muchachas en flor*, de Proust, y *Las olas*, de Virginia Woolf. Además, toda la poesía española: del Siglo de Oro en adelante. Leí las *Obras completas* de Shakespeare, porque pretendía hacer mi tesis sobre «Teoría general del Estado», a partir de las obras de este dramaturgo; lectura que consideraba fundamental mi maestro don Manuel Pedrozo. La verdad es que hice muchos apuntes y borradores, pero me apasioné tanto en la lectura de Shakespeare que, finalmente, me quedé con la literatura.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

Creo que sí, sobre todo desde la preparatoria, donde se reafirmó mi vocación de lectora, gracias también a la compañía de un grupo de estudiantes que fueron buenos escritores, con los que intercambié libros, en la Facultad de Filosofía y Letras, y gracias también a maestros como Pedrozo de la Facultad de Derecho, en la UNAM.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

Yo diría que, más bien, los libros mejoran la apreciación de la existencia, nos revelan más profundamente quiénes somos, cómo es el mundo que habitamos. De ellos tomamos una iluminación mayor para conocer, entre los reinos de la naturaleza (mineral, vegetal y animal), al hombre no sólo como animal racional, sino como ser humano pensante y sensible.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

Creo que los libros contribuyen a que las personas adquieran una conciencia más clara sobre su pensamiento, sensibilidad y conducta, y ello también depende de la calidad de la lectura y de la capacidad de comprensión del lector.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

Me niego a pensar que existan libros exclusivamente para mujeres. Hay libros orientadores, o ejemplares sobre mujeres como Sor Juana, o los ensayos de Virginia Woolf, especialmente *Una habitación propia*, o los de Rosario Castellanos, o los de Simone de Beauvoir, pero no creo que sean exclusivamente para lectoras.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

Lo diría del siguiente modo: La literatura no tiene sexo; los escritores y las escritoras, sí. Esto no significa que quien escribe, en el caso de las escritoras, se exprese conscientemente como «la mujer que soy». No niego que hay escritoras y escritores que, en virtud de una cultura, una educación y ciertos hábitos proceden conscientemente así, pero no constituyen una generalidad. Se habla también de diferencias entre los hemisferios cerebrales de unas y otros, y aunque no estoy demasiado enterada de ello, sé que esto influye. Lo que sí tenemos las mujeres y los hombres son formas diferentes de ver la vida, eso sí. Históricamente, por ejemplo, las mujeres eran más sedentarias cuando los hombres eran generalmente nómadas. No puedo decir qué ocurrirá en el futuro, pero tampoco importa demasiado, porque yo nunca elijo un libro preguntándome primero a qué sexo pertenece su autor.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Una biblioteca que tiene no el orden lógico, sino el orden de la imaginación. No tengo una gran cantidad de libros, pero sí los que están más cerca de mi interés principal: la historia de la cultura, la historia universal, la literatura mexicana, ensayos, narrativa, teatro de los últimos tres siglos y poesía de todos los tiempos.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Sor Juana es un símbolo de genialidad, de independencia. Ella, en su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, es la primera mujer en este continente que lucha por la igualdad de estudios para la mujer, que muy inteligentemente advierte que es el primer escalón para su liberación. Es símbolo de mujer sabia, luchadora, mujer de acción y, sobre todo, gran poeta.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Desde que enviudé. Antes de mi matrimonio compartía mi habitación con dos hermanas.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

Desde la época en que escribió Rosario Castellanos hasta la fecha, creo que ha cambiado mucho la apreciación de una pareja. Las mujeres cultas sí tienen buen fin, independientemente de que encuentren marido o no. Pero aún no se gana completamente la libertad femenina de estudiar, trabajar y ser.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

La poesía, pero me encanta leer ensayo, novela, cuento, teatro, historia, etcétera.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

Recuerdo a José Vasconcelos en su magnífico ensayo *Libros que leo sentado y libros que leo de pie*. Él afirma que lo único que es superior a la escritura es la acción. Que se escribe cuando no se tiene capacidad de heroísmo. Yo creo que la acción, en determinado momento, es totalmente equiparable, por su importancia, a la expresión literaria.

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

No creo que seamos diferentes en cuanto a la apreciación de la calidad o el interés que pueda tener una lectura.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

En general cualquiera de los que se ponen de moda y no alcanzan el nivel del arte verdadero.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

Leo más en papel. Para apreciar bien la lectura debo imprimir el texto.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Me interesa la política; los políticos, no mucho.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

Las olas, de Virginia Woolf.

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

Primavera en Eaton Hastings, de Pedro Garfias.

¿LOS HOMBRES LAS PREFIEREN BRUTAS?

Depende no del *cómo*, sino del *para qué*.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Que en muchas épocas los hombres han tenido el pelo largo, y que en esta época no se distinguen por el pelo corto o largo los talentos de las mujeres. Rosario Castellanos se refirió con aguda ironía, en su tesis y en su examen de licenciatura en Filosofía, a estos y otros sarcasmos de filósofos sobre el talento femenino, especialmente sobre las diatribas de Schopenhauer, Weininger y otros a quienes les molestaba que las mujeres pensaran por sí mismas.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

Hay muchos, pero cito estos dos: «Las mujeres no pueden aspirar a...» o «La niña bien criada, en casa y con la pata quebrada».

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Que leer es fastidioso y aburrido, que es una necedad y una pérdida de tiempo.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

Que deberían combinar la palabra con acciones cuyo resultado ya fue probado: fundamentalmente multiplicación de las bibliotecas. Es necesario que en México haya bibliotecas ambulantes y buenas bibliotecas escolares, además de abaratamiento en los precios de los libros, y atención a la lectura de los niños en escuelas primarias y secundarias. Leer no es fácil para los niños, y una mala enseñanza de la lectura los lleva a juntar letras, sin que aparezca la imagen correspondiente, es decir la palabra. Y, sobre todo, más allá de lemas y de buenas intenciones, que exista una vigilancia constante a las bibliotecas para que tengan los materiales adecuados, muy especialmente a bibliotecas escolares en todo el país.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

La lectura nace, en muchos casos, de la oportunidad de leer: dentro de la familia y en muchas casas de nuestro país sólo suelen encontrarse, acaso, los libros escolares de lectura, que los niños juzgan como obligación y no como placer. Los lectores pueden nacer con mayor o menor inteligencia, pero los libros, como compañeros que despiertan el interés y la imaginación, son indispensables.

¿PARA QUÉ LEER?

Para entender un poco el origen, el destino, y el tránsito por este mundo, así como sus modalidades, formas de ser o de interpretarlo, para vivir plenamente esta única vez y comprender un poco de la vida. Para experimentar muchas épocas históricas y entender la nuestra.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

Debe estar íntimamente ligado al posible futuro del ser humano.

ALGUNOS LIBROS
DE DOLORES CASTRO QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

No es el amor el vuelo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1992.
Obras completas, Instituto Cultural de Aguascalientes, Aguascalientes, 1996.
Oleajes, Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 2003.
Intimos huéspedes, Instituto Cultural de Aguascalientes, Aguascalientes, 2004.
La vida perdurable, Praxis, México, 2007.
A mitad de un suspiro, Universidad Autónoma de Aguascalientes y Casa Juan Pablos, México, 2008.
Río memorioso. Obra reunida, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes, 2009.
Gota iridiscente que salpica, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, Toluca, 2009.
Viento quebrado, Fondo de Cultura Económica, México, 2010.

•

DOLORES CASTRO
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Más que un libro recomendaría colecciones de libros:

Las *Obras completas* (presentadas por Alfonso Méndez Plancarte), de Sor Juana Inés DE LA CRUZ.

Los libros de Ángel María GARIBAY, en los que tradujo al español la literatura náhuatl.

Los libros de su discípulo, Miguel LEÓN-PORTILLA, sobre religión, cultura y otros temas referentes a los antiguos mexicanos.

Los clásicos de la literatura mexicana, en la colección de PROMEXA.

Los primeros cuentos en nuestro idioma: *El Conde Lucanor* y *Calila e Dimna*.

Teatro completo, Pedro Calderón DE LA BARCA.

Don Quijote de la Mancha, Miguel DE CERVANTES.

Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España, Bernal Díaz DEL CASTILLO.

Obra poética, Luis DE GÓNGORA.

Obra poética, Francisco DE QUEVEDO.

Teatro completo, Tirso DE MOLINA.

Obra poética, Lope DE VEGA.

Cuentos y Teatro, Antón CHÉJOV.

Los hermanos Karamazov y El príncipe idiota, Fiodor DOSTOIEVSKI.

Ana Karenina y Guerra y paz, León TOLSTOI.

Las mil y una noches, más las novelas y cuentos de Inglaterra y los poetas románticos alemanes, y RILKE, y KAFKA.

Poemas rústicos e Idilio salvaje, Manuel José OTHÓN.

Poesía, Manuel Gutiérrez NÁJERA.

Poesía española de las generaciones de 1927 y 1936: Federico GARCÍA LORCA, Miguel HERNÁNDEZ, etcétera.

Poesía, Pedro GARFIAS.

Poesía completa, Carlos PELLICER.

Poesía completa, José GOROSTIZA.

Cuentos, Efrén HERNÁNDEZ.

Pedro Páramo, Juan RULFO.

Teatro, Xavier VILLAUURUTIA.

Y las obras de todos los demás integrantes del grupo y la revista *Contemporáneos*.

Podríamos iniciar nuestra lectura con estos libros y estos autores. Por supuesto, me falta incluir a otros interesantísimos. De fines del siglo XIX, del XX y de lo que llevamos del XXI: autores ingleses, irlandeses, húngaros, turcos, japoneses. Aun tratándose de la lectura, no creo en el nacionalismo miope, sino en la continuidad de una tradición mexicana. Sin tradición no hay cultura, y por eso cito, en primer término, a muchos de nuestra tradición, es decir de nuestra lengua.

•

MARTHA
CHAPA

Quien no lee no puede ir lejos ni a profundidad

*Quien no lee no puede ir
lejos ni a profundidad*

PARA MARTHA CHAPA, pintora, escritora, gastronoma y lectora, la cultura gastronómica está vinculada a la historia, el saber, la tradición, los libros y, por supuesto, todas las demás ramas del árbol de la cultura. «En Martha Chapa hay que celebrar, sobre todo, la entrañable amistad con el misterio», escribió el poeta Marco Antonio Montes de Oca, para luego añadir: «Podría decirse que cada imagen suya se convierte en sombra fija y fiel de lo tráfuga, de lo pasajero que pierde su errancia porque su esencia metamórfica ha sido apresada en las redes de la belleza perdurable».

La concepción cultural de Martha Chapa interrelaciona el saber de todo tipo, el arte y la felicidad. Así, la cultura se come y se bebe, se degusta, se contempla y se escucha. La cultura está viva lo mismo en una pintura que en un tratado gastronómico como el de Brillat-Savarin, y hablar de ella es hablar de la historia de siglos y de milenios que nos han hecho más humanos, menos fieras.

Y hay otro oficio muy particular que ejerce esta pintora, escritora y gastronoma: el oficio de lectora, que lo es desde la infancia, es decir desde siempre. Filosofía y literatura nutren especialmente su búsqueda intelectual y espiritual. Y por ello se sabe muy bien su Sor Juana y su Virginia Woolf, cuando nos dice que esta última decía: «No puedo pensar bien, si no he comido bien». Y «comer bien» no es sólo saciarse con lo que sea, sino disfrutar lo que se come, con el pleno goce de los sentidos. Su pintura es, por ello, otro alimento: entra por los ojos, primero, y luego se antoja, como sus manzanas: imagen y metáfora de vida y maravilla.

Sorjuanista, tiene la certeza de que gracias al legado de la Décima Musa el pensamiento de las mujeres repercute con fuerza, pero «sin falsas competencias con el hombre, sino con distintas cualidades que se complementan, nos enriquecen y benefician en lo individual y en lo social». Lectora en acto y en potencia, y promotora decidida de la lectura, afirma que el acto de leer guarda cierto parentesco con el de soñar, pues «en uno y otro, lector y durmiente son lanzados al mundo de la imaginación».

Martha Chapa está convencida de que leer, en la mayoría de las ocasiones, «estimula la inventiva y acerca al lector y al autor, siendo así posible dialogar en la intimidad con Antón Chéjov, Emily Dickinson, Schiller o Balzac». Experta en comunicar y en transmitir lo que disfruta, hace del diálogo una extensión de lo vivido y lo leído. Al conversar reivindica el diálogo como un género literario.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Tuve el gusto y la fortuna de desarrollar el hábito de la lectura, tanto en mi hogar como en la escuela, pues mi padre era un lector asiduo que me transmitió el amor por los libros al igual que mi madre, quienes fueron también una especie de aula. Siempre estaban pendientes de que leyera en mis tareas, además de que prevalecía un ambiente de reflexión y diálogo en la sobremesa, lo que mucho ayudaba a que me apasionara y adquiriera el gusto por los buenos libros. A la vez, el sistema escolar lo propiciaba, por lo que guardo gratitud hacia varias maestras y maestros que me guiaron a través de ese promisorio camino de la lectura. Desde luego, puedo recordar a quienes cruzaron constructivamente por mi vida educativa y cuyo testimonio es invaluable.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

Muchos libros me han subyugado y de todos he aprendido algo. Me he adentrado en una temática amplia, por lo que no puedo decir que hayan sido uno o dos sino todos en su conjunto, lo mismo novelas que poesía, ensayo, historia, crítica de arte, budismo, en fin... En todo caso, cada uno de ellos ha enriquecido mi vida y sobre todo mi cercanía lo mismo a las humanidades que a la ficción, la historia o la ciencia. Por ejemplo, si se tratara de poetas mexicanos, escojo a Sor Juana Inés de la Cruz, Ramón López Velarde, Octavio Paz y Jaime Sabines, entre otros; y en la novela mexicana a Martín Luis Guzmán y a Carlos Fuentes; y de fuera, lo mismo a Cervantes, Balzac que Conrad, Dostoievski o Herman Hesse; de este último sobre todo *Sidarta*, porque el tema es Buda y su enorme sabiduría. Cada vez me comprometo más y más con esta filosofía que disfruto y que tanta luz le da a mi vida.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

Resultó estratégica, enriquecedora e indispensable, pues desde niña tuve acceso a los clásicos infantiles, fueran de Andersen o de Dumas.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

En la totalidad del ser, pues no creo que pueda existir un desarrollo pleno, armónico e integral del ser humano sin la lectura y los libros. Enriquece la vida de las personas, mejora las habilidades comunicativas, la capacidad de observación y de autoobservación, desarrolla la imaginación y es una buena compañía a la hora de estar solos. Por eso, la historia nos enseña que los tiranos temen a los buenos lectores pues los libros los hacen sabios, críticos y libres.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

No concibo la vida sin los libros y hasta creo que quien no lee no puede ir lejos ni a profundidad e incluso me parece que los políticos, los gobernantes y quienes tienen grandes responsabilidades, en la medida que lean, serán mejores servidores públicos, empresarios o líderes, y podrán acercarse mucho más a la sociedad y servirla mejor.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

Los libros no tienen sexo si bien hay autores de uno y otro género y todo suma, indistintamente de que sean escritores o escritoras. En todo caso lo que cuenta es que estén bien escritos y amplíen nuestros horizontes humanos, sociales, profesionales... Sin embargo, sí existen libros dirigidos a las mujeres, como también los hay dirigidos para niños, para padres, para parejas, en fin, pero en el caso particular de ciertas novelas o lecturas a las que suelen encasillarse como «lecturas femeninas» (tal vez *Mujercitas*) no considero que sea adecuado concebirlas de ese modo, ni limitar el público al que pueden ser dirigidas.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

Me identifico, claro está, con las escritoras porque también nos enriquecen y abundan en nuestro propio universo. Su talento ayuda a expresar la manera de sentir y pensar de la mujer, hecho que no excluye de ninguna manera a los escritores que, desde otra perspectiva y con sensibilidad propia, abordan el tema de la mujer y lo complementan, revitalizan y enriquecen.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Tengo muchos libros y he conformado una gran biblioteca que ha crecido con el paso de los años, casi un medio siglo. Pero también debo decir que no sólo es la cantidad sino la calidad, pues me he esmerado por conseguir una colección muy apreciable, por ejemplo en el tema de la gastronomía y de las artes plásticas, que son dos puntales en mi trabajo y de mi vida misma. Es una biblioteca a la que le tengo un gran amor, que me gusta recorrer, repasar y por supuesto leer, además de que conservo con mucho cariño libros que me han dedicado diversos autores muy respetados por mí, así como algunas ediciones antiguas con valor bibliográfico.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Representa un símbolo de cultura, liberación y valentía, con todo y lo que sufrieron ella y su generación por tantas exclusiones y discriminaciones, propias de aquella época. Y de

una lucidez que es ejemplo hoy en día para todas las mujeres no sólo de México sino de todo el mundo y de todas las épocas.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Eso me recuerda el libro de Virginia Wolf, aunque en mi caso puedo decir que tengo varias habitaciones: donde leo, donde pinto o donde cocino, y hasta donde sueño, compartimientos diferentes pero todos magníficos espacios que me iluminan y permiten dar a otras y a otros lo mejor de mí, de dentro hacia afuera.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

Estoy convencida de lo que solía opinar Rosario Castellanos, en términos de lo que podría ser un obstáculo para la relación hombre-mujer. Muchos de ellos temen a la inteligencia y al talento femeninos, aunque un requisito para ser feliz en pareja es que también la mujer se desarrolle y se realice sin trabas o frenos improcedentes. Tal vez uno de los grandes retos de las parejas modernas, en donde la mujer tiene un papel de igualdad frente al hombre, es encontrar la forma de convivir ya no en base al sometimiento y la renuncia a sus sueños por parte de ella. Pero la liberación de las mujeres deberá acompañarse igualmente de una liberación masculina respecto a viejos y absurdos prejuicios.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

Cada uno de ellos. Me gustan lo mismo la narrativa que el ensayo y la poesía. En realidad lo que procuro es leer a grandes autores y autoras, de diversas nacionalidades y siglos.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

Ya sea consciente o inconscientemente rebasamos el disfrute de la lectura y de la reflexión misma que nos generan, para convertirse en parte de nuestra vida y de alguna manera en nuestros actos. Pero a la vez creo que depende de cada persona. Son muchos los casos que nos enseñan cómo las ideas pasaron de la reflexión a la acción decidida, digamos la Revolución Francesa. En otras ocasiones, situaciones, casos y contextos he conocido a personas que han tomado acciones decididas tras cerrar la última página de algún libro. En lo personal, por ejemplo, después de haber leído el *Libro tibetano de la vida y la muerte*, decidí estudiar la filosofía budista que me ha transformado la vida

radicalmente. Otras veces la lectura nos deja en principio el simple placer de la reflexión, la introspección o la admiración contemplativa de alguna idea, pero todo suma y nutre nuestro pensar y hacer.

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

Las sensibilidades pueden diferir y apreciar más ciertos contenidos, que otros. Pero más allá de un sello propio, hay puntos y enlaces esenciales que captamos por igual. Las mujeres y los hombres debemos conjuntar fuerzas para romper con toda simulación. Por eso, me uno a la misión y el deseo de convocar a sacudirlos, inquietarlos con el conocimiento y pedirles que compartan sus expresiones de creación. Todo lo que nos enseñe, lo que nos guíe, lo que se incorpore a nuestro saber, enriqueciéndonos, puede ser cultura. Aquellos que hacen de la cultura algo privativo, cerrado y solemne, estrechan su horizonte, y sobre todo restringen la posibilidad de incorporarse a un universo más amplio, más profundo, más grandioso.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

No prohibiría ningún libro, si bien recomendaría muchos con un criterio de diversidad temática y pluralidad ideológica. Poco a poco la lectura nos va volviendo más exigentes y eso nos lleva hacia mejores títulos, a una literatura de mayor calidad y profundidad. Pienso que no podemos entrar en prohibiciones de lo que es correcto o no. Pienso que hay buenos libros y libros que no lo son. Hay que seguir entonces el camino de lo que más nos deja en forma y en fondo, más allá de que nos haga disfrutar, aunque sea válido, por la forma en que un o una novelista aborda un argumento o un personaje, y un poeta con su visión del mundo a través de la palabra. Así, debemos privilegiar entonces la libertad trátese de contenidos históricos, religiosos o científicos, sin caer en la ligereza de los medios de comunicación y la falsa mercadología. Vamos refinando en todo caso nuestros gustos conforme leemos, y hasta las editoriales que aceptamos.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

Yo sigo leyendo el libro de papel y lo defenderé hasta sus últimas consecuencias, pues creo que forma parte del ser humano. Sin embargo, no me cierro tampoco a la lectura virtual que empieza a nacer y la que ya me empieza a gustar mucho. Estoy segura que pueden cohabitar y sumarse ambas modalidades en la extensión del conocimiento y la escritura en general.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Quien no tenga interés por la política no puede aspirar a vivir en sociedad en el mejor

sentido de la palabra, ni exigir a los que gobiernan el cumplimiento estricto de sus tareas, sobre todo hoy frente a supuestos representantes que no trabajan ni toman decisiones adecuadas. Política es sinónimo de participación y exigencia social para cumplir y prosperar juntos con derechos y obligaciones, sin excepción.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

No creo que haya envidia de la buena, si bien admiro y reconozco el trabajo de muchas escritoras con que cuenta ya México o que hayan existido en diversas etapas de su historia. Debemos valorarlas o entrar en su defensa y rescatar, difundir y leer su obra, las de ayer, las de hoy: Sor Juana Inés de la Cruz, Rosario Castellanos, Inés Arredondo, Margarita Michelena, Elena Poniatowska y bastantes escritoras jóvenes con gran talento, entre muchas otras.

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

No lo enfoco así porque seguramente se quedarían fuera algunas y algunos, además de que nadie en sí representa el summum ni la totalidad o la perfección, sino que hay una inteligencia y sensibilidad colectivas que nos acercan en conjunto a la verdad y la belleza.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Todas, todos, tenemos equivocaciones y pienso que en ese momento y más ahora, dicha frase queda prácticamente como un acto de humor involuntario.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

Aquel que nos discrimina, que nos subestima, que nos desprecia, o ciertos refranes y dichos de contenidos deleznable. A fin de cuentas, todos los conceptos o expresiones cuando efectivamente no se refieren a la mujer con todas sus potencialidades y su dimensión, en igualdad con el hombre.

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Que no es indispensable, o peor: que duela la cabeza, maree y da sueño, o eso de que si

las letras son muy pequeñas cansan la vista. También, que la lectura está vedada al común de la gente y es sólo para intelectuales, lo cual pretende convertir a los libros en un asunto de unos cuantos, algo más o menos excluyente, inabordable y aburrido.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

Yo creo que todas las campañas son buenas, pero son mejores cuando invitan a leer y pugnan porque los niños escojan sus lecturas con libertad. Las campañas que se han venido haciendo son muy positivas, aunque no constantes. Pero creo que el esfuerzo por aumentar el número de lectores será efectivo en la medida en que exista una alianza entre estas campañas publicitarias y una educación pública y privada que inculque este hábito desde la infancia.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

Opino que no del todo pues se hace con el tiempo y se va delineando. Y es la educación, la mejor vía para lograrlo, no sólo para alcanzar ese elevado nivel del hábito de la lectura sino para ser felices, para ser más plenos o para poder desarrollar una mejor y certera apreciación de nuestra realidad, incluido el entendimiento y respeto al ser humano. Y, como puntal de la prosperidad, algo esencial: iluminar más a nuestro planeta.

¿PARA QUÉ LEER?

Para evolucionar, para saber más, para ser mejores, para alcanzar la felicidad, para ser más conscientes...

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

El que juntos decidamos como millones de lectores que somos en México o en cualquier país, y que en todo caso garanticemos que reine entre nosotros *per secula seculorum*.

ALGUNOS LIBROS
DE MARTHA CHAPA QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

El sabor del Edén, Gobierno del Estado de Tabasco, México, 2000.
Cocina oaxaqueña, Everest, Madrid, 2001.
Recuento de mis paraísos, México, 2002.
Cocina de Sinaloa, Gobierno del estado de Sinaloa, México, 2003.
Cocina regia, México, 2004.
Con sabor a Patria (en colaboración con Alejandro Ordorica), México, 2005.
República de moles, Aguilar, México, 2005.
El color de los sabores, pintura y gastronomía, México, 2006.
Mercados de México (en colaboración con Emmanuel Carballo, Alejandro Ordorica y Beatriz Espejo), UNAM, México, 2007.
Ensueño de sabores, Everest, México, 2007.
Los tacos de México, Aguilar, México, 2008.
Dentro y fuera del ruedo (en colaboración con José N. Iturriaga y Alejandro Ordorica), Gobierno del Estado de Veracruz, México, 2010.
Tortas mexicanas, Larousse, México, 2011.

•

MARTHA CHAPA
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

La Biblia, y en especial *El cantar de los cantares* y *El Eclesiastés*.
Cuentos completos, Jorge Luis BORGES.
Fisiología del gusto, Jean Anthelme BRILLAT-SAVARIN.
Poesía completa, Sor Juana Inés DE LA CRUZ.
El ojo de la sabiduría, Dalai LAMA.
El nombre de la rosa, Umberto ECO.
El arte de amar, Erich FROMM.
La muerte de Artemio Cruz y *Aura*, Carlos FUENTES.
Cuentos completos, Nikolái GÓGOL.
El águila y la serpiente, Martín Luis GUZMÁN.
Mente y conciencia, Robert B. LIVINGSTON y B. Alan WALLACE.
Enseñanzas sobre el amor, Thich NHAT HANH.
Noticias del Imperio, Fernando DEL PASO.

Poesía completa, Octavio PAZ.

El libro tibetano de la vida y de la muerte, Sogyal RIMPOCHÉ.

Hamlet y El rey Lear, William SHAKESPEARE.

Electra, SÓFOCLES.

La ciudad y los perros, La casa verde y Conversación en La Catedral, Mario VARGAS

LLOSA.

Mujer y budismo en Occidente, Sylvia WETZEL.

Y todos los clásicos, siempre los clásicos.

•

BEATRIZ
ESPEJO

El lector sagaz no tiene sexo

El lector sagaz no tiene sexo

MAESTRA, ACADÉMICA, investigadora, que prodigiosamente —a diferencia de una buena cantidad de investigadores académicos— nunca ha incursionado en el género aburrido, Beatriz Espejo es también ensayista intuitiva e inteligente, narradora estupenda, magnífica entrevistadora, traductora, biógrafa de Torri y compañera y esposa de Emmanuel Carballo. Dicho así, en un heroico ejercicio de síntesis.

Beatriz Espejo entrevistó, entre otras personalidades literarias, a Katherine Anne Porter, Guadalupe Marín, Carlos Pellicer, Agustín Yáñez, Rodolfo Usigli, Andrés Henestrosa, Julio Cortázar, Camilo José Cela, Juan José Arreola, Rosario Castellanos, etcétera, y conversó con más de treinta escritores (de Héctor Azar a Ramón Xirau, pasando por Huberto Batis, Alí Chumacero, Andrés Henestrosa, José Luis Martínez y José Emilio Pacheco) para hacer un fiel retrato hablado de Julio Torri.

Sus libros *Palabra de honor* y *Julio Torri, voyerista desencantado*, son dos ejemplos magistrales de agudeza y profesionalismo, de rigor documental y amenidad literaria: dos libros que deberían reeditarse y releerse más, sobre todo hoy cuando cualquiera toma una grabadora y entrevista a un escritor sin saber nada de él y sin haber leído uno solo de sus libros.

Hasta donde sé, Beatriz ya no cultiva la entrevista, pero los ejemplos que nos ha dejado son muestras, a un tiempo, de periodismo y literatura, sin contradicción ninguna y sin falsos antagonismos. Otra vez, importantes lecciones para hoy, cuando no escasean los periodistas que juegan a ser literatos y los literatos que juegan a ser periodistas.

Beatriz Espejo es una cuentista extraordinaria desde hace ya más de medio siglo, cuando publicó *La otra hermana* (1958), y luego con las entregas sucesivas de *Muros de azogue*, *El cantar del pecador*, *Alta costura*, *Marilyn en la cama* y otros cuentos y *Si muero lejos de ti*. Escribe apasionadamente en diálogo con el lector perspicaz, imaginativo y aun malicioso, y sabe burlarse de los ingenuos que se afanan en distinguir las fronteras de la ficción y la realidad. La realidad y la ficción son lo mismo en las manos de un escritor experto, y Beatriz Espejo se entrega, lúdica y lúcidamente, a la creación de mundos en miniatura pero absolutamente complejos y completos. En sus cuentos, por ejemplo, Guadalupe Amor y Marilyn Monroe pueden ser los personajes de carne y hueso, pero también las magistrales invenciones de tramas siniestras.

Escritora culta, Beatriz Espejo pertenece a la estirpe de Rosario Castellanos, Elena Garro, Inés Arredondo, Amparo Dávila y Luisa Josefina Hernández. Y no se amilana

ante nada ni ante nadie. Como crítica y maestra de la literatura, está dispuesta a prestarnos, cuando así lo pidamos, dolorosas verdades, pero no a regalarnos falsos consuelos.

Aguda observadora de las pasiones, los orgullos y los prejuicios que pueblan el medio literario, ha dicho, en labios de uno de sus personajes, que «nada entretiene tanto como ocuparse de uno mismo». Y es que, en nuestro tiempo, abundan los escritores ocupados en sí mismos, puesto que nadie más quiere ocuparse de ellos.

Creo que Beatriz Espejo tiene un principio vital y moral que es digno de admirarse. Piensa que el ideal de un escritor es alcanzar la alegría y el contento, la satisfacción de la existencia, y escribir buena literatura como recompensa y complemento. Esto no siempre es posible, pero cuando se logra, como ella lo ha conseguido, esto es mucho mejor que una vida banal e insatisfactoria, y quizá incluso lastimosa, acompañada de la publicación de exitosos libros horribles que pueblan hoy el mercado y las mesas de novedades.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Me hice lectora gracias a mi madre que me contaba cuentos infantiles, muchos de ellos populares y algunos bastante simplones, pero que me encantaban y nunca los he olvidado. En una dulcería famosa, Larín, ubicada en la calle de 20 de Noviembre esquina con República del Salvador, en la ciudad de México, había un burro de chocolate tamaño natural que debió hechizar a varias generaciones de muchachos. Pita Amor habla de él en su novela *Yo soy mi casa*. Y a veces sueño con mi entrada triunfal al sagrado recinto recibida por la gran escultura café oscuro. Recuerdo hasta sus mínimos detalles. Soy amante fiel de las endorfinas, remedio contra la tristeza. Allí vendían bombones rellenos de cerezas y licor, juguetitos de varios tamaños y precios y algo que nunca desapareció de mi memoria: sus cajitas de dulces forradas con papel blanco y el logotipo del establecimiento. Encima traían cuentos de la Colección Molino publicada en España. Mi papá se comía los caramelos mientras yo atesoraba los libros sin saber que estaba gestándose una vocación literaria. Aprendí a leer para seguir haciéndolo sin necesitar que otros lo hicieran por mí. También me interesaban los encabezados de los periódicos. Pasé sin darme cuenta a lecturas más serias. Sin ton ni son, como llegaban a mis manos y a mis ojos ávidos. *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, fue una de las primeras, junto con toda la serie de obras que publicó su autora. Oscar Wilde me embelesó, no sólo por sus cuentos sino por sus novelas, su célebre fantasma y *El retrato de Dorian Grey*, que no es precisamente para niños, aunque la *Balada de la cárcel de Reading* la conocí mucho tiempo después. Pronto cursé sus obras de teatro, principalmente *La importancia de llamarse Ernesto*. Las novelas históricas dejaron huella en mi alma: *Ivanhoe*, de Walter Scott y *Quo Vadis*, de Henryk Sienkiewicz, creo que ésta última fue la semilla para un trabajo que nunca he podido terminar, *Los eternos dioses*, por el que me dieron la Beca del Centro Mexicano de Escritores. Debo confesarte que en el aspecto de la lectura soy una verdadera viciosa como los fumadores, coleo un libro tras otro apenas termino el anterior.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

Quizá todos los que te mencioné, más muchos otros. Incluso te explico que las monjas en la escuela nos enseñaban a bordar por las tardes y gracias a ello bordo y tejo bastante bien; pero era costumbre que mientras pasaban las horas una de nosotras leía en voz alta libros místicos. Casi siempre yo cumplía ese encargo. De modo que conocí desde la escuela primaria la *Vida* de Santa Teresa y la poesía de San Juan de la Cruz y no me fueron ajenos Fray Luis de León ni Fray Luis de Granada. Desde hace un par de años he bendecido tal costumbre porque estoy escribiendo una novela, *Dónde estás corazón*, sobre el convento de Corpus Christi en la ciudad de México. He puesto muchas esperanzas sobre sus resultados a pesar de que soy fundamentalmente cuentista. En una entrevista que le hice, Andrés Henestrosa me dijo: «Nada se pierde, todo queda en el espíritu del hombre». Tenía razón y nunca se sabe lo que uno aprovechará cuando lo aprendió antes... Más que un libro en particular influyéndome, hubo muchos. Traigo a la memoria *Guerra y paz*, de León Tolstoi, que leí durante el embarazo de mi hijo Francisco para que le gustara la cultura, cosa cumplida con amplitud. Se sabe que durante mi adolescencia no había estudiante que desconociera los textos de Juan Rulfo y Juan José Arreola de quien fui discípula. Influyó tanto en mí que me alejé de su atrayente personalidad buscando una voz propia porque su manera de adjetivar y su poder de síntesis de tan seductores no me hubieran dejado encontrar mi estilo. Jorge Luis Borges me enloqueció al punto de que fui a buscarlo hasta la calle México de Buenos Aires. Llegué a su despacho en la Biblioteca Nacional, armada de grabadora y libros que me firmó; pero escucharlo fue a tal punto embobante que no pude oprimir el botón del aparato y siempre digo que mi mejor entrevista no la escribí. Ramón López Velarde me dictó con vehemencia mi tesis de maestría que ha permanecido inédita porque la encuentro muy verde a pesar de haber recibido Mención Honorífica. Y claro, Julio Torri, al que dediqué mi doctorado. He leído además una enorme cantidad de libros hechos por mujeres de varias nacionalidades, principalmente mexicanas. Con algunas concerté un libro titulado *Seis niñas ahogadas en una gota de agua*. Incluye a Pita Amor (ya citada), Inés Arredondo, Guadalupe Dueñas, Amparo Dávila, Rosario Castellanos y Elena Garro. A todas las conocí y traté y conozco de cabo a rabo sus escritos. Pero no podría dejarte de mencionar a Virginia Woolf ni a Jean Austen. Y puesta en ese camino sigo con Katherine Anne Porter y Katherine Mansfield. Otros cuentistas bien estudiados son Hemingway y Fitzgerald y muchos de sus compañeros de generación. En cuestiones de cuento he ahondado bastante, aunque mi madre me regañaba diciendo que alabanza en boca propia es vituperio.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

De alguna manera, sí. A veces recalcan las historias tradicionales que todas aplaudíamos. *La Bella Durmiente del Bosque* me parecía que había perdido demasiado tiempo dormida y eso me desconsolaba; luego pensaba que después de recibir el beso del

príncipe debía convencerlo de que ella tendría una vida propia escribiendo miniprosas y destacando de alguna manera y no sólo moviendo la rueda ni pronunciando con voz cansada «poco a poco la vieja hila el copo»; posteriormente por Julio Torri en su prólogo a *Grandes cuentistas*, editado por W. M. Jackson, supe que se trataba de una metáfora sobre el largo invierno en que todo se detiene hasta el soplo de la primavera con sus pájaros cantores y sus árboles florecidos cargados de manzanas y peras. En ese tiempo nosotros no teníamos estaciones marcadas y el frío no secaba nuestros campos ni la sequía mataba nuestras vacas. De manera que únicamente entendía la maravilla del amor que encanta y desencanta. En ese tiempo tampoco tenía idea de que había cuentos mágicos, genealógicos, cuentos para exponer principios morales o de iniciación como *Barba Azul* y *Pulgarcito*; al respecto podría escribirse un tratado. Quizá varios muy eruditos. Mi libro de lectura (se usaban las lecturas en voz alta, que deberían reinstituirse en las escuelas) fue *Corazón, diario de un niño*, de Edmondo de Amicis y sus historias lagrimosas que llenaban a las monjas de buenos propósitos. Nos decían que debíamos seguir ejemplos tan enternecedores como las de «El pequeño escribiente florentino». Cuadraba con el mandamiento de «honrarás a tu padre y a tu madre». Cosa que, dicha sea de paso, intenté siempre aunque pude haberlo hecho mejor, como siempre sucede cuando pasa el tiempo y reflexionas en que la generosidad y la ternura son las mejores virtudes. De muchas maneras a su alcance esas mismas religiosas estimulaban la lectura en la medida de sus fuerzas. Además de los libros místicos te inculcaban la frecuentación de algunos poemas aunque casi nunca atinaban al escogerlos. Celebraban mis jocosas imitaciones e interpretaciones, tanto de recitadores que se presentaban en teatros o que inventaba para diversión de mis condiscípulas gracias a que en el mercado, tirado en el suelo, encontré un librito que la sirvienta me compró mediante mis ruegos por la módica cantidad de un peso sobrante del mandado. Era *El declamador sin maestro*, de Homero de Portugal. Allí encontré la gloria para matar de risa con mis gracejadas a mis condiscípulas. No fallaba aquello de «si porque a tus plantas ruedo como un ilota rendido» (Julio Flórez), y sobre el pobre Paquito que no hará travesuras. Pero el trato con esos versos me abrió el camino de la lectura hacia Salvador Díaz Mirón, ídolo de mi familia, y de Amado Nervo, Enrique González Martínez y otros inspirados ilustres. Por aquellos tiempos un doctor amigo de mi padre, Roberto Loyo, por quien guardo especial afecto, me llevó de regalo la obra de Edgar Allan Poe en una edición espléndida que aún conservo.

Te cuento dos anécdotas vinculadas a mi muy temprana fiebre lectora y a mi fascinación por el arte. En cierta ocasión, mi papá llegó con una invitación para un coctel en la Embajada del Líbano, frente al Obelisco y casi llegando al Paseo de la Reforma. Pintada de crema y blanco de acuerdo con la construcción neocolonial. Me vestí con un trajecito de lana escocesa y cuellito de terciopelo que usaba en caso de verme más formal, tendría unos doce o trece años. Entre los invitados nadie me dirigió la palabra, como debían hacerlo. De pronto mi padre vino a decirme que lo acompañara a un pasillo lateral. En un sillón de cuero estaba un hombre maduro, entrado en carnes, mirando una pared vacía

que lo sumía en sus pensamientos. Había sido depuesto de su cargo como Presidente de Venezuela. Era Rómulo Gallegos. Me quedé contemplándolo largo rato. Ya había leído *Doña Bárbara*, *Cantaclaro* y *Canaima* publicadas por Aguilar; pero no me atreví a tocarle la puerta y a contarle mi deleitosa hazaña. Quizá le hubiera alegrado un poco que una muchacha tan joven fuera su admiradora. Nunca lo sabré. Años después, camino hacia la universidad detuve mi automóvil para ver a David Alfaro Siqueiros pintando una lámina de su Poliforum. Vestido de negro, con un suéter de cuello de tortuga, silueta admirable y admirable personalidad se abstraía en los trazos que su pincel de mango largo estampaba. Jamás se dio cuenta de mi presencia aunque estuve observándolo una media hora sin atreverme tampoco a perturbarlo. Admiro profundamente su figura, los discípulos internacionales que atrajo y su don casi divino de captar el movimiento. En la vida como en el arte todo se conserva en el recuerdo.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

Te abren ventanas al mundo, te permiten entender mejor a tus semejantes, te llevan a regiones desconocidas, te amueblan el cerebro, te hacen gozar y llorar y hasta te salvan la vida. Un día me intoxicqué gravemente con un camarón. Acababa de morir mi padre y no quise asustar a mi madre quien dormía en una recámara al fondo de la casa; pero los síntomas se agravaban y los reconocí por haber leído *Esas hojas estériles*, de Aldous Huxley. En uno de los capítulos muere intoxicada una idiota. Así advertí que me moría y pudieron salvarme llevándome al hospital a toda prisa por órdenes precisamente de Roberto Loyo. Fue un caso insólito.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

Supongo que es mejor una mente cultivada con temas variados de conversación, atenta a lo que pasa en torno suyo en cualquier orden humano o científico.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

No, salvo los que llevan esa intensión premeditada; pero en la literatura sería los libros pueden ser leídos tanto por hombres como por mujeres deleitándose en el manejo del idioma, el entorno social, el retrato de las costumbres y la manera de plasmarlos. Me refiero a los casos de Virginia Woolf, Jane Austen, Katherine Mansfield, Elena Garro y tantas y tantas escritoras excelentes que incluso han ganado el Premio Nobel. Claro, existía una serie prodigiosa en su momento lejano. Mis tías solteras la leían con loco afán y completita. Me refiero a la llamada Novela Rosa donde las solteras, adolescentes y solteronas, encontraban una especie de sueño para su futuro virginal. Todas las tramas de tales «creaciones» seguían un patrón parecido, casi idéntico, que terminaba con el feliz enlace de la niña pobre con un millonario apetecible. No recuerdo que me hayan

entusiasmado; sin embargo agoté la colección en una época que preocupaba a mi abuela por mi siniestro porvenir diciéndome que no encontraría marido porque a los hombres no les gustaban las mujeres sabias. ¡Hazme el favor! Mi sabiduría podría igualarse a la de un ratoncito aplicado. Oía tales advertencias por respeto, pero seguía adelante con lo próximo que aparecía hacia el horizonte. Consideremos aparte que desde siempre las mujeres hemos sido grandes consumidoras de novelas, traigamos a la página las que tenían salones en la Bella Época de París y con sus lecturas demostraban la viveza de su ingenio y de su diálogo. Procuraban mantenerse al tanto sobre los estrenos teatrales y las revistas recientes. Incluso el prestigio de sus reuniones subía de acuerdo con el de los invitados que lograban acaparar: músicos, escritores o pintores. El nivel de la conversación competía con el de los platillos exquisitos y las habilidades de los cocineros.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

He estudiado seriamente la literatura femenina y conozco bastante bien lo que escriben mis colegas mexicanas. Incluso junto con Ethel Krauze hice una serie de libros para la Editorial Alfaguara con determinados temas ilustrados por cuentos de autoras nacionales. Se llamaban *Atrapadas en la cama*, *Atrapadas en la madre*, *Mujeres engañadas*. Mónica Lavín inició la idea con un libro de Selector, *Atrapadas en la escuela*. Colaboré con uno de mis cuentos más entrañables, «Una mañana de abril». Es absolutamente autobiográfico y no cambié ni siquiera el nombre de los protagonistas pensando que no lo encontrarían en su camino por la vida. Todos lo leyeron, incluso mi primer noviecito que aparece descrito con su enorme belleza y sus coches último modelo llantas cara blanca según se usaban entonces. Y no quiero dejarte de mencionar que a los veintipocos años inicié la publicación de una revista con directorio femenino, portada de Pedro Friedeberg e ilustraciones de dibujantes hoy clásicos: *El Rehilete*. Acaban de presentar una tesis de maestría casi sociológica y muy interesante. Sostiene que aun por tales años procurábamos dejar sentado que podíamos ser tan inteligentes y cultas como cualquier otro profesionalista del ramo. Para ello nos esforzábamos en traducir a extranjeros insignes como Edward Albee, Laurence Ferlinghetti, Jean Genet, Ezra Pound, D. H. Lawrence. También me gustaría decirte que las mujeres solemos caer en temas afines: el matrimonio, los hijos, las sirvientas, la pérdida de la belleza, la soledad, la familia, el declive del amor. Creo que va muy ligado a nuestra índole; pero lo rescatable radica en la manera de tratarlos.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Trabajo en una enorme que ya conoces. Es en su mayor parte de mi marido, Emmanuel Carballo. Algunos libreros me pertenecen: principalmente los de literatura femenina. En Avándaro tenemos libros de artes plásticas. Y otras secciones las compartimos. Mi biblioteca personal, que había juntado antes de casarme, está también en Valle de Bravo.

Abundan las biografías y obras maestras de la literatura española hartamente conocidas y por lo mismo no debemos comentarlas.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Aquí cada quien encuentra distintas respuestas. Símbolo de inteligencia, de empeño, de genio creador, de belleza, de orgullo personal. Se trataba de un verdadero fenómeno para su época y todavía para la nuestra. Empecé a leerla desde niña y no terminé de llegar al fondo de ese pozo impenetrable que representa. Su mejor ejemplo en lo que a mí respecta se debe al cumplimiento de su vocación contra viento y marea. Las mujeres solemos pagar a precios demasiado altos nuestros deseos de vernos en letras de molde (mira que no soy plañidera y lo sostengo con pelos en la mano). Ella los pagó con su vida. La mató esa temida señora llamada Santa Inquisición cuando le impidió escribir y la obligó a cumplir sus votos monjiles. Había quedado sin asideros y sin propósitos intelectuales y creo que nunca se propuso ser santa. En lo personal, sin que concuerde con muchos sorjuanistas, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* es la obra que se abisma más en su figura porque el gran poeta que fue Octavio Paz interpretó sus mecanismos artísticos, sus fuentes filosóficas, el milagro de haber nacido como Minerva portando todas sus armas.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

La tuve de niña y adolescente. En vez de un baile de quince años pedí un escritorio y un anillo de brillante corte esmeralda. Los conservo. De casada escribo en medio del tumulto doméstico. Me preguntan a cada rato lo que será la comida diaria, si se compran focos, se arregla el piso estropeado, se tapizan los muebles. Me he vuelto una especie de pulpo con muchos disfraces... El postulado de Virginia Woolf se refería, sobre todo, a la independencia económica: poderse mantener en cualquier circunstancia. Esa ventaja la tengo gracias a la universidad, mi refugio de trabajo, y a otras circunstancias favorables en este sentido.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

Lo decía mi abuela. Pero nunca nadie encuentra un buen fin, porque nos esperan las malas sorpresas con sus inevitables enfermedades y su muerte inevitable; ahora que, si hablamos en tono menos lúgubre, debemos aceptar que la lectura, la escuela, el trabajo nos prestan una conciencia de permanencia sobre la tierra mientras estemos pisándola.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

Me gusta la poesía si es de T. S. Eliot, los cuentos si son de José Revueltas, las obras de teatro si las concibió Edward Albee o Arthur Miller a quien conocí en persona y era chocantísimo. Se había divorciado de Marilyn Monroe y andaba con su nueva mujer a la que hizo, lo supe luego, muy desdichada. Alguna vez he pensado en escribir una crónica de tal experiencia. Me subyugan las biografías y los ensayos si los hacen personas como Clive Bell o Grislain de Diesbach quienes regularmente juntan ambos géneros. Adoro principalmente los cuentos y las novelas. Esto para definir tu pregunta y no salirme por las ramas con mi mención a Pepe.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

Creo que a las dos. Muchas veces depende del momento en que lleguen a ti, como si fueran conjuros enviados por tu hada madrina o tu ángel de la guarda, dulce compañía. En todo caso eso fincan: una dulce compañía que te impele a pensar y a tomar medidas.

¿SON DIFERENTES LOS LECTORES DE LAS LECTORAS?

Depende de muchas circunstancias. En especial, la cultura y la sensibilidad. El lector sagaz no tiene sexo, tiene espíritu y capacidad para entender y sacar conclusiones.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

Me resulta difícil elegirlo. Podría ponerte una lista con títulos de algunos enemigos que a mi pesar he logrado en la crueldad del claustro académico o de la vida literaria, absolutamente competitiva en un país que se reparte los premios en camarillas cerradas alabándose entre sí a pesar de cometer grandes dislates; pero detesto a los escritores que escriben para ganar dinero desprestigiando a medio mundo; a los insinceros, a los que redactan con cobardía buscando no comprometerse ni con Dios ni con el diablo... Bueno, me pides un título. Te contesto sin dudarlo: *El código Da Vinci*, de Dan Brown. Conserva las virtudes del *best seller* y sabe atrapar. A la mitad se estrella contra el piso como un aeroplano en pleno vuelo.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

En papel, sin duda. Me encanta llevarme libros a la cama, tocarlos, señalarlos con tenues rayitas de lápiz que luego encuentro en segundas consultas.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Cada vez más. Consulto noticieros todas las noches y procuro echar vistazos a los periódicos. Siento horror por los cambios climáticos y me alarma la violencia circundante. Condeno enérgicamente el bandolerismo de casi todos nuestros políticos que aceptan sus cargos buscando enriquecerse. Cuando veo sus carteles con anuncios publicitarios en los cuales se comprometen, de ser elegidos, a cambiar el mundo, siento una rabia indomable.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

La nave de los locos, de Katherine Anne Porter, porque amplía su óptica y enfoca admirablemente a hombres y mujeres. Pasó muchos años escribiendo esa novela. Yo la conocía como cuentista y fui a buscarla cerca de Monterey, California. Cuando llegué a la Universidad de Stanford ya no enseñaba allí. Finalmente pude entrevistarla, en la ciudad de México, en el Hotel del Prado (el que se cayó con el temblor de 1985). Era muy anciana, coqueta y bella.

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

La respuesta obligada sería el *Quijote*. No siendo tan ambiciosa te confieso al oído que me encanta *Los idus de marzo*, de Thornton Wilder. Me gustaría terminar mi carrera, si me alcanza el tiempo, con ese libro de tema romano del cual ya te hablé.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Que por eso muchas escritoras, a principios del XX, se cortaron el cabello. En realidad, a las mujeres las tuvieron años como un juguete amable al que se prohibía la universidad, incluso, en muchos países, no podían ni siquiera heredar. Y a las mujeres solía gustarles su papel de abnegación y belleza. Se conformaban sumisas, de ahí que varias escritoras trabajaran en secreto como si cometieran pecados. Por otra parte, Schopenhauer debió haber sido muy desdichado amorosamente.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

Ése que acabas de mencionar porque lo dijo un filósofo supuestamente inteligente que se ganó la enemistad de la mitad del género humano.

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Que te enloquece sorbiéndote el seso.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

Cualquier cosa que se haga en este sentido es muy beneficiosa. He visto dependientes de tiendas importantes que no tienen la menor ortografía. Conozco a personas que se ufanan de no haber abierto un libro jamás y a profesionistas que usan ropas de marca pero les duele comprar libros.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

Sí, y se fomenta. Recuerdo haberle leído a mi hijo cuentos desde muy pequeño, y hoy es un consumado lector. Le recomendaría a las madres que siguieran mi ejemplo o, al menos, si sus tareas no se los permiten, que les compren libros a los niños. Es el mejor dinero gastado.

¿PARA QUÉ LEER?

Para todo lo que hemos conversado desde nuestras computadoras y para no sentirse en completo desamparo durante la vida.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

Te contestaría sin error a equivocaciones únicamente gracias a una bola de cristal porque los avances tecnológicos van muy rápidos. Personalmente necesito convencerme de que los libros seguirán existiendo encuadernados en su sitio o con las portadas gastadísimas de tanto leerlos. Y que se fomente colgarlos en la red.

ALGUNOS LIBROS
DE BEATRIZ ESPEJO QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

Palabra de honor, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, 1990.
Julio Torri, voyerista desencantado, Diana, México, 1991.
De cuerpo entero, UNAM/Corunda, México, 1991.
El cantar del pecador, Siglo XXI, México, 1993.
En religiosos incendios, UNAM, México, 1995.
Alta costura, Tusquets, México, 1997.
Todo lo hacemos en familia, Aldus, México, 2001.
Marilyn en la cama y otros cuentos, Nueva Imagen, México, 2004.
Cuentos reunidos, Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
Si muero lejos de ti, Lectorum, México, 2011.

•

BEATRIZ ESPEJO RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Puesto que me dices que puedo recomendar la cantidad de libros y autores que yo desee, aquí van más de cincuenta autores y más de medio centenar de títulos, en una selección un tanto arbitraria, libros que recomiendo porque son los que, en este momento, están más cercanos a mi memoria y a mis puntos de interés.

El mundo alucinante, Reinaldo ARENAS.
Obras completas, Juan José ARREOLA.
Cuentos completos, Inés ARREDONDO.
Los de abajo, Mariano AZUELA.
La tregua, Mario BENEDETTI.
El complot mongol, Rafael BERNAL.
La invención de Morel, Adolfo BIOY CASARES.
Los detectives salvajes, Roberto BOLAÑO.
De otro modo lo mismo y Versos, Rubén BONIFAZ NUÑO.
Ficciones, Jorge Luis BORGES.
Desayuno en Tiffany's, Truman CAPOTE.
Protagonistas de la literatura mexicana, Emmanuel CARBALLO.
Los pasos perdidos, Alejo CARPENTIER.
¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?, Raymond CARVER.

Balún Canán, Rosario CASTELLANOS.
Todos los cuentos, Antón CHÉJOV.
Cuentos reunidos, Julio CORTÁZAR.
Farabeuf, Salvador ELIZONDO.
Cuentos completos, William FAULKNER.
Cuentos reunidos, Rubem FONSECA.
Aura y La muerte de Artemio Cruz, Carlos FUENTES.
Doña Bárbara y Canaima, Rómulo GALLEGOS.
El coronel no tiene quien le escriba, Cien años de soledad y Crónica de una muerte anunciada, Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ.
Cuentos completos, Juan GARCÍA PONCE.
La semana de colores y Los recuerdos del porvenir, Elena GARRO.
El águila y la serpiente y La sombra del caudillo, Martín Luis GUZMÁN.
Huasipungo, Jorge ICAZA.
Relatos y Otra vuelta de tuerca, Henry JAMES.
Península, Península, Hernán LARA ZAVALA.
Paradiso, José LEZAMA LIMA.
Obras, Ramón LÓPEZ VELARDE.
El grupo, Mary MCCARTHY.
Moby Dick, Herman MELVILLE.
Se llevaron el cañón para Bachimba, Rafael F. MUÑOZ.
Cuentos reunidos, Silvina OCAMPO.
Novelas y cuentos, Juan Carlos ONETTI.
Tarde o temprano, José Emilio PACHECO.
Noticias del Imperio, Fernando DEL PASO.
Poesía completa, Carlos PELLICER.
En busca del tiempo perdido, Marcel PROUST.
Dormir en tierra, José REVUELTAS.
Hijo de ladrón, Manuel ROJAS.
Rosenda, José Rubén ROMERO.
El Llano en llamas y Pedro Páramo, Juan RULFO.
Abaddón el exterminador, Ernesto SABATO.
Obras completas, Julio TORRI.
Ulises criollo y La tormenta, José VASCONCELOS.
La guerra del fin del mundo y La fiesta del chivo, Mario VARGAS LLOSA.
En busca de Klingsor, Jorge VOLPI.
La edad de la inocencia, Edith WHARTON.
Al filo del agua, Agustín YÁÑEZ.

MARGO
GLANTZ

Todos los lectores son diferentes

Todos los lectores son diferentes

COMO AFIRMÓ CARLOS MONSIVÁIS, Margo Glantz cree en el placer inagotable del texto, ese placer del texto al que se refiere Roland Barthes, uno de los autores preferidos de la escritora.

Entre las más destacadas autoras mexicanas contemporáneas, Glantz tiene un trato lúdico, febril, imaginativo y memorioso con la escritura. Sabe que una es la verdad autobiográfica y otra la verdad literaria, pero sabe también que, frecuentemente, estas verdades se entrecruzan, se entreveran y se complementan. Y también a veces se confunden. Uno de sus mejores libros que prueban esto es *Las genealogías*, en cuyas páginas la vida familiar (la historia, el linaje, los parentescos) se vuelve novela.

Desde fines de la década del setenta, Margo Glantz ha venido forjando una literatura donde los géneros no tienen una frontera precisa: narrativa, ensayo, aforismo, comentario, apunte, etcétera, armonizan en una original literatura donde lo fundamental es el placer: placer del que escribe; placer del que lee.

Sorjuanista, en su pasión intelectual y en su inventiva, en uno de sus aforismos afirma que «las mujeres saben soltarse el pelo». Lo demuestra en *De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos*, en *Síndrome de naufragios*, en *Zona de derrumbe*, y muy especialmente en *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*. Pero, en general, toda la literatura de Margo Glantz se reconoce por esa vocación placentera que hace participar al lector en un juego divertido, inteligente, emotivo e intelectual.

Predilecciones, obsesiones, viajes y por supuesto lecturas pueblan los libros de esta escritora y delatan su afán, como observara muy bien Monsiváis, de «sólo creer en los temas que permiten su exploración exhaustiva».

Diamela Eltit ha escrito que «Margo Glantz traspasa los artificios del “sentido común” para mostrar el placer de una escritura que evidencia su propia historia». Barthesianamente, esta escritora mexicana mira el libro (y el discurso del libro) como «un objeto amoroso».

No puede ser de otro modo cuando la escritura es también un eco prolongado de la lectura. Y un eco que se prolonga, aún más, con la conversación.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Desde muy niña leí. Mi padre tenía una biblioteca desordenada pero abundante, con libros en yidish, ruso, hebreo y español. Además, colecciones de revistas; por ejemplo, *Sur*, fundada y dirigida por Victoria Ocampo, y *Billiken*, revista de monitos para niños, también argentina. Había también antologías de poetas, como Shakespeare y Calderón de la Barca, en las colecciones de Aguilar, folletines de Alejandro Dumas (*Los tres mosqueteros*, *El Conde de Montecristo*, *El Vizconde de Bragelonne*, etcétera), Ponson du Terrail (las series de *Rocambole*), Víctor Hugo (*Los miserables*, *El noventa y tres*) y, por algún azar providencial, novelas de Julio Verne (*Los hijos del capitán Grant*, *Dos años de vacaciones*, *Viaje al centro de la Tierra*, *Miguel Strogoff*), M. Delly (*Corazones enemigos*, *Orietta*, *La infiel*) y Stevenson (*La isla del tesoro*, *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, *Secuestrado*), así, en desorden.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

Entre los libros que mi padre nos compraba había algunos sobre mitos griegos, y otros sobre descubridores e inventores. Así que, desde muy pequeña, quizá desde los nueve o diez años de edad, leí con avidez y me sabía de memoria las aventuras de Jasón, Perseo, Hércules, Aquiles, Héctor, Casandra, etcétera, además de los viajeros de Indias como Colón (sobre quien mi padre escribió un poema épico en yidish), Magallanes, Cook, etcétera. También las vidas de Gutenberg, Edison, Bell y otros inventores.

Fue muy importante también una antología de poetas que empezaba con los griegos y los latinos y terminaba con el italiano Leopardi. Verne y Delly (novelas de aventuras y novelas rosa) marcaron mi adolescencia, como también *Crimen y castigo*, *Los hermanos Karamazov* y *El príncipe idiota*, de Dostoievski, hacia los 14 años. A los 15, gracias a una biblioteca circulante de una organización socialista-sionista a la que ingresé en 1945, leí novela norteamericana (Jonh Dos Passos, William Faulkner, Theodore Dreiser, Upton Sinclair...) y alemana (Herman Hesse, Thomas Mann, Hermann Broch, Jakob Wassermann, Leon Feuchtwanger...), y a los 17 empecé a leer a Marcel Proust, a quien no entendí en absoluto.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

Me dieron un premio de lectura a los siete años. Por lo demás, una de mis maestras, en tercero de primaria, escribió en el pizarrón *hambre* sin «h». Le pregunté si la palabra estaba escrita correctamente y me contestó que *hombre* se escribía con «h» pero *hambre* no... Sin comentarios; o más bien uno: Entonces la educación primaria era mucho mejor que la de hoy...

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

Definitivamente, puedes vivir las vidas y las aventuras que quieras vivir en la medida que las vas leyendo.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

Creo que es algo fundamental, a menos que se lea *Mein Kampf* [*Mi lucha*] o alguna otra por ese estilo.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

Cuando era niña, leía mucho novela rosa, en especial las de M. Dely. Me imagino que estaban escritas especialmente para las adolescentes, aunque era el pseudónimo de una pareja de hermanos (Frédéric Henri Joseph, 1876-1949, y Jeanne Marie Petit Jean de la Rosière, 1875-1957), que se hicieron ricos elaborando historias de final feliz con jóvenes pobres pero blancas y bellas que conseguían conquistar a jóvenes blancos, bellos y ricos. Yo soñaba con uno así, y me casaba con él en mis sueños: se vestía de smoking pero carecía de cabeza...

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

No.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Una bastante grande, con libros de muchas disciplinas, diversas literaturas en varios idiomas, obras de crítica literaria, historia, filosofía, estudios culturales, etcétera. Es decir lo que he ido necesitando para mi carrera docente y de investigadora, así como aquellos libros que responden a mis obsesiones personales.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Es la más grande escritora de nuestras letras, la última gran figura de los Siglos de Oro y una de las más grandes de la literatura universal, aunque decir esto es simplemente una hipérbole.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Desde que me divorcié.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

He encontrado algunos, con buen principio y mal final, como casi todas las historias de amor que no hayan sido inventadas por los hermanos Delly.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

Todos.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

Depende; creo que a las dos cosas.

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

Todos los lectores son diferentes.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

No leería y por ello tampoco recomendaría los libros de Paulo Coelho ni los de Carlos Cuauhtémoc Sánchez y, en general, ninguno de esa estirpe de autoayuda que a lo que menos ayuda es a pensar. Ah, y aunque parezca extraño tampoco recomendaría el *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago, porque es casi, también, un libro de autoayuda.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

En papel. En pantalla, únicamente lo que escribo y algunas cosas que me envían mis amigos o mis estudiantes.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Mucho, aunque la política mexicana es cada vez más desastrosa, quien quiera que sea quien la practique.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

Muchos. Los de María de Zayas (*Novelas amorosas y ejemplares, Parte segunda del sarao y entretenimientos honestos*), Virginia Woolf (*La señora Dalloway, Al faro, Orlando, Una habitación propia, Flush*), Nellie Campobello (sobre todo *Cartucho*), los primeros de Elena Garro (*Los recuerdos del porvenir, La semana de colores, Un hogar sólido, Felipe Ángeles*), los de las Brontë (*Jane Eyre, Cumbres borrascosas*), Clarice Lispector (*Cerca del corazón salvaje, La manzana en la oscuridad, Un aprendizaje o el libro de los placeres, La hora de la estrella, Lazos de familia*), Flannery O'Connor (*El cielo de los violentos, Es difícil encontrar un buen hombre, Todo lo que crece tiene que converger, Relatos*), Carson McCullers (*Reflejos en un ojo dorado, La balada del café triste, El corazón es un cazador solitario*), Agatha Christie (*Asesinato en el Orient-Express, Muerte en el Nilo, El asesinato de Roger Ackroyd*), y *Ancho mar de los Sargazos*, de Jean Rhys, entre otros.

¿QUÉ LIBRO DE UN AUTOR TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

Uno maravilloso que acabo de leer: *El olor a alcanfor*, de Naier Massud, escritor indio, musulmán, que escribe en urdu.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Que es simplemente el lugar común de un misógino.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HA
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

Uno que me dijo un ¿amigo?: «¿Cómo puedes vivir siendo mujer, judía y mexicana?»

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

No la recuerdo.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

Pueden ser buenas, pero esto depende de quién las organiza y con qué fines...

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

Imagino que sí, pero también puede instigarse el deseo de leer.

¿PARA QUÉ LEER?

Ya lo he dicho.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

Espero que lo tenga.

ALGUNOS LIBROS
DE MARGO GLANTZ QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

Esguince de cintura, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.
Apariciones, Alfaguara, México, 1995.
Las genealogías, Alfaguara, México, 1997.
La Malinche, sus padres y sus hijos, Taurus, México, 2001.
El rastro, Anagrama, Barcelona, 2002.
Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador, Anagrama, Barcelona, 2005.

•

MARGO GLANTZ
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Vacación hindú y Mi perra Tulip, J. R. ACKERLEY.
Fronteras sombrías, La máscara de Dimitrios y Viaje al miedo, Eric AMBLER.
El juguete rabioso, Los siete locos, Los lanzallamas y El amor brujo, Roberto ARLT.
El grado cero de la escritura, Michelet, Mitologías, El placer del texto, Fragmentos de un discurso amoroso, La cámara lúcida, Diario de duelo, Roland BARTHES.
Historia del ojo, Madame Edwarda, El erotismo y Mi madre, Georges BATAILLE.
El concepto de crítica de arte en el romanticismo alemán, Calle de sentido único y La obra de arte en la era de su reproducibilidad técnica, Walter BENJAMIN.
Obras completas, Jorge Luis BORGES.
Cumbres borrascosas, Emily BRONTË.
Cartucho, Nellie CAMPOBELLO.
Memorias, Giacomo CASANOVA.
El sueño eterno, La dama del lago, La hermana pequeña y El largo adiós, Raymond CHANDLER.
La dama de blanco y La piedra lunar, Wilkie COLLINS.
El corazón de las tinieblas, Nostromo, Lord Jim y Tifón, Joseph CONRAD.
Adolfo, Benjamin CONSTANT
Obras completas, Sor Juana Inés DE LA CRUZ.
Los papeles póstumos del Club Pickwick, Oliver Twist, David Copperfield, Casa desolada y Tiempos difíciles, Charles DICKENS.
Crimen y castigo, Los endemoniados, Los hermanos Karamazov y El príncipe idiota, Fiodor DOSTOIEVSKI.

Antología poética del Siglo de Oro, Luis DE GÓNGORA, Francisco DE QUEVEDO y otros.
Canciones para cantar en las barcas y Muerte sin fin, José GOROSTIZA.
El águila y la serpiente, La sombra del caudillo, Memorias de Pancho Villa y Muertes históricas, Martín Luis GUZMÁN.
Cosecha roja, La maldición de los Dain, El halcón maltés y El agente de la Continental, Dashiell HAMMETT.
La princesa de Clèves, Mademe de LA FAYETTE.
Los Buddenbrook, La muerte en Venecia, La montaña mágica y Doktor Faustus, Thomas MANN.
El manuscrito encontrado en Zaragoza, Jan POTOCKI.
En busca del tiempo perdido, Marcel PROUST.
El Llano en llamas y Pedro Páramo, Juan RULFO.
Del natural, Vértigo, Los emigrados y Los anillos de Saturno, W. G. SEBALD.
Armancia, Rojo y negro, La cartuja de Parma y Lucien Leuwen, STENDHAL.
Poesía completa, César VALLEJO.
Novelas amorosas y ejemplares, María DE ZAYAS.

•

BÁRBARA
JACOBS

Hay que leer para ser libres

Hay que leer para ser libres

CASI TODOS LOS LIBROS de Bárbara Jacobs, desde *Doce cuentos en contra* (1982) hasta *Lunas* (2010), pasando por *Escrito en el tiempo* (1985), *Las hojas muertas* (1987), *Vida con mi amigo* (1994) y *Juego limpio* (1997) abordan en mayor o menor medida las pasiones de leer y escribir. Si juntamos todas sus piezas, lo que hallamos es la genealogía lectora de quien escribe. En 2011, con *Leer, escribir*, añadió de algún modo una nueva página a ese gran volumen que ha venido escribiendo y en donde hallamos reflexiones, vivencias, anécdotas e interrogaciones sobre el arte de vivir en medio de la cultura escrita.

A lo largo de todos estos libros, Bárbara Jacobs ha venido trazando su autobiografía lectora, porque sus libros están hechos con la conciencia de ser una persona que se ha formado gracias a los libros como nutrientes no sólo indispensables sino algo más que eso: imprescindibles, irrenunciables. Las alianzas entre vida y escritura y vida y lectura, y el guiño autobiográfico no exento de ironía para decirnos que no todo lo que leemos es autobiografía pero sí mucho de lo que vivimos puede estar vinculado a la lectura, dota a la obra de Bárbara Jacobs de una profundidad mayor.

Para Bárbara Jacobs, la lectura puede ser una locura, «y es locura porque el que lee vive más en los libros que en la vida. Es más, hay momentos en que uno incluso agradecería ser literalmente succionado por la lectura o por algún libro específico y no volver a salir de entre sus tapas».

Un lector, como tal, es un alienado que, curiosamente, atrapado entre los libros, es más libre que muchos que no leen nada y que se consideran muy cuerdos. Recordemos a Borges, nuevamente, el lector por excelencia, que afirma que entre sus primeros recuerdos reales, vividos, y no sólo fruto de la ficción, está aquel en el que un genio sale de una botella. Para él, eso era parte de sus recuerdos de vida, y no sólo el pasaje de una lectura fantástica.

La locura de leer no tiene cura. Edith Wharton lo dijo convencida: «Ningún vicio es más difícil de erradicar que el que se considera popularmente una virtud. Entre estos vicios destaca el vicio de la lectura».

La voracidad de lectura de Bárbara Jacobs la convierte en *bibliófaga*, lectora insaciable que no puede prescindir ya de este alimento, los libros, que pasan a ser su despensa en la biblioteca personal, misma que, por cierto, es personal porque es única. Al ser despensa y no únicamente repositorio de libros, la biblioteca personal contiene los

alimentos espirituales que se vuelven terrenales. Para un lector, y en este caso para una lectora, como Bárbara Jacobs, nada más parecido a un pan que un libro. Y advierte: «No basta saber que un pedazo de pan te alimenta, es mejor si además su aspecto y su sabor te gustan y te causan placer». Las levaduras y los granos con que se hacen los libros son también de diversas calidades. De esto conversamos precisamente.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Recojo con cierta extensión la historia completa en un ensayo que incluí en *Leer, escribir* (Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, 2011). Pero en síntesis, te confieso que, a pesar de ser hija de un gran lector, y de haber nacido en una casa llena de libros, a mí me costó mucho trabajo empezar a leer y, mucho tiempo, a leer con provecho y con gusto. Lo que finalmente venció mi resistencia fue creer que, si lograba imitar bien a mi papá, y específicamente a dos amigas mías de la infancia (diez, doce años de edad), que eran lectoras muy tempranas y muy agudas, yo les iba a caer mejor.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

¿No preguntas por los libros que me catapultaron hacia la lectura, verdad? En todo caso, algunos de los que marcaron mis años formativos son *The Catcher in the Rye*, de J. D. Salinger; *Un coeur simple*, de Gustave Flaubert; *Rayuela*, de Julio Cortázar; *La Oveja Negra y demás fábulas*, de Augusto Monterroso; *The Garden Party*, de Katherine Mansfield, en este orden, cada uno en su lengua original y, los cinco, quizá tardíos, pero de antes de que yo cumpliera veintitrés años de edad.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

Por buena suerte, en los diferentes colegios a los que asistí (primaria, secundaria), en la ciudad de México y en Montreal, Canadá, tuve profesoras y profesores de lengua y literatura (español, inglés, francés, latín) que amaban las materias que enseñaban. Además, mis disciplinas preferidas, y en las que siempre obtuve las mejores notas, fueron Gramática, Composición y Literatura, aun en los primeros años, cuando tenía miedo de leer.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

Los libros, no sé; pero la lectura, a mí sí. Cuando estoy leyendo un libro que me gusta mucho, incluso tener que ir a las oficinas de Administración Tributaria me hace reír.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

Si las hace reír o sonreír, sí; supongo que sí.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

No sé.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

Creo que *no* me identifico con la «literatura femenina», porque ni siquiera sé muy bien a qué se refiere el término. Pero en cambio, con las causas de la emancipación de la mujer y sus luchas sí me he identificado y, aunque siempre de forma individual y alejada, por principio, de toda y cualquier tipo de agrupación o multitud, me identifico plenamente. Lo que me da pena (de pesar) es que, mientras tanto, el hombre siga atado a la noción de su supremacía y no haga nada por su emancipación. ¡Pero mejor no darle ideas! Mejor seguir en mi propia lucha, por mi propia emancipación, un poco en el plan de ¡sálvese quien pueda!

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Perdona, pero me voy a autocitar («Biblioteca personal», en *Leer, escribir*): «Soy dueña de por lo menos tres bibliotecas personales, la de los libros que poseo físicamente, la de los que leí y por mil razones no guardé y la de los que quiero leer o aunque sea sólo tener pero que no he encontrado todavía. También, de la de los libros sobre los que he oído o leído tanto que me parece que yo misma ya los leí. Y además soy dueña de los únicos libros sin los que de verdad prácticamente no podría vivir, que son los diccionarios, de todo tipo».

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Sor Juana es un símbolo de las mujeres excepcionales.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

He tenido una habitación propia desde que empecé a llevar diario, que fue a los doce años de edad, una práctica que, a mis sesenta y cuatro, no he interrumpido un solo día.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

Perdona, pero creo que cada quien habla de la feria según le va en ella. No sé cuál irá a ser mi fin, pero aprendí latín, tuve marido durante treinta y dos años y, al enviudar, he vuelto a encontrar marido, así que...

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

Supongo que todos. Después de diez años de trabajar en él, he terminado un libro precisamente sobre los géneros literarios. Encontré cerca de treinta. Y puedo decir que me gustaría ensayar los que todavía no he practicado.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

La reflexión también puede llevar a la acción. A veces no termino de leer un libro que me esté entusiasmando mucho porque su estímulo me ha hecho dejarlo y me ha lanzado de inmediato a proyectar o de plano escribir algo propio.

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

Y las lectoras de las lectoras y los lectores de los lectores. Es decir, cada lector es diferente de otro, como cada lectora de otra y, por lo tanto, sí, las lectoras somos diferentes de los lectores, y nosotras entre nosotras, y los lectores entre los lectores.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

Al contestarte lo estaría recomendando.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

Estoy abierta a ambos medios, y cada vez recorro con mayor frecuencia al electrónico, pero, aquí entre nos, ahora que superé el prejuicio al electrónico, prefiero el libro impreso.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

En la política, me oriento más con el corazón que con el entendimiento. Incluso podría decir que debo mi vida a la política y sus cuestiones. Así que le doy las gracias todos los días, aunque no le entienda mayormente. Me explico: soy hija de un neoyorquino miembro de las Brigadas Internacionales que lucharon al lado de la República en la Guerra Civil de España; soy viuda de un escritor guatemalteco que huyó de la cárcel de

un dictador y por fortuna para mí se exilió en México; y ahora soy mujer de un pintor refugiado español que también vino a dar a este país, con tan buen espíritu político que se considera a sí mismo «un republicano mexicano».

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

¿Sólo uno? Digamos, *La Plaza del Diamante*, de Mercè Rodoreda.

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

El Lazarillo de Tormes, aunque por ser Anónimo, la autoría puede atribuirse tanto a un autor como a una autora, por ejemplo, Santa Teresa, según me gusta a mí suponer.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Como frase, pienso que es una ecuación sin sentido. Ahora, como la definición urdida por Schopenhauer de la mujer, resulta demasiado sujeta a la moda, ello la hace perder sentido. O ganar otro. El hombre ha llevado el pelo largo en diferentes épocas, y cuando no se le ha ondulado o rizado tanto como el de la mujer, ha llevado peluca, de pelo largo, rizado y ondulado. ¿Cómo se habría referido Schopenhauer a Voltaire, que llevaba peluca de pelo largo y es el indiscutible amo del aforismo? El propio Schopenhauer era aforista, y hacía todo porque el pelo que le crecía, si no en el centro del cráneo, sí a los lados, sobre las sienes, se le alargara y enrizará lo más posible. ¿Y se habría burlado del pelo más bien largo de Einstein y su idea cortísima, contenida en sólo tres letras y un número? Por cierto, no sé qué tan sintéticamente se puedan expresar las ideas y las fórmulas de Marie Curie, pero es la única persona, y mujer de pelo largo, que ha ganado el Premio Nobel en dos ocasiones. En todo caso, esta respuesta ya se me alargó demasiado y, además, desde hace un buen tiempo yo, que soy mujer, prefiero llevar el pelo corto, para bien o para mal.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

Que somos seres de pelo largo e ideas cortas.

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

La que establece que todo alfabetizado sabe leer.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

Que son bien intencionadas.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

Soy un caso que muestra que no necesariamente se nace con la inclinación lectora.

¿PARA QUÉ LEER?

Si haces la diferencia entre leer sólo como alfabetizado, y leer como quien *sabe leer*, hay que leer para ser libres (cuidado con las erratas y los chistes fáciles; dije libres, con e, no libros, con o. Pero, pensándolo bien, la errata o el chiste fácil que convirtieran libre en libro, no sólo no dañaría la palabra libre sino que enriquecería la palabra libro).

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

¿Libro impreso, libro electrónico? ¿A qué te refieres? En todo caso, por desgracia no soy adivina ni tampoco ninguna buena especuladora, ni siquiera moderadamente científica. Aunque, por otra parte, como soy mujer, sí soy intuitiva. De modo que, para contestar tu pregunta, te diré simplemente que me late que el libro, en la modalidad que quieras, pero como el nombre de Faulkner, prevalecerá.

ALGUNOS LIBROS
DE BÁRBARA JACOBS QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

Juego limpio, Alfaguara, México, 1997.
Antología del cuento triste (en colaboración con Augusto Monterroso), Alfaguara, México, 2000.
Adiós humanidad, Alfaguara, México, 2000.
Atormentados, Alfaguara, México, 2002.
Flores y Ruiseñor, Alfaguara, México, 2006.
Vidas en vilo, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2007.
Nin reír, Taller Ditoria, México, 2009.
Lunas, Era, México, 2010.
Leer, escribir, Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, 2011.

•

BÁRBARA JACOBS
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Los jóvenes mexicanos de hoy pueden acercarse a la literatura a través de la colección antológica *18 para los 18*, que contiene 18 novelas breves de autores mexicanos del siglo XX. (Son seis tomos, con tres novelas cada uno). La publicó la SEP a través del Fondo de Cultura Económica. Sugiero que compren la colección completa (aunque pueden comprarse los seis tomos por separado.) Y, por supuesto, que la lean, con las notas de presentación a cada novela incluida. Luego, sugiero que lean los otros libros de los autores antologados, o de los que les hayan gustado más. Estas lecturas, necesariamente llevarán a los jóvenes lectores a otras, por ejemplo, a las que los autores leídos y seguidos mencionan en sus diversos libros.

18 PARA LOS 18

Volumen 1

Elsinore: un cuaderno, Salvador ELIZONDO.

Querido Diego, te abraza Quiela, Elena PONIATOWSKA. *Anónimo*, Ignacio SOLARES.

Volumen 2

Soledad, Rubén SALAZAR MALLÉN.

El solitario Atlántico, Jorge LÓPEZ PÁEZ.

Los relámpagos de agosto, Jorge IBARGÜENGOITIA.

Volumen 3

William Pescador, Christopher DOMÍNGUEZ MICHAEL.

Educar a los topos, Guillermo FADANELLI.

Las hojas muertas, Bárbara JACOBS.

Volumen 4

Aura, Carlos FUENTES.

El libro salvaje, Juan VILLORO.

Ninguna eternidad como la mía, Ángeles MASTRETTA.

Volumen 5

Las batallas en el desierto, José Emilio PACHECO.

La gaviota, Juan GARCÍA PONCE.

El complot mongol, Rafael BERNAL.

Volumen 6

La tumba, José AGUSTÍN.

La muerte de un instalador, Álvaro ENRIGUE.

El apando, José REVUELTAS.

•

ETHEL
KRAUZE

Mujer que sabe latín, sabe cómo elegir

*Mujer que sabe latín,
sabe cómo elegir*

DESDE SUS PRIMEROS LIBROS, hace tres décadas, Ethel Krauze se planteó el tema de la «literatura femenina» no como un tópico sino como una necesidad y un derecho irrenunciable de las mujeres a escribir y a leer lo que se les diera la gana. En abril de 1982, en su libro *Intermedio para mujeres* se preguntaba y respondía: «¿Literatura femenina? Sí, no porque cuente cosas exclusivas de mujeres y para mujeres —como si estuvieran recluidas en un rincón del planeta que se llama *femineidad*, que nunca nadie ha podido definir con certeza—, sino porque las mujeres aman y trabajan y comen y duermen y pelean y vienen y van habitando el mismo pedazo de tierra que habitan los hombres, no otro mundo, el misterioso, fantasioso y mísero de las cajitas de música, los perfumes y los espejos donde se les ha confinado».

¿Una escritora puede renunciar a ser mujer? Es obvio que no, y esto lo prueban incluso las escritoras que eligieron seudónimos masculinos para ser mejor aceptadas en un mundo lleno de prejuicios contra las mujeres: George Sand, George Eliot, Isak Dinesen y otras. ¿Una escritora, para serlo, se propone hacer «literatura femenina»? Parafraseando una ironía de Borges, sería tanto como proponerse ser moderno: si ser moderno es ser contemporáneo, «todos fatalmente lo somos». Escribir como mujer es ser mujer, más allá por supuesto de clichés, estereotipos y lugares comunes.

Desde sus inicios como escritora, Ethel Krauze supo una cosa fundamental, como principio de reflexión y debate: que la literatura escrita por hombres (y que podría denominarse, por ese hecho, «literatura masculina»), «hasta hoy se ha llamado simple y abusivamente *literatura*, como si el mundo estuviera hecho sólo de hombres, como si la mujer no fuera la mitad de la humanidad».

De ahí que la reflexión de Krauze, treinta años después siga vigente: «Confieso que detestaba la etiqueta de *literatura femenina*, me reducía a la categoría, digamos, de jirafa, que asombrosamente un día echa versos por la boca, cuando debería estar dedicada a pastar y a parir; al curioso y gracioso espectáculo se le habría llamado “literatura jirafal”. Sentía que *lo femenino*, como se ha interpretado durante toda la historia, me acercaba más a la zoología que a la humanidad, me incrustaba en una provisionalidad permanente donde nunca dejaría de ser mujer, nunca podría hacer verdadera literatura: la que hacen los hombres. Pero ganó mi terquedad. Me eché a escribir y punto, por la sola gana de contar cosas: la literatura no tiene sexo. Y salieron

estas páginas donde rondan las mujeres acaso más de lo que yo me hubiera propuesto».

Muchos libros después (cuentos, novelas, ensayos, poesía, investigaciones de didáctica cultural), Ethel Krauze ha fortalecido su vocación con la certeza de haber nacido en el siglo en el que «la escritura se convierte en uno de los principales fundamentos de la nueva identidad de las mujeres en el mundo», un siglo que es testigo «de la emergencia de una literatura hecha, no sólo por excepciones que confirman la regla, sino por la “otra mitad” de la humanidad».

Radical, Ethel Krauze afirma que la literatura no es «ficción», sino un tipo de verdad que nos lleva al profundo conocimiento del ser humano. Afirma que la literatura «no inventa, descubre; no copia, crea; es una lente de aumento, muy ancha y microscópica a la vez, donde nos miramos a nosotros mismos».

De algún modo, los libros de Ethel Krauze nos hablan de ella misma como escritora y como lectora, como mujer que sabe latín: revelación y rebeldía. Nadie que esté conforme con su vida se pondrá a escribir libros. Ella lo sabe y todos los que escriben libros lo saben. Pero leer es también participar en la creación de los libros, completarlos e integrarlos a nuestra intimidad, y ayudar al surgimiento y desarrollo de lectores ha sido, durante muchos años, una de sus actividades más fructíferas. De esto y mucho más hablamos.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Mi abuelo paterno leía en voz alta la Torá durante tres horas, tres veces al día, en hebreo, por supuesto. Aún resuena dentro de mí ese murmullo y la sensación de que el libro es una suerte de cofre para sortilegios y ensoñaciones. Mi abuelo materno leía el periódico de rabo a cabo, todos los días, recortaba artículos para comentarlos durante las comidas y leía, como mínimo, un libro de literatura, por semana. Juntó una buena biblioteca en yiddish y en polaco. Tenía un dios personal más allá de la religión y lo encontraba en el ejercicio de la inteligencia y el razonamiento que le daban los libros. Debo decir que el primero vendía telas de puerta en puerta para ganarse la vida; y el segundo, aprendió el oficio de sastre a los trece años de edad. Mi madre leía de la mañana a la noche, sin eufemismo. La cabeza de mi padre es testigo: con frecuencia recibía el resbalón del libro que se le escapaba de las manos a mi madre, ya en la cama, durante sus madrugadas permanentemente insomnes, donde se regocijaba con la lectura de novelas, pues en las mañanas leía filosofía, y en las tardes más filosofía (claro, terminó con un doctorado en filosofía cuya tesis explica el estatus ontológico de los seres de ficción en literatura). Mi padre leía unas dos horas diarias revistas especializadas en medicina (era un médico maravilloso, de los de antaño, que iba a las casas de los enfermos pobres, les regalaba medicinas y les daba dinero para que compraran leche a los niños), y antes de dormir, alguna novela con temas de guerra y heroísmo, de preferencia, rusa. Creo que es casi obvio decir algo más. Leer era la segunda naturaleza de la respiración, en la casa donde crecí. Y sigue siéndolo en la casa donde formé a mi propia familia.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

¿Libros? Prefiero hablar de poetas, o de poemas. La «Noche oscura» de San Juan de la Cruz me llenó de ardores adolescentes y sólo años después supe que se trataba de un poema místico. Los poemas de Federico García Lorca me llenaron de canciones las venas y no me abandona desde entonces la sensación de que la felicidad, en buena medida, está en dejarse volar en el ritmo palabrero de la poesía.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

No, en absoluto. Al contrario, me hizo conocer el lado oscuro de los libros: aquellos que uno tiene que leer por obligación.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

La pueblan de duendes, de nuevas preguntas, de laberintos, de sorpresas, de pesadillas, de amigos, de susurros, de locuras, de transgresiones, de esperanzas. Y sí, con todo esto, mejoran la existencia, ensanchan su sentido, acompañan, responden.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

En el sentido de mi respuesta anterior, sí. Al tener un espectro más amplio para contemplar el mundo, se adquieren más herramientas para la reflexión, la creación y la acción. Pero no es causa-efecto de las virtudes humanas más valoradas, como la bondad y la compasión.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

No creo en eso. Hay libros con temas de mujeres, o libros con dedicatoria a las mujeres o libros cuyo receptor ideal es concebido en el género femenino. Yo misma, como autora, respondo no sólo a uno, sino a los tres casos citados. Sin embargo, siempre escribo para el lector universal, es decir, para todo el mundo.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

Acaso sólo en el sentido de que se conciba su contraparte, «literatura masculina». Pero prefiero usar la fórmula «literatura escrita por mujeres», frente a la «literatura escrita por hombres». Sí creo que hay diferencias al escribir, que no han sido suficientemente estudiadas, porque se polariza, se sociologiza y se politiza mucho el asunto. Debe haber

un análisis literario comparativo de altura, por críticos de ambos sexos. Me gustaría echar esta moneda al aire, ahora que lo preguntas: las mujeres escribimos para rasgar más capas de la cebolla de los personajes, es decir, indagamos en las muchas «personas-máscaras» que los componen, hacia el fondo o hacia dentro, o en espiral. Los varones hacen de una sola capa un paisaje inmenso y avasallador, diría, a veces, deslumbrante. Burilan la imagen de la realidad, mientras que nosotras —acostumbradas a la oscuridad— nos asomamos bajo las camas a recoger las motas de polvo que apenas se vislumbran en las huellas furtivas y las contemplamos en su tornasolada transparencia.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Poesía en lengua española de todos los tiempos; narrativa universal, clásica y contemporánea. Historia, filosofía, medicina, física teórica, neurociencias, educación.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

De que la mujer y la inteligencia no están reñidas, sino que se juntan para brillar con un esplendor inesperado. De la fuerza de la verdad, por encima de las pequeñeces. De que el mestizaje puede dar frutos gloriosos.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Mi escritura fue siempre mi habitación propia. El cuadrito de papel, del tamaño de un cuaderno, donde escribía desafortunadamente desde niña. Pero, si quieres una respuesta más convencional, el baño de la casa paterna (en mi infancia sólo había un baño en las casas). Ahí me encerraba en las noches, cuando todos dormían, a escribir, según yo, a vivir de verdad. Aún hoy día, cuando ya cuento con un estudio para mí sola, con mis libros, mi *netbook* y mis papeles, y una terraza de buen tamaño frente al jardín, con mesa y sillas acogedoras, el baño sigue teniendo esa aureola de intimidad, y no falta allí mi revistero, mi *block* de notas, mis lentes y mis plumas de colores con las que me gusta marcar y subrayar mientras leo y escribo borradores de poemas y epifanías que debo atrapar al instante en el papel. Pongo incienso, notas de agua, y me sumerjo en una soledad acompañada de mi diálogo interior. Me dice mi marido que me va a construir un escritorio pequeño para el baño, pero no he llegado a eso todavía...

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

Mito, estupidez, malevolencia. Mujer que sabe latín, sabe cómo elegir.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

La poesía es para lanzarse al precipicio. Muchas veces, esto es lo que uno desea. La novela es para volar de un mundo a otro. A veces, esto es lo que se necesita. El ensayo es un paréntesis para aprender y dialogar. Hay momentos para ello, inoludibles.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

Creo que mi respuesta anterior trae consigo ésta. Según el género, en primera instancia; pero también, según el momento y la personalidad del lector. A mí, personalmente, me han llevado a hacer cambios radicales, de un día para el otro, en mi vida. Soy peligrosamente susceptible al conjuro de un libro que sabe tocarme el corazón y la inteligencia.

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

Me da la impresión que sí. No puedo afirmarlo categóricamente, porque los hombres no son dados a revelar estas cosas, o no se detienen a describir a detalle sus procesos interiores, con los cuales se pudiera hacer una comparación sustancial. Las mujeres leen, leemos, con una mayor inocencia, en el mejor sentido del término, nos metemos dentro de la historia, la vivimos dentro de nuestra piel. Creo que los hombres tienen más conciencia de que están leyendo un libro, y por lo mismo, son menos permeables a las transformaciones que pueden operarse en ellos a partir de la lectura.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

No. No haría esa recomendación.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

¡Dios mío, en papel! Cuando técnicamente es posible, prefiero imprimir el libro digital, engargolarlo, y sentir el papel en mis dedos.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Sí: me preocupa, me duele, me indigna.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

Muchos. Cada vez más. Me viene a la mente *Samurai*, de Hisako Matsubara, una autora japonesa más o menos de mi edad, vecindada en Alemania; también, por supuesto, *Orlando*, de Virginia Woolf. Y los poemas de nuestra Concha Urquiza, la perfección de sus sonetos bíblicos. Acabo de descubrir a Kenizé Mourad, una autora nacida en Francia, de origen turco e hindú, musulmana, de izquierda, unos quince años mayor que yo, cuyas dos novelas: *De parte de la princesa muerta* y *Un jardín en Badalpur*, me han dejado como en una embriaguez, así, dorada, burbujeante, y un golpe melancólico en el corazón. También estoy volviendo a leer, ahora en mi madurez, las *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar, subrayando sus hallazgos y regresando a una refrescante humildad (la mía, por supuesto).

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

Realmente no lo había pensado. Los varones me despiertan amor, admiración, deslumbramiento; o bien me resultan indiferentes. No me reconozco en la pregunta. Si acaso, aunque responde a otra cosa, siempre quise ser la musa de las *Rimas* de Bécquer y sufrí toda mi adolescencia pensando que jamás podría inspirar una pasión así.

¿LOS HOMBRES LAS PREFIEREN BRUTAS?

Los hombres brutos sí que las prefieren brutas. Los hombres inteligentes las prefieren inteligentes, aunque les cueste más trabajo. Afortunadamente, cada vez más hombres se suman a este esfuerzo y cada vez más mujeres abandonan aquel papel.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Me cansa. Es demasiado primitiva para darle respuesta. Resta energía ante propuestas más útiles y creativas.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

¿Peor? Está para un concurso tu pregunta. Pero hablar de la abnegación natural de las mujeres es uno de ellos. La mujer no se niega a sí misma para darse a los demás. Una mujer embarazada es cien por ciento ella misma y es algo más, además. Es más ella misma. No se trata de abnegación sino de superafirmación, en todo caso. La mujer no necesita negarse como persona para dar vida, es un contrasentido, en ella está la potencia y la realización de la vida. Si hacemos a un lado este mito perverso, destruimos la falsa dicotomía entre realización personal o maternidad, como botín de premio o castigo, en la

que se tiene uncida —paralizada— a la mujer contemporánea.

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Hay muchas. Que leas para «entretenerte» o para «divertirte». Son dos palabras groseras que me parecen humillantes. No creo conveniente comparar la literatura con una bufonada.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

En parte, ya está contestada la pregunta con la anterior. Salvo las de la Librería Gandhi, en sus espectaculares que son tan atractivos, la mayoría consiguen lo contrario de lo que pretenden. Estoy convencida, por estudios y por experiencia, de que la lectura es el segundo paso. El primero es la creación propia. Sólo cuando escribes —y no me refiero a ser escritor profesional, sino a ejercitar la habilidad de expresar sensaciones, emociones, ideas— adquieres realmente la conciencia de la importancia de la escritura. La escritura como respiración, como autodefinición, como autoconocimiento y como construcción de un sentido y de un destino. Sólo entonces puedes indagar en el *otro* con ese respeto, con esa devoción, con esa hambre de conocer y dialogar y compartir, que es leer. De ahí mi insistencia, y no voy a cejar, en que la creación literaria se incluya en la educación formal como parte de los planes de estudio en las áreas de español y literatura, desde preescolar hasta el posgrado. Y que los maestros se capaciten, en primer lugar, en el ejercicio de esta competencia.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

No lo sabemos. A lo mejor hay un gen por ahí. Mientras lo averiguan los científicos, definitivamente te puedo decir que la afición lectora nace de un aprendizaje por imitación en el seno del hogar. Mi hija, que ahora va a cumplir quince años, nunca «aprendió» a leer. Yo di por supuesto que ella podía leer y le ponía en la cuna libritos ilustrados desde que era bebé, y los leíamos juntas, luego ella los «leía», es decir, los repetía, sola, en voz alta. El favorito era *El gran viaje de Adelina*, que le escribí cuando iba a nacer. Nunca oyó que alguien le dijera «todavía no sabes leer» o «cuando aprendas a leer...» Tampoco la he obligado a leer, ni siquiera los libros de la escuela. Ha desarrollado su propio criterio y es inútil insistir. Ella lee lo que le place. Y le placen desde clásicos hasta novelas para adolescentes, pasando por obras maestras contemporáneas. Ahora nos peleamos por ver quién escoge el libro que vamos a compartir y quién lo empieza y hasta he tenido que escondérselo para que estudie para el examen del día siguiente.

¿PARA QUÉ LEER?

Para nada en particular. Precisamente es el gozoso misterio de la lectura. Sólo cuando lo experimentas, el hecho de leer, construyes tu propio para qué, que es cada vez diferente, cada vez más doblemente rico (de riqueza y de sabor).

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

¿Preguntas por el contenido o por el soporte? En cuanto a lo primero, veo que perdurará mientras dure la humanidad. Es lo único que nos da sentido, que nos dice qué somos y qué perseguimos; y constituye un diálogo inagotable más allá de la muerte. En cuanto a lo segundo, el digital irá ganando partida en las nuevas generaciones y el de papel se quedará como libro-objeto de colección o de arte.

ALGUNOS LIBROS
DE ETHEL KRAUZE QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

El secreto de la infidelidad, Alfaguara, México, 2000.
El instante supremo, Alfaguara, México, 2002.
Bajo el agua, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2003.
La casa de la literatura, Universidad de la Ciudad de México, México, 2003.
Cómo acercarse a la poesía, Limusa, México, 2005.
El diluvio de un beso, Alfaguara, México, 2005.
La hora de la decisión, Jus, México, 2007.
Cuentos con rimas para niños y niñas, Jus, 2007.
Escenas de ira, tristeza y desesperación con momentos felices, Alfaguara, 2010.
Dulce cuchillo, Jus, México, 2010.
Inevitable, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2010.
Desnudando a la musa: ¿qué hay detrás del talento literario?, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2011.

•

ETHEL KRAUZE
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Rimas, Gustavo Adolfo BÉCQUER.
Poesía, San Juan DE LA CRUZ.
Obras, Sor Juana Inés DE LA CRUZ.
Obra poética, Federico GARCÍA LORCA.
Samurai, Hisako MATSUBARA.
De parte de la princesa muerta y Un jardín en Badalpur, Kenizé MOURAD.
Poesía reunida, Concha URQUIZA.
Orlando, Virginia WOOLF.
Memorias de Adriano, Marguerite YOURCENAR.

Son los autores y autoras que he mencionado en esta entrevista, claro. Y, por qué no, recomiendo mi libro *Cómo acercarse a la poesía*, editado por Conaculta-Limusa, pues en él cuento mi vida como lectora desde la infancia hasta mi condición de autora y maestra. ¿Algo más? La verdad es que no me gusta recomendar tal o cual libro. Mejor les recomiendo que entren a alguna librería, biblioteca o sitio de Internet, y exploren lo

que les resulte atractivo, sea por temas, por títulos, y hasta por el diseño de la portada. Si los atrapa desde la primera página, sumérjanse; si no, intenten unas cinco páginas más, antes de decirle (al libro, sí): «Tú disculparás, pero no te voy a leer en este momento», y sin rastros de culpa alguna, intenten uno nuevo.

•

MÓNICA
LAVÍN

Uno lee para tener más vidas que un gato

*Uno lee para tener más
vidas que un gato*

CONOZCO Y LEO A MÓNICA LAVÍN desde hace más de veinticinco años. He conversado con ella muchas veces, y otra charla es siempre una oportunidad para hablar de dos pasiones: escribir y leer. Y, además de ellas, o producto de ellas, otra que también es ineludible: la pasión de contagiar la lectura.

Cuentista, novelista y ensayista, Mónica Lavín cree en la lectura como un gozo, como un acto hedonista que, sin nosotros notarlo del todo, nos lleva a una utilidad práctica indudable: además del placer, nos entrega conocimiento, saber, mejoría humana, tolerancia.

Lo que ella denomina la sed por los libros es su propia necesidad pero también puede ser la de muchos que sólo necesitan ser contagiados de esa sed, probar al menos una vez el manantial del gozo y luego dejar que la sed de leer haga su tarea.

Para Mónica Lavín, lectora desde niña, los libros son un viaje: vienen de muy lejos y nos llevan a recorrer enormes distancias. De cualquier modo, aunque estén cerca, vienen de lo más profundo del ser humano, y nos ayudan a saber algo más sobre nosotros mismos, los lectores.

Con formación de bióloga, su más auténtica profesión es la de escritora, y su oficio mayor es la de lectora. Cuentista desde su primer libro, *Cuentos de desencuentro y otros* (1986), está convencida de que «todo cuento es un testimonio de la pérdida de la inocencia, de ese atravesar el umbral donde se reconoce que vivir duele. Y que el dolor da realce a lo que vale la pena».

Entre sus novelas, *Yo, la peor* (2009), recrea la vida de Sor Juana Inés de la Cruz, lectora paradigmática, mujer extraordinaria, Fénix de los Ingenios, genio de la inteligencia. De estos encuentros, y otros, conversamos.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Mi mamá, que era una niña cuando estalló la guerra civil española, tenía unos tíos que le regalaban libros en el Día de Reyes. Cuando mi madre vino exiliada a México, esos mismos tíos, es decir mis tíos abuelos, conservaron esa tradición de mandarles libros a

sus sobrinos desde Madrid, y luego a sus sobrinos nietos. Cada año llegaban los paquetes y siempre había uno para mí. Esto me maravillaba. Cuando cumplí siete años, mi mamá me dio, a su vez, los libros que, de niña, a ella le habían regalado. Entre ellos estaban los de una autora española, Elena Fortún, que escribió una saga sobre una niña llamada Celia: *Celia en el colegio*, *Celia y sus amigos*, *Celia novelista*, *Celia en el mundo*, *Celia se casa*, etcétera. Estaban publicados por Aguilar. Y así comencé a leer: con libros que tenían como personaje principal a una niña que iba creciendo. Eran lecturas que me entusiasmaban porque, además, me ligaban a los orígenes españoles de mi madre. Así empezó mi formación lectora.

¿ALGO PARECIDO A LAS CLAUDINAS, DE COLETTE?

Algo así, desde luego. Obviamente, yo no sabía nada de Elena Fortún, ni mucho menos de Colette, pero luego supe que Fortún había sido también exiliada, en Argentina, y que, póstumamente, después de la muerte de Franco, se publicó el libro que ella había guardado y que no había podido ser publicado en España por motivos obvios: *Celia en la revolución*, es decir, nuestro personaje durante la guerra civil española. Ya adulta, recuperé a Elena Fortún y a Celia, que era como recuperar mi niñez. De alguna manera, esa complicidad con Celia, con Elena Fortún, con mi madre y con los libros, me marcó profundamente. Los libros, para mí, siempre venían de lejos. Viajaban en los barcos, del mismo modo que yo viajaba con ellos en mi infancia.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

Fundamentalmente uno que leí a los nueve años. Enfermé de hepatitis y tuve que permanecer en cama durante dos meses. Una tía, Luciana Cabarga (la menciono porque ella es muy importante en mi gusto por los libros), me regaló un libro para que no estuviera aburrida en ese tiempo: *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe. Fue para mí una revelación. Supe, entonces, que la literatura era algo más que historias de niñas que se podían parecer a mí. Mientras leía, podía ser también un naufrago, viajar a otra época, tener que sobrevivir, desesperarme por ser rescatado. Fue, además, una experiencia distinta de lectura, porque se trataba de un libro mucho más largo que los que había leído antes, y sin ilustraciones. Me di cuenta de que los libros podían transformar mi mundo y hacerme vivir la existencia de otras personas. Mi cama de Coyoacán se volvió una isla en el Pacífico y fue cuando también me dieron ganas de escribir.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

Sí, y muy especialmente. Mi escuela era bilingüe y la selección de lecturas en la secundaria era muy afortunada para despertar o reforzar el gusto de leer. Se trataba, sobre todo, de antologías de cuentos para estudiar la lengua inglesa más que para

aprender literatura, pero los cuentos eran tan extraordinarios que acabaron atrapándome. A Chejov lo leí primero en inglés, igual que a Maupassant, entonces conocí a Bradbury, Hemingway y a otros autores. Quizá porque el contenido de esas lecturas no tenía una carga obligatoria en relación con la literatura, sino más bien para el aprendizaje del inglés, a mí me resultaban apasionantes. Y porque eran cuentos: cada uno un universo distinto que estimulaba la imaginación. Teníamos también la obligación de usar la biblioteca desde la primaria. Podías leer el libro que se te antojara y entregar un reporte, lo cual me gustaba hacer. Recuerdo que yo leí *Las aventuras de Nancy Drew*, de Edward Stratemer. Nancy era una detective aficionada, un personaje como de Agatha Christie pero para adolescentes. Recuerdo también a una maestra de origen armenio que nos hizo leer a Shakespeare, especialmente *Macbeth*, y nos compartió este libro con tal pasión que la experiencia se volvió inolvidable. Una experiencia parecida la tuve en la preparatoria, con un profesor de Ética al que le fascinaba *La metamorfosis*, de Kafka. Hablaba del libro con tal vehemencia que uno deseaba leerlo de inmediato para saber más de Gregorio Samsa. En definitiva, la pasión lectora de algunos profesores tuvo muchísimo que ver con mi gusto por la lectura.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

Por principio, multiplican nuestras experiencias. Los libros nos dan muchas vidas, y ya con eso la enriquecen y la mejoran. Nos ofrecen opciones para sentirnos acompañados en nuestros pensamientos, nuestras dudas, nuestros gozos y nuestras tristezas. Los libros contienen emociones, ideas, paisajes, ámbitos, personajes y situaciones que constituyen un regocijo y nos muestran la potencia de la palabra para expresar mil cosas. Las palabras proveen de un gozo estético, son música e imagen: son ideas. Uno lee para tener más vidas que un gato.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

Con la lectura te das cuenta de que tu punto de vista no es el único. En este sentido, por supuesto que hace mejores a las personas. No hay una verdad única, no hay solamente un camino, no hay un absoluto. La lectura te hace mirar y sopesar las razones. Para mí, que vengo de una formación científica, me encanta que la literatura sea el mundo de las verdades relativas. Al comprender que hay múltiples voces y miradas, esto te puede hacer más tolerante ante las diferencias y las distintas formas de pensar. La única certeza que te brinda la lectura es que la condición humana y la fragilidad del individuo son las mismas desde siempre.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

No. Hay libros que quizá podemos gozar o comprender más fácilmente las mujeres en

relación con nuestra experiencia histórica. Por ejemplo, las mujeres no hemos estado activamente en las guerras, hasta ahora. Y, sin embargo, yo recuerdo mi fascinación cuando leí *La cartuja de Parma*, ahí donde Stendhal relata una batalla que te hace sentir que eres el espectador de una escena plástica. No me gusta el concepto de «libros para mujeres», porque no pienso que las mujeres tengamos una sensibilidad diferente en relación con los hombres. No hay sensibilidades distintas entre hombre y mujer. Lo que tenemos son distintas experiencias de vida. En alguna ocasión, que tuve la oportunidad de conversar con Margaret Atwood, recuerdo que ella me dijo acerca de una de sus novelas: «Yo sé que las mujeres se van a fijar más en mi narración cuando describo cómo se fabrican los botones, mientras que los hombres pondrán más atención en la parte del espionaje de la guerra». Puede ser, si nos atenemos a las experiencias (pues las mujeres hemos llegado más tarde a la vida pública), pero creo también, por ejemplo, que *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, está hecho de una literatura intimista, memoriosa y delicada, y nadie dice que sea «un libro para mujeres», o al menos yo nunca lo he escuchado decir.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

El término «literatura femenina» me incomoda muchísimo, y creo que parte de un equívoco y de un prejuicio. Me pregunto: ¿«Literatura femenina» es lo que escriben las mujeres o los temas que creen algunos que abarcamos las mujeres? Todo esto es muy confuso. Me gustan muchas autoras que escriben una literatura que me emociona y me hace pensar. Por ejemplo, Carson McCullers (*El corazón es un cazador solitario*, *La balada del café triste*, *Reflejos en un ojo dorado*, etcétera), que me encanta y que, para mí, no hace una «literatura femenina» en los términos del cliché de lo que se entiende por «femenino». Sus personajes son hombres y mujeres. Muchos de sus textos sí están contados desde el punto de vista de las mujeres, pero habla de la parte oscura de ellas, y esto es lo que a mí me gusta, pero igualmente es eso mismo lo que me gusta en las novelas de William Faulkner (*Luz de agosto*, *Santuario*, etcétera). Hay escritoras que me entusiasman porque sé que han tenido que vencer muchos más obstáculos que los hombres, pero en este caso me refiero a autoras como Louisa May Alcott, cuya novela *Mujercitas* es otro de los libros que me marcaron. Jo, uno de sus personajes, era precisamente escritora y, mientras yo leía, me identificaba con esa posibilidad de que las mujeres vencieran la adversidad de sus circunstancias. Pero sólo en ese sentido, porque también hay mujeres cuya literatura no me interesa —por más que sean mujeres—, y del mismo modo hay hombres por cuya literatura no tengo el menor interés.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Tengo mucha literatura de autores en lengua inglesa: sean ingleses, estadounidenses,

canadienses o sudafricanos. Una parte muy especial es para el cuento. Éste tiene un peso muy importante en mi biblioteca y me fascinan las antologías en este género, sean temáticas o geográficas. Hay una antología extraordinaria, *Contar cuentos*, que hizo Nadine Gordimer. También tienen su lugar los libros de reflexión sobre el proceso de escritura, o sobre las virtudes de la novela o del cuento; las autobiografías y los diarios de los escritores. Otra parte es la de libros de divulgación científica: lo mismo Carl Sagan, en relación con el cosmos, que Harold Bloom cuando habla de los genios y se refiere no únicamente a los escritores. Me encanta la parte neurocientífica. Mi biblioteca es algo caótica porque he sido un poco dispersa, pero hay en ella muchísima literatura mexicana contemporánea, porque es mi mundo; también, literatura latinoamericana y, desde luego, literatura española. Igualmente, tengo poesía. Lo que me gusta de la poesía es que te permite lo que no consiente la novela: leerla al azar. Los libros de arte, esos libros para ver más que leer, están en mi casa; y los libros de gastronomía, historia de la comida, recetas (que más que cocinarlas, las colecciono por golosa).

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Es un símbolo de una mente inquieta: de quien se propone abarcar el conocimiento, y un símbolo de la astucia para lograr aquello que se propone. Poder hacer lo que deseas. Si en el siglo XVII era tan difíciles las circunstancias para las mujeres y para cierto sector socioeconómico, Sor Juana es el ejemplo de que la combinación de la vehemencia, la inteligencia, el talento y la astucia puede alcanzar un propósito. Es la mente inquieta de la persona insatisfecha a quien no le basta con la circunstancia y quiere abarcar varias esferas del conocimiento humano; es el deseo de saber más; la sed de la universalidad.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Hace muy poco. Curiosamente, *Yo, la peor*, mi libro sobre Sor Juana, lo escribí completamente en una habitación propia. Siempre había tenido espacios compartidos. En la adolescencia, con mi hermana, compartía el mismo estudio, aunque ya el hecho de tener un estudio me parecía una fortuna. Tuve luego una habitación propia para escribir, pero cuando mis hijas crecieron, la cedí para la mayor. Hoy trabajo en un estudio donde vivió Jorge Ibargüengoitia. Yo no lo sabía; me lo dijo una vecina, y esto me fascinó porque, sin buscarlo, llegué a un lugar que me parece tocado por los azares de la magia. Es un espacio personal donde puedo desparramar mi desorden y sustraerme de lo doméstico, que a mí me parece que es lo esencial de lo que decía Virginia Woolf en *Una habitación propia*, aunque ella también dice que se escribe a pesar de todo: a pesar de que llaman a la puerta y a pesar de los asuntos cotidianos. Por supuesto, es una maravilla poder sustraerse de otras urgencias y distracciones, y he descubierto que esto se puede hacer en muchas partes. Ahora me doy cuenta de que «una habitación propia» puede ser el avión en el que viajo y que me sirve para leer, o los cuartos de hotel, donde leo y escribo. Los viajes me gustan, porque leo: los trayectos se vuelven espacios de lectura.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

No, claro que no. Yo creo que sí encuentra marido. Hay que ver qué marido, eso sí. Lo importante es encontrar a alguien con quien compartir tus deseos y la necesidad de espacios propios. Yo estuve casada mucho tiempo con un músico, y creo que hay que casarse o juntarse, o lo que sea, con un apasionado de algo. Creo en las pasiones y en la admiración mutua. En el respeto por lo que hace el otro, en la conciliación de intereses y tiempos. En ser compañeros. Por otra parte, la mujer que sabe latín puede tener un buen fin. Difícil, a lo mejor; solitario, quizá. Pero con una soledad satisfactoria. Lo que necesita una lectora, o un lector, es tener con quien conversar los libros; puede ser su pareja o no, pero se necesitan conversadores: personas que puedan compartir la emoción de lo que para uno es fundamental.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

El cuento, pero no exclusivamente. Me fascina el cuento porque es un género de intensidad, pero también necesito la novela, lo mismo que el ensayo. Por cierto, cuando leo, me gusta subrayar, dejar las huellas del diálogo que entablo con el libro.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

Muchos me llevan a la acción. Me gusta «intervenir» los libros, como se dice ahora: poseerlos, subrayarlos, escribir en sus márgenes. Algunos libros me conectan con lo que estoy escribiendo o son el punto de partida de algo que quiero escribir. Pueden ser, también, el germen de otra historia o pueden regalarme el epígrafe para un libro futuro. A veces coinciden con mis preocupaciones. Sobre todo me asombra la belleza de algunas frases, las palabras que ha elegido el autor. A veces las anoto en una libreta, por su fuerza y belleza. Es como si las enmarcara. Hay libros que me provocan escribir otros libros. Por ejemplo, hay tres escritoras norteamericanas que me fascinan: Carson McCullers, Flannery O'Connor y Eudora Welty; las tres, sureñas. Me dan ganas de hacer algo con sus libros, con sus personas y con sus historias. No sé exactamente qué, pero algo quiero hacer.

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

Creo que no. Por lo menos yo he conocido lectores que encuentro muy parecidos a mí como lectora. También he conocido a muchos lectores que dicen: «¡Ay, estos libros, qué aburridos, sólo son para mujeres!» Son los que sólo desean libros o películas de acción. Los lectores y las lectoras son iguales. Lo que hay es un prejuicio hacia las mujeres

lectoras o hacia «lo que leen las mujeres». Hay ideas preconcebidas de cómo es una mujer lectora: como si las mujeres leyeran de temas acotados: lo doméstico, el amor (no sé cómo alguien puede tratar ese tema con desdén). Eso que se dice de la «literatura *light*», con el desdén de rigor, forma parte de ese mismo prejuicio y es un invento masculino: como si una mujer lectora fuese únicamente de cierto tipo de lectura parecida a las telenovelas. Hay un marcado desprecio hacia lo que leen las mujeres, porque existe todo un esquema mercadotécnico de «qué es lo que les gusta a las mujeres», qué tipo de libros, qué tipo de autores, y hay por supuesto una conciencia de que abundan las lectoras, porque las editoriales están muy gustosas de publicar libros para esa nebulosa idea que tienen de lo que es una lectora.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

Hay muchos. Todo libro que me haya arrebatado, tomado literalmente, lo recomiendo, porque por algo no lo abandoné. Soy de las que abandonan los libros. Si un libro no me gusta, lo dejo. Si no me entusiasma un autor, no lo sufro y punto. Por ello, no recomendaría los libros que son una pérdida de tiempo. Hay tantos libros apasionantes, que dejan cicatrices, como para dedicarles tiempo a cosas insulsas. Yo pido a los libros que no me sean indiferentes. Aunque sea un lugar común, no recomendaría los libros ni de Carlos Cuauhtémoc Sánchez ni de Paulo Coelho, a quienes, por lo mismo, no les dedicaría ni un minuto de mi lectura. Tampoco recomendaría, en general, los libros denominados de autosuperación. Hay libros que abren horizontes, y éstos no lo son. Dicho de otro modo: no recomendaría los libros que pretenden tener una verdad absoluta. Yo, por lo pronto, no los leo.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

En papel. Ya tengo un iPad y estoy tratando de leer libros que se consiguen más fácilmente por la vía electrónica, pero aún soy devota del papel. Me gusta la sensación que produce el libro tradicional. Me gusta ver, en un sentido físico, cuánto me falta para terminar un libro de cierto espesor. Toda la parte espacial, física, del objeto, todavía para mí es importante; incluso verlos desparramados, en desorden, y aun así poder identificarlos. Desde luego, los libros en papel se convierten en un problema por cuestiones de espacio, pero sólo son un problema para quienes no los aprecian demasiado. A mí no me cabe la menor duda de que los espacios con libros son muy bonitos y acogedores.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Me interesa como circunstancia de lo que está ocurriendo en México. Sobre todo por los procedimientos de la conducta humana: observo cómo se manejan las cosas, las

estrategias, los juegos de poder. Puede ser fascinante o repulsivo. Lo que pasa es que estamos como en un desencanto y tampoco me interesa dedicarle mucho tiempo a eso que llamamos «política». Creo en el individuo, en su fortaleza y en su deseo de hacer las cosas mejor, pero estoy desencantada del país que tenemos. ¿Por qué nos hemos tardado en lograr un país mejor? Quisiera encontrar una voz, una inteligencia y una autoridad moral que no veo claramente dónde está, y es que a lo mejor esto dejó de ser, desde hace mucho tiempo, parte del juego de la política.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

El asesino ciego, de Margaret Atwood, por toda su complejidad, sus estrategias narrativas y los mundos que explora. Es un libro de una gran inteligencia narrativa, y además de un enorme poder persuasivo sobre el lector. Tiene una prosa muy rica que me fascina y que, en efecto, me dio muchísima envidia. Se trata de una obra de largo aliento, con una intriga sostenida y con una indudable profundidad. Me parece uno de los libros contemporáneos más extraordinarios. También me da envidia la trilogía *El gran cuaderno*, *La prueba* y *La tercera mentira*, de la escritora húngara Agota Kristof. Me encantan sus estrategias narrativas: cómo construye el edificio literario en donde se sostienen o se derrumban las verdades. La trilogía de Kristof presenta primero una historia contada de una manera, y luego la misma historia contada de otra forma, y, al final, la tercera parte echa abajo las anteriores y pone de relieve la relatividad de las verdades y el peso de las mentiras. Es una obra fascinante que transforma al lector.

¿QUÉ LIBRO DE UN AUTOR TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

Fortunata y Jacinta, de Benito Pérez Galdós. Tiene unos personajes femeninos perfectamente caracterizados, y nadie se pregunta si esa es una lectura para hombres o para mujeres. También siempre he admirado el vértigo narrativo de *El túnel*, de Ernesto Sabato, y la imaginación y el lenguaje de Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*. Sólo por mencionar algunos. Lo que me gusta es lo que los libros pueden hacer con los lectores, más allá de contarles una historia.

¿LOS HOMBRES LAS PREFIEREN BRUTAS?

Frecuentemente me he formulado esta misma pregunta. A veces veo y escucho a las parejas de algunos hombres y me digo: «¿No se aburrirán?», porque para mí la conversación y el humor son fundamentales. En general, un hombre inteligente no las prefiere brutas, pero he de decir que he conocido hombres en apariencia inteligentes que desmienten esta idea, porque prefieren una mujer carente de todo proyecto personal. Yo creo que los proyectos personales no deben estar reñidos con la vida de pareja, pero sí

he visto muchos fracasos por este motivo. Hay muchas mujeres solas, por ejemplo, y muchos hombres que se sienten rebasados por el hecho de que su pareja tenga un proyecto personal. Pero también hay hombres capaces de entender esto y que reivindican el hecho de que la persona está más allá del género. En general, son hombres que tienen ellos mismos un proyecto personal lo suficientemente sólido y apasionante, a tal grado que pueden entender el proyecto de su pareja. Tampoco podemos negar que hay mujeres y hombres que lo que quieren es que el otro o la otra les resuelvan la vida. Con sarcasmo, las mujeres decimos en tono festivo que lo que necesitamos es «una esposa», precisamente para que resuelva la vida práctica y doméstica y poder dedicarnos a nuestro proyecto personal. Es una ironía que refleja los prejuicios que se han construido en torno de la mujer y los roles de pareja.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Naturalmente, no me gusta en ningún sentido (aunque celebro el atrevimiento que hoy sería censurado), pero creo que muchos hombres siguen pensando esto. La inteligencia no tiene nada que ver con el género. No ignoro que también hay muchas mujeres comodinas que lo que desean es ser protegidas por el hecho de ser mujeres. Esto aún existe más de lo que quisiéramos aceptar: mujeres protegidas por los padres y luego por el marido. Son mujeres que quizá nunca se han preguntado siquiera qué es lo que realmente desean. La misoginia no nació de la nada. Yo prefiero a las personas (sean hombres o mujeres) que se arriesgan en lo que quieren. Hay hombres inteligentes y mujeres inteligentes, lo mismo que hombres tontos y mujeres tontas. Tampoco olvidemos la desventaja de la mujer de haber salido mucho más tarde que el hombre al escenario público o al ámbito académico. (Esto lo aborda la española Carmen Martín Gaité en un espléndido ensayo sobre las mujeres y la escritura en *La ventana*). Académicamente, hay muchísimas mujeres sobresalientes, con posgrados y amplios conocimientos. Obviamente, no estoy diciendo que ésta sea una medida de la inteligencia, pero es un dato a considerar, porque la inteligencia involucra también, como en Sor Juana, la voluntad de saber. No es fácil negar que este mundo sigue regido por los pactos de poder entre hombres.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

La frase: «¡Tenía que ser mujer!» En alguna ocasión alguien me dijo acerca de uno de mis libros: «Lo escribiste como si fueras hombre. Parecías un hombre detrás de ese libro». Yo me pregunto: ¿Y cómo escriben las mujeres? ¿Por qué alguien puede pensar que hay una forma particular de escribir como hombre? ¿Acaso porque usé un lenguaje más crudo, porque las escenas eran más duras o de descarada sexualidad? Lo peor es

cuando te dicen, a manera de elogio: «Ustedes como mujeres tienen la sensibilidad que les permite entender ciertas cosas». Pues yo creo que no: que las mujeres podemos ser y somos también oscuras, y terribles y crueles, y no es cierto que tengamos una sensibilidad dulce y tierna. Que se nos reduzca a esas virtudes históricas, me parece un agravio más que un elogio, porque eso es simplificar nuestra complejidad y condenarnos a «portarnos bien».

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Como afirmación: «La lectura es una pérdida de tiempo». Y como pregunta: «¿De qué te sirve leer?» Claro, si consideramos que leer no sirve para nada, la conclusión es que es una pérdida de tiempo. Pero es que la «utilidad» de la lectura es sutil, opera de adentro para afuera; es acumulativa, progresiva. Va dando palabras, experiencias, ideas, riqueza. En los talleres literarios me encuentro con mujeres a las que sus maridos o sus parejas les dicen: «¡Por ir a tus talleres y estar leyendo, pierdes el tiempo y ya andas pensando en otras cosas!» Lo cierto es que, en efecto, la lectura hace pensar en otras cosas. En este caso, sin proponérselo, es una estatura fascinante la que le dan sus detractores a la lectura. Le reconocen su valor y su potencia. Luego entonces la lectura no es inofensiva, no es inocua. Cuando alguien dice: «Por andar leyendo ya se te metieron ideas en la cabeza», lo que está diciendo es lo contrario de lo que quiere connotar: la lectura sí sirve para algo. Otra mentira es que la lectura no es práctica, porque no tiene una aplicación inmediata. Lo cierto es que, a la larga, sí lo es.

A ESTO SE REFIERE DANIEL PENNAC EN SU LIBRO
COMO UNA NOVELA CUANDO CALIFICA AL BOVARISMO
COMO UNA ENFERMEDAD DE TRANSMISIÓN
TEXTUAL. LA LECTURA TE CONTAGIA...

Claro, y te contagia, generalmente, de rebeldía, de insatisfacción; te abre las puertas a otros mundos. Me ha tocado ver lectoras que, a partir de ciertos libros, quieren hacer otra cosa con sus vidas, y esto les trae muchísimos problemas, justamente como a Emma Bovary.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

Las que se hacen actualmente me parecen abominables. Esto de poner a los actores de televisión con un libro en las manos, en un escenario idílico, y más que leyendo contemplado el libro como si éste fuese un objeto «edificador», es el peor lugar común. La lectura es, antes que otra cosa, transgresión, y las campañas tendrían que ser consecuentes en este sentido. En este sentido, me gusta la frase de Sartre que dice que

«leer es violar lo oscuro». Las campañas de lectura deben ser muy imaginativas. Como las campañas publicitarias de la Librería Gandhi, nada solemnes y con muy buen humor. Además, hay que contagiar lentamente el gusto de leer. Sí se necesitan campañas de lectura, pero no le creo a la que lleva a cabo, actualmente, el Consejo de la Comunicación. Obviamente, creeríamos en un personaje que aparece con un libro, si sabemos que es lector, pero no al actor de telenovela o al cantante de moda que sólo por tener un libro en la mano quiere convertirse en portavoz de la lectura. A estos personajes les podemos creer otras cosas: que las dietas valen la pena, que los aerobics son buenos, que están enamorados de fulanita, que ya se divorciaron y cosas de esas, pero nada que tenga que ver con los libros. La campaña es un contrasentido que sólo transmite mensajes vacíos. Paradójicamente es mejor que haya campañas, erradas o no, a que no haya nada.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

No, aunque no deja de ser curioso el hecho de que en una familia, donde se comparte el mismo entorno, haya personas lectoras y otras que no lo son. ¿Por qué hay alguien que se conecta más con los libros? Quizá tenga que ver con el gusto por la palabra o con el libro que llegó en el momento oportuno, como fue mi caso con *Robinson Crusoe*. Creo que la lectura se da por contagio. Se llega más fácilmente a los libros si hay a nuestro alrededor personas que leen y que aprecian los libros. Algunos se contagian más pronto que otros, y luego estamos aquellos que ya no podemos imaginar nuestra vida sin los libros.

¿PARA QUÉ LEER?

Para un gozo personal, estético, intelectual y emocional, fundamentalmente, y para tener una riqueza de experiencias, de lenguaje, de imágenes; para estar en todos lados y para estar en uno mismo. Proust afirma que los libros son como un lente de aumento, un instrumento óptico para ver mejor lo que nos rodea y, al mismo tiempo, para ver mejor en nuestro interior. Me parece una buena definición. Puedes no tener otras cosas, pero si tienes libros, tienes muchísimo. Cuando los libros son una extensión orgánica, se puede prescindir de otras cosas. Por eso comprendo el dolor de Sor Juana cuando ya no tuvo libros. Debió ser terrible para ella. No tener libros es peor que no poder escribir.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

Con la banalización de la cultura, que tiene que ver también con estas falsas campañas del libro, la lectura puede ser una actividad cada vez menos importante para los ciudadanos. Hoy existe un acceso cada vez más fácil al libro, a través de Internet, pero el acceso es sólo una parte. Las bibliotecas públicas en nuestro país parecen una batalla

perdida, pues no se ha logrado un vínculo de la población con la biblioteca. Tal vez con la biblioteca virtual nos vaya mejor. Pero lo que falta es lo que hace poco me decía un amigo con un término que me gustó mucho: el tiempo *off line*, es decir ese tiempo para hablar de un libro, para leer en voz alta un poema, para conmovernos al mismo tiempo con algo. Hay que recuperar la lentitud, pues creo que nuestra prisa por la eficiencia cada vez deja menos espacio para la lectura. Paradójicamente, lo bueno de las tecnologías es que el iPad o el Kindle permiten que la lectura de libros sea más fácil que ir a una librería tradicional. Lo malo sería tener mayor acceso al libro, pero menos tiempo para dedicarlo a la lectura. Mientras los maestros, los padres de familia, los amigos, etcétera, no sean lectores, es difícil que la lectura se contagie. A veces, la misma especialización universitaria deja fuera a la lectura y, en general, al humanismo.

ALGUNOS LIBROS
DE MÓNICA LAVÍN QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

La más faulera, Plaza y Janés, México, 1997
Café cortado, Plaza y Janés, México, 2001.
Uno no sabe, Plaza y Janés, México, 2003.
Despertar los apetitos, Alfaguara, México, 2005.
Ruby Tuesday no ha muerto, Punto de Lectura, México, 2006.
La corredora de Cuernavaca y el aficionado a Schubert, Punto de Lectura, México, 2008.
Hotel Limbo, Alfaguara, México, 2008.
Yo, la peor, Grijalbo, México, 2009.
Pasarse de la raya, Random House Mondadori, México, 2010.
Las rebeldes, Grijalbo, México, 2011.

•

MÓNICA LAVÍN
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Narrativa completa, Juan José ARREÓLA.
Desayuno en Tiffanys, Truman CAPOTE.
Cuentos, Raymond CARVER.
El Quijote, Miguel DE CERVANTES.
Cuentos completos, Antón CHÉJOV.
El corazón de las tinieblas, Joseph CONRAD.
La casa de papel, Carlos María DOMÍNGUEZ.
Crimen y castigo, Fiodor DOSTOIEVSKI.
Luz de agosto, William FAULKNER.
Madame Bovary, Gustave FLAUBERT.
Edificio, Ana GARCÍA BERGUA.
Cuentos, Ernest HEMINGWAY.
Cuentos, Felisberto HERNÁNDEZ.
Antología del cuento triste, Bárbara JACOBS y Augusto MONTERROSO.
Lo bello y lo triste, Yasunari KAWABATA.
Las amistades peligrosas, Choderlos DE LACLOS.
El amante de Lady Chatterly, D. H. LAWRENCE.
El corazón es un cazador solitario, Carson McCOLLERS.

Amor perdurable, Sábado, Entre las sábanas y Primer amor, últimos ritos, Ian
MCEWAN.

La Plaza del Diamante, Mercè RODOREDA.

Pedro Páramo, Juan RULFO.

El rey Lear, William SHAKESPEARE.

El último lector, David TOSCANA.

La señora Dalloway, Virginia WOOLF.

•

SILVIA
MOLINA

Leer me cambió el mundo

Leer me cambió el mundo

SILVIA MOLINA COBRÓ NOTORIEDAD literaria cuando, en 1977, obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia con su primera novela, *La mañana debe ser gris*, en la que recrea los últimos meses de la vida del poeta José Carlos Becerra.

A partir de entonces, una parte considerable de su literatura (novela, cuento, crónica, ensayo) estará vinculada a la invención o recreación de su propia vida, su herencia y linaje.

En su novela *Imagen de Héctor*, la autora va en búsqueda de su historia familiar y, muy especialmente, se propone recuperar la figura de su padre, el escritor, periodista y político campechano Héctor Pérez Martínez (1906-1948), fallecido cuando ella era muy pequeña. *La familia vino del norte* es otra exploración familiar, que se remonta a los tiempos posrevolucionarios de México.

Memorialista por excelencia, Silvia Molina también refleja su infancia, su adolescencia y juventud en otras narraciones y relatos en los que su vínculo con Campeche y su niñez en la ciudad de México son constantes y perdurables.

En *Ascensión Tun*, recupera un episodio de la historia campechana y de la llamada «guerra de castas» en la península de Yucatán, y en *Lides de estaño*, *Dicen que me case yo* y *Un hombre cerca*, hay múltiples referencias a su biografía, como en el cuento «El primer día diferente», que así comienza: «Entonces vivíamos en la colonia Anzures; todavía recuerdo aquellos amaneceres cercados por el aroma de los eucaliptos del bosque y por el rugido de los leones del zoológico de Chapultepec».

Hernán Lara Zavala ha dicho que, dentro de su generación de escritoras, Silvia Molina fue quien acabó con la diferenciación literaria entre hombres y mujeres, pues afirma que «ella se integra como una escritora a secas, descubriendo un mundo vasto para la literatura a través de una voz propia».

Para Rafael Pérez Gay, «es una representante de lo que en México fue la revolución de las mujeres en la vida pública y cultural».

Lectora empedernida, mujer de letras y de gentilezas, Silvia Molina es una excelente conversadora, lo mismo en el trato directo que en la virtualidad de Internet.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Fui una lectora remisa porque aprendí a entender lo que leía en primero de secundaria. En mi tiempo no se conocía la dislexia. Estaba ocupada echándole ganas al acto de leer, en juntar las sílabas correctamente y descifrar las palabras y no tenía ninguna relación emocional ni afectiva con lo que leía porque no entendía nada. Odiaba la lectura y a todos los que «querían ayudarme a aprender a leer» porque no lograban más que angustiarme y perder la paciencia. Descubrí el placer de la lectura en la secundaria por Soledad Loaeza, mi compañera. Me prestó un libro de José Agustín y sentí que, por tercera vez en la vida, alguien me hablaba directamente a mí con lo que había escrito.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

La primera vez que tuve una liga profunda con un libro fue con unas crónicas que escribió mi padre, Héctor Pérez Martínez, a quien no conocí. Un día abrí a escondidas un clóset y encontré muchas cosas que me impresionaron: zapatos nuevecitos, un smoking, sombreros, trajes, sacos, camisas, una caja fuerte y cajas con papeles. En una de esas cajas había ejemplares de *En los caminos de Campeche*. Yo tenía más o menos once años, estaba aprendiendo a entender, a adelantar los ojos sin pronunciar nada para después reconstruir hacia atrás algo lógico mentalmente, colocando las letras o las sílabas en su lugar correcto. El clóset había estado cerrado muchos años y estaba detrás de un mueble pesado. Y como decía mi abuelita Dorotea, «la ociosidad es la madre de todos los vicios». No había nadie en la casa, estaba solita, y me topé con el llavero de mi madre olvidado en su buró. Siempre quise saber qué había allí. Y encontré a un muerto vivo para mi madre. No había podido deshacerse todavía de todo aquello. Estaba asustada. Tenía miedo de tocar la ropa. Vi, con trabajo, el nombre de mi padre en uno de aquellos ejemplares, tomé uno y cerré el clóset como si un espanto me fuera a tocar. Me senté en una silla llena de curiosidad.

En los caminos de Campeche es un libro sencillo, directo y está escrito en primera persona. Esas crónicas las escribió mi papá cuando hacía una gira por su tierra como candidato a la gubernatura en 1939. Él era periodista, entonces subdirector de *El Nacional* a donde había entrado como corrector de estilo. Hizo una crónica de su experiencia directa en un estado pobre, aislado y con muchos problemas políticos y económicos. Es la radiografía de lo que le tocaría gobernar, de las necesidades de los pobladores. Las iba publicando semanalmente. El libro tiene un tono personal, pero sobre todo un estilo propio, una voz, pues.

Abrí el libro y me eché a llorar. No entendía nada. No podía juntar las letras. Y no había nada que hubiera querido más en ese momento que ver qué había escrito mi papá en esas páginas. Así me sorprendió mi mamá, llorando en una silla, abrazando un libro.

Mi mamá no sabía qué me había pasado ni qué me pasaba porque yo había vuelto a cerrar el clóset y a colocar el mueble con todas sus cosas frente a la puerta. Esa noche

me leyó la primera crónica y hablamos sobre mi padre. Fue la primera vez que mi mamá me hablaba de su marido: un secreto entre nosotras. Me gustó la voz de mi padre, su tono. Era como si me estuviera hablando a mí después de un largo viaje. Como si hubiera regresado. Cada noche mi madre me leyó una crónica hasta terminar el libro. No entendía mis sentimientos: eso que escuchaba era una manera de ser de un señor desconocido que por extraño que me pareciera era mi papá. Como si de pronto hubiera decidido hablarme.

Esa sensación de que alguien te habla directamente, de que su escritura te llega al alma, no la volví a tener hasta que cayó en mis manos otro libro que no tenía nada, pero nada que ver conmigo: *Le temps dg'un soupir* de la escritora Anne Philipe, esposa del actor Gerard Philipe. Un libro también directo, sencillo y brutal. Cuenta la enfermedad del actor, cómo va empeorando, cómo cae. Sin melodrama, así, con la sencillez del que cuenta a un amigo sin lágrimas lo que le sucede a los dos personajes: el que se está yendo y la que se queda. Fue un libro del que se habló mucho a principios de los sesenta y que se sigue vendiendo. Es sobre la muerte, el duelo, la ausencia, la memoria, el recuerdo... Fue el tono del libro nuevamente lo que me atrapó. Yo tenía 17 años y todavía no terminaba la preparatoria porque había vivido fuera del país, en Francia, y porque por no saber leer me habían reprobado unos años en la escuela. Además le habían aumentado un año a la preparatoria. Mis hermanos decían que iba a terminar la prepa con bastón, pero caí en un grupo interesante, que ahora en su mayoría es de profesionistas exitosas, es curioso. Cuando no encontraba nada qué leer, buscaba el libro de la señora Philipe, y era como si fuera una carta que me hubiera mandado: había establecido una amistad conmigo, me había contado su proceso ante la muerte. Era como si una amiga se hubiera sentado a mi lado a hablarme de su dolor. Me encantó saber su intimidad.

Pero todavía no me gustaba leer. No tenía paciencia. Abría otros libros y me aburría. Los libros de la escuela eran lentos, soporíferos. Mis intereses entonces no eran literarios. Me gustaban los deportes, el baile regional, las manualidades: bordar, tejer, coser. Había aprendido a tejer en Tepexpan, el pueblito del Estado de México donde crecí buscando tepalcates e idolillos, lo mismo que cincuates debajo de las piedras. Los cincuates son unas víboras que no son venenosas. No fue hasta que Soledad me dio a leer a José Agustín y de allí pasé por todos los de su generación, en ellos me reconocía, reconocía mi ciudad, mi calles, a los jóvenes más o menos de mi edad.

Luego, entre las lecturas obligatorias de la escuela descubrí a Agustín Yáñez. Leí casi todas sus novelas. Es que hablaba del campo y parte de mi niñez, como dije, la había pasado en Tepexpan. Huérfana, un primo hermano, Juan Manuel Celis, prácticamente me había adoptado y yo pasaba mucho tiempo en la Hacienda de Tepexpan donde había un hospital para enfermos crónicos. Él era el director del hospital. Salíamos mucho al campo a caballo y en su coche. Iba a hacer sus visitas domiciliarias a los enfermos de los pueblitos del estado de México y así viví un país insospechado que sólo reconocí más tarde en Yáñez, y desde luego con Rulfo.

Dos escritoras dejaron huella en mí. Primero Elena Garro, a quien conocí en París en 1960 y fui, entonces, su amiga, aunque yo era una adolescente. Entonces no había publicado *Los recuerdos del porvenir*. Cuando leí ese libro años más tarde, quedé maravillada de su prosa y su inteligencia y recordaba cuando íbamos a un cafecito de Saint Germain-des-Prés a cenar un *croc madame* o un *croc monsieur*. Me hacía beber un *grog*, una bebida a base de ron y agua caliente con limón, «para que no te enfermes». Era amiga de mi tía, con la que viví en Francia, pero puedo decir que Elena me buscaba más a mí que a ella. Me hablaba por teléfono, la acompañaba. Elenita era una joven guapa y tenía muchos amigos. Decía:

—Ya me voy, mamá.

Y yo me quedaba oyendo a su mamá. Cuando años después Elena vino a México porque iban a filmar una película con un guión suyo me habló por teléfono y mi mamá se quedó azorada: «¿Por qué te busca Elena Garro?» Yo era una chamaca de preparatoria. «Porque somos amigas», dije. Y fui a verla al hotel del Centro Histórico donde estaba hospedada. Creo que era el Hotel Alameda. Su cuarto estaba lleno de periodistas y de gente. Y me dijo muy seria: «No te vayas a ir, ahorita terminamos. Sube con Helenita a tomar algo mientras termino». Fuimos al bar del hotel. Helenita estaba con un muchacho muy guapo de apellido Struck. No las volví a ver hasta su regreso a México, cuando le hicieron un homenaje en Bellas Artes en el que participé.

La otra escritora es Jean Rhys, creo que la he releído cuando menos una docena de veces. Todos sus libros. La descubrí por René Solís, cuando era su editora en Promociones Editoriales Mexicanas. Un día encontré sobre mi escritorio *Good morning, midnight*. Me impactó otra vez el tono, la crudeza de su literatura, su forma de contar las pasiones de la mujer. Es una de mis escritoras de cabecera. Desde luego, tengo otras lecturas favoritas, por llamarlas así. Hay tanto... Doy talleres de lectura y escritura y es una oportunidad para releer. Leo mucha literatura en inglés y francés porque es una manera de no olvidar lo poco que sé de esos idiomas.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

No. Y mira que tuve dos maestras de español muy buenas. La que me enseñó a leer: la seño Soriano, y la seño Rosalba. Amaban su carrera de maestras y la literatura. Pero yo prefería jugar, con mis hermanos, cochecitos, canicas, vaqueros y esas cosas. Tenía además una ortografía pésima. Y nada más de ver los libros de la tarea me dolía el estómago. Sentía que no iba a ser capaz de entender. Les tenía fobia a los libros. Entendí un poco la gramática con el análisis lógico que se hacía en francés. Eso me enseñó el lugar de las palabras en una oración. Y lo terminé de entender en la UNAM, en la carrera de Letras. Las lecturas del plan educativo no eran para nuestra edad. Y los libros no contemplaban la literatura mexicana de la época. Lo más moderno eran Agustín Yáñez y su generación, creo. Además me daba vergüenza escribir porque no tenía la menor idea de la ortografía. Sólo sabía reconocer las letras, no su historia ni su uso correcto. Si yo

escribía «baca», mis maestras se daban por servidas; sobre todo si después podía leer la palabra. No me regañaban por la ortografía. Luego, cuando me daba cuenta, me ponía roja de la vergüenza. Y por eso, era muy parca para escribir las tareas, para no meter la pata.

Las lecturas de la escuela no me atraían, no me decían nada, no me veía reflejada en ellas. Eran lecturas obligatorias y punto. En mi caso particular era curiosa mi relación con el idioma francés. Tampoco entendía nada cuando trataba de leer. Imagínate: si no podía leer «es» pues veía «se», entender que «truoiseau» se leía «trupó» era imposible. Pero me atraía la diferencia entre ir al mercado a regatearle a la marchanta el precio de las mandarinas, como lo hacía con la cocinera de mi casa, e ir a una tiendita donde lo mismo comprabas una *tranchede jambon* que *trois poires*. Digamos que yo entendía, sin tener conciencia, la diferencia entre las culturas, y la comparación me parecía interesante; por eso cuando mi tía me invitó a acompañarla dije que sí de inmediato aunque la conocía poco porque como era diplomática no vivía en México.

Lo que favoreció mi vocación lectora fueron mis amigos y mis amigas. Por ejemplo, Soledad. Cuando estudiaba antropología alguien me recomendó *Cien años de soledad*, una novela que me despertó más el ansia de leer. También tuve cerca a dos librerías maravillosas. Uno estaba en una Librería de Cristal en Paseo de la Reforma en Las Lomas de Chapultepec. Me vio husmeando por allí y se acercó.

—¿Qué buscas?

—Leí un libro de José Agustín y quisiera algo así, más cercano.

Él me dio a leer a todos los de la Onda, y después comencé con otros libros de escritores mexicanos que no leíamos en la escuela. Y entiendo muy bien que era por los planes de estudio. No estaban al día. Se leía a los clásicos, a los autores del XIX.

Otro librero que me facilitó la lectura fue el dueño de la Librería de Libros El Nahual. Así se llamaba. Era un tipo generoso que dormía en un tapanco improvisado en un espacio reducido, porque la librería estaba en una cuchillita estrecha entre la avenida Baja California y Tehuantepec. No recuerdo cómo fui a dar allí. —Tienes cara de escritora — me dijo.

No se me va a olvidar. Nunca se me habría ocurrido aquello. Estaba descubriendo la lectura, nada más.

—No, qué va —le contesté—. Me gusta leer, pero no todo. No sé por dónde ni qué.

Me regaló *Polvos de arroz*, de Sergio Galindo, por ejemplo.

—Llévatelo. Si te gusta, me lo pagas la siguiente vez.

Así era: te daba los libros y luego se los pagabas. Me insistió mucho en que me llevara el *Diccionario de escritores mexicanos*, de Aurora M. Ocampo. Yo le decía que para qué, que no lo necesitaba.

—Me lo pagas cuando puedas —insistió.

Tenía razón. Me sirvió muchísimo.

Otra librería que era padre era la de Germán Dehesa, Javier Maldonado y Sealtiel Alatraste en el Sur: El Juglar, a un paso de la UNAM. Como yo vivía muy cerca, pasaba de regreso a mi casa cuando salía de la universidad. Ahora ya no hay ese tipo de librereros, que te orientan, que te muestran los libros entusiasmados porque los han leído.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

Yo creo que sí. Alguien me dijo que Augusto Monterroso decía que si no habías leído el *Quijote* no pasaba nada; pero que si lo habías leído eras distinto. No sé si lo dijo, pero me parece cierto. Yo creo que eso pasa. Uno no es el mismo después de la lectura. Has dejado de ser el mismo que abrió el libro: porque has viajado, conocido a otras personas y te has visto reflejado allí. Puedes entenderte mejor, entender tu mundo, el mundo que te rodea, o el que te gustaría o el que detestarías.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

No lo sé, en teoría sí. Pero eso depende del lector. La lectura es una herramienta tanto de conocimiento como de placer, de progreso y bienestar. Por eso es tan importante conseguir que la gente lea por placer. Los mexicanos ya no somos analfabetos pero no leemos. No nos han enseñado a leer por gusto. Es una pena. Seríamos un mejor país. Cuidaríamos el medio ambiente, la gente tendría mejores oportunidades para salir adelante. Habría menos pobreza. La literatura te hace sentir, reconocer lo que sientes en otros, y eso me parece maravilloso.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

No, claro que no. Pero es un hecho de que la mayoría de los lectores son y han sido mujeres. Todo el siglo XIX fueron las mujeres las que compraban las revistas literarias y los libros por entregas. Incluso las que tenían tertulias y animaban a los escritores. Los periódicos por entregas estaban dedicados en su mayoría a ellas.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

Me identifico con la literatura porque es un espejo de la vida. Hay mujeres que escriben muy bien y hablan de la mujer. Hay hombres que escriben muy bien y hablan de la mujer también. Asimismo hay hombres que hablan sobre sí mismos, del hombre, y lo hacen bien, y otros que lo hacen pésimo. Hay de todo, pero en el fondo lo que hay es buenos y malos libros. A mí no me gusta hablar de «literatura femenina».

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Una biblioteca fundamentalmente literaria e histórica. Me gusta la historia. Pero regalo muchos libros, constantemente. Me quedo con los libros de consulta y con los que volvería a leer. Tuve una biblioteca maravillosa que fue de mi padre. De hecho ya lo he contado por ahí: me la robé. Una biblioteca especializada en literatura e historia de la península de Yucatán. Desde incunables hasta primeras ediciones... Yo jugaba en ella, cuando era niña, a la librería. No leía los libros... vaya, ni siquiera los títulos. Yo los inventaba.

—¿Señora, quiere usted un libro?

—Sí.

—¿Cuál?

—El azul.

Los vendía por colores o por tamaños. O por el que tenía un dibujo de un burro o una estampita de...

Cuando vivía en Londres, mi mamá se cambió de casa y no le cabía la biblioteca de mi papá en su nuevo departamento. La empacó y la guardó en la azotea del edificio. Dos años después, a mi regreso, una mañana llegué de visita a su casa y vi a los señores de una mudanza bajando unas cajas con unas cuerdas. No me llamó la atención que manipularan unas cajas, pues a eso se dedican, pero milagrosamente una se estrelló contra la pared y se abrió. Salieron unos libros y los reconocí porque en el lomo tenían una etiqueta. Entré volando al departamento de mi mamá.

—¿A dónde los llevan?

—Van a ir a una bodega porque nos cambiamos a otro departamento.

Entonces me despedí, y cuando salí le dije al chofer de la mudanza:

—Dice mi mamá que lleve los libros a mi casa.

Y le escribí la dirección en un papel. Todavía le expliqué cómo llegar, y me adelanté a esperarlos muerta del susto de que mi mamá se diera cuenta o le fueran a consultar si era verdad.

Cuando terminaron de descargar los libros en mi casa, le llamé a mi mamá. Se puso furiosa. Colgó. Y me dejó de hablar mucho tiempo. Le mandaba recados con mi hermana María Eugenia: «Dile a mi mamá que la biblioteca es de ella, es de todos. Sólo que aquí no se va a echar a perder. Yo la voy a cuidar. Dile que lo piense, que si se la quiere regalar a Luis Alberto, pues adelante». Luis Alberto era su consentido.

Cuando llegó mi esposo a la casa y vio cajas por todos lados me preguntó qué era eso, y me puse a llorar. ¿Qué había hecho? Ni siquiera cabían las cajas en mi casa.

—Me robé la biblioteca de mi papá, y mi mamá no quiere hablar conmigo.

—¿Dónde la vas a poner?

—No sé.

Hicimos un caminito, pero en eso me dieron el Premio Xavier Villaurrutia. Era 1977. Me cayó del cielo. Con el premio compré la estantería y le pagué a don Aurelio Álvarez, un bibliotecario conocido mío de Tepexpan, para que me la ordenara.

La biblioteca estaba catalogada, pero los libros estaban empacados en desorden y a nadie se le ocurrió poner caja uno, caja dos... Fue una aventura desempacarla y ver libro por libro. También fue otra manera de conocer a mi papá: sus gustos literarios, su pasión por Campeche, por la historia.

Cuando mi madre murió me dejó la biblioteca en el testamento, y yo no podía creerlo. Finalmente había reconocido mi empeño. Cuidé esa biblioteca como a un niño, e incluso la incrementé con las ediciones sobre el tema que iban saliendo. Esa biblioteca está ahora en Campeche. Me la quisieron comprar varias veces de la Universidad de Austin, Texas, y por otros conductos, pero yo pensaba que a mi papá no le iba gustar que los libros salieran del país o estuvieran en otro lado que no fuera *su* lugar. Yo me quedé con la parte literaria. Así que tengo su biblioteca y la mía.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Es un fenómeno, un genio, un milagro, un carácter, una voluntad. Es la palabra, la realización, la aventura. Es también la sumisión, el acatamiento. Yo creo que el hecho de haber dejado todo, la hizo crecer, ser más fuerte que sus censores. Ya había probado lo que era. No necesitaba un papel para escribir ni un libro para leer. Los tenía dentro. Además estoy segura de que tuvo forma de saciar sus necesidades creativas. Incluso que escribía en la clandestinidad y que alguien debió haber sacado del convento sus escritos. Me gusta pensar eso. Si no fue así, qué dolor. Pero Sor Juana es la escritora mexicana por excelencia.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Es curioso, pero siempre la tuve. Vivíamos en la colonia Anzures a un lado del Deportivo Chapultepec. En mi casa se oía el rugido de los leones de Chapultepec. Esa casa tenía un torreón con parte de la biblioteca de mi papá. No sé por qué el torreón estaba abierto. En cambio, la otra parte de la biblioteca tenía llave. Mi mamá había mandado construir una casita en el patio y allí estaba la biblioteca más valiosa. Había un escritorio y una silla de estilo colonial en el torreón, y allí me sentaba a jugar a cualquier cosa. Era mi refugio. Había un galeón inmenso hecho a escala de un barco pirata. Me gustaba verlo, jugar a que vivía allí y me iba de viaje. Allí hacía la tarea, cuando podía hacerla sola. Era un

torreón bonito, acogedor. Una bibliotequita, un espacio agradable.

Muy chica «me independicé». Yo dormía en un cuarto con mi hermana mayor. Me llevaba diez años y era la dueña de la habitación y la que decía a qué hora se apagaba o se prendía la luz. Un día le pedí al mozo que me ayudara a sacar la cama y el buró y me fui, precisamente, a aquel cuarto donde había encontrado

En los caminos de Campeche. Le decían el cuarto del roperón, el cuarto de costura. Es que la casa tenía pocos clósets y allí estaba la ropa de mi mamá y los blancos. Acomodé mis muebles y forré la máquina de coser con una tela como si fuera un tocador. Yo cosía muy bien porque siempre me había gustado. Cuando llegó mi mamá se encontró con la noticia que me había mudado. Allí fui feliz. No necesitaba nada más para sentirme satisfecha, libre.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

Eso fue quizá para otras generaciones. No para la mía o en todo caso no para mi circunstancia. Mi mamá me contaba cuentos todas las noches y me cantaba lo que le habían cantado a ella de chiquita. Me leía. Yo creo que eso y los cuentos de una hermana suya me salvaron, o si lo quisiera ver de otra manera me llevaron por el camino de la literatura. Mi tía me actuaba los cuentos. Era genial. Gritaba en la calle y no le importaba que la vieran. Me hacía sentir, emocionarme. Mi mamá me abrazaba con su voz. Durante muchos años me despertaba en la noche y me iba a dormir a su cama. Me gustaba despertar allí porque lo primero que me preguntaba era «¿Qué soñaste?». Y me contaba sus sueños, como uno más de sus cuentos.

Me moví en un ambiente de intelectuales. Es decir, aun muerto mi papá, a la casa seguían yendo sus amigos: Andrés Henestrosa, Luis Cardoza y Aragón, Antonio Castro Leal, Fernando Benítez... muchos periodistas. Eran como parte de mi familia.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

La narrativa, desde luego: novela y cuento. Mucho tiempo leí poesía, pero ahora prefiero la novela o el cuento. El cuento para niños también. Leo mucha literatura infantil por mi propio trabajo y por mis nietos. Quisiera haber leído a su edad lo que han leído o escuchado.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

Pueden llevar a la acción, desde luego. ¡Cuántos han despertado por los libros! Es tan sencillo como esto: Lees un recetario y puedes hornear un pastel. Quien no sabe leer o le tiene miedo a los libros ni siquiera puede hacer eso. Pues qué no pasa con otros libros. Por eso en una época estaban en el *index* de prohibidos. En los primeros años de la Colonia, ciertas publicaciones no llegaban a la Nueva España o venían de manera clandestina. Prohibían algunas lecturas para que los colonos no fueran a tener ideas de emancipación. La Iglesia también prohibió lecturas. En muchas casas, la lectura de algunos libros no se permitía. La mamá de mi mamá, de origen sinaloense-sonorense, Dorotea Campos, no sabía leer. Yo no sabía eso, lo supe hasta que encontré su acta de matrimonio. Puso su huella digital en lugar de su firma. Pero lo que quiero contar es que tenía glaucoma. Y les pedía a mis tías que le leyeran cuando estaba aburrida de la oscuridad de su cuarto y de estar en una cama con la pelvis rota. Le leían cualquier cosa, aunque yo estuviera ahí. Cuando los personajes se besaban, una de mis tías se dirigía a mí:

—Tápate los oídos.

Mi abuela la regañaba:

—¿Acaso esta niña no va a besar algún día?

Me ponían a coser taleguitas, bolsitas. Y yo cosía junto a una ventana que daba a un parque y pensaba: «Cuando esté grande voy a besar a ese niño que se mece en el columpio», pero ni siquiera sabía cómo.

Sí, los libros mueven a la acción, y eso es lo que tienen de milagroso.

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

No lo sé. No tengo idea. Supongo que leemos igual unos y otros. Veo a mi esposo, por ejemplo, y tiene los mismos hábitos.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

Cuando no me gusta un libro, lo cierro. No acabo de leerlo a ver si se compone. Así que no tengo una lista. La literatura también tiene que ver con el gusto literario. Para algunos, por ejemplo, *El alquimista* de Paulo Coelho es un libro bueno, para otros es pésimo. Yo no lo he leído ni lo haré. No me atrae.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

Leo más en papel. No me acostumbro a leer en pantalla, sigo prefiriendo el libro como objeto, pero leo en el iPad y tengo un Kindle de Amazon. Los uso, pero prefiero echar un libro en la bolsa o abrirlo antes de dormir.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Sí, siempre me ha interesado. Leo tres periódicos todos los días y revistas semanales y mensuales. Creo estar más o menos al tanto de lo que sucede en el mundo de la política y de la política cultural también.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

Muchos. Pero para muestra basta un botón: *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro. Me parece la mejor novela del siglo XX escrita por una mujer.

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

Uy, pues varios de los autores del XVI y del XIX. *Madame Bovary*, por ejemplo.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Que es cierta: Hay muchos hombres de cabellos largos con ideas cortas.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HA
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

Aquello de que las mujeres deben estar como las escopetas, cargadas y detrás de la puerta. Me parece penoso. Cuando he escuchado a alguien decir eso, aunque sea en broma, he sentido lástima. Pienso en sus mujeres: la madre, la esposa o las hijas y me dan pena. «¿Cuál será su secreto?», me pregunto.

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Que leer es aburrido. A mucha gente le da miedo el libro. Es que no ha tenido un entrenamiento adecuado. Leer es como jugar un deporte o cualquier juego de mesa. Hay que aprender por lo más sencillo. Ahora encuentro una gran ventaja para los primeros lectores: los niños. Hay tantos libros para ellos... Libros apropiados para cada edad. Hay que acercarles a los niños lo que es apropiado, lo que pueden disfrutar. Así se crea el hábito.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

Que son tímidas, que no van a fondo. El Estado no tiene una verdadera voluntad de enseñar a leer porque no ha sido capaz de coordinar sus programas. Unos aquí, otros allá. Se hace cada vez más tarde para desarrollar un programa integral, coordinado en armonía con todas las instancias que deben involucrarse. He estado cerca de este tema desde hace algunos años y he visto cómo, cada sexenio, echan abajo los adelantos. Puedo poner un ejemplo: los Libros del Rincón, un programa que funcionaba muy bien. Pero la cosa es que el gobierno sí trabaja, pero cada dependencia desarrolla autónomamente sus programas, y no hay una instancia que supervise todo, que coordine todo. Una instancia que diga: «Esto no está funcionando, vamos a atacar esto. Tú lo estás haciendo bien, pero te va a apoyar Tal con esto». Creo en los programas de promoción de la lectura. Hay muchos. Qué bueno; si no es por ellos, estaríamos peor. Pero si hubiera realmente voluntad por acabar con el problema, se iría a fondo. Comenzando con hacer lectores a los maestros. Es apasionante este problema. Se desperdician recursos y finalmente los programas se vuelven sexenales. Debería haber un gobierno decidido a cambiar los resultados de la prueba PISA de la OCDE: nos calificaron muy abajo; bueno, por debajo de Chile. Estamos en el lugar 48 de 65 países.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

Yo creo que el lector se hace, se forma, se moldea. Estoy convencida. Lo he visto. Lo he experimentado. Mis hijas son lectoras, mis nietos son lectores. Sólo hay que guiarlos un rato y despegan. Si alguien me hubiera conocido en sexto de primaria, hubiera pensado que yo sólo iba a ser buena para coser. Aprendí a leer y luego a disfrutar de la lectura y eso me cambió el mundo. Leer me cambió el mundo y cambió mi futuro.

¿PARA QUÉ LEER?

Es como si me preguntaran: ¿para qué comer? Leer para vivir. Leer es viajar, soñar, imaginar, amar, odiar, meterte en la vida de otros, comprenderte, entender a los demás, conocer el mundo. Hace algunos años, alguien me dio una convocatoria para un premio en España: Leer es vivir, de la Editorial Everest. Una noche la leí y me dije: «Si yo pudiera escribir la historia de una niña que tiene dislexia, sin escribir nunca esta palabra, y que no sólo no entiende lo que le pasa sino que quiere ser ya grande para vivir diferente...» Y me puse a escribir esa historia y me otorgaron el premio. Mi novela se llama *Quiero ser la que seré*. Es verdad, leer es vivir, no cabe duda.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

Coexistir con el eBook, el libro digital. No creo que desaparezca el soporte en papel, pero

seguirá desarrollándose el libro digital y está muy bien: las nuevas generaciones están más cerca de los soportes digitales.

ALGUNOS LIBROS
DE SILVIA MOLINA QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

La familia vino del norte, Cal y Arena, México, 1988.
Imagen de Héctor, Cal y Arena, México, 1990.
El amor que me juraste, Joaquín Mortiz, México, 1998.
Quiero ser la que seré, Everest, Madrid, 2000.
La mañana debe seguir gris, Cal y Arena, México, 2005.
En silencio, la lluvia, Alfaguara, México, 2008.
El abuelo ya no duerme en el armario, Fondo de Cultura Económica, México, 2009.
Matamoros, el resplandor en la batalla, Grijalbo, México, 2010.

•

SILVIA MOLINA
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

La feria, Juan José ARREOLA.
El complot mongol, Rafael BERNAL.
La muerte de Artemio Cruz, Carlos FUENTES.
El tren que corría, Emilio CARBALLIDO.
Oficio de tinieblas, Rosario CASTELLANOS.
Los recuerdos del porvenir, Elena GARRO.
Retrato de mi madre, Andrés HENESTROSA.
Los relámpagos de agosto, Jorge IBARGUENGOITIA.
La gota de agua, Vicente LEÑERO.
De ausencia, María Luisa MENDOZA.
Las batallas en el desierto, José Emilio PACHECO.
El luto humano, José REVUELTAS.
Pedro Páramo, Juan RULFO.
Las tierras flacas, Agustín YÁÑEZ.

•

ELENA
PONIATOWSKA

No concibo vivir sin libros

No concibo vivir sin libros

CON ELENA PONIATOWSKA he conversado muchas veces. Nuestra amistad ya es vieja, pero nuestra conversación siempre es nueva. En la portadilla de mi ejemplar de *Fuerte es el silencio*, estampó, hace mucho tiempo, esta frase que ahora rescato: «Fuerte es, también, la amistad a través de los años, y el deseo y el amor a la vida y el afán de ir hacia lo justo y lo bello».

Es una buena divisa, como buena es también su gentileza no reñida jamás con la sinceridad. Elena Poniatowska dice lo que piensa: ni se anda por las ramas ni busca quedar bien con Dios y con el diablo.

Hace veinte años, en marzo de 1989, cuando le pregunté —en relación con su escritura— en dónde terminaba el periodismo y en dónde empezaba la literatura, me contestó lo siguiente: «Para la literatura se necesitan estados de ánimo más tranquilos; se necesita realmente mucho enclaustramiento, mucha soledad y mucha lectura. Sobre todo, estar con uno mismo. El periodismo es esencialmente comunicación. Periodismo y literatura son dos estilos absolutamente distintos y dos maneras diferentes de enfrentarse al acto de escribir. En relación con el periodismo, la forma de enfrentarse a la literatura es mucho más lenta y mucho más dolorosa».

Más de dos décadas después, regresamos a este tema y a otros más, y confirmo que, en los últimos treinta años, ha reafirmado sus apreciaciones e intuiciones respecto del oficio de escribir y su vocación de lectora.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Desde muy niña, en Francia. Aún recuerdo las palabras de una institutriz. Me dijo: «Verá que, cuando usted sepa leer, se esconderá en algún rincón para poder leer los libros sin que nadie la moleste». Entonces, para caerle bien, para que ella me quisiera, me dio por esconderme en los rincones y fingir que leía cuando aún no sabía leer. Pero aprendí muy pronto. Al llegar a México, a los diez años de edad, ya tenía al menos unos cuatro como lectora. Estoy por cumplir 80 años; lo cual quiere decir que soy lectora desde hace 74. Pero la verdad es que, cuando yo comencé a leer, no había ninguna otra distracción más que los libros.

¿CÓMO FUE TU INFANCIA?

Tuve una infancia muy severa. No fui una niña consentida, y siempre tuve muy cerca la palabra escrita. Recuerdo que en un fin de año me regalaron un periodiquito francés que se llamaba *La Semaine de Suzette*. Fue para mí un regalo extraordinario, pues era una publicación para niños y, muy especialmente, para niñas. También leí entonces, en francés, los libros de la Condesa de Ségur que en español serían traducidos como *Las desgracias de Sofía*, *El General Durakin*, *Las niñas modelo* y *Juan que llora* y *Juan que ríe*, entre otros. Perteneían a una colección llamada Bibliothéque Rose: todos los libros tenían este color, con títulos en letras doradas y encuadernados en pasta dura. Me parecía un lujo tener esos libros, que también traían ilustraciones.

YA COMO LECTORA, ¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA O CUÁLES TE LLEVARON A SEGUIR LEYENDO?

Cuando llegué a México leía en francés y en inglés. En mi adolescencia hubo libros que me fascinaron, todos ellos leídos en estos idiomas. Por ejemplo, *Oliver Twist*, *Cuentos de Navidad* y *David Copperfield*, de Charles Dickens; *Ana Karenina* e *Infancia, adolescencia y juventud*, de León Tolstoi; *El jugador*, *Los hermanos Karamazov* y *Crimen y Castigo*, de Dostoievski, y a los grandes escritores católicos franceses, que eran lecturas obligadas. Me hacían memorizar poemas enteros de Charles Péguy, a quien leí más que a Paul Claudel, pero, en general toda la literatura francesa católica. Después estudié en un convento de monjas en Estados Unidos, el Convento del Sagrado Corazón de Jesús. Debido a ello, llegué tardíamente a los autores españoles, mexicanos y en general hispanoamericanos; los comencé a leer a partir de los diecinueve o veinte años de edad, cuando aprendí el español.

¿LA ESCUELA FAVORECIÓ TU VOCACIÓN LECTORA?

En la escuela nos dejaban tareas, pero no recuerdo que eso fuera determinante para la lectura. La costumbre de leer ya era para mí una afición solitaria que traje de Francia.

¿A QUIÉNES CONSIDERAS TUS MAESTROS?

A los mismos escritores a quienes yo entrevisté y que, además, me permitieron conversar con ellos más allá del trabajo periodístico. Tuve la suerte de que, siendo yo muy joven, Octavio Paz mostrara interés por mi trabajo. Igualmente recuerdo el cariño y la generosidad de Alfonso Reyes, en parte porque también había sido generoso con mi tía *Pita Amor*.

¿QUÉ RECUERDAS DE TU TÍA?

Lo primero que recuerdo es que me prohibió que usara su apellido. Me dijo: «¡Ni se te ocurra compararte con tu tía, que es la dueña de la tinta americana!» Así que, en lugar de Elena Poniatowska Amor, tuve que quedarme solamente con el Poniatowska, que sonaba a nombre de espía rusa. Yo hubiera preferido ponerme *Dumbo*, porque había otra periodista en *Excélsior* que firmaba como *Bambi*, pero no me lo permitió el jefe de Sociales del periódico.

¿QUÉ SIGNIFICA PARA TI LA LITERATURA?

A diferencia del trabajo periodístico, escribir literatura es tirarse al abismo, pues hasta que no concluyes tu libro no hay quien te diga si vas bien o vas mal. Todos sabemos — porque él mismo lo ha contado— que Gabriel García Márquez les leía, cada semana, a Álvaro Mutis, Jomí García Ascot y María Luisa Elío un capítulo o algunas páginas de *Cien años de soledad*, conforme iba escribiendo su novela. Pero yo creo que esto es una excepción. Salvo en los talleres de literatura, en general los escritores no nos reunimos para leer nuestros libros.

¿JAMÁS TUVISTE UNA EXPERIENCIA PARECIDA?

Alguna vez, hace muchísimo tiempo, nos reuníamos María Luisa Puga (a quien yo quise mucho y nunca lamentaré suficiente que se haya ido porque la considero la gran escritora mexicana), Silvia Molina y yo. Habíamos hecho el compromiso de aprender lo que estábamos escribiendo, pero fue cosa únicamente de seis u ocho meses. Nos ayudó mucho desde el punto de vista de la crítica, pero lo más importante es que nos unió, nos acercó personalmente. Lo que le sucede al escritor es que de pronto se empantana y no sabe cómo salir, y las opiniones de los otros, en quienes confiamos, nos ayudan sin duda. Es una forma íntima de lo que podría ser un taller literario.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

Desde luego. Lo afirmo y lo reafirmo. Yo sin libros no puedo imaginar mi existencia. Mi casa es un solo libro, pues no hay prácticamente un espacio donde no estén. No tendré una biblioteca tan grande como las que formaron Alí Chumacero y José Luis Martínez, pero los libros que tengo son muchos y son parte de mi vida: pueblan mi casa y mi pensamiento.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

Creo que sí. Como ya dije, yo no concibo vivir sin libros. Un libro es un compañero las

veinticuatro horas del día. Si no puedes dormir por la noche, ahí tienes un libro al alcance de la mano, para acompañar tus insomnios. Recuerdo a Carlos Monsiváis con los dedos cubiertos de polvo porque todo el día se la pasaba con libros en las manos, y cuando salía de su casa nunca lo vi sin un libro bajo el brazo. Es evidente que la lectura hizo mejor a Monsiváis, del mismo modo que podría hacer mejores a muchas personas que no leen.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

No, en absoluto. Hay toda una literatura de autoayuda, para hombres y mujeres, que se ha convertido en una gran moda. Y hay, por ejemplo, un autor que se llama Eckhart Tolle a quien todo el mundo lee para encontrar una receta y salir adelante. Pero aunque este tipo de libros los leen mucho las mujeres, no son en absoluto específicos para ellas. Igual hay muchos hombres que los leen, porque lo que la gente busca son recetas para vivir.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

No. Nunca he pensado en la literatura femenina. Es más, no creo que eso exista. Existe literatura escrita por mujeres, que puede ser muy buena o muy mala, igual que la de los hombres. Pero a mí lo que me interesa es la buena literatura, más allá de si está escrita por mujeres o por hombres.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Es una biblioteca hecha obviamente con mis gustos e intereses, pero también con libros que me regalan los autores o las editoriales, y algunos me interesan más que otros. Tengo arte, desde luego literatura, pero también historia, sociología, psicología, filosofía, etcétera. Tengo también muchos libros en inglés. Los que ya no conservo son los libros en francés: se los di todos a mi hijo mayor, pues él y sus hijos leen en este idioma.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Sor Juana fue un poco una víctima de su época, porque para poder ejercer sus vocaciones de escritora y lectora, el único medio que encontró fue encerrarse en un convento. Si se quedaba en la corte, sólo hubiera hecho versos de ocasión para complacer a los condes y condesas. Al recluirse en el convento, tuvo posibilidad de cumplir sus deseos intelectuales y realizar una obra espléndida que está entre lo mejor que se ha escrito en el idioma español: lo mismo el *Primero Sueño*, que sus romances, sus sonetos, sus décimas y su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*. Sor Juana es un

esplendor literario.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Desde hace mucho tiempo tengo un cuarto pequeño, algo parecido a una celda, donde me encierro a escribir. Alguna vez tuve un espacio mucho muy grande, casi una pista de baile, pero yo creo que si he reducido mi lugar propio de trabajo, donde me hallo felizmente en santa soledad, es en parte porque me estoy preparando para mi cajón de muerto.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

En esta época, eso hay que preguntárselo más bien a las jóvenes. Pero sí es cierto que, en todo tiempo, el gusto de los hombres poco ha tenido que ver con la inteligencia de la mujer. Lo que hoy les gustan son las tipo *barbies* y que sean muy enseñadoras. No es que busquen, precisamente, en la mujer, un interlocutor verdadero. Incluso entre los comunistas o los marxistas. Yo recuerdo que en esos círculos políticos había también una actitud muy desdeñosa, no exenta de machismo, pues, mientras ellos pensaban y componían el mundo, podían decirte muy quitados de la pena: «Compañera, compañera, agénciese unas tortas». Entonces, las «compañeras», que también tenían algo que decir, comentar o discutir, guardaban silencio e iban por las tortas, porque a los hombres les parecía natural que las mujeres continuaran haciendo, en las reuniones del partido, lo que hacían en su casa: la comida, el café, lavar los platos y las tazas, barrer, etcétera. Incluso en el movimiento estudiantil del 68 fue así. Hubo dos mujeres que destacaron mucho: Roberta Avendaño, La Tita, que ya murió, y Ana Ignacia Rodríguez Márquez, La Nacha, que todavía vive, pero muy enojada con la vida y consigo misma. Guillermo Haro me decía que, en el ámbito de las ciencias, a él le deslumbraba mucho el conocimiento de las mujeres, que era un campo en general reservado a los hombres; físicas y astrofísicas que hacían trabajos tan buenos como los de los hombres, y aun mejores: más profundos, más meticulosos, pero que obtenían menos reconocimiento o atención precisamente por tratarse de trabajos hechos por mujeres.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

Yo tengo un problema gravísimo, ese que los gringos llaman *procrastinate*, que no es otra cosa que no decidirse, aplazar o diferir una decisión. Es una palabra horrible, pero yo me la aplico con pleno conocimiento de causa, y cada vez más porque ya estoy vieja. Después de leer un libro, por muy imperiosas que sean sus ideas, yo no salgo a galope a ponerlas en práctica, entre otras cosas porque siempre que lo hice me fue de la patada.

Decir esto para mí es muy doloroso, pero lo cierto es que, cuando contrasto el contenido de los libros frente a la realidad, es imposible no darse cabezazos.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

Me gusta mucho la crónica, porque a través de ella escucho a los demás, retengo lo que dicen. La novela, escribirla, me cuesta mucho trabajo. Leerla, por supuesto no, o muy pocas veces; esto último sobre todo cuando he sido jurado de algún premio y he tenido que leer algunas realmente horribles. He hecho dos mil doscientas noventa y siete entrevistas a lo largo del tiempo. La entrevista me gusta porque en ella descubro a la gente: cómo se comporta, qué piensa realmente, sus dudas, sus creencias. Esto está muy ligado al periodismo, porque yo he sido toda mi vida periodista. En mis reportajes y en mis libros le doy la palabra a la gente que se deja entrevistar y que desea expresarse. Al contrario de lo que se piensa, no es gente que no tenga voz, sino que más bien carece de medios para hablar, para decir. Algunas incluso, como Josefina Bórquez, como las costureras del sismo de 1985, tienen una voz muy poderosa, pero no poseen acceso a los periódicos y a los medios de información en general, y otras ni siquiera saben leer ni escribir, además de que casi nunca podrán ver en el periódico lo que yo recogí sobre ellas. Por eso también el mejor vehículo, además del periódico, es el libro, para conseguir que esas voces se sigan escuchando y perduren.

¿Y EN EL CASO DE TUS NOVELAS?

Escribir ha sido mi vida. El periodismo me llevó a la escritura diaria, sin más pretensiones que informar y decir, en una nota, en un reportaje, en un artículo, en una entrevista, algo útil a los lectores. La literatura es, desde luego, muy diferente. Escribir una novela es un acto de soledad, y debo decir que me aterra mucho la soledad ante la mesa de trabajo. La gran aventura empieza sobre esa mesa donde hay papeles de diversos temas y, de repente, el tema que buscamos surge de lo impalpable; no de lo que está en la mesa, sino de lo que está en nuestra memoria y en nuestra inteligencia. Esto no quiere decir que, cuando escribimos una novela, no esté presente en nosotros la tragedia diaria de la realidad.

¿SON DIFERENTES LOS LECTORES DE LAS LECTORAS?

Lo que te puedo decir es que, en general, las lectoras han sido conmigo mucho más generosas en sus comentarios que los hombres. Los hombres, más allá de lo que se diga, todavía tienen un soterrado desprecio por las mujeres. El mayor apoyo que yo he recibido ha sido de mujeres. Los hombres siempre me han dicho: «Compañera, compañera, agénciese un artículo», pero no me han dicho: «escriba un cuento o una novela». Yo le hubiera agradecido muchísimo, por ejemplo, a Fernando Benítez, que en

vez de decirme semana tras semana que fuera a entrevistar a Fulano o a Mengano, mejor hubiera advertido que yo también podía decir lo mío, escribir mi obra personal. En el ámbito del periodismo y la literatura, aunque hubo personas muy gentiles, nunca hubo un solo hombre que me dijera esto. La única que una vez me miró con ojos muy serios (esos ojos cafés, como de azúcar quemada) fue Elena Garro, que me dijo: «Oye, Elena, ¿y por qué no haces lo tuyo en vez de estar entrevistando babosos?»

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

No recomendaría nunca ningún libro de Carlos Cuauhtémoc Sánchez. Pero no sólo de él. Tampoco recomendaría a una buena cantidad de escritores. En general, no recomendaría los libros de autoayuda porque, salvo alguno, todos son una pérdida de tiempo y de dinero; ninguno de ellos resuelve los problemas que supuestamente promete resolver. Les diría a los lectores que mejor escriban ellos sus propios libros de autoayuda, pues si son de autoayuda, que se ayuden a sí mismos y que no anden leyendo cosas que no sirven para nada. Tampoco recomendaría muchos libros de poesía cursi y afectada. Me da muchísimo coraje que se publiquen, porque es un desperdicio de papel. Hay muchísimas lloronas que están escribiendo y escribiendo cosas tan idiotas como: «Ay, dame un beso. Estoy tan sola. Quiero tenerte junto a mí», etcétera. Dan ganas de agarrarlas a cachetadas. Y lo que pasa es que América Latina está llenísima de lloronas.

¿TE REFIERES SÓLO A LAS MUJERES O TU COMENTARIO
VALE TAMBIÉN PARA LOS HOMBRES?

Me refiero a las mujeres, principalmente. En el caso de los hombres, lo que veo es que son muy presuntuosos y que muchos escriben también libros horribles pero por otras razones: por pretenciosos y falsamente profundos. Yo prefiero mil veces a José Alfredo Jiménez, pues me parece mucho más poeta que bastantes presumidos a los que nadie les entiende nada. En el caso de las mujeres, también están las señoras ricas que en vez de ir al salón de belleza se mandan a hacer su propio libro lleno de cursilerías, ripios y barbaridades. También dan ganas de ahorcarlas, aunque a final de cuentas muy su gusto y hasta dan un poco de ternura.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Me interesa, claro que sí. Y, en lo inmediato, me interesa Andrés Manuel López Obrador. Me interesa que él sea presidente de México, para que la gente tenga las mismas oportunidades. En México, hoy, se gasta muchísimo dinero en ataúdes. Me interesa que la gente que esté en el poder tenga un mínimo de limpieza. Pero sobre todo me interesa que gane alguien que no sé si va a gobernar bien o mal, pero que creo que hasta ahorita ha demostrado que es honesto. Me interesa la política porque el país que yo deseo es

uno en el que no haya tan gigantesco abismo entre una clase social y otra, entre el mundo de los que tienen mucho y el mundo de los que no tienen nada o casi nada. El México que yo deseo es ese en el que todo el mundo se vaya a dormir habiendo comido más o menos lo mismo, y en el que no haya tantas injusticias como las que vemos a diario; un México en el que todos alcancen escuela y universidad, y en el que haya salud y bienestar para todos. Hoy es más que evidente que habitamos un país donde un sector privilegiado ignora, casi por completo, o tal vez finge ignorar, las circunstancias tan desfavorables en las que vive la gran mayoría de los mexicanos.

¿CÓMO SE RELACIONA ESTO CON TU VOCACIÓN LITERARIA?

El primer compromiso de un escritor es escribir bien, porque si un escritor hace las cosas mal a nadie le sirven. Para un escritor, es importante que sus libros se puedan leer y despierten algún interés y quizá alguna reflexión. Sin embargo, en un país como el nuestro es muy difícil, incluso para un escritor, apartarse del compromiso social, porque la realidad exterior está también en tu casa, se adentra en tu vida, te mira hacer el amor, comer, dormir; se te planta enfrente. Entonces, ¿cómo puedes escribir una novela, un cuento o un poema, exclusivamente sobre tus estados de ánimo, sobre tu intimidad, cerrando los ojos ante la realidad cuando, por ejemplo, ha ocurrido un terremoto o te percatas que hay mucha gente que vive hacinada y sin comer, muriéndose de frío, pasando mil penalidades, etcétera? En este sentido, aunque el primer compromiso del escritor sea el de escribir bien, también es válido que en situaciones como las que describo, ese escritor guarde incluso su máquina, su computadora o su bolígrafo y vea en qué puede ser más útil, o bien utilice esas mismas herramientas para un fin menos privado.

¿QUÉ TAN IMPORTANTE ES EL DESARROLLO
EDUCATIVO PARA ALCANZAR ESE PAÍS DESEADO?

Muy importante, por supuesto. La educación debería ser para todos, pero desde luego en México la educación es un privilegio, porque todavía existe mucha gente que no sabe leer ni escribir o que pertenece a esa terrible enfermedad del analfabetismo funcional. No te estoy diciendo nada nuevo, porque tú mismo has estudiado este tema y sabes a lo que me refiero. Lo terrible es que, desde mi punto de vista, en este ámbito no hemos avanzado demasiado desde que José Vasconcelos repartió los clásicos universales en todo el país, incluido el México rural.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

Muchísimos, pero el que más recuerdo y todo el tiempo celebro es un libro de una

catalana, Mercè Rodoreda, *La Plaza del Diamante*. Es un libro sobre la guerra civil española. La protagonista es una mujer que se llama la Colometa. Un libro bello y conmovedor. Cada vez que recuerdo su lectura, me conmuevo muchísimo. También me hubiera gustado escribir los poemas y las novelas de Rosario Castellanos.

¿QUÉ LIBRO DE UN AUTOR TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

Todos. Me hubiera gustado escribir *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo; *La región más transparente*, de Carlos Fuentes. Y hay muchos más que envidia, no sé si con envidia de la buena o de la mala, pero que realmente envidio. Me hubiera gustado escribir el *Recuento de poemas*, de Jaime Sabines; *Libertad bajo palabra*, de Octavio Paz, y muchos otros que sería interminable nombrar.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

El que dicen que dijo Schopenhauer: «cabellos largos, ideas cortas». Y muchísimos más de gente menos famosa que él, porque todavía es mucho el ninguneo contra las mujeres. Por ejemplo, en la vida diaria, si una mujer choca en su coche, inmediatamente exclaman los hombres: «¡Tenía que ser una pinche vieja!».

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Todo lo que se diga en contra de los libros es mentira, porque los libros, sean como sean, te hacen bien. Incluso los libros eróticos a lo mejor te dan muy buenas ideas, ¿no?

¿TE GUSTAN LOS LIBROS ERÓTICOS?

Bueno, mira, a mí ahorita ya se me olvidó de qué se trata el asunto. Pero, en su momento, los leí. No los muy burdos, porque esos no me gustan, pero hay cosas sutiles y graciosas que me divertieron mucho.

¿TE GUSTARON, POR EJEMPLO,
PÁJAROS DE FUEGO Y LOS OTROS LIBROS DE ANAÏS NIN?

¡Ay, no! Anaïs Nin era una señora que escribía para ganar dinero. Describía cómo se acostaba con Henry Miller y con la mujer de éste, June. Me parece muy pretenciosa. Y luego, tan viciosa. Digo yo: tan chaparrita y tan viciosa, y tan visionuda también.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

Yo creo que cualquiera puede convertirse en lector, pero en los últimos tiempos el mayor enemigo de la lectura es la televisión. Con mi hijo mayor no lo sufrí, porque él leía mucho y no veía televisión, pues la tele apenas empezaba en México. Pero con los más chicos, sí. La televisión es la nana de los mexicanos: las mamás aplastan a los niños, como flanes, frente a la tele, para poder dedicarse a sus quehaceres. Y los niños tragan lo que se les da, y lo que les da la televisión es horrible. Mis hijos menores, que vieron más tele, son mucho menos lectores que el mayor.

¿PARA QUÉ LEER?

Para vivir mejor, en primer término. Y luego para muchas cosas más. Por ejemplo, para que no nos pase lo que le pasa a Peña Nieto: que no recuerda nada y que confunde a un autor con otro y que no sabe siquiera qué fue lo que dice que leyó.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

Eso más bien tú me lo tienes que decir, porque de ello sabes más que yo. Sé que con el eBook beneficiaremos a los bosques, pero yo nunca he visto un eBook, y ni siquiera tengo teléfono celular. A lo mejor el libro en papel ya no tiene futuro, pero la verdad es que no lo sé. Pronto, tal vez, mi biblioteca sólo sea un nido de ratones y a nadie le interesará, aunque es curioso que, en la era del Kindle, el iPad y los demás dispositivos electrónicos de lectura, el gobierno mexicano, a través del Conaculta y de Consuelo Sáizar, esté comprando bibliotecas de papel, como la de José Luis Martínez, Antonio Castro Leal, Alí Chumacero y otras. Por lo visto, éste es el sexenio de la compra de bibliotecas.

¿Y NO TE HAN OFRECIDO NADA POR LA TUYA?

No. Pero de todos modos yo no la vendería. La donaría. Mi país me ha dado tanto que no voy, además, a chuparle la sangre con los libros. Como casi toda biblioteca, la mía tiene de todo: bueno y malo. Hay libros excelentes, buenos, regulares y pésimos. Y hay algunos que se los podría dar a mi peor enemigo.

PRONTO SE CUMPLIRÁN LOS 60 AÑOS DE TU PRIMER LIBRO. ¿CÓMO ERA LA ELENA PONIATOWSKA QUE ESCRIBIÓ *LILUS KIKUS* (1954) Y CÓMO ES HOY LA ELENA PONIATOWSKA DE *LEONORA* (2011)?

En esencia es la misma, en muchas cosas. Por ejemplo, en la costumbre y yo diría que

en la vocación de formular preguntas más que en el tener las respuestas. Lo que sí hay es más desencanto y no sólo de mi parte, sino de parte de un enorme sector del país. Advierto hoy en México un desencanto que antes no había. También debo advertir que en la época de mi primer libro, yo tenía una cierta inconciencia de la realidad, es decir una mirada más ingenua de las cosas. Ahora no. Ese candor ha desaparecido. No tengo, y creo que no tenemos, más opción que observar y concentrarnos en la realidad, porque de ello depende mucho nuestra vida.

ALGUNOS LIBROS
DE ELENA PONIATOWSKA QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

Hasta no verte Jesús mío, Era, México, 1969.
La noche de Tlatelolco, Era, México, 1971.
Fuerte es el silencio, Era, México, 1980.
De noche vienes, Era, México, 1985.
La Flor de Lis, Era, México, 1988.
Tinísima, Era, México, 1992.
La piel del cielo, Alfaguara, México, 2001.
El tren pasa primero, Alfaguara, México, 2005.
Rondas de la niña mala, Era, México, 2008.
Leonora, Seix Barral, México, 2011.

•

ELENA PONIATOWSKA
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Balún Canán, Oficio de tinieblas y Poesía no eres tú, Rosario CASTELLANOS.
Antología poética y Respuesta a Sor Filotea de la Cruz, Sor Juana Inés DE LA CRUZ.
La región más transparente, La muerte de Artemio Cruz y Aura, Carlos FUENTES.
Se está haciendo tarde (final en laguna), José AGUSTÍN.
Diario, Frida KAHLO.
Libertad bajo palabra, Octavio PAZ.
Juan Pérez Jolote, Ricardo POZAS.
La Plaza del Diamante, Mercè RODOREDÀ.
El Llano en llamas y Pedro Páramo, Juan RULFO.
Recuento de poemas, Jaime SABINES.

•

CRISTINA
RIVERA GARZA

Se lee para abrir los ojos

Se lee para abrir los ojos

CRISTINA RIVERA GARZA PERTENECE a las generaciones renovadoras de la literatura mexicana. Nacida en 1964, es cuentista, novelista, poeta, ensayista e historiadora, y ha recibido varios de los más importantes premios en México y el extranjero, por su obra narrativa que abarca ya más de una decena de libros. En 2003, su novela *La cresta de Ilión* fue finalista del XIII Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, uno de los galardones más importantes en el ámbito de la literatura en lengua española; y en 2005 le fue concedido el Premio Internacional Anna Seghers, en Berlín, Alemania.

En cuanto a la escritura, parafraseando a Marguerite Duras, explica: «Diré que voy hacia la escritura ahora para saber “lo que escribiría en caso de que escribiera”». Y en cuanto a la lectura advierte que su experiencia como lectora no se concreta a los libros producidos por autores de renombre, sino también a las obras de escritores jóvenes o poco conocidos, fuera del canon pero no fuera de la tradición literaria que, periódicamente, va renovando el canon.

En la obra de Cristina Rivera Garza los géneros literarios son colindantes. En su narrativa suele aflorar la poesía, y en su poesía hay una vocación narrativa que impide la etiqueta, la clasificación fácil y el estereotipo. Lo que busca, y lo que encuentra, sea en la escritura propia o en la lectura de otros, es «abrir la ventana del lenguaje para montarme en la grupa del aire», como lo expresa en excelente poesía.

A decir de Jorge Ruffinelli, «lo poético está en la precisión y el rigor con que un lenguaje fáctico celebra sus bodas con un lenguaje metafórico. En ambos hay precisión y rigor, lejos del mito de que precisión y rigor sean elementos exclusivos de la ciencia. El haberlos combinado o alternado o conjuntado, a su vez, con tanta precisión y rigor, le da a la prosa de Rivera Garza la condición perfecta de la más alta literatura».

Cultivadora también de la blogescritura, Rivera Garza incursiona en todas las posibilidades de escribir y leer; escribir y leer, como dice ella, no sólo como profesión y como oficio, sino por el gusto de hacerlo, en esa «democracia irreverente de la blogósfera». Así, la gratuidad de leer y escribir le devuelve a estos verbos y a estos ejercicios su libérrima potencia para comprender la realidad y comprendernos.

«Siempre he creído —sentencia la autora— que escribir es el acto físico del pensar y que pensar-con-otro es sólo otra forma de describir el acto de leer».

Sabiendo todo lo anterior conversamos con ella.

He ensayado varias respuestas a lo largo de los años para esta pregunta. Creo que la que se acerca más a la verdad tiene que ver con esa condición que, según Hélène Cixous, tiene «su sede oscilante en el juicio», que «hace reinar una eterna incertidumbre que ninguna prótesis disipa». Se trata, por supuesto, de la miopía. La miope, insiste Cixous, «jamás vio con seguridad», para ella «ver era un creer cojeante». Dentro de la miopía «todo era quizá». Mientras la recuerdo vuelvo a darme cuenta que recuerdo ensayos memorables sobre la ceguera, pero que *Sa(v)er* es el primer texto que describe para mí, y casi a la perfección, este otro estado, el no-ver-bien, que acaso por menos dramático y más común es más transparente y menos comentado.

Uno nace miope, se sabe. Pero si no fuera cuestión de genes dominantes, si no fuera una fatalidad, estoy segura de que la habría elegido. La miopía me obligó a vivir desde el inicio en un mundo difuso, sin límites fijos o claros, sin asideros. Ser miope era, sobre todo, dudar. Dudar de lo visto a medias por mí y dudar de lo visto claramente por otros. ¿Cómo creer en ese mundo de bordes definidos y lindes exactos cuando nunca se le ha visto, cuando nunca se le ha experimentado? La miopía le pertenece a la región de los limbos, la produce, de hecho, y es, por ello, liminal. Trasgresora. Ambidiestra. Indecisa. Ambigua. La miopía es, luego entonces, crítica por naturaleza y, por ello, probablemente subversiva. El miope no cree, no puede; el miope descrea categóricamente. El miope, para quien el horizonte es un mero horizonte enigmático, tolera mejor lo que está cerca. El miope toca y, tocando, ve un poco más. O ve de otra manera. El miope oye con una atención infinita. La miopía es lo contrario de la fe.

Y todas esas son características que le pertenecen por derecho propio a la lectura. [Ver artículo completo: «La miopía es lo contrario de la fe», en *No hay tal lugar* <www.cristinariveragarza.blogspot.com>, 11 de enero de 2005.]

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

Hace no mucho Edmundo Paz Soldán publicó un ensayito maravilloso sobre la biblioteca de su padre. Describía, ahí, los libros que leyó o con los que tuvo contacto antes de llegar a los verdaderamente literarios. Se trata de una colección rara pero bastante extendida entre las clases medias latinoamericanas del tercer cuarto del siglo XX de libros de ciencia popular, biografías nacionales, *best sellers* norteamericanos, historia europea, y relatos semieróticos. Si habría que empezar por algún lado, honestamente habría que empezar por ahí. A la biblioteca de mi padre, que era entonces un científico en ciernes, habría que añadirle relatos de aventuras etnográficas en tierras lejanísimas, biografías de los ganadores del Premio Nobel, particularmente en la rama de la biología, y los libros adquiridos especialmente para «las niñas»: El *Diario* de Ana Frank, sin el cual habría tardado más tiempo para pensar que eso (y eso aquí era la definición medio abierta y

escandalosa de la escritura) era algo que quería hacer de grande. Ahora que recapacito en ello: las bibliotecas de los familiares donde pasábamos vacaciones tuvieron su influencia también. En casa de una tía que estudiaba medicina encontré, y leí por completo durante un verano angustioso y lleno de hipocondría, unos libros gigantescos de respetuosas pastas gruesas en los que se describían con gran detalle y en un lenguaje aparentemente objetivo todas las enfermedades del cuerpo, con fotos incluidas. Fue, sin duda, mi primer acercamiento a la pornografía.

Eso le abrió la puerta a todo lo demás: Tolstoi, Dostoievski, Kafka, Woolf, Rulfo.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

La respuesta es sí, de múltiples maneras. Lo conté, de hecho, en un artículo que empezaba así: «Leí *Ana Karenina* hace mucho tiempo y debido a que un joven recién titulado de la carrera de Letras obtuvo su primer empleo como maestro de literatura universal en mi escuela preparatoria de dos años. Era un joven ambicioso y utópico, ligeramente desaliñado y de voz enérgica. Digo que se había graduado en Letras y que su posición como mi maestro de literatura fue su primer empleo porque de otra manera no me puedo explicar cómo se le ocurrió la peregrina idea de que alumnos de preparatoria con poca afición por la lectura y un desdén muy clasemediero por cualquier cosa que estuviera asociada de la más mínima manera a La Cultura, pudieran leer, completas, novelas rusas del siglo XIX. En todo caso, cuando nos advirtió de sus intenciones (no recuerdo haber tenido en mis manos un Plan de Estudios propiamente dicho y esto refuerza la idea de que su posición como maestro de literatura en mi escuela preparatoria fue su primer empleo) creo que fui la única que contuvo el salto de gusto que, en otro plano, en el plano de la literatura seguramente, estaba dando en ese momento. Yo ya me había declarado a mí misma (que es lo que cuenta) una lectora empedernida (y llevaba ya los anteojos que lo probaban) y hacía gala (con lujo adolescente) de esta elección a diestra y siniestra (más a siniestra que a diestra a decir verdad). Para entonces ya había leído los libros que me hicieron pensar que escribir (¡ay de mí!) no era tan difícil, que escribir era algo evidentemente muy placentero (¡ay de mí!), y que escribir era algo (¡ay de mí!) que yo quería “hacer de grande”. Pero *Ana Karenina*, el libro que me asignó un utopista cuando yo andaba por ahí de los 13 años, fue, en realidad, y en muchos sentidos, mi primer libro. Aclaro que cada uno de los ¡ay de mí! anteriores tiene que ser pronunciado a velocidades distintas y con distintos tonos de voz». [Ver artículo completo: «C. D. Q. N. P. S. Q. D. N. O. S. E.», en *No hay tal lugar* <www.cristinariveragarza.blogspot.com>, 22 de febrero y 1 de marzo de 2011.]

Pero también recuerdo las clases de latín y, antes incluso, los fragmentos de obras literarias que aprendí de memoria en libros de primaria o de secundaria. Sin los maestros atípicos, convencidos de que su labor era inaudita y central para la cultura: cambiar la vida, nada de esto habría acontecido, estoy segura.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

No es su función, ciertamente. ¡Qué aburridos serían si fueran así! Pero también he escrito sobre eso, especialmente en referencia a un librito muy interesante que se planteaba esa pregunta respecto a los libros de Virginia Woolf. Decía yo entonces: «¿Pueden los libros mejorar la vida de una persona? Sinceramente no lo sé. Es más: lo dudo mucho. Aun cuando me he convertido en una militante de la lectura, apoyando iniciativas que conjuntan, como las Citas Textuales, a autores y lectores en diálogos informados y amenos sobre libros específicos en los salones de clase de diferentes instituciones educativas, sería difícil ligar ese interés a la creencia de que un libro mejorará la vida de alguien. Creo, eso sí, que un libro, cuando en verdad se trata de uno, le recuerda al lector que la vida siempre puede ser otra cosa y ese recordatorio, ese estado de alerta generalizado que presupone, encierra el poder crítico de sus páginas. Mis libros de cabecera, esos que se aparecen en todas las mudanzas y que se las ingenian para estar siempre a la mano, han hecho de la vida algo no sólo interesante, en efecto, sino también misterioso, pero eso no significa necesariamente que la hayan vuelto mejor. Conozco, es más, a grandes lectores a los que en definitiva no describiría como buenas personas, mucho menos como “mejores” personas, y son pocos los escritores que se han distinguido, y esto para bien, por su mesura y ecuanimidad o esto que ahora se conoce como “inteligencia emocional”. Todo esto para transmitir el estado de incredulidad y estupor en que me puso el encontrar un libro que responde al título: *Una vida propia. Una guía para mejorar la vida a través del trabajo y la sabiduría de Virginia Woolf*. Virginia Woolf, como se sabe, es la escritora británica que se suicidó a la edad de 59 años en un río que quedaba cerca de su casa de verano». [Ver artículo completo: «Consejos de una suicida», en *No hay tal lugar* <www.cristinariveragarza.blogspot.com>, 13 de noviembre de 2007.]

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

Ver respuesta anterior.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

Una de las cosas enigmáticas y fundamentales del libro es que, siendo como es una mercancía, se las arregle para también producir un universo. De ahí su astucia, para parafrasear a Hegel. Lo mismo pasa con cualquier otra intención adjudicada o impuesta al libro desde afuera. El libro, que vive en el mercado, subvierte el mercado. Así entonces, estoy consciente de que existen ciertas políticas editoriales que, de hecho, publican textos dirigidos especialmente a públicos femeninos. ¿Los leen las mujeres o, más específicamente, los leen sólo las mujeres? No sé. Hay libros que fueron escritos para todo el mundo o, como en el caso de Ana Frank, sin todo el mundo en mente, y los

terminaron leyendo, como lo demuestra el tipo de lectores que citan el texto, sobre todo mujeres.

[Mi posición sobre el feminismo y la lectura, aquí: «Preguntas frecuentes respecto a las feministas (con respuestas incluidas)», en *No hay tal lugar* <www.cristinariveragarza.blogspot.com>, 2 de febrero de 2005.]

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

A) He escrito mucho al respecto. He contestado muchas veces esta pregunta, cada vez con una respuesta un tanto distinta. Creo que, al paso de los años, me quedo con algo que publicó la revista *Nexos* no hace mucho: «Seguramente para cada autora es distinto, pero para mí el asunto siempre estuvo signado por comentarios tipo “pero es que escribes tan bien que casi pareces hombre”». Como las palabras venían en un tono celebratorio, acompañadas usualmente de gestos grandilocuentes o benévolos, nunca supe bien a bien cómo reaccionar. Tenía yo entre 16 y 18 años y escribía, claro está, con la pasión del caso. Cuando, muchos años después y en un taller que impartía en la ahora muy famosa ciudad de Tijuana, una lectora exclamó, y esto en relación a un texto autorizado por un joven del grupo, «¡pero es que escribes esto tan bien que casi pareces mujer!», supe que estaba presenciando o un milagro o el muy equidistante y más que legendario giro de los 180 grados. Me reí mucho, aunque para mis adentros, como le corresponde a Alguien que Imparte un Taller Literario, y esa noche acepté la invitación de los talleristas para continuar la sesión en un post-taller que luego se volvió costumbre y más tarde vicio y, luego, puro gusto.

B) Hubo una vez un país en el que el más importante premio literario para una obra escrita por una mujer venía con diploma, ceremonia de honor, placa de bronce en lugar significativo de la ciudad y cero centavos. Lo sé porque lo recibí en 2001. Supuse, porque soy una optimista, que los organizadores asumían que todas las autoras tenían quien las mantuviera o que el reconocimiento público, en su caso, debería bastar, si no es que sobrar.

C) Cuando empecé a escribir, que fue hace muchos años, mis *role models* eran una monja que había pasado su vida entera en una celda, una feminista que le lavaba los calzones a su no-marido (al menos eso decían las malas lenguas) y la ex esposa de un poeta muy famoso que o estaba loca o vivía con más de una docena de gatos o era un espía infame del gobierno. Aceptar, en ese contexto, que yo era lo que ya era, que desde siempre fue irremediabilmente y sin cortapisa una escritora, no resultó una cuestión sencilla. Entiéndase: se trataba de la hija mayor de una pareja de la clase media profesional, nortea de para colmo de males. Era gente, para ser más claros, que se levantaba a las cinco de la mañana y no se detenía sino hasta las diez de la noche,

confiando que entre una hora y otra habían hecho algo para cambiar el mundo. A ese tipo de gente, hasta se me hace superfluo decirlo, no le parece del todo bien que alguien que trabaje sus horas con pasión y produzca lo propio con entereza tenga que acabar sus días o suicidada o loca o siendo la esposa de. Por eso, aunque mi primera publicación data de 1982, me costó unos diez años más aceptar (y esto frente a un periodista algo obcecado, y luego frente a un oficial de migración) lo obvio: era una escritora. La profesión, en todo caso, siempre pareció un asunto de alto riesgo. Ni en mis peores pesadillas supuse que, efectivamente, lo era. [Ver artículo completo: «Un asunto de alto riesgo», en *No hay tal lugar* <www.cristinariveragarza.blogspot.com>, 1 de abril de 2011.]

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Se parece mucho a mis lecturas: bilingües, desordenadas, voraces, errantes. Tengo, hasta ahora, tres bibliotecas más o menos establecidas: la oficial que está en mi oficina en la Universidad de California en San Diego —11 libreros (con frecuencia retacados con hileras dobles de libros) y un archivero—; la que está en mi casa de México: unos 20 libreros de distintos tamaños con libros que incluyen los que utilicé en la primaria (tengo ese tipo de padres), así como la colección de LP's que acompañó con mucha frecuencia las lecturas iniciales; la que está en mi casa de San Diego: unos 7 libreros llenos de poesía, a la que siempre hay que tener a la mano, y teoría. En una de las repisas del librero de la cocina reúno todos los libros de recetas que alguna vez, en esa otra vida que no por imaginaria es menos activa, utilizaré para cocinar.

Hay un poco de todo en todos lados, pero si le pongo atención a los libreros de mi oficina, se revela lo siguiente: cuatro libreros para narrativa en inglés, tres para historia de América Latina en inglés, dos para narrativa en español, uno para teoría en cualquier idioma, uno para poesía en cualquier idioma, uno más para libros que nunca he podido clasificar. Ah, y un archivo lleno de copias de material de archivo. Y un medio librero para libros y copias y otros textos que estoy utilizando en clase. Debo de estar contando mal porque también tengo un librero dedicado a libros de arte. En fin.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Me gusta cómo se pinta Sor Juana a sí misma en la *Respuesta a Sor Filotea*: listísima, apasionada, hábil. ¡Y la manera en que esta mujer argumenta! Tanto ahí, como en tanta de su poesía, me impresiona su compromiso con la vida de la mente —algo que es intelectual, ciertamente, pero que desborda cualquier definición estrecha. Me gusta también pensar que, a pesar de que aparentemente pronunció las palabras de retractación («yo, la peor de todas») con las que al final de su vida concedió el poder, al menos de manera subjetiva, que la Iglesia nunca tuvo sobre ella, también murió como una mujer

bastante acaudalada. Inteligente, pues, y sabihonda, y marisabidilla y práctica.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Desde que tenía 16 años y tuve que mudarme de casa de mis padres a la ciudad de México para empezar la universidad. Era un cuarto monacal, pero hermoso de alguna manera. Una de sus paredes era un ventanal que daba a un pequeño jardín —por ahí entraba el cielo y ahí veía los primeros brotes del durazno que anunciaban el fin definitivo del invierno. En ese cuarto leí mis primeros libros adultos —ahí descubrí a Marx, por ejemplo. Y, porque su antiguo ocupante tenía una colección muy vieja de libros de Kafka, ahí leí las novelas y, sobre todo, los textos cortos.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

La frase siempre me recuerda a Rosario Castellanos, quien la utilizó como título de uno de sus libros. Sobre eso también escribí: «Es tan sabida la segunda parte del dicho, tan transparente, tan obvia, tan implacable, que nadie en su sano juicio tendrá por qué decir en voz alta que mujer que sabe latín, ni se casa ni tiene buen fin. Heme aquí pues, diciéndolo en voz alta, desacatando el silencio y mostrando, una vez más, un juicio un tanto cuanto poco sano. Como muchas, oí la primera parte de la frase cuando era niña pero, como pocas, vivía en un medio en que la segunda parte no era ni obvia ni transparente ni mucho menos implacable. Tuve, quiero decir, que preguntar. No recuerdo a ciencia cierta quién me dio la respuesta, pero sí recuerdo que fue demasiado tarde. Leía ya con una adicción que no me ha dejado hasta este momento y pensar, que era imaginar y evocar y avizorar y criticar y citar, me resultaba ya sumamente placentero. Cuando esa voz que, sospechosamente, no recuerdo, me hizo saber que el peligro consistía en que no iba a casarme y en no tener buen fin, estallé en algo que ahora denominaría sin titubeo alguno como una Risa Castellana. No me importó entonces como no me importa, después de dos matrimonios, ahora. Aunque lo del buen fin todavía está en debate (supongo que el último veredicto no debe llegar sino hasta que deje de respirar) debo confesar que, a pesar de saber latín (metafóricamente, claro está), me la paso bastante bien.

»Digo esto porque el dicho, según entiendo, pervive. Porque otras, las que empiezan a encerrarse en sus cuartos para pasar largas horas perversas leyendo libros o las que ya se sacan 10 en las escuelas, todavía escuchan, según me dicen, tanto la primera como la segunda parte del famoso lema. Lo digo porque, francamente, dicho sea con toda honestidad, el famoso dicho no es cierto o no siempre o no de esa manera. Lo digo en voz alta, mostrando mi acostumbrada falta de juicio, porque, como lo dijo precisamente Rosario Castellanos en aquel umbral que nunca cruzó, debe haber otra forma humana y libre de ser —una forma humana y libre de ser en que la cual el saber y el placer no

constituyan opciones excluyentes». [Ver artículo completo: «Sé latín (metafóricamente) y me la paso bien», en *No hay tal lugar* <www.cristinariveragarza.blogspot.com >, 7 de marzo de 2005.]

¿LOS HOMBRES LAS PREFIEREN BRUTAS?

Habrá que preguntarles a ellos. En éste, como en tantos otros casos, me niego a hablar por otros.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

Creo en el texto que, siguiendo su propia búsqueda, trasciende los límites imaginarios y/o literarios de los géneros. A ese tipo de escritura le he llamado colindante: «En la vida como en la escritura, lo verdaderamente interesante ocurre en las colindancias —esos espacios volubles donde lo que es no acaba de ser y, lo que no es, todavía no empieza. Lejos de tratarse de espacios armónicos donde lo distinto se intercambia, creando la posibilidad de una síntesis, estas colindancias son espacios de choque donde, como diría Slavoj Žižek en *Organs Without Bodies. On Deleuze and Consequences*, sólo se escucha “el eco del impacto traumático”. Me interesa, en todo caso, la conmoción del encuentro, la tensión que lo genera y que lo sostiene, más que la resolución, siempre ficticia, con la cual se trata de disminuir el peso de lo diferente, lo disarmonico e, incluso, lo incompatible. En tanto concepto, luego entonces, la colindancia no es semejante a la hibridación. La colindancia no es una combinatoria. No es una nueva forma de fijación. No salva». [Ver artículo completo: «Escrituras colindantes», en *No hay tal lugar* <www.cristinariveragarza.blogspot.com >, 10 de julio de 2004.]

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O SÓLO A LA REFLEXIÓN?

El principio inalienable del libro es su capacidad crítica. Leer es, luego entonces, participar de la política: «Escribir es política: nunca he dudado de eso. Utilizar el lenguaje o dejarse utilizar por él, eso es una práctica cotidiana de la política. Trastocar los límites de lo inteligible o de lo real, que eso y no otra cosa es lo que se hace al escribir, es hacer política. Independientemente del tema que trate o de la anécdota que cuente o del reto estilístico que se proponga, el texto es un ejercicio concreto de la política. Mi mano, sobre todo la izquierda aunque también la derecha, es pura política. La forma, que cuando es forma en realidad es el fondo a donde han de parar todos los objetos del mundo conocido y del mundo por conocer, es un asunto de política. Los artículos determinados que designan el género de los sustantivos son cosa del cuerpo de la política. La oración, cuando es gramatical y cuando es religiosa, es materia de política. Las yemas de los dedos que caen a toda prisa sobre el teclado en realidad presionan las teclas de la

política. Privilegiar a las minúsculas y al plural es siempre una decisión política. Una dedicatoria, sobre todo si es romántica, es la encarnación misma de la política. Cuando decido nombrarte y, luego, cuando decido que nada es cierto: todo eso es un misterio político. El sujeto y el verbo y el complemento son tres elementos fundamentales de la articulación política». [Ver artículo completo: «(Cuatro de) diez palabras», en *No hay tal lugar* <www.cristinariveragarza.blogspot.com>, 16 de octubre de 2007.]

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

Y son distintos los lectores pobres y los lectores ricos. Y las lectoras que viven en ciudades y las que viven en el campo. Y los lectores que viven en familias extendidas y los de familias nucleares. Y las lectoras que le van al Toluca y las que le van a las Chivas. Porque nos pide una relación intensa y particular, la lectura tiene en todo caso la posibilidad de agarrarnos por ahí donde somos más nosotros mismos.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

No encuentro ninguna razón para no recomendar un libro.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

Soy una Migrante Digital: leo sobre todo en papel. Tengo un Kindle que uso de vez en cuando —sobre todo para libros que puedo leer sin subrayar. Lo único que sí leo completamente en pantalla es twitter.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Escribir es política, en el sentido más amplio del término. También me interesa lo político, como ha quedado asentado en *Dolerse. Textos desde un país herido*, el libro que publiqué el año pasado con Sur+, una editorial independiente de Oaxaca. Ahí fueron a parar ensayos, crónicas, entrevistas, poesía documental sobre el México actual. El más mío. El que me duele.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

Todos los de Marosa di Giorgio. Mi vida por algunos párrafos de la Duras. Algunos ensayos de Lyn Hejinian y otros de Vanessa Place. Más recientemente el ¡wow! que se me salió cuando leí *Mudanza*, de la joven ensayista mexicana Verónica Gerber.

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

Todos los textos cortos de Kafka, por ejemplo. *Luvina*, de Rulfo. Los ensayos sobre política de Alain Badiou.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Leer en un salón de belleza es lo de hoy. Pregúntales a los chicos de La Tijera de Oro — lecturas de obras en proceso que han decidido decirle adiós al mantel verde.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

Que no pueden ser amigas.

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Que es aburrida.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

Porque creo en la necesidad de organizar campañas de lectura, terminé organizando algo que con el tiempo denominé como Citas Textuales en el que entonces era mi lugar de trabajo, el ITESM-Campus Toluca: «Hace no mucho acepté, sin demasiada conciencia, una invitación para visitar una escuela preparatoria. Era, hasta donde sabía en ese momento, una invitación típica: a alguien dentro de una institución se le encomienda la labor de fomentar la lectura y ese alguien de inmediato piensa en invitar a algún autor para que, con su presencia, contribuya de alguna manera a la causa. Lo demás, según entiendo, va más o menos así: se busca en la agenda la dirección electrónica o el teléfono del autor elegido o se comunica con algún otro alguien que le ha dicho que tiene la información. En este caso, el contacto fue una amiga de la universidad a quien estimo bien y, por eso, acepté la invitación sin fijarme en demasía ni en las condiciones del trato ni en la dirección de la escuela.

»Cuando me enteré de todo yo estaba en Querétaro, frente a un grupo de aproximadamente 50 estudiantes sobre cuyos adolescentes regazos se encontraba un ejemplar de mi libro de cuentos *Ningún reloj cuenta esto*. Esa fue la primera pista de que algo extraño estaba ocurriendo. Conminados por los tres o cuatro maestros que también

estaban en la sala, los estudiantes, que se alistaban también para los festejos de San Patricio (y así me enteré de que era un colegio irlandés), empezaron a hacer preguntas, primero con algo de timidez y, al final, en franco desparpajo. “Yo quiero saber”, dijo uno, “qué significa el color azul que mencionas en la página 43”. “El final del cuarto cuento”, dijo otro, “me enoja mucho”. “Yo soy de Venezuela”, se animó a decir otro, “y quiero decirte que algo de lo que se dice en el primer cuento es verdaderamente cierto”. “Yo me pregunto”, sentenció otra, “si alguno de tus personajes se atreverá a defender alguna vez los verdaderos valores de la sociedad”. A medida que respondía, con dosis generosas de honestidad, que no tenía la menor idea de qué hacía el color azul en la página 43 (y, por favor, ¿me recuerdas de qué se trata ese cuento?), que definiera su concepto de valores o que pensáramos, todos juntos, en qué consistía verdaderamente un final, me di cuenta, con sumo pasmo, con inalcanzable placer, que estaba formando parte de un diálogo informado y alerta, inesperado en efecto, no sobre el autor y su mundo, sino sobre la escritura, sobre la manufactura y los avatares del texto. Había ido ahí, supe entonces, para reunirme con algunos jóvenes lectores para conversar acerca de muchas palabras impresas en un libro. Ahora, me dije, soy parte de una cita textual». [Ver artículo completo: «Citas textuales», en *No hay tal lugar* <www.cristinariveragarza.blogspot.com>, 22 de mayo de 2007.]¹

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

La miopía, los libros en casa, la celebración del hábito de la lectura: todo eso configuró mi «inclinación» inicial. No la veo como algo que trajera conmigo, como se habla de la información genética, por ejemplo, sino como una práctica material que creció gracias al apoyo constante tanto en el círculo doméstico como en el escolar y que, luego, gracias a la disciplina y al placer (y no veo que estas dos cosas sean opuestas, por ejemplo) se convirtió en algo propio al paso de los años.

En corto: no, no se nace con eso. Como con tantas otras cosas, y siempre dentro de contextos desiguales marcados por jerarquías varias, uno, como puede, se hace.

¿PARA QUÉ LEER?

Para abrir los ojos.

ALGUNOS LIBROS
DE CRISTINA RIVERA GARZA QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

Nadie me verá llorar, México/Barcelona, Tusquets, 1999.
Lo anterior, México, Tusquets, 2004.
La cresta de Ilión, México/Barcelona, Tusquets, 2002.
Ningún reloj cuenta esto, México, Tusquets, 2002.
Los textos del yo, México, Fondo de Cultura Económica, 2005. *La muerte me da*, México/Barcelona, Tusquets, 2007.
La frontera más distante, México/Barcelona, Tusquets, 2008.
La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General, 1910-1930, México, Tusquets, 2010.
El disco de Newton, diez ensayos sobre el color, México, UNAM/Bonobos, 2011.
Viriditas, Guadalajara, Mantis/UANL, 2011.
Verde Shanghai, México, Tusquets, 2011.
Dolerse. Textos desde un país herido, Oaxaca, Sur+, 2011.

•

CRISTINA RIVERA GARZA
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Depende del tipo de lector, por supuesto. Pero si nos referimos a lectores ya convencidos que, sin embargo, inician una relación con la lectura, digamos, más estable, siempre acabo recomendando de alguna u otra manera y no en este orden y no sólo éstos:

Cómo me hice monja, César AIRA.
On Poetics, Charles BERNSTEIN.
Amberes, Roberto BOLAÑO.
Dictée, Theresa CHA.
Respuesta a Sor Filotea de la Cruz, Sor Juana Inés DE LA CRUZ.
El arrebato de Lol V. Stein, Marguerite DURAS.
Los papeles salvajes, Marosa DI GIORGIO.
Las mil mesetas, Gilles DELEUZE y Felix GUATTARI.
Museo de la Novela de la Eterna, Macedonio FERNÁNDEZ.
Mudanza, Verónica GERBER.
The Language of Inquiry, Lyn HEJINIAN.
Los escritos económico-filosóficos de 1844, Karl MARX.

On the Skin of a Lion, Michael ONDAATJE.
Antología poética. El poeta es un fingidor, Fernando PESSOA.
Poemas humanos, César VALLEJO.
Sexografías, Gabriela WIENER.
The Waves, Virginia WOOLF.

•

¹ Fecha de consulta de todos los artículos mencionados: mayo de 2012. (*N. del E.*)

SARA
SEFCHOVICH

El género no determina la forma de leer

El género no determina la forma de leer

DESMITIFICADORA DEL CLICHÉ e impugnadora de la mentira que se establece como verdad, Sara Sefchovich disfruta su vocación de investigar y derrumbar falsas certezas. Como novelista y como ensayista sigue dos vías para llegar a un mismo punto: el gozo y la búsqueda de la verdad, es decir, el gozo de la verdad, el placer de saber, el gusto de conocer, y la alegría de estar haciendo lo que realmente quiere hacer. Éste es su ejercicio de libertad en un ambiente rodeado de convencionalismos, presiones sociales, lugares comunes e ideas recibidas.

Se niega a generalizar, pero en las particularidades encuentra, como lo dice en su libro *País de mentiras*, que «nos han engañado tanto que ya no sabemos en dónde estamos parados y el desastre es enorme». Como pensadora de los problemas, no sólo nacionales sino que atañen a todo el ser humano, piensa, con Karl Popper, que «el deber del pensador es elaborar explicaciones de nuestro mundo». Y eso hace en sus libros, incluidas sus novelas que, al tiempo que se disfrutaban, llevan al lector a pensar: a la crítica y a la autocrítica; a un ejercicio de higiene mental y espiritual donde no quepan ni la autocomplacencia ni el autoengaño. No engañarse y no engañar a los demás son dos preceptos éticos con los que fluye su pensamiento siempre provocador, polémico, argumentativo. Una cosa es cierta: le disgusta el silencio ahí donde, por ética necesaria, debe decirse algo.

Feminista, huye del cliché, porque cuando se habla de las mujeres lo primero que pregunta es «a cuáles mujeres nos referimos cuando hablamos de *las mujeres*». Y en cuanto a los libros, a la cultura escrita, en alguna ocasión le señaló públicamente a Germán Dehesa su acción descalificadora hacia una oficial de aduanas por el hecho de estar haciendo su trabajo: revisarle las maletas. Dehesa se mofaba por la muy fundada sospecha de que aquella mujer no había leído a Sor Juana o a Melville. Como si la gente de letras (autodefinición del escritor), por el hecho de leer y de escribir, estuviera más allá de toda sospecha y tuviera derecho a todo (incluido que no le revisen el equipaje) por personas, y especialmente por mujeres, que ni siquiera leen libros.

La descalificación por delante, y la retórica de la nobleza literaria, no sólo es asunto de varones, pero todavía prevalecen ciertas concepciones reiterativas de un poder masculino muy liberal, sin embargo. El hombre de letras define a la empleada como «una

señora uniformada que a las claras se ve que le pega a su marido». ¿Pero cuántas veces esta misma retórica define a un señor trajeado que a las claras se ve que le pega a su mujer? Éste es el tipo de incongruencias que Sara Sefchovich descubre con particular tino, en su análisis de la realidad. Y ésta es la lectora con la que conversamos.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Nací en una familia lectora. La imagen que conservo de mi padre es la de un señor leyendo. Trabajaba todo el día, pero cuando llegaba a casa, luego de cenar y de estar un rato con su familia, se sentaba a leer hasta las mil de la madrugada. Tenía una biblioteca prodigiosa. Fue un hombre erudito y muy estudioso, sabiamente desordenado como lector, pues sólo leía aquello que le interesaba y en el orden en que fuera. Mi madre también era lectora, pero más de revistas que de libros, y mi papá, además de lector de libros, era también asiduo lector de periódicos. Leer, entonces, fue parte de mi existencia desde la infancia. En el ambiente en que crecí siempre hubo muchos libros. Ya después, con más conciencia de las cosas, en las clases de literatura descubrí que los libros de los que hablaban los maestros, estaban en mi casa, y este descubrimiento me dio un especial orgullo.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

Escribí una novela, *La señora de los sueños*, acerca de lo que puede significar la lectura para una mujer. Está construida en base, más que a libros individuales, a ciertos grupos de libros que, desde muy niña, me movieron mucho el piso: especialmente sobre ciertas culturas y ciertos momentos de la historia. Por ejemplo, toda la época de los árabes en España, o la historia y la vida cotidiana en la India, en la Rusia zarista, en el Estado de Israel cuando nacía o en el Nueva York loco de hoy. En esa novela están las fantasías con las que crecí: la invención de mi vida a partir de la vida en los libros. Por obra y gracia de los libros, una niña de la colonia Condesa en la ciudad de México, puede convertirse en una princesa rusa, y después en una seguidora de Gandhi, en una revolucionaria cubana, en una científica con Darwin y en una filósofa con Nietzsche. Esto es lo que hacen los libros. Te dan la oportunidad de vivir de otra manera. Fueron libros o grupos de libros muy vividos en la piel y te diría que, hasta el día de hoy, son los que siguen moviendo mi existencia.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

Definitivamente, sí. Fui a un colegio donde la lectura era central. Además, fui una niña particularmente estudiosa, «matadita» como se decía en aquella época. Me gustaba mucho estudiar y, por supuesto, leer. Mi escuela animaba mucho eso y nos formaba en grupos especiales (denominados los de los «filósofos») para trabajar por las tardes. Ello

estimuló muchísimo mi gusto por la lectura. Ese colegio contaba, además, con una espléndida biblioteca, y los profesores incentivaban el ejercicio de hablar sobre lo que leíamos.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

No sólo la mejoran, sino que la construyen. No me puedo imaginar lo que sería la existencia sin ese motor de la cultura escrita. Lo digo mucho en *La señora de los sueños*. La vida de la protagonista es bastante frustrante cuando la compara con aquella que soñó y que, de algún modo, esperaba, y es gracias a los libros que puede estar en el momento y en el lugar que quiera, y vivir como se le dé la gana. Con los libros se puede construir toda una vida más rica, agradable y satisfactoria, ajena por completo a aquella que no te queda más remedio que llevar. Y ello sin que cambien las condiciones materiales.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

Eso no lo creo. Las personas son lo que son y leer les permite vivir otras existencias, pero ello no quiere decir que por arte de magia se transformen en mejores personas. No dudo que saber más cosas y comprenderlas pueda transformar para bien a los lectores, pero esto no necesariamente se cumple en todos.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

No. Y esto lo dije también (perdóname que me esté refiriendo todo el tiempo a mi obra, pero, finalmente, éstos son temas que he abordado a lo largo de mis libros) en la primera antología que se hizo en América Latina sobre mujeres escritoras: *Mujeres en espejo*. El espejo, como un símbolo, se refería a que una mexicana, una argentina o una chilena de veinte años tenían maneras idénticas de mirar la vida y de preocuparse por ella. En ese libro yo me planteaba el tema de si había una escritura femenina y si había una lectura diferente para las mujeres. Encontré que sí había una lectura diferente, pero no por el hecho de ser mujeres, sino por el hecho de que cada ser humano hace una lectura que tiene que ver con el lugar social en el que está. Un indígena en Chiapas o un estudiante de primaria en una ciudad intermedia, no leen un libro de la misma manera que una académica con doctorado en la ciudad de México. Pero el género no determina la forma de leer; lo que la determina es la condición social de quien lee.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO
«LITERATURA FEMENINA»?

No sabría decirte. Me importa muchísimo escribir para moverle el piso a las mujeres. Éste sí ha sido un objetivo, y, digamos incluso, una misión. Pero no sé si yo como

escritora me identifico necesariamente con eso. Quisiera que las lectoras lo buscaran, pero yo como escritora lo que hago es expresar lo que quiero y puedo decir, obviamente, desde mi lugar de mujer. Pero tanto como identificarme con un concepto, no sé. De lo que sí estoy convencida es que mis novelas tienen mucho que ver con literatura de mujeres; de hecho son, te diría, novelas feministas, cosa que no es muy común en la literatura mexicana. Las personajes de mis tres novelas —*Demasiado amor*, *La señora de los sueños* y *Vivir la vida*— son mujeres que toman la vida en sus manos y la viven como les viene en gana. Y mi obsesión por estudiar a las que no pueden hacerlo está presente en *Mujeres en espejo*, *Gabriela Mistral* y *La suerte de la consorte*. Si te fijas en mis artículos en *El Universal* te darás cuenta de que esas dos maneras de ver las cosas son mis obsesiones más recurrentes.

TÚ HAS ESCRITO MUY ESPECIALMENTE SOBRE
EL AUGE DE LOS LIBROS ESCRITOS POR MUJERES
Y ACERCA DE LA RECEPCIÓN DESDEÑOSA POR
PARTE DE CIERTO SECTOR CULTURAL...

A mí me toca la gran fortuna de vivir el momento en que la literatura de las mujeres tiene su gran despegue en México, en América Latina y, en general, en el mundo occidental. Las mujeres escribían desde antes, pero de repente, hacia mediados de los ochenta, en el siglo XX, empieza ese *boom* de la literatura escrita por mujeres. Como socióloga lo que hago es preguntarme, primeramente, por qué se da ese *boom*. Y me doy cuenta de que lo que pasa es que las mujeres estamos escribiendo aquello que les interesa leer a las mujeres, en países en los que las mujeres siempre habían sido las más lectoras. Esto está documentado desde la Colonia y no viene únicamente del siglo XIX. El *boom* de la literatura hecha por mujeres coincide con la consolidación de una clase media bastante establecida que tiene capacidad para comprar libros, y entonces compran los libros de las mujeres porque hay en ellos un lenguaje que les habla a ellas. Este fenómeno asusta muchísimo a los tradicionales detentadores del poder literario, es decir a los encargados de los suplementos culturales y a los que hacían el debate público en torno a la «Alta Cultura». Los agarra desprevenidos de repente el fenómeno de que unas señoras, en un idioma mucho más sencillo, empiezan a arrasar en el ámbito de las ventas literarias, y se genera entonces toda esa incomodidad que se traduce en descalificación: empiezan a hablar de «bajas calorías», de literatura *light* y demás calificativos. Afortunadamente, esa reacción no tuvo ningún impacto negativo, porque a las mujeres lectoras y a los hombres lectores de todos modos no les importó, y empezaron a leer realmente muy en serio lo que estábamos escribiendo las mujeres.

Insisto en lo fundamental: la mayoría de los lectores estaba conformada, y lo sigue estando, por mujeres. Todo el siglo XIX, con el romanticismo, son las mujeres las más lectoras. En la primera mitad del siglo XX esto se detiene un poco, porque no hay industria editorial significativa en México y lo de afuera llega poco, pero luego, al iniciar

la segunda mitad del siglo XX, viene el resurgimiento que sigue hasta hoy. Es también la época en que surgen importantes autoras como Rosario Castellanos, Elena Garro, Elena Poniatowska y María Luisa Mendoza. Pero es hacia mediados de los ochenta, te repito, cuando ya hay toda una clase media establecida (con valores, con costumbres, con modos de vida donde se consume) que regresa el auge de las lectoras, y hay distintos tipos de cosas que quieren leer: desde las novelitas rosas y los cómics de amor, que se venden en los puestos de periódicos, hasta los libros de mayor profundidad intelectual, que se encuentran en las librerías. El gran éxito de Ángeles Mastretta tiene que ver con el descubrimiento de los editores de que las mujeres quieren leer lo que las otras mujeres les están diciendo, y la forma en que se lo están diciendo, porque hay muchos autores anteriores a Ángeles que tienen personajes, pero es la manera también de plantear las cosas lo que hace que las mujeres quieran leer sus libros. Y, a partir de ella, seguimos muchas, y las mujeres continúan leyéndonos. El fenómeno de las lectoras tiene una explicación también social: al pasar más tiempo en su casa, al tener más tiempo de encierro que es lo que te exige la lectura, necesariamente son más las lectoras que los lectores. No estamos hablando de los intelectuales o de los que nos dedicamos, en la universidad, a leer como una forma de trabajo, sino a la gente común que en su vida diaria tiene tiempos muertos que decide ocupar en actividades que pueden ser la costura, el bordado, ver la tele o leer. Hoy los editores saben que hay más lectoras que lectores, pero esto lo saben ahora, gracias al *boom* de las escritoras. Antes no lo sabían.

¿ENTONCES, LO QUE LE ASUSTABA AL PODER
CULTURAL MASCULINO ERA PERDER EL MERCADO?

No, ni siquiera eso. Porque la verdad es que ese sector no tenía mucho mercado. México nunca ha sido un país que haya tenido mucho mercado en términos de ventas de libros. En esa época de que hablamos se vendían dos mil o tres mil ejemplares, igual que hoy. Pero llegaron las mujeres escritoras y empezaron a vender por miles y decenas de miles en muy poco tiempo. No podía ser una disputa por un mercado que en realidad nunca habían tenido. Era más bien un problema de concepción de la literatura. La idea de la literatura que prevaleció en la segunda mitad del siglo XX mexicano era que escribir tenía que ser una cosa difícil, con temas trascendentes y formas complejas. Por eso cuando surgió la literatura denominada de la Onda, también fue descalificada, porque se apartaba de lo que el poder cultural marcaba como la estética correcta. Parecía como si el medio fuera nada más el mensaje, como si el hecho del cambio a la modernidad real en esta sociedad, al ingreso de los medios masivos de comunicación, no debiera tocar ni con el pétalo de una rosa la construcción literaria, el lenguaje literario. Pero todo tiene un precedente en la historia. Esto ya había pasado en México. Pasó al principio del siglo XIX cuando se descalifica a la nueva literatura que viene a pisarle los talones a la estética clásica y neoclásica de la época colonial. Cuando aparecen Lizardi, Guillermo Prieto y después, hacia fines de siglo, Altamirano, que hablan como la gente común, que se preocupan de los temas de la vida cotidiana. Es decir, todo esto se repite históricamente

en México, de manera cíclica. La única novedad de los años ochenta del siglo pasado es que son las mujeres las que lo protagonizan. Todo eso lo estudio y lo cuento en mis ensayos sobre Luis Spota, el primer *best seller* mexicano, y en *México: país de ideas, país de novelas*, que hace una historia de la literatura mexicana desde una perspectiva de sus condiciones de posibilidad sociales.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Tengo una biblioteca muy grande. Entre mi compañero (Carlos Martínez-Assad) y yo tenemos entre cuarenta y cincuenta años de lectores y además mi padre acaba de morir y me traje su biblioteca a la casa, que ni siquiera he podido revisar. No me gusta tampoco tener una biblioteca innecesaria; periódicamente regalo libros. Por ejemplo, mis libros de literatura mexicana están en las escuelas primarias de Pachuca, Hidalgo: libros incluso dedicados por amigos muy queridos, pero que creo que deben ser utilizados por mucha más gente que únicamente por mí. Otros están en bibliotecas de universidades. Mi biblioteca de trabajo está conformada básicamente por obras de cultura, historia, ideas, biografías, que son los temas que más me interesan y los que trabajo como investigadora en la UNAM. En general, son libros que tienen que ver con la cultura, pero no exclusivamente la Alta Cultura, y con teoría, esto es lo que me gusta mucho leer y he escrito ensayos sobre teóricos a los que admiro, como Lukács, Berlin, Monsiváis y un largo largo etcétera.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Sor Juana es un símbolo de que las mujeres pueden ser no solamente escritoras de cartas de amor o de rezos a Dios, sino también pensadoras profundas en términos científicos, pensadoras complejas. Como bien lo observó Octavio Paz en *Las trampas de la fe*, Sor Juana estaba atrasada respecto a Europa en su visión científica, pero lo más importante de ella es que es una mujer que afirma que las mujeres no tienen por qué, nada más, quedarse en su casa y tejer chambritas como se diría hoy. El gran símbolo de ella es la renuncia necesaria a ciertas cosas convencionales del mundo, para poder dedicarse a su pasión y que, en el caso de ella, no era cualquier cosa: era realmente un trabajo científico a fondo.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Desde nunca. De niña, siempre compartí mi habitación con mis hermanos, y de adulta con mi compañero. Siempre he trabajado en medio de niños que corren y de perros que ladran y de gente que entra y sale de la casa. No tengo una habitación propia y ya me acostumbré a trabajar así. No trabajo aparte ni aislada.

HAS DICHO QUE, PARA QUE VIRGINIA WOOLF
PUDIERA ESCRIBIR, TAMBIÉN NECESITÓ QUE
ALGUIEN LE HICIERA LAS TAREAS DOMÉSTICAS...

Absolutamente. Quién las hace si no. Afortunadamente, hay señoras que te pueden ayudar en eso, aunque siempre la responsabilidad sigue recayendo sobre uno. Las mujeres siempre tuvieron que escribir después de cumplir esos trabajos, y las que ahora se quieren dedicar profesionalmente, por completo, a la literatura, tienen que encontrar cómo resolver el tema doméstico que sigue siendo su problema.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

Yo hoy ya lo veo al revés. Fue válido para los años cincuenta, sesenta y aun setenta del siglo XX. Hoy creo que ya no aplica. Las mujeres que quieren saber latín deciden a veces no buscar marido y sí tienen buen fin.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

Depende del momento emocional en el que me encuentre. Hay épocas enteras en que no puedo leer novela, sino únicamente ensayo, y hay épocas enteras en que ni ensayo ni novela, y me concentro totalmente en biografías. En cuanto al ensayo, el que más me gusta es el que tiene que ver con ideas, filosofía e interpretación de la cultura. Según lo que esté trabajando es lo que leo o dejo de leer. Por ejemplo, si estoy escribiendo novela, no puedo leer obras de este género, porque corro el riesgo de comenzar a escribir como el señor al que estoy leyendo, y, en cambio, si estoy trabajando ensayo, leo muchísimos ensayos porque me despiertan ideas y tomo cientos de notas.

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

No hay una regla general. A mí me llevan a la reflexión, pero tengo muchas amigas a quienes los libros las han llevado a la acción, y el país ha cambiado gracias a todas las mujeres y a todos los hombres que en los últimos veinte o veinticinco años del siglo anterior y los primeros que van de éste construyeron el México en el que vivimos ahora: el de una transición democrática, el del respeto a los derechos humanos, el de las organizaciones no gubernamentales, etcétera. Este México lo construyó gente que empezó soñando con esa democracia y leyendo sobre esos asuntos, para después pasar a la militancia activa. Otros, en cambio, trabajamos más en la reflexión, en las aulas, en la escritura, también producto de los libros que hemos leído.

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

No sé cómo son los lectores. El único lector con el que yo discuto todo el tiempo y muy a fondo es con Carlos Martínez-Assad. Con otros lectores, amigos, conocidos, nos encontramos en reuniones, y a veces hablamos de libros, como lo hago también con mis alumnos y con mis alumnas, mediante la discusión sobre la manera de entender las cosas. Con las mujeres amigas cercanas hablo muchísimo de los libros que leemos, es parte de nuestra conversación, pero no sabría distinguir entre lectores y lectoras. Te regreso al planteamiento central de mi libro *¿Son mejores las mujeres?*: ni en literatura, ni en creación, ni en lectura, ni en política, creo que las cosas pasen por el género. Las cosas pasan por intereses, por talentos que se definen a partir del momento, el lugar y la condición social en que uno nace y se desarrolla. Yo, por ejemplo, aunque sea mujer, comparto más contigo mi manera de leer y de entender el mundo que con la señora que me ayuda a limpiar mi casa, por más que se trate de una mujer. Entonces, no es un tema de género, sino de formación intelectual.

SIEMPRE ME HA INTRIGADO POR QUÉ EN *LECTURAS PARA MUJERES*, GABRIELA MISTRAL LE CEDE LA VOZ A
RUSKIN, QUIEN HACE EL ELOGIO DE LA MATERNIDAD
AL TIEMPO QUE DESESTIMA QUE LA MUJER ESTÉ
PARA EL SABER Y EL CONOCIMIENTO. ES COMO
DESANIMARLAS EN LA BÚSQUEDA INTELECTUAL,
Y ELLO ME PARECE CONTRADICTORIO...

Escribí un libro completo sobre Gabriela Mistral, tratándome de explicar precisamente los dos lados de ella: el lado luminoso y el lado oscuro. Cuando, en el libro que le pidió Vasconcelos, tomó la decisión de incluir más el concepto del hogar y la maternidad para las mujeres, me parece a mí que lo hizo decidida —como maestra que era— a educarlas en el sentido de los valores más tradicionales y más «positivos». Y eso es, precisamente, lo que hace que ese libro ya no se sostenga hoy.

OTRA CONTRADICCIÓN QUE ADVIERTO ES QUE LO
QUE ELLA IMAGINA COMO UN MUNDO MEJOR PARA
LAS MUJERES MEXICANAS ES EL SEDENTARISMO
(SU HOGAR, SUS HIJOS, ETCÉTERA), ¡PERO LO DICE
ELLA QUE, PARA EL CASO, ES LA VIAJERA!...

Sí, pero porque no pudo ser lo otro. Yo creo que el sueño de su vida hubiera sido tener la vida más tradicional. A lo mejor me van a comer los mistralianos cuando lean esto, pero yo creo que es lo que ella deseó y no pudo tener. Toda esa vida de viajera y de oscuras noches terribles y de dificultades y de sufrimientos y de aquel hijo (adoptivo o no) que

después se suicida, no es lo que hubiera querido. Esto lo digo yo, porque ella no se psicoanalizó, ni yo me voy a meter a psicoanalizarla a estas alturas, pero lo que digo es que cuando ella plantea eso es porque sufre tanto con su propia vida que quisiera decirles a todas las niñas del mundo: «Si no quieren sufrir como yo, sigan este caminito tradicional». Obviamente, es su fantasía de cómo sería una vida sin sufrimiento, pero las que están del otro lado saben perfectamente que sus vidas también pueden ser terribles y a lo mejor lo que se les antoja más es la vida de Gabriela Mistral.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

No te puedo responder a eso por una simple razón: libro que no me gusta, ¡adiós!, lo abandono, lo tiro. No importa si es desde el primer renglón y no importa lo que me haya costado. Lo mismo puedo decir en relación con el cine: no importa si hice una larga fila para entrar a ver la película, si desde el primer minuto a mí no me interesa, me voy. Es un privilegio de mi condición de clase, no puedo negarlo, pero así es. Jamás he terminado un libro sobre el que dijera «¡para qué lo leí!», y jamás he terminado de ver una película, escuchar un disco o tomar un curso para luego exclamar «¡qué horror!». En cambio sí puedo hablar de los que me gustan y me mueven el piso, de los libros que termino y que vuelvo a leer y a los que regreso constantemente.

¿LEES MÁS EN PAPEL O EN PANTALLA?

Nada más en papel. No puedo leer en pantalla. En la pantalla, no me encuentro a gusto; prefiero el papel. Ni siquiera tengo Kindle. Si hay algo que me interesa en Internet, lo imprimo.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

De ninguna manera. No me interesa en absoluto. Tengo que vivirla como la vivimos todos los días, y porque, de algún modo, las personas ilustradas tenemos una responsabilidad de defender ciertos principios que esa política pone en riesgo. Pero la política como tal no me interesa, y menos aún la que tiene que ver con el voto, las elecciones y el proselitismo.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

El dios de las pequeñas cosas, de Arundhati Roy. Envidia de la buena y de la mala, porque el día que yo pueda escribir un libro así no quiero nada más: Sería cosa de escribirlo y luego dejar la escritura para siempre.

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

Claro que sí. Muchos. Los de Mircea Eliade, por ejemplo. O *El médico de Córdoba*, de Herbert Le Porrier, sobre Maimónides. Y *Recuerdos, sueños, pensamientos*, de Jung, un libro fascinante. Y muchos más.

¿LOS HOMBRES LAS PREFIEREN BRUTAS?

No soy hombre y no sé qué es lo que prefieran los hombres. Seguramente hay señores que van a preferir una mujer guapa a una mujer no guapa, o una mujer no lectora a una mujer que sí lee, pero también hay lo contrario, y es que así como no hay «las mujeres», tampoco hay «los hombres». Tenemos mujeres y hombres concretos, con ciertos puntos de contacto. Esto no quiere decir que seamos inmunes a las modas y a las presiones sociales, pero lo cierto es que cada uno de nosotros va haciendo lo que puede en función de lo que él mismo es.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Tampoco sé si la dijo. Acuérdate cómo se van cristalizando los mitos. Escribí *País de mentiras* para mostrar la distancia que hay entre el discurso y la realidad, y cómo algunas cosas se van dando por sentadas sin mayor examen. A saber cuál era el contexto real de lo que Schopenhauer dijo, si es que lo dijo. Pero, en caso de que lo haya dicho, ello tendría que ver también con su experiencia en la vida. A cambio de él, ha habido otros señores que ponen a las mujeres en un lugar muy significativo en la historia.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

Ése, precisamente: el hablar de «las mujeres». Creo que es el peor lugar común, porque no existe eso. Y, sin embargo, todo el tiempo, en el discurso social, se está usando este concepto: «lo que quieren las mujeres», «lo que les gustaría a las mujeres», «lo que representan las mujeres», etcétera. Se sigue sin entender que no hay «las mujeres»: ese concepto no existe. Lo tenemos que usar, dentro de las convenciones sociales (para decirlo rápidamente), pero no se puede hablar sin más de las mujeres, sin matices, como si fueran lo mismo, siempre, en todas partes, en todos los lugares, en todas las clases sociales, en todos los momentos históricos.

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS

ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Que la gente preparada lee o está ávida de leer. Soy académica en la UNAM y creo que es una mentira pensar que los académicos leen los productos de los otros académicos. Lamento mucho la manera en que se han establecido las jerarquías, méritos y evaluaciones de la vida académica, pues todos esos requisitos absurdos obligan a producir una cantidad de cosas que a nadie le interesan y que, efectivamente, nadie lee. En teoría uno tendría que estar actualizándose en su campo todo el tiempo, pero con esos procedimientos no lo logras, porque todo eso va en una carreta muy aburrida de jalar.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

La misma que tú tienes: que son campañas de vacunación contra la lectura. Definitivamente. Creo que sí hay que estimular la lectura y motivar a la gente, empujarla casi, hacia los libros, con ferias y demás actividades culturales, y desde luego con un verdadero acceso barato a los libros. Pero desde el momento en que leer empieza a volverse una obligación, en ese momento creo yo que es una vacuna para no leer jamás un libro. Es muy rico sentarte a leer con alguien, si quieres, pero que te obliguen a sentarte veinte minutos con tus hijos, cuando llegas agotado a tu casa, cuando trabajaste todo el día, no me parece la mejor idea para que el gusto por la lectura prospere. Me parece que es una labor que tenemos que hacer de una manera más inteligente.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

No soy esencialista. No creo que se nazca con nada. Con algunos cuantos genes que has heredado de muchísimos años, pero creo que todo lo demás lo aprendes con tu modelo de hogar, de familia, de escuela, de sociedad en la que vives. Entonces, por eso estoy convencida de que sí se puede conseguir que la gente ame la lectura, pero de otra manera, no con la imposición.

¿PARA QUÉ LEER?

Primero para encontrar que hay una vida que puede ser muy interesante, muy diferente, muy llena de fantasía y de imaginación. Segundo, para ocupar tu tiempo en cosas que sean agradables, y tercero para saber que a lo mejor no te sirve para nada. Hay gente a la que le parece más divertido pasar una tarde bebiendo, conversando con un amigo, caminando por la calle, etcétera, y son cosas tan válidas como a quienes nos parece que la mejor tarde es sentarnos a leer. Los gustos y los mundos son distintos y el para qué de la lectura es de cada quien.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

Está siempre ese discurso apocalíptico según el cual hoy desaparece el libro en papel porque llegó el Kindle. No lo creo. No soy futurista, pero yo veo el libro vivo y coleando y muy a gusto y conozco a muchísimas personas a quienes todavía les agrada, lo mismo que a mí, tener el objeto libro en la mano y leerlo, lo mismo que el objeto revista y el objeto periódico. Es lo que me lleva a pensar que la cultura escrita todavía durará mucho tiempo más en sus soportes tradicionales.

ALGUNOS LIBROS
DE SARA SEFCHOVICH QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

La suerte de la consorte. Las esposas de los gobernantes de México: historia de un olvido y relato de un fracaso, Océano, México, 2010.
Demasiado amor, Alfaguara, México, 2010.
La señora de los sueños, Alfaguara, México, 2010.
Vivir la vida, Alfaguara, México, 2010.
¿Son mejores las mujeres?, Paidós/Debate Feminista, México, 2011.
País de mentiras. La distancia entre el discurso y la realidad en la cultura Mexicana, Océano, México, 2012.

•

SARA SEFCHOVICH
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

No es nada fácil elegir a los «favoritos», porque son muchos y cambian con el tiempo. Pero, bueno, va el intento. Me gusta más ponerlos desordenados que alfabéticamente, pues es como van viniendo a la memoria:

Todo lo que se encuentre sobre Mahatma GANDHI.

Todo lo que se encuentre sobre Sigmund FREUD.

Todo lo que se encuentre sobre MAIMÓNIDES.

Todo lo que se encuentre sobre León TOLSTOI.

Todo lo que se encuentre de y sobre Europa en el siglo XIX: historia, literatura, música, vida cotidiana, biografías, etcétera.

Todo lo que se encuentre de y sobre Isaiah BERLIN.

Todo lo que se encuentre de Javier MORO.

Todo lo que se encuentre de Dominique LAPIERRE.

Todo lo que se encuentre de Alexandra DAVID-NEEL.

Todo lo que se encuentre de Irvin D. YALOM.

Todo lo que se encuentre de Marguerite YOURCENAR, pero principalmente *Memorias de Adriano*.

Todas las novelas de Amin MAALOUF.

Todas las novelas de Naguib MAHFUZ.

Todas las novelas de Manuel SCORZA.

Todos los relatos de *Maqroll el Gaviero*, de Álvaro MUTIS.

Todos los libros de Elena PONIATOWSKA.
Todos los libros de Albert MEMMI.
Todos los ensayos sobre literatura de José Joaquín BLANCO.
Todos los poemas de KAVAFIS.
Cualquier interpretación del *Libro de Job*.
Las confesiones, de ROUSSEAU.
La lengua absuelta y La antorcha al oído, de Elías CANETTI.
El primer tomo del *Diario*, de Mircea ELIADE.
Recuerdos, sueños, pensamientos, de JUNG.
El alma romántica y el sueño, de Albert BÉGUIN.
Los pioneros de Israel, de Meyer LEVIN.
The Jew in the Lotus y Stalking Elijah, de Rodger KAMENETZ.
El secuestro de Edgardo Mortara, de David I. KERTZER.
La señorita Smila y su especial percepción de la nieve, de Peter HØEG.
Mr. Vértigo y El libro de las ilusiones, de Paul AUSTER.
Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe, de Octavio PAZ, y en general sus ensayos.
Conversación en La Catedral, de Mario VARGAS LLOSA.
Noticias del Imperio, de Fernando DEL PASO.
El mensajero, biografía de Porfirio Barba-Jacob, de Fernando VALLEJO.
La cultura de los árabes, de Ikram ANTAKI.
In the Land of Israel, de Amos OZ.
Un bárbaro en Asia, de Henri MICHAUX.
El dios de las pequeñas cosas, de Arundhati ROY.
Outliers y Lo que vio el perro, de Malcolm GLADWELL.
Colapso, de Jared DIAMOND.

Además, cualquier reportaje o entrevista hechos por Laura CASTELLANOS, la revista *The Economist*, el periódico *The New York Review of Books* y las conferencias de Ciudad de las Ideas, que son resúmenes de los libros de los increíbles personajes que vienen a ese evento anual en Puebla.

•

CARMEN
VILLORO

La lectura hace más habitable el mundo

*La lectura hace más
habitabile el mundo*

CARMEN VILLORO ES POETA, cuentista y pensadora sobre el ejercicio de escribir y el arte de vivir. En sus poemas y en sus prosas nos habla de la alegría y del dolor, del amor y el humor, del estar y el no estar, de la soledad y el acompañamiento. Psicóloga y psicoanalista, además de escritora, sabe —como aconsejaba Octavio Paz a los poetas— agarrar del rabo a las palabras, darles la vuelta, azotarlas, pisarlas, desplumarlas, destriparlas, hasta que chillen, hasta sorberles la sangre y los tuétanos, hasta hacer que se traguen todas sus palabras.

Así, escribe: «Parla palabra ponte en mi postura / parte mi propia piedra, hazte presagio / de la próxima pretendida personalidad que no poseo, / que puedo poseer porque presiento / pautas parecidas en el profundo parlamento de mi pausa. / Protesta por la partitura y hazme plural con este pasatiempo. / Pasajero en pasión, en tránsito. Dame el palpito / para ser pantalla de un pánico profundo. / Parla palabra tu par, tu parlamento. / No lamentes partir mi propia parte en partes, / perjudicar mi pequeñez, / permanecer en mí como penosa perversión. / Parla ponzoña pía por mi palabra, / póstrate en pórticos pretéritos para pujar lo primordial, / el primitivo puño de mi peso y de mi paso, / y por si fuera poco de mi pozo. / Pasa y permanece».

De cualquier forma, Carmen Villoro sabe también que «las palabras / que nunca llegaron a la última versión / tal vez eran mejores», pues «tienen la gracia de las cosas perdidas: / la puerta que no abrimos, / el amor olvidado». De lo que se trata es, unas veces, de conservar el misterio, y otras, tantas como se puedan, de abrir puertas y ventanas —lo mismo en la escritura que en la lectura— para ver, así sea un instante, qué hay detrás de ese misterio.

Hace algunos años, en una entrevista, expresó: «Me doy cuenta de que a lo largo de mi obra se repiten los temas cotidianos. Hay una preocupación, un interés especial en lo pequeño y aparentemente insignificante, como pueden ser los objetos, un gesto, una acción nimia. Creo que existe en mi trabajo el propósito de resignificar esos asuntos y verlos con una mirada más profunda, devolverles su importancia perdida».

En la obra de Carmen Villoro poesía y pensamiento van de la mano: exploran el yo interior y el ámbito que lo rodea. El ejercicio de escribir se vuelve búsqueda, interrogación, lo mismo de la intimidad que de la cotidiana existencia que se comparte

con los demás. Por eso su obra ahonda en las cosas y en la memoria, en los objetos y en los estados de ánimo. El escritor, todo escritor; el lector, todo lector, son *voyeuristas* que se asoman, con sigilo, al enigma de la realidad y la fantasía.

Si, a lo largo ya de casi cuatro décadas («comencé a escribir poesía a los 17 años, en 1975», confiesa), Carmen Villoro ha venido haciendo las preguntas esenciales en su obra literaria, de este mismo modo sus respuestas van más allá de la poesía y, en esta ocasión, componen este diálogo donde se nos revela la lectora.

¿CÓMO TE HICISTE LECTORA?

Me hice lectora en una tarde tropical. Pasaba unas vacaciones en casa de mi tío en Veracruz. Tenía 11 años. Mis tíos y mis primos se fueron a dormir la siesta pero yo no tenía esa costumbre de tierra caliente. Bajé con mi libro a una terraza fresca en donde se sentía la brisa del mar y leí durante varias horas. Era una novelita para niños, *Kasperle en el castillo de Altocielo*, escrita por Josephine Siebe, trataba de un títere que había despertado después de noventa años de vivir en un armario y de sus travesuras y enamoramientos. Leí de corridito sin darme cuenta hasta que me llamaron a merendar. Esa tarde supe que había aprendido a estar conmigo misma.

¿QUÉ LIBROS MARCARON TU VIDA?

En la infancia las enciclopedias: *El Libro de Oro de los Niños* y *El Tesoro de la Juventud*. Mi madre conservaba encuadernada una enciclopedia argentina que en su infancia llegaba por barco a Yucatán: Billiken, y a mí me encantaba perderme entre sus páginas amarillentas buscando *La familia Conejín*, que era mi cuento preferido. Los domingos leía las tiras cómicas del periódico *Excelsior* que llegaba a mi casa y compraba en el puesto de la esquina *La Pequeña Lulú*. Después conocí los libros de *Mafalda* y de *Asterix y Obelix* y los coleccioné con avidez. En la adolescencia descubrí la poesía española a través de los discos de Paco Ibáñez y Joan Manuel Serrat y fui a buscarlos en los libreros de mi casa, así leí la poesía de Antonio Machado, Miguel Hernández, Rafael Alberti, Jorge Manrique y León Felipe, y en esa búsqueda encontré un libro de la Editorial Aguilar que contenía las *Obras completas* de Federico García Lorca en el que conocí sus dibujos, leí sus obras de teatro y me hice adicta a sus poemas. Es el primer libro familiar que me robé y aún descansa en mi librero. En la juventud conocí a los escritores del Boom latinoamericano: devoré *Cien años de soledad*, de García Márquez, me fasciné con los cuentos de Cortázar de sus libros *Todos los fuegos el fuego*, *Final del juego* y *Octaedro*. Leí *Rayuela* con devoción, me encantó esa pequeña y terrible novelita de Carlos Fuentes, *Aura*, y después leí con interés *La muerte de Artemio Cruz*. Fue una constelación de libros la que enriqueció mi vida en esa época, entre los que destacan en mi recuerdo *El libro de arena*, de Jorge Luis Borges; *La muerte y otras sorpresas*, de Mario Benedetti; *La tía Julia y el escribidor*, de Mario Vargas Llosa, y *Confabulario*, de Juan José Arreola. Otros libros que me marcaron fueron las novelas psicológicas de

Dostoievski: *Crimen y castigo*, *Los hermanos Karamasov*, *Las noches blancas de San Petersburgo*, *El jugador*, y una novela de Máximo Gorki: *La madre*, que me conmovió profundamente. La poesía mexicana, particularmente el grupo de Contemporáneos, marcó mi vocación: Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Gilberto Owen, Jorge Cuesta y la de sus predecesores José Juan Tablada y Ramón López Velarde, así como la de su natural sucesor, Octavio Paz. Algunos poemas de José Emilio Pacheco y de Eduardo Lizalde han sido señuelos importantes en el camino. Y muchos libros de escritores de las generaciones próximas han sido fuentes de las que he abrevado y materia formativa: leer a los amigos me ha hecho mucho bien.

¿FAVORECIÓ LA ESCUELA TU VOCACIÓN LECTORA?

Hice mi primaria en el Colegio Alemán y eso favoreció mi amor por el idioma español. Me convertí en la alumna consentida de la señorita Mejía, maestra de tercero, cuarto y quinto, que me invitaba a recitar públicamente en los festejos patrios. El profesor Carrillo, en sexto grado, me contagió su afición a la conjugación de verbos que enseñaba como si fuera un deporte olímpico. En la secundaria tuve un maestro del que no recuerdo su nombre, lo cual me parece una enorme ingratitud porque él despertó mi pasión por la literatura. Tenía dotes histriónicas y actuaba para sus alumnos pasajes de *El Lazarillo de Tormes*, *La doma de la bravía*, *La Celestina* y el *Quijote*, y lo hacía con tanta gracia que nos mantenía boquiabiertos. Aún conservo el cuaderno de su materia en el que, por las tardes, pasaba en limpio los poemas de Sor Juana, de Jorge Manrique, de Góngora y Quevedo y hacía minuciosos dibujos para acompañarlos. Algunas maestras de la preparatoria del Colegio Madrid tuvieron una influencia fundamental en mi vocación lectora que desde entonces quedó empalmada con la vocación de escritora. La profesora Margarita nos hacía leer un fragmento de un cuento de Cortázar y nosotros teníamos que escribir el final. Así me inicié escribiendo los primeros ejercicios que después se convirtieron en cuentos.

¿LOS LIBROS MEJORAN LA EXISTENCIA?

Indudablemente los libros mejoran la existencia. Son fuente de conocimiento y de placer. No se trata solamente de adquirir información a través de ellos que ya de por sí eso es divertido, sino de acceder a una costumbre, a un hábito de exploración de realidades alternas que satisface aunque sea de manera parcial una curiosidad primaria de ver y oír. Después de todo, es mejor leer un libro que abrir la correspondencia de otros o espiar por la ventana a tu vecino pero, en el fondo, responde a la misma motivación. La lectura es uno de los caminos posibles del deseo y es benigno y apacible. Leer es un buen vicio. Yo dejé de fumar sustituyendo el cigarro por la lectura de poemas: cada vez que se me antoja una fumada, leo un poema. Son muchas las cosas que uno sustituye con los libros: la compañía de alguien, por ejemplo. Los libros alivian la soledad que es condición del

ser humano: quien sabe acompañarse con los libros puede estar solo consigo mismo, es como el niño que sabe jugar solo con sus juguetes. Los libros son los juguetes de la edad adulta.

¿LA LECTURA HACE MEJORES A LAS PERSONAS?

La lectura hace más habitable el mundo. Nada es igual después de haber leído un poema de Antonio Machado o un soneto de Carlos Pellicer. La lectura amplía nuestro mundo interno, le añade tonalidades y sabores, enriquece nuestra representación del mundo, le pone palabras a la experiencia emocional, nos permite metabolizar las vivencias que se graban en otros registros que pertenecen al territorio de lo innombrable. Si el mundo nos parece mejor, también nosotros somos mejores personas, más dichosas y generosas. La lectura nos muestra tal diversidad de ideas y de sentimientos que nos lleva a renunciar a las certezas y a los dogmas, pero, hay que decirlo, también nos puede volver obsesivos y despreciativos con aquellos que no leen y encerrarnos en una torre de marfil. Como todas las herramientas, es un arma de doble filo.

¿EXISTEN LIBROS ESPECÍFICOS PARA MUJERES?

Sólo los que hablan de la menstruación, de la menopausia y del cáncer de mama, pero casi siempre son folletos y no libros.

¿TE IDENTIFICAS CON EL CONCEPTO «LITERATURA FEMENINA»?

Hablar de «literatura femenina» es hacer una escisión artificial como hablar de «literatura de frontera» o de «literatura de este lado de la Calzada Independencia». A veces esa manera de agrupar sirve para fines analíticos o didácticos, pero en este caso el subgrupo es tan amplio que se pierde en su pluralidad de atributos. La literatura es el arte del preciso y precioso uso del lenguaje y es realizado de manera singular por cada individuo, no importando el género al que pertenezca. La poesía es la expresión de la subjetividad humana, es nombrar la experiencia de estar vivo y en esa experiencia se borran las fronteras de la diferencia de los sexos.

¿QUÉ TIPO DE BIBLIOTECA HAS CONFORMADO?

Tengo dos libreros en orden: el de poesía y el de psicoanálisis. Ordeno mis libros por país, por época, por autor. Disfruto consultando sus páginas, revisitando lo que he leído en otro tiempo, los sacudo, los acaricio, los trato como los coleccionistas deben tratar esas piezas tan preciadas que lograron encontrar y tener. Tengo otro librero familiar en donde están los libros escritos por mi abuela, por mi padre, por mi madre, por mi

hermano, por primos y tíos y, desde luego, los escritos por mí. Los otros libreros tienen una mezcla de novelas, libros de texto, y libros absurdos. Si tuviera que hacer una lista de los libros que tengo en mi librero y no he leído, llenaría esta página o tal vez varias: novelas y cuentos de las más diversas épocas y autores esperan su turno sin que nunca les llegue, pero esta situación no evita, ¿qué me pasa?, que cada vez que entro a una librería salga con uno, dos o más libros nuevos que, por supuesto, es muy probable que nunca leeré. Quien ve mis libreros piensa que tengo una vasta cultura, no sabe que un buen porcentaje no ha sido ni siquiera hojeado. En más de una ocasión me ha tocado pasar la vergüenza de prestar un libro con algunos de sus pliegos aún sin despegar, y es que no es lo mismo ser un buen lector, que un coleccionista de libros. Los buenos lectores piden prestados libros que devuelven, saben acudir a las bibliotecas o recuerdan ejemplares que nunca poseyeron pero que alguna vez, una tarde de visita familiar, abordaron con placer en casa de alguna tía de gustos refinados. Yo tengo, en cambio, en mi librero, los libros más absurdos. Algunos comprados para hacer una simple consulta, con merma de mi aguinaldo, ya que odio las fotocopias, y otros cuya adquisición fue producto de una decisión impulsiva. ¿Por qué compré en la Feria del Libro de 1996 ese que se llama *Para una ética del deporte*? Confieso poseer algunos que me prestaron y nunca devolví, como ese de *La sociedad capitalista y la liberación del orgasmo*, propiedad de Milton Alberto Bodega, aquel amigo de la prepa que marcó con plumón sus iniciales a lo ancho del lomo para que nadie se lo robara, o el libro de *Recetas con leche Nestlé* que obtuve en la biblioteca personal de la ex novia de mi primer novio. Si estos libros tienen veinticinco años bajo mi custodia, hay otros aún más antiguos, como los de la secundaria: *Síntesis de geografía física y humana* se empolva en la repisa junto a la *Geometría informal* que alguna vez odié. Para colmo, cuando he dado alguna conferencia de literatura en universidades de provincia, me han pagado con libros editados por la propia institución, pero, la verdad, ¿quién va a querer pasar una tarde de lluvia leyendo el *Análisis del comportamiento laboral de los médicos: incentivos para lograr su arraigo en áreas rurales marginadas*? Hay ejemplares de temáticas variadísimas, que nunca sabré de dónde salieron y cómo llegaron hasta aquí, es el caso de *Ajedrez en siete lecciones*, cuando yo no he pasado ni de la primera lección, *Tu abogado personal*, *El mundo mágico del guiñol*, *Por qué flotan los barcos* o *Portugués para todos*, ese idioma que no hablo. Parte de esta neurosis de posesión libresca consiste en una absoluta incapacidad para deshacerse de ellos. Por supuesto no me atrevo a tirarlos a la basura, ¿cómo tirar un libro? Tampoco los llevo a una biblioteca porque sé que nadie los consultará. Me consuela saber que es un mal común: a muchos de mis amigos les pasa lo mismo y he comprobado que esto de los inventarios absurdos puede ser incluso un mal institucional. El otro día entré a la librería del Museo de Arte Moderno de la Ciudad de México, buscando la poesía de Xavier Villaurrutia, que por supuesto no tenían, pero eso sí, en los estantes de esa librería supuestamente especializada en arte, encontré un título como *El cuidado de los perros* y un libro de psicoterapia para casos de autismo.

¿SOR JUANA ES UN SÍMBOLO DE QUÉ?

Sor Juana es un símbolo de pasión por el conocimiento. Además de poeta es una pensadora de su tiempo. Vivió, sufrió y murió por sus ideas que le dieron placer y tormento. Es el paradigma de una mujer diferente del modelo habitual, que eligió una fórmula distinta de ser y de vivir en donde la inteligencia y el pensamiento lúcido tuvieron un lugar protagónico y fundamental.

¿DESDE CUÁNDO TIENES UNA HABITACIÓN PROPIA?

Siempre he tenido una habitación propia. En mi ser interior siempre ha habido un espacio íntimo, privado, habitado sólo por mí, mis fantasías, mis juegos, mis ideas. Estando yo en primero de primaria, la maestra mandó llamar a mi madre para comentarle mi comportamiento en clase: «No es que Carmen tenga dificultades en el aprendizaje ni problemas de conducta. Ella es feliz. Saca sus muñequitos y los pone en el pupitre y se pone a jugar, está en su mundo». Mi habitación propia ha sido más grande o más pequeña, más abierta o más cerrada según las épocas y las circunstancias, a ratos compartida por la pareja, los hijos, los amigos. En la última década esa habitación ha crecido tanto que se convirtió en mi casa entera en la que vivo sola y disfruto acompañada. Tengo un consultorio en el que paso varias horas al día, tiene piso de madera, cuadros, sillones cómodos, un par de muebles muy bellos y una lamparita de luz ámbar que provoca una atmósfera cálida. Tengo un jardín con plátanos y rosas, una cocina roja y una ventana de la sala al jardín que parece un cuadro del Aduanero Rousseau. Tengo un estudio y una terraza en semicírculo por la que me asomo como si fuera la cubierta de un barco y yo pudiera mirar al mar. Mi cuarto parece un camarote. «Quiero vivir como si siempre estuviera de vacaciones» fue la consigna bajo la cual elaboré el diseño. Tener un cuarto propio es tener un mundo interno claro y habitado: son muchos los intereses que lo pueblan: la literatura, el arte, el alma humana, la cocina, los objetos graciosos y divertidos. La paso bien en el mundo, la paso bien con otros, también me llevo muy bien sola, como dice el anuncio de Tecate, o con mi sal y mi limón.

¿MUJER QUE SABE LATÍN NI ENCUENTRA
MARIDO NI TIENE BUEN FIN?

Una mujer preparada sí encuentra marido porque a los hombres les gustan las mujeres inteligentes, lo difícil es que se sostengan a su lado porque la educación y la inteligencia llevan a la mujer a la necesidad de un crecimiento intelectual y un proyecto de vida propio. Que el hombre pueda tolerarlo depende de los atributos del hombre: si es envidioso y competitivo sufrirá mucho al lado de esa mujer, en cambio si es seguro y generoso disfrutará con ella de sus logros. Yo he tenido a mi lado de los dos tipos, me

han dejado y también me han amado por lo que soy. Así que algunas veces estamos solas y en otro momento acompañadas, pero ¿quién no está solo? La soledad es la condición humana por excelencia y es importante tolerarla, porque sí duele. Esto me lleva a la otra parte de tu pregunta y de mi respuesta: una mujer que tiene acceso a la cultura tiene buen fin. Su vida abreviará de muchas fuentes que le permitirán tener un mundo afuera y también un mundo adentro, y no dependerá de que el marido, los hijos o los nietos le resuelvan la vida, podrá sostenerse a sí misma emocionalmente, no dará lata, tendrá sus propias actividades y amistades y estará casi siempre contenta.

¿CUÁL ES TU GÉNERO LITERARIO FAVORITO?

La poesía. La leo a todas horas: en la fila del banco, en el coche cuando hay tráfico, en la cocina mientras preparo la cena. Es una compañía cotidiana. La novela es un género que gozo en vacaciones. Casi todas las novelas que he leído están asociadas con una época y un viaje, es cuando tengo tiempo de darle seguimiento a una historia

¿LOS LIBROS LLEVAN A LA ACCIÓN O
SÓLO A LA REFLEXIÓN?

A mí me llevan a una acción concreta: escribir. El mejor catalizador de la escritura propia es la escritura de otros. Se antoja, se contagia. Te conmueve una frase e inevitablemente, te mueve.

¿SON DIFERENTES LAS LECTORAS DE LOS LECTORES?

Todos disfrutamos de la lectura por igual.

¿QUÉ LIBRO NUNCA RECOMENDARÍAS Y POR QUÉ?

No recomendaría mi libro *El oficio de amar*. Es lo más parecido a un libro de autoayuda. Me avergüenza la contraportada que promete lo que no cumple. Ya no estoy de acuerdo con las cosas que digo en él. Sólo rescataría algunas páginas.

¿LEES MÚS EN PAPEL O EN PANTALLA?

Leo más en papel. Esta entrevista la imprimí para leerla en papel y la estoy respondiendo con pluma atómica sobre papel Bond, después la capturaré en la computadora y en el documento virtual haré correcciones. Así es mi relación con el papel y la pantalla.

¿TE INTERESA LA POLÍTICA?

Me interesa estar enterada y me gusta participar en iniciativas ciudadanas para el bien común.

¿QUÉ LIBRO DE UNA MUJER TE HA
DADO ENVIDIA DE LA BUENA?

Muchos, pero citaré sólo tres: *Fin y principio*, de Wislawa Szymborska; *Sol negro, depresión y melancolía*, de Julia Kristeva, y las novelas de *Harry Potter*, de J. K. Rowling.

¿HAY ALGÚN LIBRO DE UN AUTOR QUE
TE HUBIERA GUSTADO ESCRIBIR?

No sé si un libro entero, pero me hubiera gustado escribir algunos versos de Carlos Pellicer; algún nocturno de Villaurrutia; hubiera disfrutado mucho ser yo la autora de las odas de Neruda y de algunos pasajes de *Los hermanos Karamazov*, y me hubiera encantado escribir algunos cuentos de Julio Cortázar. ¡Claro! Sí hay un libro que me hubiera gustado escribir enterito: *Historias de cronopios y de famas*.

¿LOS HOMBRES LAS PREFIEREN BRUTAS?

No. Eso es pensar muy mal de los hombres.

¿QUÉ DIRÍAS DE LA FRASE «CABELLOS LARGOS,
IDEAS CORTAS» ATRIBUIDA A SCHOPENHAUER?

Haría con ella un letrero y lo pondría en la puerta de la peluquería de mi amiga Elenita Méndez.

¿CUÁL ES EL PEOR LUGAR COMÚN QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LAS MUJERES?

«Una madre nunca se equivoca». Lo decía en serio mi abuelita, y lo creía.

¿CUÁL ES LA MAYOR MENTIRA QUE HAS
ESCUCHADO SOBRE LA LECTURA?

Que todo mundo debe interesarse por ella.

¿QUÉ OPINIÓN TIENES DE LAS CAMPAÑAS DE LECTURA?

Me gustan mucho. Propician el encuentro de las personas y los libros. Algunos encuentros afortunados han derivado en una estrecha relación que dura toda la vida. Deben ir acompañadas de la reflexión sobre el fenómeno de la lecto-escritura desde diversas disciplinas: la pedagogía, la literatura, el psicoanálisis, la antropología, etcétera.

¿SE NACE CON LA INCLINACIÓN LECTORA?

La inclinación lectora es un virus que se adquiere en algún momento de la vida, por contagio o por azar. Hay quien lo adquiere porque le leyeron cuentos de niño y hay quien lo adquiere por los libros que le prohibieron leer. Las motivaciones son tan variadas como las historias y no existe una fórmula para fomentarla pero es más posible que se dé cuando hay libros al alcance que cuando no los hay. Lo cierto es que, una vez que se ha inoculado en el espíritu, es posible alentarla y fortalecerla y cada vez más difícil erradicarla.

¿PARA QUÉ LEER?

Para mecerse en el vaivén de las palabras.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL LIBRO?

Desaparecerá el libro en papel como objeto cotidiano. Habrá bibliotecas que conserven los libros para consulta de los ciudadanos, y en las casas se guardarán algunos como objetos preciosos. El libro será virtual y tan amable como el libro en papel.

ALGUNOS LIBROS
DE CARMEN VILLORO QUE QUIZÁ QUIERAS LEER

Amarina y el viejo Pesadilla y otros cuentos, Norma, Bogotá, 1996.
El habitante, Cal y Arena, México, 1997.
Jugo de naranja, Trilce, México, 2000.
En un lugar geométrico, Ediciones Sin Nombre, México, 2001.
Marcador final, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2002.
El tiempo alguna vez, Fondo de Cultura Económica/Universidad de Guadalajara, México, 2004.
Papalote, papelito, Ediciones SM, México, 2004.
Obra negra, Arlequín, Guadalajara, 2006.
Espiga antes del viento, Secretaría de Cultura de Jalisco, Guadalajara, 2011.
La algarabía de la palabra escrita, Editorial Rayuela, Guadalajara, 2012.

•

CARMEN VILLORO
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

El libro de arena, Jorge Luis BORGES.
Poesía no eres tú, Rosario CASTELLANOS.
Historias de cronopios y de famas, Julio CORTÁZAR.
Poesía completa, Sor Juana Inés DE LA CRUZ.
Platero y yo, Juan Ramón JIMÉNEZ.
La Suave Patria, Ramón López VELARDE.
El arco y la lira, Octavio PAZ.
Colores en el mar, Carlos PELLICER.
El principito, Antoine DE SAINT-EXUPÉRY.
La tía Julia y el escribidor, Mario VARGAS LLOSA.

•

EPÍLOGO CON MICHÈLE PETIT

Cada lector tiene su propia verdad

CUANDO TENGO DUDAS sobre el mundo de la lectura, acudo, escucho y leo (es lo mismo) a Michèle Petit, lectora estupenda y ensayista aguda que ha escrito maravillosos libros sobre este universo, desde *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura* (1999), hasta *El arte de la lectura en tiempos de crisis* (2009), pasando por *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público* (2001) y por su maravillosa autobiografía lectora *Una infancia en el país de los libros* (2008).

Michèle Petit es antropóloga y psicóloga, y sus investigaciones sobre la lectura han ampliado los horizontes culturales de los que leemos. Para ella, la experiencia de la lectura es íntima y única de cada lector, como la suya misma y como la de la niña que, cuando veía a su madre y a su padre perderse en alguna ensoñación, se preguntaba «a dónde se habían ido».

Sé que los lectores son únicos, es decir singulares. Sé que no se puede generalizar y sé también que a Michèle Petit tampoco le gusta generalizar sobre la lectura y los lectores, pero también sé que muchos no saben esto y yo en realidad cuando busco apoyos sólidos, con pensamientos profundos, es para que, si no me creen a mí, le crean a mis interlocutores. Que los oigan, que los escuchen, que los lean, para entender cómo este asunto de la lectura no es el arte de la generalización en que se han convertido una buena parte de los «estudios» en lectura.

Por eso me atreví a hacerles preguntas obvias a las lectoras mexicanas y por ello también tuve este mismo atrevimiento con Michèle Petit. Merecía, quizá, que no me contestaran. Pero no hubiéramos tenido la oportunidad de reiterarles a los lectores que leer, comprender, gozar, disfrutar un libro son experiencias que no admiten uniformidad. Y cada quien sale de un libro con algo que no llevaba al entrar a él; pero tampoco podemos saber, exactamente, qué es aquello, sino más que nada y sobre todo animar a que algo saquen de los libros.

Al recordar su adolescencia, Petit escribe: «Toda mi vida leí por curiosidad insaciable, para leerme a mí misma, para poner palabras sobre mis deseos, heridas o miedos; para transfigurar mis penas, construir un poco de sentido, salvar el pellejo». Y añade algo que tiene que ver muy especialmente con la búsqueda que hago en este libro que tienes en tus manos: «Cuando era niña o adolescente no encontré palabras ni imágenes para expresar a la muchacha que había en mí. Sólo encontré varones con destinos envidiables. Los libros con los que me topé en esa época me revelaron mi parte varonil, aventurera. Para

descubrir a la mujer que era sólo me quedaba el amor».

Y entonces me vino a la memoria una de las poetas que más amo, Rosario Castellanos, cuando en uno de sus poemas («Entrevista de prensa») responde a la pregunta de por qué escribe: «—Pero, señor, es obvio. Porque alguien/ (cuando yo era pequeña) / dijo que gente como yo, no existe. / Porque su cuerpo no proyecta sombra, / porque no arroja peso en la balanza, / porque su nombre es de los que se olvidan. / Y entonces... Pero, no es tan sencillo. / Escribo porque yo, un día, adolescente, / me incliné ante un espejo y no había nadie. / ¿Se da cuenta? El vacío. Y junto a mí los otros / chorreaban importancia. / No, no era envidia. Era algo más grave. Era otra cosa. / ¿Comprende usted? Las únicas pasiones / lícitas a esa edad son metafísicas. / No me malinterprete. / Y luego, ya madura, descubrí / que la palabra tiene una virtud: / si es exacta es letal / como lo es un guante envenenado».

Antes que ella, algo parecido dijeron también al respecto Emily Dickinson, Edith Wharton y Virginia Woolf, entre otras muchas. Y Petit, al referirse a su adolescencia, refiere: «Yo no leía más que historias de varones. Y en el fondo sigo haciéndolo. Si miro los estantes de mi biblioteca, en lo esencial sigue siendo un mundo de hombres. Hombres que en buen número de casos declararon su misoginia sin pudor. Muchas veces he pensado que las mujeres no son rencorosas, pues son las que más leen pese a ser ignoradas o satanizadas por tantos libros. Pese a que los escritores más lúcidos han confesado que la escritura les fue transmitida por una mujer, ya sea su madre o su abuela, pero que por la literatura intentan prescindir de ellas».

Marina Colasanti ha escrito también al respecto con mucha agudeza y, a propósito de la oralidad literaria, en una entrevista de 2010 le explicó lo siguiente a su interlocutor Fanuel Hanán Díaz: «Desde antes de la escritura fue una voz femenina la que regaló a los pequeños narrativas que los ayudaban a repensar lo cotidiano o a reencontrar sus sueños. Las mujeres siempre contaron historias, adaptaron historias, crearon historias. La ciencia nos dice hoy que la estructura de su cerebro favorece el diálogo con la abstracción. Sin embargo, alejadas de la escritura y de la educación, se veían confinadas a la oralidad. La oralidad no se firma, el patrimonio que ellas tejían pasó a la historia como un patrimonio anónimo. Y, sin que nadie lo dijera, ese anonimato tenía silueta de hombre. Fue necesario el acceso a la educación y el derecho a la palabra, para rescatar de los dormitorios de los niños la voz narradora femenina, y traerla para el espacio de la literatura. Con firma».

Cuando le pregunto a Michèle si existen libros específicos para mujeres, ella a su vez me pregunta e inmediatamente responde: «¿Quieres decir libros escritos de una manera específica por autores que quisieran que sus libros sean leídos por mujeres? Es un poco como los libros escritos *para* los jóvenes de tal a cual edad o para los niños de tal origen, o con tal problema, etcétera. Según mi opinión, la lectura no funciona así y el libro que le hablará a un lector o una lectora singular no es el libro “específico”, no es el *libro-espejo*, sino un libro inesperado que le permitirá encontrar una metáfora de su propia experiencia. Ahora bien, también podría contestarte de otra manera: en nuestra época, quizá si existen libros específicos para mujeres éstos son las novelas, ya que,

actualmente, están siendo leídos por ellas, en su gran mayoría (y por hombres que saben que la bisexualidad psíquica es propia de cada ser humano)».

Aunque se niega siempre a generalizar y más aún a plantear «generalidades abstractas», la escritora e investigadora francesa sostiene que, de algún modo puede decirse que el futuro del libro depende del futuro de las mujeres. Y me ofrece los siguientes datos estadísticos: «En 2008, en mi país, según los resultados de la última encuesta sobre las prácticas culturales de los franceses, se nota que el abandono del mundo del libro es un fenómeno mayoritariamente masculino. Y es que la seducción de las nuevas pantallas es más fuerte entre los varones que pasan más horas por semana frente a ellas. También se nota entre los varones la pérdida del poder simbólico del libro: en vez de sobreestimar la cantidad de sus lecturas como era frecuente antes, la subestiman. Actualmente, las mujeres que leen libros son más numerosas que los hombres lectores; y cuando leen, leen más libros al año que ellos (a tal punto que se puede pensar que el futuro de los libros depende del futuro de las mujeres). En las encuestas también se verifica la predilección de las mujeres hacia las obras de ficción: las lectoras francesas que tienen a la novela como su género preferido son tres veces más numerosas que los lectores que leen novelas».

Mi diálogo con Michèle Petit se remonta a poco más de una década; primero con sus dos obras iniciales que la dieron a conocer en México, en 1999 y 2001, y luego en México o en Francia, siempre entre libros, bibliotecas y lectores, y a través también de la conversación virtual, como es ahora el caso.

En sus *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, Petit sostiene que «leer le permite al lector, en ocasiones, descifrar su propia experiencia. Es el texto el que “lee” al lector, en cierto modo el que lo revela; es el texto el que sabe mucho de él, de las regiones de él que no sabía nombrar. Las palabras del texto constituyen al lector, lo suscitan». Por ello concluye que «los escritores nos ayudan a ponerle un nombre a los estados de ánimo por los que pasamos, a apaciguarlos, a conocerlos mejor, a compartirlos. Gracias a sus historias, nosotros escribimos la nuestra, entre líneas. Y desde el momento en que tocan lo más profundo de la experiencia humana, la pérdida, el amor, el desconsuelo de la separación, la búsqueda de sentido, no hay razón para que los escritores no lleguen a todos y a cada uno de nosotros».

Michèle Petit ha insistido, a lo largo de sus libros, investigaciones y conferencias, en los poderes terapéuticos de la lectura y la escritura y en las propiedades regeneradoras y reparadoras del libro. Esto lo ha constatado con los jóvenes lectores de los sectores pobres o desfavorecidos, quienes gracias a ciertos libros (y películas y obras de teatro y canciones) consiguen encontrarse a sí mismos y ver el mundo con menos temor. Nos recuerda, entonces, lo que escribió Rilke al principio de los *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*: «Hice algo contra el miedo. Permanecí sentado y escribí». O al escritor austriaco Winckler, que hace la siguiente observación: «Con mis palabras dibujo una jaula alrededor del pavor».

En *Una infancia en el país de los libros*, describe su experiencia personal del siguiente modo: «Me parece que mi vida ha consistido de inicio en encontrar un lugar, en

acondicionar espacios donde sostenerme, y que las historias leídas, pero también las imágenes —las que entresacaba de los libros o las barras de chocolate o las que pinté torpemente —, me ayudaron de manera decisiva a hacerlo».

Mas como ya he dicho, no hay modo de que caiga en la generalización abstracta. El peso de los libros, el valor de la lectura, la importancia de lo que se lee tienen también sus relatividades porque cada lector es un mundo único.

—¿Los libros mejoran la existencia? —le pregunto.

—Lo cierto —me dice— es que brindan aire fresco, espacios, reflexiones, experiencias, descubrimientos insospechables, poesía cotidiana, a muchas personas. Pero para eso se necesita que alguien te haya transmitido la lectura a manera de un arte y no de una obligación con fines de rentabilidad escolar. Es muy raro que alguien pueda gozar de los libros si no ha sido «iniciado» por otra persona que disfruta de ellos: la madre, el padre, una abuela, un amigo, un docente (en una relación singular), un bibliotecario, etcétera.

—En un esfuerzo de generalización noble hay quienes sostienen que la lectura hace siempre mejores a las personas. ¿Estás de acuerdo con ello?

—Por supuesto que no. Existen criminales o tiranos que han sido grandes lectores y que incluso han encontrado, en los libros, más ideas para sus delitos. Sin embargo, hay que añadir que en ciertos contextos o momentos en los que todo aparece cerrado, los libros pueden abrir espacios y permitir un nuevo despliegue de las posibilidades. Y en estos casos, la lectura hace que algunas personas escapen a la violencia o a la delincuencia. No porque las haga «virtuosas» sino porque les da la idea de que existen otros caminos, y los libros les permiten simbolizar, poner en palabras, la violencia propia.

Cuando le pregunto desde cuándo tiene una habitación propia, asegura que desde los cinco años de edad. Y añade: «Después siempre tuve un lugar propio, incluso cuando viví en pareja. En la infancia, yo era hija única, muy solitaria por fuerza. Por suerte existían los cómics y algunos libros».

En relación con la «literatura femenina» me responde que suscribe todo cuanto Marina Colasanti escribió y dijo en su conferencia «Porque nos preguntan si existimos». Y acota que no tiene nada que añadir al respecto. Cuando le menciono la famosa frase despectiva atribuida a Schopenhauer «cabellos largos, ideas cortas», responde con énfasis: «Diría que la misoginia convierte a algunos filósofos en unos imbéciles absolutos, y digo filósofos, pero no sólo a ellos, sino que esta actitud es muy frecuente entre todo tipo de intelectuales y hombres de otros oficios». Esta pregunta y su respuesta le sirve también para precisar lo siguiente: «No me gusta repetir los comentarios misóginos o racistas. Darles la oportunidad de circular es hacerles mucho honor».

A la pregunta de qué libros le hubiera gustado escribir, me dice: «Varias de las obras de Marina Tsvietáieva, Clarice Lispector, Margarite Duras, Marcel Proust y muchas otras».

No se atreve a afirmar si se nace o no con la inclinación lectora, pero sí supone que algún nexo debe haber entre la lectura temprana y la voz dulce y musical de una madre, leyendo en voz alta, durante su embarazo. Quizá, me dice. Quién sabe... Para Michèle

Petit «cada lector tiene su propia verdad» ; por eso no hay una verdad única sobre la lectura.

En cuanto al soporte que utiliza para leer, me dice: «Depende de las horas, de los días, de las estaciones, de los lugares, de mi dolor de espalda. También del tipo de lectura. Soy de una generación que necesita físicamente lo impreso para ciertas cosas: para los libros de arte y algunos otros libros muy queridos».

—¿Para qué leer? —le pregunto, finalmente.

Y ella responde:

—Entre muchos otros motivos, porque lo que se constituye leyendo es muy cercano a lo que se elabora viajando: una reserva poética y salvaje en la que podremos abreviar, algunas veces mucho tiempo después, incluso si hemos olvidado la mayor parte de lo que hemos leído. Esta reserva poética y salvaje es más o menos lo que llamamos lo imaginario, ese otro espacio esencial para la expansión —y el olvido— de sí mismo, ese espacio vital y tan a menudo menospreciado. Hace unos diez o quince años, para los jóvenes, era precisamente el hecho de abrir las puertas a lo imaginario, lo que le daba ventajas a la lectura sobre lo visual tan presente en sus vidas. (Por supuesto, eso ocurría no sólo por la ficción, sino también por biografías, reportajes, cómics... y también por otras prácticas, pero la lectura era como una vía regia de acceso a ese otro espacio. Tendríamos que hacer encuestas y entrevistas para saber cual es la situación hoy en día). Y si añadimos otra pregunta: ¿para qué leer literatura?, contestaría que lo bueno, y quizás lo irremplazable de la literatura, es que sirve no solamente para enunciar nuestra experiencia singular sino también para expandir los límites al infinito, permitiéndonos entrar en la piel de un hombre si soy mujer, de un pastor de ovejas brasileño o de una escritora japonesa si soy europeo, de un loco si me creo sabio o de una santa si soy atea.

ALGUNOS LIBROS
DE MICHÈLE PETIT QUE QUIZÚ QUIERAS LEER

Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

Lecturas: del espacio íntimo al espacio público, Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

Pero ¿y qué buscan nuestros niños en sus libros?, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2002.

Una infancia en el país de los libros, Océano, México, 2008.

El arte de la lectura en tiempos de crisis, Océano, México, 2009.

•

MICHÈLE PETIT
RECOMIENDA LEER (ENTRE OTROS LIBROS)

Recomendar es un arte que algunos libreros y algunas bibliotecarias ejercen con gran talento, conocimientos e intuición, sintiendo cuál libro resonará, quizá, para tal o cual persona. No creo que yo tenga este talento, pero puedo pensar, entre muchos más, en algunos libros que tienen gran importancia para mí, tales como:

La especie humana, Robert ANTELME.

Des arbres à abattre, Thomas BERNHARD.

Gran Sertón: Veredas, Joao GUIMARAES ROSA.

Las aventuras de Tintin: El templo del sol, HERGÉ.

Corazón tan blanco, Javier MARÍAS.

Los hundidos, Daniel MENDELSON.

Estambul, Orhan PAMUK.

En busca del tiempo perdido, Marcel PROUST.

Correspondencia, Rainer Maria RILKE.

Diarios, Giorgos SEFERIS.

Cuadernos, Marina TSVETÁIEVA.

•

APÉNDICES

LAS PROTAGONISTAS DE ESTE LIBRO

Sabina Berman

Sabina Berman Goldberg nació el 21 de agosto de 1956 en la ciudad de México, donde reside. Proveniente de una familia judío-polaca, tercera de cuatro hermanos e hija de Enrique Berman, quien emigró durante el gobierno de Lázaro Cárdenas y se estableció en México, convirtiéndose en un importante industrial, y la psicoanalista Raquel Goldberg.

Estudió Psicología y Letras mexicanas en la Universidad Iberoamericana. Se formó como persona de teatro en los escenarios. En 1995 fue codirectora de la película *Entre Pancho Villa y una mujer desnuda*, con Isabelle Tardan. También escribió y coprodujo la película *Backyard, El traspatio*, la cual representó a México en los premios Oscar® de 2010. Recientemente, escribió la película *The History of Love* para Alfonso Cuarón y la película *Light* para Alejandro González Iñárritu.

Entre sus éxitos teatrales se encuentran sus obras *Entre Pancho Villa y una mujer desnuda*, *Molière*, *Feliz nuevo siglo* *Doktor Freud* y *eXtras*, mismas que han sido remontadas en Costa Rica, Perú, Brasil, Canadá y Estados Unidos. Ha ganado cuatro veces el Premio Nacional de Dramaturgia del Instituto Nacional de las Bellas Artes, y el Premio Juan Ruiz Alarcón, por trayectoria. Otras obras teatrales suyas son *El suplicio del placer*, *Muerte súbita*, *La grieta* y *La guerra culta*.

En poesía ha publicado los libros *Poemas de agua* (1986) y *Lunas* (1988). Su primera novela, *La bobo*, apareció en 1990, y la más reciente, *La mujer que buceó dentro del corazón del mundo* (*Me* en inglés y *Moi* en francés) se ha publicado, a partir de 2010, en 11 idiomas y más de 33 países, incluyendo España, Francia, Estados Unidos, Inglaterra e Israel. Aborda el tema de la relación de las especies, en particular la relación entre los humanos y las especies que no usan un lenguaje verbal. Otras novelas suyas son *Un grano de arroz* (1994) y *Amante de lo ajeno* (1997).

Actualmente es conductora del programa de televisión *Shalalá* que se transmite por Televisión Azteca, en el Canal 13. Escribe análisis político en la revista *Proceso*. Ha ganado dos veces el Premio Nacional de Periodismo: en 1999 por la serie televisiva *Mujeres y poder*, y en 2006 por el artículo de fondo: «Felipe Calderón y las tribulaciones de la fe».

Carmen Boulosa

Poeta, novelista, ensayista, dramaturga y guionista, Carmen Boulosa nació el 4 de septiembre de 1954. Hizo estudios en un colegio de monjas y cursó las carreras de Literatura en la Universidad Iberoamericana y en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1976 obtuvo la Beca Salvador Novo, y en 1979 la del Fondo Nacional para Actividades Sociales (FONAPAS) y el Instituto Nacional de Bellas Artes. En 1980 fue becaria del Centro Mexicano de Escritores y escribió su primera novela, *Mejor desaparece*. Ese mismo año fundó el Taller Tres Sirenas, especializado en ediciones artísticas de libros en tiradas pequeñas. Fue copropietaria del teatro-bar, *El Cuervo*, primero situado en la Plaza de la Conchita, en Coyoacán, y luego *El Hijo del Cuervo*, en la plaza Centenario del mismo barrio, ámbitos donde se dieron cita actividades culturales de todo tipo, como lecturas de escritores, conferencias, conciertos, etcétera.

Algunas de sus obras de teatro han sido llevadas a escena, y dos de éstas recibieron premios de asociaciones de críticos teatrales. Su primer ciclo de novelas aborda, sobre todo, el tema de la infancia: *Mejor desaparece* (1987) y *Antes* (1989). Su segundo ciclo novelístico abarca los libros *Son vacas, somos puercos: filibusteros del mar Caribe* (1991), *El médico de los piratas: bucaneros y filibusteros en el Caribe* (1992), *Llanto: novelas imposibles* (1992), *La milagrosa* (1992) y *Duerme* (Alfaguara, 1994), cuyos temas son históricos y de aventuras. Posteriormente ha publicado las siguientes novelas: *Cielos de la tierra* (1997), *Prosa Rota* (2000), *Treinta años* (1999), *De un salto descabalgó la reina* (2002), *La otra mano de Lepanto* (2005), *La novela perfecta* (2006), *El velázquez de París* (2007), *La virgen y el violín* (2008), *El complot de los románticos* (2009) y *Las paredes hablan* (2010).

Su obra poética abarca los libros *El hilo olvida* (1979), *Ingovernable* (1979), *Lealtad* (1981), *Abierta* (1983), *La salvaja* (1988), *Soledumbre* (1992), *Envenenada* (1993), *Niebla* (1997), *La Delirios* (1988), *Jardín Elíseo* (1999), *Agua* (2000), *Salto de mantarraya* (2004) y *La patria insomne* (2011). Sus obras de teatro son las siguientes: *Cocinar hombres: obra de teatro íntimo* (1985), *Teatro herético: Propusieron a María, Cocinar hombres, Aura y las once mil vírgenes* (1987), *Mi versión de los hechos* (1997) y *Los totales* (2000). De varia invención son sus libros: *La Midas* (1986), *Papeles irresponsables* (1989), *El fantasma y el poeta* (2007) y *Cuando me volví mortal* (2010).

Entre otros premios y reconocimientos ha recibido el Premio Xavier Villaurrutia (1989); el LiBeraturpreis (1996), de Fráncfort del Meno; el Anna Seghers-Preis (1997), de Berlín, Alemania, el Premio de Novela Café Gijón (2009) y tres New York Emmys (2009, 2010 y 2011), en la categoría de Magazine. En 1991 se le otorgó la beca de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation y en 1995 fue becaria del Künstlerprogramm, de Berlín. Ha sido también becaria del Centro para Escritores y Académicos de la Biblioteca Pública de Nueva York, hoy Cullman Center. Asimismo, ha sido catedrática, profesora visitante y lectora distinguida en varias universidades, entre

ellas la Estatal de San Diego, la Georgetown, la Sorbona, NYU, la de Columbia y City College CUNY.

En 1997 se celebró un simposio sobre su obra en el Instituto Iberoamericano (Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz) de Berlín, con motivo del otorgamiento del Premio Anna Seghers, al que acudieron académicos de América y Europa y fruto del cual es la publicación del primer libro sobre su literatura, al que han seguido una docena. En 2012 está por celebrarse un segundo simposio sobre su obra en la Universidad Blaise Pascal de Clermont-Ferrand. Con el Parlamento de Escritores (del que formaron parte Salman Rushdie y Wole Soyinka) fundó la Casa Citlaltépetl para escritores perseguidos en la ciudad de México.

Su obra de teatro *Los totoles* (adaptación de un cuento de tradición popular, recopilado en náhuatl por Armando Martínez), dirigida por Alejandro Aura, fue un gran éxito de público y crítica. En 1985 obtuvo dos premios de la crítica como la mejor obra en su género.

Actualmente vive en Nueva York y en la ciudad de México. En Nueva York fundó, con Eduardo Mitre, Sylvia Molloy, Naief Yehya, José Manuel Prieto y Eduardo Lago, el *Café Nueva York*, para recordar la tradición literaria en español en esa ciudad. Participa en el programa de televisión *Nueva York*, de la televisión pública (CUNY-TV), en el que entrevista a escritores y artistas.

Dolores Castro

Dolores Castro nació en la ciudad de Aguascalientes el 12 de abril 1923. Estudió la licenciatura en Derecho y la maestría en Literatura Española en la Universidad Nacional Autónoma de México; así como Estilística, en Madrid, España. Ha trabajado como maestra de literatura en el Instituto Nacional de Bellas Artes, y las universidades Autónoma de México e Iberoamericana, así como en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García y la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM). Imparte talleres literarios en la Casa del Poeta Ramón López Velarde, de la ciudad de México, y en diversas ciudades del interior del país.

Ha sido conductora del programa televisivo *Poetas de México*, en el Canal 11 del Instituto Politécnico Nacional, en compañía del profesor Alejandro Avilés, y ha conducido también programas de radio. Fue fundadora, entre otros, de Radio Universidad de México y Radio Femenina, y colaboradora de Radio Educación.

Entre su bibliografía destacan los siguientes libros de poesía: *El corazón transfigurado* (América, 1949), *Nocturnos* (1952), *Siete poemas* (1952), *La tierra está sonando* (UNAM, 1959), *Cantares de vela* (Jus, 1960), *Soles* (Jus, 1977), *Las palabras* (1990), *Obras completas* (Instituto Cultural de Aguascalientes: 1.ª edición, 1919; 2.ª edición, 1996), *Tornasol* (UAM, 1997), *Oleajes* (Instituto Mexiquense de Cultura, 2003), *Poesía completa* (Editorial Delirio, 2003), *Íntimos huéspedes* (Instituto Cultural de

Aguascalientes, 2004), *Río memorioso. Obra reunida* (Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2009) y *Viento quebrado* (Fondo de Cultura Económica, 2010).

Ha publicado también la novela *La ciudad y el viento* (1962) y las siguientes antologías de su obra poética: *Qué es lo vivido* (1989), *No es el amor el vuelo* (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992), *Sonar en el silencio* (ISSSTE, 2000), *Anthologie poétique* (París, 2003). *Rumiantes* (Buenos Aires, 2006), *La vida perdurable* (Praxis, 2007), *A mitad de un suspiro*, compilación e introducción de Jorge Asbun Bojalil (Universidad Autónoma de Aguascalientes y Casa Juan Pablos, México, 2008) y *Gota iridiscente que salpica* (Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, Toluca, 2009).

En 2004 compartió, con José Emilio Pacheco, el Tercer Premio Nezahualcóyotl de Poesía.

Martha Chapa

Martha Chapa nació en Monterrey, Nuevo León, el 12 de junio de 1946. Pintora, escritora y gastronoma, inició su trabajo artístico en la década de los sesenta. Es una de las más destacadas artistas de la plástica contemporánea de México, cuya vasta e importante obra ha merecido significativos premios y reconocimientos, dentro y fuera del país. La figura predominante en su obra plástica es la manzana, que recrea imaginativamente en múltiples formas y colores. Cuenta con 260 exposiciones individuales en México y el extranjero. Su trabajo artístico abarca óleos, dibujos, gráfica popular, escultura y arteobjeto. De su gran talento surgen montañas, magueyes, colibríes, búhos, guadalupanas y abstractos, entre otros muchos temas de sus pinturas, aunadas a una importante obra de investigación gastronómica, pues ha publicado 30 libros sobre este tema, además de artículos periodísticos.

Ha impartido conferencias tanto en Estados Unidos y Europa como en México. A la vez, participa como articulista de temas políticos y culturales en diversos medios escritos y electrónicos. Desde hace tres años conduce *El sabor del saber*, una original serie de televisión (TV Mexiquense, Canal 34), cuyos ejes son el arte, la cultura y la gastronomía, tareas a las que suma su activismo y lucha solidaria por los derechos de la mujer y a favor de grupos con alta marginación social.

Como resultado de la pasión que tiene por México, ha investigado con intensidad la cocina mexicana. A la fecha ha publicado más de una veintena de libros de cocina regional y algunos otros de temas varios, entre ellos: *La cocina mexicana y su arte*, *Cocinando el fruto prohibido*, *Cocina regia*, *Cocina sin límites*, *Sabor a Independencia (cocina de Querétaro)* y *Sabor a eternidad (cocina de Tlaxcala)*, que obtuvo en octubre de 1992 el máximo reconocimiento de la industria de las artes gráficas de Estados Unidos, el Premio Benjamín Franklin. Es autora también de: *El Real Sabor de Hidalgo*, *El sabor del sueño*, *Cocina, nutrición y salud*, *El sabor del Edén*, *Cocina*

oaxaqueña, Bebidas mexicanas, 101 recetas de Nuevo León, Cocina de Sinaloa, Chocolate: Regalo del Edén, Con sabor a Patria, República de moles, El color de los sabores, pintura y gastronomía, y Tortas mexicanas.

Entre los múltiples premios y reconocimientos a su labor y a su obra, ha recibido la Presea Estado de Nuevo León, en 1991; el Premio Benjamín Franklin de la Printing Industries of America, en Nueva York, en 1992; el Premio Quórum, en 2000; la Presea Municipal de la Mujer, otorgada por el Ayuntamiento Constitucional de Tlanepantla de Baz, en 2001; la Medalla Sor Juana Inés de la Cruz, del Gobierno del Estado de México, en 2004, y el Premio Gourmand World Cookbook Awards, en 2001 y en 2007.

Beatriz Espejo

Beatriz Espejo nació el 19 de septiembre de 1939, en el puerto de Veracruz, de padre yucateco. Es maestra y doctora en Letras Hispánicas por la UNAM. Fundó y dirigió la revista *El Rehilete* (1961-1971). Ha sido conferencista en diversas ciudades de México y el extranjero: Ecuador, Puerto Rico, Estados Unidos, Chile, Argentina, Brasil, Inglaterra, Portugal, España, Francia, Italia, Dinamarca, Finlandia, Estonia. Fue catedrática en Israel. Desde muy joven comenzó a escribir. Su primera colección de textos breves *La otra hermana* (1958) apareció como el número de los ya célebres Cuadernos del Unicornio que editaba Juan José Arreola.

Posteriormente, ha escrito los siguientes libros de investigación: *Biografía de Leonardo da Vinci* (1967), por encargo de José Revueltas; una antología en colaboración: *La prosa española de los siglos XVI y XVII* (1971, 2.^a edición, 1999), *Julio Torri, voyerista desencantado* (1986, 2.^a edición, 1991), *Oficios y menesteres* (1988), *En religiosos incendios* (1995), edición prologada de una vida de monja escrita por ella misma en el siglo XVIII. Tiene varias antologías en colaboración con Ethel Krauze: *Atrapadas en la cama* (2003, 2005), *Mujeres engañadas* (2005), *Atrapadas en la madre* (2006). Posteriormente salió *Seis niñas ahogadas en una gota de agua* (2009) y tiene en preparación *El vuelo del colibrí*, sobre la miniprosa mexicana desde sus orígenes hasta nuestros días.

Sus estudios sobre artes plásticas se titulan: *Historia de la pintura mexicana* (1989), en tres volúmenes, *Dr. Atl, el paisaje como pasión* (1994) y *José García Ocejo o el gozo de vivir* (2000). Colaboró con un ensayo extenso sobre Desiderio Hernández Xochitiotzin en el libro *El árbol de la vida* (1997).

Doce entrevistas a escritores de diferentes nacionalidades conformaron su volumen *Palabra de honor* (1990). Tradujo y prologó *En una pensión alemana*, de Katherine Mansfield (1990). Hasta hoy, sus libros de creación son los siguientes: *Muros de azogue* (1979, 2.^a edición, 1986), *El cantar del pecador* (1997), *Alta costura* (1997), *De comer, coser y cantar* (1997), *Cómo mataron a mi abuelo el español* (1999), *Todo lo hacemos en familia* (2001), *Marilyn en la cama y otros cuentos* (2004), *Cuentos reunidos* (2006)

y *Si muero lejos de ti* (2011). Varias antologías incluyen sus cuentos.

Beatriz Espejo de cuerpo entero (1991) resumió el principio de sus memorias, y volvió a publicarse en *Mujeres que cuentan* (2000) donde participaron otras autoras. Explicó sus temáticas y procesos literarios en *Confiar en el milagro* (1998, 2006). Ha escrito ensayos, cuentos, testimonios, presentaciones de litografías y de exposiciones pictóricas; múltiples cuadernillos, separatas y prólogos; el más entrañable fue uno firmado junto con Juan José Arreola sobre el poeta Ramón López Velarde, dentro de la serie *Voz Viva de México*. Ha ejercido el periodismo en múltiples publicaciones. Es investigadora de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM y maestra de postgrado y licenciatura en esta misma casa de estudios. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores y de El Colegio de México.

Como reconocimiento a su obra y trayectoria literarias, ha obtenido el Premio Nacional de Periodismo (1983), el Premio Magda Donato (1986), el Premio Nacional de Narrativa Colima para Obra Publicada (1993) y el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí (INBA, 1996). Fue nombrada Veracruzana Distinguida, en 1997, y le fue conferida la Medalla al Mérito Artístico, en 2000, otorgada por el Gobierno del Estado de Yucatán. Es Maestra Emérita desde 2001, en la Sociedad de Geografía y Estadística. Hay dos concursos de cuento que llevan su nombre, uno en Tlaxcala y otro en Mérida. En Malinalco, Estado de México, existe la escuela Beatriz Espejo para niños de preprimaria. Recibió el Premio Universidad Nacional en el rubro de Excelencia Artística y Difusión de la Cultura, en 2008, la Medalla Bellas Artes, en 2009, y la Medalla Jaime Sabines, en 2011.

Margo Glantz

Escritora, profesora, periodista, viajera y tuitera, Margo Glantz nació en la ciudad de México el 28 de enero de 1930. En su vasta obra literaria destacan los libros: *Las mil y una calorías* (1979), *No pronunciarás* (1980), *Doscientas ballenas azules* (1981), *Las genealogías* (1981), *De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos* (1984), *Síndrome de naufragios* (1984), por el que obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia, *Apariciones* (1996), *Zona de derrumbe* (2001), *El rastro* (2002), finalista del XX Premio Herralde de novela y Premio Sor Juana Inés de la Cruz en 2003; *Animal de dos semblantes* (2005), *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador* (2005) y *Saña* (2008).

Entre sus investigaciones y ensayos literarios y académicos se cuentan: *Viajes en México. Crónicas extranjeras* (1963), *Onda y escritura, jóvenes de 20 a 33* (1971), *Un folletín realizado. El conde de Raousset-Boulbon* (1971), *Repeticiones. Ensayos sobre literatura mexicana* (1979), *Intervención y pretexto* (1981), *El día de tu boda* (1982), *La lengua en la mano* (1984), *Erosiones* (1985), *Borrones y borradores. Ensayos de literatura colonial* (1992), *Notas y documentos sobre Álvaro Núñez Cabeza de Vaca*

(1992), *La Malinche, sus padres y sus hijos* (1994), *Sor Juana Inés de la Cruz. ¿Hagiografía o autobiografía?* (1995), *Esguince de cintura* (1995), *Sor Juana Inés de la Cruz. Saberes y placeres* (1996), *Sor Juana Inés de la Cruz. La comparación y la hipérbole* (2001) y *La polca de los osos* (2008).

En 2007, el Fondo de Cultura Económica comenzó a publicar sus *Obras reunidas*: cuatro tomos a la fecha, que abarcan su narrativa y sus ensayos sobre literatura colonial y literatura mexicana de los siglos XIX y XX.

Ha sido traducida al portugués, inglés, francés e italiano. Entre sus obras en proceso se encuentran un libro de cuentos (se han publicado varios en revistas y libros), *Genes de perro*; otro de viajes, *La tierra ajena*, del que se han publicado fragmentos en revistas y suplementos culturales, y una novela de la cual ha aparecido un fragmento en *Excesos del cuerpo (Eterna cadencia)* y en el libro de autor del Premio de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en 2010.

Fue fundadora y directora de la revista *Punto de Partida* (1966-1970), directora general de Publicaciones y Bibliotecas, de la Secretaría de Educación Pública, y directora de Literatura lo mismo en la UNAM que en el Instituto Nacional de Bellas Artes. De 1986 a 1988 fue agregada cultural con cargo de Ministro en la Embajada de México en Londres.

Entre otros premios y reconocimientos ha merecido el Premio Universidad Nacional (1991), Profesora Emérita de la UNAM (1996), Investigadora Nacional Emérita, del Sistema Nacional de Investigadores (2000), Premio Nacional en Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura (2004), Creadora Emérita del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2005), Premio Sor Juana Inés de la Cruz (2005), Premio Coatlicue (2009), Medalla de Oro del Instituto Nacional de Bellas Artes (2010), Doctorados Honoris Causa de la Universidad Autónoma Metropolitana (2005), la Universidad Autónoma de Nuevo León (2010) y la Universidad Nacional Autónoma de México (2010), y Premio de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en Lenguas Romances, antes Juan Rulfo (2010). Desde 1996 es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua.

Otras distinciones que ha merecido son las Becas Rockefeller y Guggenheim; Welford Thompson Scholar (Cambridge) y Council of the Humanities Fellow (Princeton). Ha sido profesora visitante en Cambridge, Siena, Irvine (Regent Scholar), Stanford (Tinker Scholar), Yale, Harvard, Berkeley, Princeton, Rice, Barcelona (Cátedra Ramón Xirau), Alicante, Dusseldorf, Buenos Aires, Universidad de los Andes, Bogotá; Universidades Católica y Diego Portales en Santiago y Valparaíso, en Chile; Berlín (Freie Universität), Düsseldorf; Viena, Saarbrücke y Universidad Menéndez y Pelayo en Santander. En reconocimiento a su trayectoria, la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes abrió en 2006 el portal de literaturas hispánicas *Biblioteca de Autor Margo Glantz*; y a su vez ella creó y dirige en el mismo portal la *Biblioteca Sor Juana Inés de la Cruz*.

Barbara Jacobs

Bárbara Jacobs nació el 19 de octubre de 1947, en la ciudad de México, dentro de una familia de emigrantes libaneses. Hizo sus estudios preuniversitarios entre México y Montreal, Canadá, y universitarios en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Obtuvo la licenciatura en Psicología con una tesis sobre la risa a través de la historia de la ciencia, el arte, la literatura y la cultura en general. Fue profesora de lengua inglesa en la Universidad Iberoamericana Ciudad de México y de traducción en El Colegio de México. Empezó a publicar cuentos y ensayos en revistas y suplementos literarios a partir de julio de 1970. En octubre de este mismo año, ingresa al Taller de Cuento que impartía Augusto Monterroso en Difusión Cultural de la UNAM. Es viuda de él; no tiene hijos. Vive con Vicente Rojo entre la ciudad de México y Cuernavaca y pasan temporadas en Barcelona.

Ha publicado *Doce cuentos en contra*, 1982; *Escrito en el tiempo* (ensayos), 1985; *Las hojas muertas*, 1987. Esta novela, que obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia, ha sido traducida al inglés, al italiano y al portugués; asimismo, en 1992 fue seleccionada para el Correo del Libro Mexicano de la Secretaría de Educación Pública, en edición de 30 mil ejemplares fuera de comercio, destinada a bibliotecas de las secundarias públicas del país, y en 2010, para formar parte de la colección *18 para los 18*, también de la SEP y también en edición de 30 mil ejemplares. Es autora también de *Las siete fugas de Saab, alias El Rizos* (novela), 1992; *Vida con mi amigo* (novela), 1994; *Juego limpio* (ensayos), 1997; *Adiós humanidad* (novela), 2000; *Atormentados* (ensayos), 2002; *Florecia y Ruiseñor* (novela), 2006; *Vidas en vilo* (cuentos), 2007; *Nin reír* (ensayo narrativo), 2009; *Lunas* (novela), 2010; *Leer, escribir* (ensayos), 2011. Con Augusto Monterroso publicó la *Antología del cuento triste*, 1992. Tiene una antología personal, *Carol dice y otros textos*, UNAM, 2000. Es autora de una antología de *Los mejores cuentos mexicanos*, edición 2001. En diciembre de 2011 cumplió dieciocho años de colaborar quincenalmente con un artículo en las páginas de cultura del diario mexicano *La Jornada*.

Pertenece al Sistema Nacional de Creadores de Arte de México. Ha impartido conferencias, charlas y lecturas, y participado con ponencias en mesas redondas, en diversos centros, instituciones y universidades de México, Estados Unidos, Canadá, Centro y Sudamérica, y El Caribe, así como en Europa, por donde además ha viajado extensamente, en ocasiones con estadías prolongadas. Fue Fellow for a Residency at the International Writing Program, en la University of Iowa, en Iowa City, en Estados Unidos, en 1993. Entre otros, ha participado como jurado en el Premio Literario Casa de las Américas, en La Habana, Cuba, 1997; en el Premio Nacional de Novela, en Bogotá, Colombia, 2004. En México, en varias ocasiones en el Premio Xavier Villaurrutia, así como en el Sistema Nacional de Creadores de Arte 2002 y, en distintas ocasiones, en varios otros de los diferentes programas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Ethel Krauze

Ethel Krauze nació el 14 de junio de 1954, en la ciudad de México. Su formación académica cuenta con un doctorado en Literatura, dos maestrías en Letras y una licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas. Es autora de más de una treintena de libros publicados en varios géneros literarios, entre los que destacan la novela, el cuento, la poesía, el ensayo y la crónica. Su obra *Cómo acercarse a la poesía* (1992) se ha convertido en un clásico contemporáneo y forma parte del acervo nacional en Biblioteca de Aula y Salas de Lectura de la Secretaría de Educación Pública de México y traducido a lenguas indígenas.

Su trayectoria como conferenciante y formadora de generaciones de escritores es ampliamente reconocida a nivel nacional e internacional. Ha sido maestra fundadora de la Escuela para Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM), y en su cátedra universitaria ha inaugurado un posgrado con especialidad en Teoría y Didáctica de la Creación Literaria. Parte de su obra ha sido antologada y traducida a diversos idiomas: inglés, francés, italiano, esloveno, y otros. A lo largo de su carrera profesional ha conducido programas de radio y televisión cultural, y ha ejercido el periodismo escrito en algunos de los diarios más importantes de circulación nacional y en prestigiadas revistas extranjeras; asimismo, ha sido invitada por distintas universidades internacionales, como reconocimiento a su obra, que ha sido extensamente estudiada.

Entre sus títulos más recientes se encuentran las novelas: *Dulce cuchillo* (2010) y *Escenas de ira, tristeza y desesperación con momentos felices* (2010); los libros de cuentos: *El secreto de la infidelidad* (2000) y *El instante supremo* (2002); los poemarios: *Bajo el agua* (2003) e *Inevitable* (2010), y los ensayos *La casa de la literatura* (2003) y *Desnudando a la musa: ¿qué hay detrás del talento literario?* (2011), y la obra infantil: *Cuentos con rimas para niños y niñas* (2007), publicados en las editoriales más prestigiadas de habla hispana y a nivel internacional.

Ha diseñado novedosos modelos metodológicos de creación literaria, incluyendo una Maestría en Creación Literaria, reconocidos y valorados por el Instituto Nacional de Bellas Artes, la Secretaría de Educación Pública, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, la Universidad Nacional Autónoma de México y otras instituciones, además de su modelo con perspectiva de género, *Mujer: escribir cambia tu vida*, que puso en marcha con el apoyo y la organización del Instituto de Cultura de Morelos, donde actualmente reside. Este programa se ha consolidado con gran éxito en todos los municipios del estado y es pionero en su tipo.

Tanto por su obra como por su trayectoria y participación en el quehacer cultural literario, ha recibido diversos reconocimientos, homenajes y distinciones. De ella se ha afirmado que es una de las escritoras más consistentes de su generación. En su literatura se ha reconocido no sólo el vasto universo de su inspiración y la pulcritud de su pluma, sino, muy particularmente, la intensidad y el lirismo que se fusionan para expresar el drama humano con una profundidad inusual, frente a la ligereza y la fugacidad de las publicaciones de moda.

Mónica Lavín

Mónica Lavín nació en la ciudad de México, el 22 de agosto de 1955. Es autora de seis libros de cuentos, entre ellos *Ruby Tuesday no ha muerto*, que recibió el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen en 1996 (reeditado en Punto de Lectura en el 2006) y *Uno no sabe* (2003), finalista del premio Antonin Artaud, y de *La corredora de Cuemanco y el aficionado a Schubert* (Punto de lectura, 2008); de siete novelas: entre ellas *Café cortado*, que recibió el Premio Narrativa de Colima para obra publicada en el 2001. La novela para adolescentes *La más faulera* (Plaza & Janés, 1997) se ha reimpresso numerosas veces. Su novela *Despertar los apetitos* (Alfaguara, 2005), donde combina su pasión por la comida, el viaje y el periodismo, refiere un viaje de periodistas de gastronomía a través de Canadá. Sus novelas más recientes son *Hotel Limbo* (Alfaguara, 2008), *Yo, la peor* (Grijalbo, 2009), que recibió el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska 2010 y *Las rebeldes* (Grijalbo, 2011). Una antología personal de sus cuentos se publicó, en 2010, con el título *Pasarse de la raya* (Random House Mondadori). Ha publicado libros de divulgación científica (estudió Biología en la UAM) y crónica gastronómica. Su libro *Leo, luego escribo. Ideas para disfrutar la lectura* (Lectorum) fue elegido para el programa Bibliotecas de Aula de la SEP. Sus cuentos aparecen en antologías nacionales e internacionales (Italia, Canadá, Francia, Estados Unidos); y ha compilado algunas antologías de cuento mexicano. Realizó una residencia literaria en Banff Centre for the Arts. Ha sido editora, guionista, conductora de radio. Ha impartido conferencias y hecho lecturas en foros y universidades de México y del extranjero. Estuvo a cargo del programa de radio Ficcionario de Código D.F., en Internet. Escribe la columna «Dorar la píldora» en la sección Kiosco de *El Universal*. Pertenece al Sistema Nacional de Creadores. Recibió el premio Pantalla de Cristal por coautoría del mejor guión de documental (*Bajo la región más transparente*). Fue maestra de la Escuela de Escritores de la SOGEM y actualmente es profesora investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México en la Academia de Creación Literaria.

Silvia Molina

Silvia Molina nació en la ciudad de México el 11 de octubre de 1946. Estudió Antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y es licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Realizó estudios de posgrado en literatura prehispánica y perteneció al seminario de traducción de documentos en náhuatl dirigido por Víctor Castillo en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Fue editora de libros especiales en PROMEXA, y directora editorial de CIDCLI y Ediciones Corunda. Ha dirigido talleres de creación en Difusión Cultural de la

UNAM y en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución, donde impartió las materias de Literatura Mexicana y Redacción durante varios años.

Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores (1979), del International Writing Program de Iowa, en Estados Unidos (1991), del Fideicomiso para la Cultura México-USA (1994) y del Sistema Nacional de Creadores de Arte (1995-1998 y 1998-2000). Fue agregada cultural de México en Bélgica (2000-2004), Coordinadora Nacional de Literatura del INBA (2004-2007), Coordinadora Nacional de Publicaciones de las Conmemoraciones del 2010 (2008) y Coordinadora de Publicaciones del INBA (2009-2011).

Ha escrito novela, cuento, ensayo, crítica literaria, teatro, crónica y literatura infantil. Recibió el Premio Xavier Villaurrutia (1977), por *La mañana debe seguir gris*; el Nacional de Literatura Infantil Juan de la Cabada (1992), por *Mi familia y la Bella Durmiente cien años después*; el Premio Sor Juana Inés de la Cruz de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (1998), por *El amor que me juraste*; el Premio Leer es Vivir de la Editorial Everest, en España (1999), por la novela para jóvenes *Quiero ser la que seré*, y el Antonio García Cubas, por *Álbum de la Patria*. Su novela *El amor que me juraste* fue nominada en la Short List del Premio Internacional IMPAC de Dublín, Irlanda, en 2001. Es miembro titular del Seminario de Cultura Mexicana. Su obra ha sido traducida a varios idiomas.

Es autora de las novelas: *La mañana debe seguir gris* (Joaquín Mortiz, 1977), *Ascensión Tun* (Martín Casillas, 1981), *La familia vino del norte* (Cal y Arena, 1988), *El hombre equivocado*, en coautoría (Joaquín Mortiz, 1988), *Imagen de Héctor* (Cal y Arena, 1990), *El amor que me juraste* (Joaquín Mortiz, 1998), *Muchacha azul* (Joaquín Mortiz, 2001), *En silencio, la lluvia* (Alfaguara, 2008) y *Matamoros, el resplandor en la batalla* (Grijalbo, 2010); los libros de cuentos: *Lides de estaño* (UAM, 1984), *Dicen que me case yo* (Cal y Arena, 1989) y *Un hombre cerca* (Cal y Arena, 1992), la obra teatral *Circuito cerrado* (UNAM, 1995), el volumen de ensayos *Encuentros y reflexiones* (UNAM, 1998) y la obra antológica *Leyendo en la tortuga* (Martín Casillas, 1980).

Ha publicado treinta libros para niños y jóvenes, entre ellos *Marina y el pirata* (Ediciones SM, 1998), *El topo y la codorniz* (Corunda/DGP, 1999), *Quiero ser la que seré* (Everest, Punto de Encuentro, Madrid, 2000), *Mi abuelita tiene ruedas* (CIDCLI 2000), *Martín, Martín fuera del gallinero* (Santillana, 2003), *Le comieron la lengua los ratones* (Everest, Madrid, 2005), *Hasta el ratón y el gato pueden tener un buen trato* (CIDCLI, 2006), *El canario y el sabueso* (Norma 2006), *¡Pin pon, fuera y corre!* *Rimas de elección y juegos de recreo* (Norma, 2006), *En estado de gol* (SM Ediciones, 2008), *El abuelo ya no duerme en el armario* (FCE, 2009), *Rimas del tiempo* (Editores Mexicanos Unidos, 2011) y *El vestido de los dioses* (INAH, 2011).

Michèle Petit

Michèle Petit nació en Francia. Es antropóloga de la lectura e investigadora del Laboratorio Dinámicas Sociales y Reconstrucción de los Espacios del Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS, por sus siglas en francés) de la Universidad de París. Ha realizado también estudios en sociología, lenguas orientales y psicoanálisis, y ha coordinado diversas investigaciones sobre lectura en el medio rural, sobre la función de las bibliotecas públicas en la lucha contra el proceso de exclusión y segregación y sobre la importancia que tiene la lectura en la construcción, la reconstrucción y la reparación del yo.

Cuando Daniel Goldin, su primer editor, dio a conocer su obra en México, con el libro *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura* (Fondo de Cultura Económica, 1999), escribió: «En discrepancia con lo acostumbrado, Petit no busca medir (por ejemplo, cuántos jóvenes leen, o si leen muchos o pocos libros). Tampoco pretende comparar (por ejemplo, si leen hoy más que antes). Con disciplina antropológica y la atención fluctuante propia del psicoanálisis, Petit constató que en barrios marginados de Francia, es decir donde se suele pensar que no es factible encontrar “buenos lectores”, había personas a las que la lectura les ha transformado la vida. Les dio la palabra y analizó, con la ayuda de diversas ciencias sociales, el sentido de estas experiencias».

Entre sus libros en francés destacan *Lecteurs en campagnes* (1993) y *De la bibliothèque au droit de cité* (1996), realizadas en colaboración con otros investigadores franceses y publicados por la Bibliothèque Publique d'Information del Centre Georges Pompidou. Hoy su obra es ampliamente conocida y valorada en los países de lengua española, tanto en España como en América Latina, pues luego de la publicación de *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, han aparecido en español: *Lecturas del espacio íntimo al espacio público* (Fondo de Cultura Económica, 2001), *Pero ¿y qué buscan nuestros niños en sus libros?* (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002), *Una infancia en el país de los libros* (Océano, 2008) y *El arte de la lectura en tiempos de crisis* (Océano, 2009), entre los más importantes.

En su defensa del derecho a la lectura, Michèle Petit ha escrito: «Nadie debería estar obligado a “que le guste leer” (además nada disuade tanto de acercarse a un libro como esas imposiciones). Que cada quien se sienta libre de preferir las reparaciones domésticas, los juegos de pelota o el póker a la lectura y la escritura; nos encontramos en el campo de las “distracciones”, socialmente construido, donde las inclinaciones singulares encuentran cómo deslizarse. No obstante, cada persona debería poder experimentar la apropiación de la cultura escrita como algo deseable y posible».

Elena Poniatowska

Nacida en París el 19 de mayo de 1933, Elena Poniatowska Amor llegó a México a los diez años de edad. Mexicana por herencia y por residencia, muy joven se inició en el periodismo y, casi inmediatamente después, en la literatura. Su obra tanto periodística

como literaria está estrechamente vinculada al compromiso social, desde sus primeros escritos que datan de 1953.

Cree en la justicia y en la verdad, en las raíces profundamente populares de la cultura mexicana y en la necesidad de que en nuestro país se produzca un cambio que termine con los abismales contrastes entre los que tienen mucho y los que casi no tienen nada. La riqueza de la cultura nacional, la marginación social y cultural, la injusticia, el abuso de poder y las diversas formas de autoritarismo se han constituido en motivaciones permanentes de su escritura, desde sus primeras entrevistas a los grandes creadores mexicanos y a los luchadores sociales, hasta sus más recientes obras narrativas en las que aborda aspectos de una sociedad mexicana construida, desde sus cimientos, sobre la desigualdad.

En 1954 publicó su primer libro, *Lilus Kikus*, un breve volumen de cuentos, y en 2005, *El tren pasa primero*, inspirado en la lucha social de los ferrocarrileros mexicanos, que obtuvo dos años después el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. Ha recibido también, entre otros muchos reconocimientos, el Premio Mazatlán de Literatura, el Premio Nacional de Periodismo, el Premio de Periodismo Manuel Buendía, el Premio Alfaguara de Novela y el Seix Barral Biblioteca Breve. Entre los doctorados *Honoris Causa* que le han sido conferidos destacan los de la Universidad Autónoma de Sinaloa, la University New School for Social Research de Nueva York, la Florida Atlantic University y la Universidad Autónoma Metropolitana de México.

Autora de una vasta obra literaria y periodística, ha cultivado el cuento, la novela, el reportaje, la crónica, el ensayo, la entrevista y la poesía. Además de los ya mencionados, son sobresalientes sus libros *Todo empezó en domingo* (1960), *Hasta no verte Jesús mío* (1969), *La noche de Tlatelolco* (1971), *De noche vienes* (1979), *Fuerte es el silencio* (1980), *¡Ay vida, no me mereces!* (1985), *La Flor de Lis* (1988), *Nada, nadie: las voces del temblor* (1988), *Timsíma* (1992), *Luz y luna, las lunitas* (1994), *La piel del cielo* (2001), *Rondas de la niña mala* (2008) y *Leonora* (2011). Entre 1990 y 2003 reunió, en ocho volúmenes, sus entrevistas con personalidades del arte y la cultura, con el título general *Todo México*.

En 1973, al prologar la edición en inglés de *La noche de Tlatelolco*, Octavio Paz definió a Elena Poniatowska como una de las máximas representantes del periodismo mexicano, pero también «como autora de intensos cuentos y originales novelas, mundos regidos por un humor y por una fantasía que vuelven indecisas las fronteras entre lo cotidiano y lo insólito». Su creación periodística y literaria, concluyó Paz, es «crónica histórica y, asimismo, obra de imaginación verbal».

Cristina Rivera Garza

Cristina Rivera Garza nació el 1 de octubre de 1964, en Matamoros, Tamaulipas. Es narradora, poeta, ensayista e historiadora. Graduada en Sociología en la UNAM, y doctora

en Historia Latinoamericana por la Universidad de Houston. Fue profesora asociada de historia mexicana en la Universidad Estatal de San Diego, y profesora del Departamento de Comunicación y Humanidades y codirectora de la Cátedra de Humanidades del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey campus Toluca. En la actualidad, es profesora de Escritura Creativa en el Departamento de Literatura de la Universidad de California en San Diego.

Ha sido acreedora a la Beca Salvador Novo (1984-1985), en cuento y a la beca del Fonca, en la categoría Jóvenes Creadores (1994-1995 y 1999-2000), en novela y poesía. Pertenece al Sistema Nacional de Creadores Artísticos.

Es autora de las novelas *Nadie me verá llorar* (1999), *La cresta de Ilión* (2002), *Lo anterior* (2004), *La muerte me da* (2007) y *Verde Shanghai* (2011); de los libros de cuentos *La guerra no importa* (1991), *Ningún reloj cuenta esto* (2002) y *La frontera más distante* (2008), y de los volúmenes de poesía *La más mía* (1998), *Los textos del yo* (2005), *El disco de Newton, diez ensayos sobre el color* (2011) y *Viriditas* (2011). También es autora de la investigación histórica *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General, 1910-1930* (2010) y del tomo ensayístico *Dolerse. Textos desde un país herido* (2011).

Ha coordinado y compilado las investigaciones *Romper el hielo: Novísimas escrituras al pie de un volcán* (2006), *Romper el hielo: Novísimas escrituras al pie de un volcán. El lugar (re) visitado* (2007) y *La novela según los novelistas* (2007).

Entre otros premios y reconocimientos ha obtenido el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí, en 1987, por *La guerra no importa*; el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero, en 1997, el Premio Internacional IMPAC-Conarte-ITESM, en 1999 y el Premio Sor Juana Inés de la Cruz, en 2001, por *Nadie me verá llorar*; el Premio Nacional de Cuento Juan Vicente Melo, en 2001, por *Ningún reloj cuenta esto*; el Premio Internacional Anna Seghers, en Berlín, Alemania, en 2005, y el Premio Sor Juana Inés de la Cruz, en 2009, por *La muerte me da*.

Sus investigaciones de corte histórico sobre las definiciones populares de la locura y la historia de la psiquiatría en México a inicios del siglo XX han aparecido en las revistas *Hispanic American Historical Review*, *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, entre otras, en Inglaterra, Argentina y Estados Unidos.

Textos suyos han aparecido en antologías y diversos diarios y revistas nacionales. Algunos de sus libros han sido traducidos al inglés, italiano, portugués, alemán, coreano, francés y esloveno. Actualmente, publica *La mano oblicua*, columna semanal que aparece en la sección Cultura del periódico *Milenio* y mantiene la bitácora electrónica *No hay tal lugar* <www.cristinariveragarza.blogspot.com> y su twitter@criveragarza

Sara Sefchovich

Sara Sefchovich nació en la ciudad de México el 2 de abril de 1949. Es licenciada y

maestra en Sociología y doctora en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Desde hace más de tres décadas es investigadora de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Sociales de la misma UNAM, y desde hace más de década y media es articulista semanal en el periódico *El Universal*. Está especializada en temas de cultura concebida en su sentido amplio, como un modo de ver y entender el mundo y no solamente como productos concretos. Además es novelista, traductora, profesora y conferencista en México y en el extranjero.

Ha publicado las novelas *Demasiado amor* (1990), *La señora de los sueños* (1993) y *Vivir la vida* (2000), reeditadas en múltiples ocasiones, la primera de ellas llevada al cine bajo la dirección de Ernesto Rimocho y la segunda traducida a 7 idiomas. En el género ensayístico es autora de: *La teoría de la literatura de Lukács* (1979), *Las primeras damas* (1982), *Mujeres en espejo. Antología de narradoras latinoamericanas del siglo XX* (1985), *Ideología y ficción en la obra de Luis Spota* (1988), llevado al radio por Josefina King; *México: país de ideas, país de novelas* (1989), llevado al teatro por Alejandro Aura, *Gabriela Mistral, en fuego y agua dibujada* (1997), *Las Prielecciones, historia y caricatura del dedazo* (2002, en coautoría con Magú), *Veinte preguntas ciudadanas a la mitad más visible de la pareja presidencial y sus respuestas también ciudadanas* (2004), *La suerte de la consorte. Las esposas de los gobernantes de México: historia de un olvido y relato de un fracaso* (1999; edición reescrita y aumentada en 2002 y de nuevo reescrita y aumentada 2010), llevado al teatro por Roberto D amico; *País de mentiras. La distancia entre el discurso y la realidad en la cultura Mexicana* (2008) y *¿Son mejores las mujeres?* (2011).

Ha publicado capítulos de libros y artículos en las principales publicaciones periódicas de México, y entre otros premios y distinciones ha recibido la Medalla Gabino Barreda de la UNAM (1989), el Premio Plural de Ensayo (1989), la Beca John Simon Guggenheim Memorial Foundation de Nueva York (1990), el Premio Agustín Yáñez para Primera Novela (1990) y The Leona Gerard Endowed Lecture (1993) de la Universidad de California, Irvine, Estados Unidos. En 2010, le fue conferido el Premio Manuel Levinsky, de la Asociación de Periodistas y Escritores Israelitas de México y en 2011 la medalla Omecihuatl del Instituto de las Mujeres del Distrito Federal. Desde 1985 pertenece al Sistema Nacional de Investigadores.

Carmen Villoro

Carmen Villoro nació en la ciudad de México en 1958. Además de poeta, cuentista y ensayista, es psicóloga y psicoanalista y cuenta con diversas publicaciones de ensayos en revistas y libros especializados en psicoanálisis. Participó en los talleres de poesía de Juan Bañuelos (UNAM, 1975), Vicente Quirarte (INBA, 1984), Raúl Renán (INBA, 1984) y Vicente Quirarte (FONCA, 1990).

Ha publicado los siguientes libros: *Barcos de papel*, en el volumen colectivo *Por la*

piel (poesía), Ediciones Punto de Partida, México, 1986; *Que no se vaya el viento* (poesía), en la colección El Ala del Tigre, Dirección de Publicaciones de la UNAM, México, 1990; *Delfín desde el principio* (poesía), en la colección Margen de Poesía, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1993; *La media luna* (cuento infantil), en la colección El Sueño del Dragón, Conaculta/ Corunda, México, 1993; *Amarina y el viejo Pesadilla* (cuento infantil) Universidad de Guadalajara, 1994; *Herida luz* (poesía), en la colección Toque de Poesía, Hernández y Ramírez Editores, Guadalajara, 1995; *Amarina y el viejo Pesadilla y otros cuentos* (cuento infantil) en la colección Torre de Papel, Editorial Norma, Bogotá, Colombia, 1996; *El oficio de amar* (prosa), Editorial Pax-México, primera edición, 1996; primera reimpresión, 1997; *El habitante* (prosa poética), Ediciones Cal y Arena, México, 1997; *Jugo de naranja* (prosa poética), Trilce Ediciones, México, primera edición, 2000; segunda edición, 2008; *En un lugar geométrico* (poesía), Ediciones Sin Nombre, México, 2001; *Marcador final* (poesía), en la colección Luna de Río, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Michoacán, 2002; *Obra negra* (poesía), Editorial El Cálamo, Guadalajara, 2002; *El tiempo alguna vez* (poesía), Fondo de Cultura Económica/Universidad de Guadalajara, México, 2004; *Papalote, papelito* (poesía infantil), en la colección Giraluna, Ediciones SM, México, 2004; *Obra negra* (poesía y prosa), Ediciones Arlequín, Guadalajara, 2006; *Espiga antes del viento* (poesía), Secretaría de Cultura de Jalisco, Guadalajara, 2011, y *La algarabía de la palabra escrita* (prosa), Editorial Rayuela, Guadalajara, 2012.

Realizó la selección de poemas para la antología *Mujeres que besan y tiemblan*, Editorial Planeta, México, 1999. Su obra está incluida en antologías de Colombia, México, España, Italia, Estados Unidos, Paraguay y Venezuela. Ha publicado sus poemas en los principales suplementos y revistas culturales del país. La dramaturga y directora de teatro Sandra Félix hizo una adaptación para teatro del libro *Jugo de naranja* que fue llevada a escena bajo el título *Encuentro de claridades* en el Foro Sor Juana Inés de la Cruz del Centro Cultural Universitario de la UNAM, durante los meses de octubre y noviembre de 2008 y de enero a marzo de 2009 en su primera temporada; en los meses de julio y agosto se presentó una segunda temporada de *Encuentro de claridades* en el Teatro Benito Juárez bajo el auspicio del Gobierno del Distrito Federal.

Ha obtenido las siguientes becas: Beca INBA-FONAPAS (1984); Beca Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en la categoría Jóvenes Creadores (1990); Beca Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco, en la categoría Autores con Trayectoria (1998). Ha recibido los siguientes premios: Mención honorífica, Cuento infantil FILIJ, México, 1993, y Primer Lugar, Ensayo sobre Literatura Infantil y Juvenil FILIJ, México, 1993. Ha recibido los siguientes reconocimientos: Reconocimiento «Erato-Poemas Amorosos», otorgado por la Secretaría de Turismo del Gobierno del Estado de Jalisco y la Asociación Femenina de México, A.C., en el marco del Primer Congreso Internacional de la Mujer Hispana, celebrado en diciembre de 1998. «Galardón a la mujer» en su edición No. XIII en la categoría de Cultura, otorgado por Grupo Promomedios en noviembre del 2010.

Ha elaborado cápsulas radiofónicas para Radio Universidad de Guadalajara, con las cuales se produjo el audiocassette *Luz de buró*, y también elaboró cápsulas radiofónicas para Radio Mujer, Guadalajara. Ha sido colaboradora de los periódicos *Siglo 21* y *Público*, de Guadalajara. Fue miembro del Consejo Editorial de la revista literaria *Paréntesis*. Es miembro del Consejo Editorial de la revista literaria *Luvina* de la Universidad de Guadalajara. Es miembro del Consejo de la Cátedra Hugo Gutiérrez Vega del Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara. Ha elaborado textos para catálogos de diversos artistas plásticos. De 2002 al 2006 fue directora general de la revista de cultura *Tragaluz*. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

*Los autores más recomendados
por las lectoras*

- 1, Sor Juana Inés de la Cruz.
- 2, Juan Rulfo.
- 3, Jorge Luis Borges.
- 4, Carlos Fuentes.
- 5, Juan José Arreola.
- 6, Rosario Castellanos.
- 7, Octavio Paz.
- 8, Rafael Bernal.
- 9, Miguel de Cervantes.
- 10, Antón Chéjov.
- 11, Fiodor Dostoievski.
- 12, Martín Luis Guzmán.
- 13, José Emilio Pacheco.
- 14, Marcel Proust.
- 15, Francisco de Quevedo.
- 16, José Revueltas.
- 17, Carlos Pellicer.
- 18, William Shakespeare.
- 19, Virginia Woolf.
- 20, Adolfo Bioy Casares.
- 21, Roberto Bolaño.
- 22, Truman Capote.
- 23, Raymond Carver.
- 24, Joseph Conrad.
- 25, Salvador Elizondo.
- 26, William Faulkner.
- 27, Federico García Lorca.
- 28, Juan García Ponce.
- 29, Elena Garro.
- 30, Luis de Góngora.

- 31, José Gorostiza.
- 32, Fernando del Paso.
- 33, Jorge Ibarguengoitia.
- 34, José Agustín.
- 35, Silvina Ocampo.
- 36, Fernando Pessoa.
- 37, Rainer Maria Rilke.
- 38, Marguerite Yourcenar.
- 39, Mercè Rodoreda.
- 40, César Vallejo.
- 41, Mario Vargas Llosa.
- 42, Julio Cortázar.
- 43, Félix Lope de Vega.
- 44, Agustín Yáñez.

*Los libros más recomendados
por las lectoras*

- 1, *Poesía y prosa*. Sor Juana Inés DE LA CRUZ.
- 2, *Pedro Páramo*. Juan RULFO.
- 3, *El Llano en llamas*. Juan RULFO.
- 4, *Cuentos completos*. Jorge Luis BORGES.
- 5, *Aura*. Carlos FUENTES.
- 6, *La muerte de Artemio Cruz*. Carlos FUENTES.
- 7, *Crimen y castigo*. Fiodor DOSTOIEVSKI.
- 8, *Los hermanos Karamazov*. Fiodor DOSTOIEVSKI.
- 9, *El príncipe idiota*. Fiodor DOSTOIEVSKI.
- 10, *En busca del tiempo perdido*. Marcel PROUST.
- 11, *El complot mongol*. Rafael BERNAL.
- 12, *Narrativa completa*. Juan José ARREOLA.
- 13, *El Quijote*. Miguel DE CERVANTES.
- 14, *El rey Lear*. William SHAKESPEARE.
- 15, *Obra poética*. Francisco DE QUEVEDO.
- 16, *Antología poética*. Luis DE GÓNGORA.
- 17, *Antología poética*. Félix Lope DE VEGA.
- 18, *Cuentos*. Antón CHÉJOV.
- 19, *Las batallas en el desierto*. José Emilio PACHECO.
- 20, *Poesía completa*. Octavio PAZ.
- 21, *El águila y la serpiente*. Martín Luis GUZMÁN.
- 22, *La sombra del caudillo*. Martín Luis GUZMÁN.
- 23, *Poesía no eres tú*. Rosario CASTELLANOS.
- 24, *Balún Canán*. Rosario CASTELLANOS.
- 25, *Oficio de tinieblas*. Rosario CASTELLANOS.
- 26, *Los recuerdos del porvenir*. Elena GARRO.
- 27, *Noticias del Imperio*. Fernando DEL PASO.
- 28, *Obras*. Ramón López VELARDE.
- 29, *La Plaza del Diamante*. Mercè RODOREDA.

- 30, *Desayuno en Tiffany's*. Truman CAPOTE.
- 31, *Memorias de Adriano*. Marguerite YOURCENAR.
- 32, *Conversación en La Catedral*. Mario VARGAS LLOSA.
- 33, *El corazón de las tinieblas*. Joseph CONRAD.
- 34, *Los relámpagos de agosto*. Jorge IBARGÜENGOITIA.
- 35, *Cuentos*. Raymond CARVER.
- 36, *Poesía completa*. José GOROSTIZA.
- 37, *Poesía completa*. Carlos PELLICER.
- 38, *Antología poética*. Fernando PESSOA.
- 39, *Farabeuf*. Salvador ELIZONDO.
- 40, *Obra poética*. Federico García LORCA.
- 41, *Poemas humanos*. César VALLEJO.
- 42, *Novelas amorosas y ejemplares*. María DE ZAYAS.

BIBLIOGRAFÍA

- ARREOLA, Juan José, *Y ahora, la mujer...*, Ed. de Jorge Arturo Ojeda, México: Utopía, 1975.
- BEAUVOIR, Simone de, *El segundo sexo*, Trad. de Pablo Palant, Buenos Aires: Siglo Veinte, 1981, 2 vols.
- BELL, Quentin, *Virginia Woolf*, Trad. y Prol. de Marta Pessarrodona, Barcelona: Lumen, 2008.
- BERLIN, Isaiah, *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, Trad. de Hero Rodríguez Toro, México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- BILLINGHURST, Jane, *Mujeres tentadoras*, Trad. de Silvia Meseguer Sousa, Barcelona: Océano, 2007.
- BIOY CASARES, Adolfo, *Borges*, ed. de Daniel Martino, Barcelona: Destino, 2006.
- BLACKBURN, Simon, *Lujuria*, Trad. de Ramón Vilà, Barcelona: Paidós, 2005.
- BOURDIEU, Pierre, *La dominación masculina*, Trad. de Joaquín Jordà, Barcelona: Anagrama, 2000.
- BOTTON, Alain de, *Las consolaciones de la filosofía*, Trad. de Pablo Hermida Lazcano, México: Taurus, 2007.
- CASTELLANOS, Rosario, *Mujer que sabe latín*, México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- , *Poesía no eres tú. Obra poética 1948-1971*, 2.^a ed., México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- CHARTIER-ANNE Marie, y Jean HÉBRARD, *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*, Trad. de Alberto Luis Bixio, Barcelona: Gedisa, 1994.
- , *La lectura de un siglo a otro. Discursos sobre la lectura (1980-2000)*, Trad. de Margarita Mizraji, Barcelona: Gedisa, 2002.
- CIPOLLA, Carlo M., *Allegro ma non troppo*, 2.^a edición, Trad. de Maria Pons, Barcelona: Crítica, 1992.
- CLÉMENT Catherine y Julia KRISTEVA, *Lo femenino y lo sagrado*, Trad. de Maribel García Sánchez, Madrid: Cátedra / Universitat de València / Instituto de la Mujer, 2000.
- COLASANTI, Marina, *Fragatas para tierras lejanas. Conferencias sobre literatura*, Trad. de Elkin Obregón, Bogotá: Norma, 2004.

- CRITCHLEY, Simon, *El libro de los filósofos muertos*, Trad. de Alejandro Pradera, México: Taurus, 2009.
- CRUZ, Sor Juana Inés de la, *Poesía, teatro y prosa*, 6.^a edición, Ed. y Prol. de Antonio Castro Leal, México: Porrúa, 1973.
- D'ANDELI, Henri y Juan José ARREOLA, *El lay de Aristóteles*, Ed. bil., Trad. de José Luis Rivas, México: Auieo Ediciones, 2011.
- DIAKOV, V., *Historia de la Antigüedad. Roma*, Trad. de Guillermo Lledó, México: Grijalbo, 1975.
- DURAS, Marguerite, *Escribir*, Trad. de Ana María Moix, México: Tusquets, 1994.
- GALEANO, Eduardo, *Espejos. Una historia casi universal*, México: Siglo XXI, 2008.
- GUILLEMIN, Henri, *¡Los pobres a callar!*, Trad. de Juan Vivanco, Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1997.
- HANÁN DÍAZ, Fanuel, «Entrevista a Marina Colasanti: Escribo desde mi propia voz», en revista *Barataria*, Núm. 12, Caracas: Grupo Editorial Norma, 2010.
- HAUSER, Arnold, *Historia social de la literatura y el arte*, Trad. de A. Tovar y F. P. Varas-Reyes, Madrid: Debate, 1998, 2 vols.
- KOESTLER, Arthur, *Los sonámbulos. Historia de la cambiante cosmovisión del hombre*, Trad. de Alberto Luis Bixio, México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1981.
- KIERKEGAARD, Sören, *Diario del seductor*, 2^a ed., Trad. de Valentín de Pedro, Fontamara: Barcelona, 1985.
- LOMAS, Carlos, comp., *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*, Paidós: Barcelona, 2003.
- , *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*, Paidós: Barcelona, 2004.
- MARTÍ, José, *La Edad de Oro*, 5.^a ed., Fondo de Cultura Económica: México, 1992.
- MILL, John Stuart, *La esclavitud femenina*, Trad. y Prol. de Emilia Pardo Bazán, Artemisa: Madrid, 2008.
- , *Sobre la libertad / El sometimiento de las mujeres*, Trads. de Gregorio Cantera y Alejandro Pareja, Edaf: Madrid, 2009.
- MISTRAL, Gabriela, *Lecturas para mujeres*, 9.^a ed., Porrúa: México, 2005.
- MOLLIER, Jean-Yves, *La lectura en Francia durante el siglo XIX (1789-1914)*, Trad. de Yekaterina García Márkina, Instituto Mora: México, 2009.
- MONTERROSO, Augusto, *La letra e. Fragmentos de un diario*, Era: México, 1987.
- MONTESQUIEU, *Del espíritu de las leyes*, 4^a ed., Trad. de Nicolás Estévez, Porrúa:

- México, 1980.
- MORAND, Paul, *El aire de Chanel*, Trad. de Ana Torrent, Tusquets: Barcelona, 1989.
- MUCHNIK, Mario, *Lo peor no son los autores. Autobiografía editorial 1966-1997*, 3ª ed., Del Taller de Mario Muchnik: Madrid, 1999.
- NABOKOV, Vladimir, *Curso sobre el Quijote*, Trad. de María Luisa Balseiro, Ediciones B: Barcelona, 1997.
- PETIT, Michèle, *Una infancia en el país de los libros*, Trad. de Diana Luz Sánchez, Océano: México, 2008.
- ROUGEMONT, Denis de, *Amor y Occidente*, Trad. de Ramón Xirau, Leyenda: México, 1945.
- SAVATER, Fernando, *Diccionario filosófico*, Planeta: México, 1996.
- SCHAMA, Simon, *Ciudadanos. Crónica de la Revolución Francesa*, Trad. de Aníbal Leal, Javier Vergara Editor: Buenos Aires, 1990.
- SCHOPENHAUER, Arthur, *El arte de insultar*, Trad. de Javier Fernández Retenaga y José C. Mardomingo Sierra, Edaf: Madrid, 2000.
- , *Arte del buen vivir y otros ensayos*, 15ª ed., Trad. de Eduardo Gómez Bauer, Edaf: Madrid, 2001.
- , *El amor, las mujeres y la muerte*, 22ª ed., Trad. de Miguel Urquiola, Edaf: Madrid, 2003.
- SEGURA Graíño, Cristina, *Diccionario de mujeres en la historia*, Espasa: Madrid, 1998.
- SEFCHOVICH, Sara, *País de mentiras. La distancia entre el discurso y la realidad en la cultura mexicana*, Océano: México, 2008.
- , *¿Son mejores las mujeres?*, México: Paidós/Debate Feminista, 2011.
- SONTAG, Susan, *Contra la interpretación y otros ensayos*, Trad. de Horacio Vázquez Rial, revisada por Aurelio Major, Barcelona: Random House Mondadori, 2007.
- , *Aj mismo tiempo. Ensayos y conferencias*, Trad. de Aurelio Major, Barcelona: Random House Mondadori, 2007
- STAPLES, Anne, «La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente», en *Historia de la lectura en México*, 2ª ed, México: El Colegio de México, 2000.
- STENDHAL, *Del amor*, Trad. de Gregorio Lafuente, Madrid: Edaf, 1998.
- STERNBERG, Robert J., ed., *Por qué las personas inteligentes pueden ser tan estúpidas*, Trad. de Elena Recasens Pons, Barcelona: Ares y Mares, 2003.
- TOVAR Pinzón, Hermes, *La batalla de los sentidos. Infidelidad, adulterio y concubinato a fines de la Colonia*, Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 2004.
- VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, Ed. de Ana Martínez Arancón, Madrid: Temas de Hoy 2000, 2 vols.

WHARTON, Edith, *Cartas a Morton Fullerton*, Ed. de Marina Premoli, Trad. de Ester Gómez, Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1993.

—, *El vicio de la lectura*, Trad. de Abel Vidal, Barcelona: Olañeta, 2010.

WOOLF, Virginia, *Una habitación propia*, 6ª reimp., Trad. de Laura Pujol, Barcelona: Seix Barral, 2008.

—, *Momentos de vida*, Trad. de Andrés Bosch, Barcelona: Lumen, 2008.

FINAL DE LECTURA

MEDITACIÓN EN EL UMBRAL

No, no es la solución
tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoi
ni apurar el arsénico de Madame Bovary
ni aguardar en los páramos de Ávila la visita
del ángel con venablo
antes de liarte el manto a la cabeza
y comenzar a actuar.

No concluir las leyes geométricas, contando
las vigas de la celda de castigo
como lo hizo Sor Juana. No es la solución
escribir, mientras llegan las visitas,
en la sala de estar de la familia Austen
ni encerrarse en el ático
de alguna residencia de la Nueva Inglaterra
y soñar, con la Biblia de los Dickinson
debajo de una almohada de soltera.

Debe haber otro modo que no se llame Safo
ni Mesalina ni María Egipcíaca
ni Magdalena ni Clemencia Isaura.

Otro modo de ser humano y libre.

Otro modo de ser.

ROSARIO CASTELLANOS
(1925-1974)

Lectoras, conversaciones con Juan Domingo Argüelles se terminó de imprimir y encuadernar en julio de 2012 en Quad/Graphics Querétaro, S. A. de C.V. lote 37, fraccionamiento Agro-Industrial La Cruz Villa del Marqués QT-76240

ÍNDICE

Cubierta

PRÓLOGO

AGRADECIMIENTOS

SABINA BERMAN

Los libros enseñan a pensar largo

CARMEN BOULLOSA

Los seres humanos traemos puesto el libro

DOLORES CASTRO

La lectura nace de la oportunidad de leer

MARTHA CHAPA

Quien no lee no puede ir lejos ni a profundidad

BEATRIZ ESPEJO

El lector sagaz no tiene sexo

MARGO GLANTZ

Todos los lectores son diferentes

BÚRBARA JACOBS

Hay que leer para ser libres

ETHEL KRAUZE

Mujer que sabe latín, sabe cómo elegir

MÓNICA LAVÍN

Uno lee para tener más vidas que un gato

SILVIA MOLINA

Leer me cambió el mundo

ELENA PONIATOWSKA

No concibo vivir sin libros

CRISTINA RIVERA GARZA

Se lee para abrir los ojos

SARA SEFCHOVICH

El género no determina la forma de leer

CARMEN VILLORO

La lectura hace más habitable el mundo

EPÍLOGO CON MICHÈLE PETIT

Cada lector tiene su propia verdad

APÉNDICES

Las protagonistas de este libro

Los autores más recomendados por las lectoras

Los libros más recomendados por las lectoras

BIBLIOGRAFÍA

FINAL DE LECTURA

Meditación en el umbral

Índice

Cubierta	2
Portadilla	4
Portada	6
Página legal	8
PRÓLOGO	12
AGRADECIMIENTOS	41
SABINA BERMAN	43
Los libros enseñan a pensar largo	44
CARMEN BOULLOSA	50
Los seres humanos traemos puesto el libro	51
DOLORES CASTRO	65
La lectura nace de la oportunidad de leer	66
MARTHA CHAPA	74
Quien no lee no puede ir lejos ni a profundidad	75
BEATRIZ ESPEJO	84
El lector sagaz no tiene sexo	85
MARGO GLANTZ	98
Todos los lectores son diferentes	99
BÚRBARA JACOBS	107
Hay que leer para ser libres	108
ETHEL KRAUZE	116
Mujer que sabe latín, sabe cómo elegir	117
MÓNICA LAVÍN	127
Uno lee para tener más vidas que un gato	128
SILVIA MOLINA	142
Leer me cambió el mundo	143
ELENA PONIATOWSKA	158
No concibo vivir sin libros	159
CRISTINA RIVERA GARZA	171
Se lee para abrir los ojos	172

SARA SEFCHOVICH	185
El género no determina la forma de leer	187
CARMEN VILLOORO	201
La lectura hace más habitable el mundo	202
EPÍLOGO CON MICHÈLE PETIT	212
Cada lector tiene su propia verdad	213
APÉNDICES	220
Las protagonistas de este libro	221
Los autores más recomendados por las lectoras	238
Los libros más recomendados por las lectoras	240
BIBLIOGRAFÍA	242
FINAL DE LECTURA	246
Meditación en el umbral	247
Índice	249